

DEBORAH CROMBIE

*Todo irá
bien*



UN CASO DE DUNCAN KINCAID
Y GEMMA JAMES



Lectulandia

La muerte durante el sueño de Jasmine Dent, aquejada de un cáncer incurable, no extraña a nadie, hasta que su vecino de escalera, el comisario de Scotland Yard Duncan Kincaid, intuye por ciertos indicios desconcertantes que su fallecimiento no ha sido causado por la enfermedad y ordena una autopsia. El diagnóstico es claro: muerte por sobredosis de morfina. ¿Suicidio o asesinato? Asesinato. El hallazgo del diario íntimo de Jasmine, iniciado en la India, donde su padre estaba destinado, cuando sólo tenía diez años, y el testimonio de las personas que se movían a su alrededor, en el presente y en el pasado, constituirán para Kincaid y su ayudante Gemma James el punto de partida de una laboriosa investigación que pondrá en evidencia los designios ocultos, las ambigüedades, las desalmadas ambiciones y también la bondad de unos seres humanos. Todos ellos podrían ser culpables, pero sólo uno será señalado por Kincaid.

Lectulandia

Deborah Crombie

Todo irá bien

Duncan Kincaid y Gemma James - 2

ePub r1.0

Titivillus 29.09.2018

Título original: *All shall be well*
Deborah Crombie, 1995
Traducción: Mari Carmen Llerena
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 1

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Sobre el autor

Notas

Para Katie

Agradecimientos

Como siempre, quiero dar las gracias a The Every Other Tuesday Night Writers («Los escritores de un martes sí y otro no»): Diane Sullivan, Dale Denton, Jim Evans, Viqui Litman, John Hardie y Aaron Goldblatt. Mi agradecimiento en particular a Terry Mayeux que me dio los ánimos que necesitaba para terminar los últimos capítulos del libro. Me gustaría también expresar mi gratitud a mi editora, Susanne Kirk, y a mi agente, Nancy Yost, por su amistad y su competencia profesional. Sin olvidar, aunque los cite en último lugar, a mis padres, Mary y Charlie Darden, por su apoyo incondicional.

En verdad el pecado es causa de todo este dolor.

Pero todo irá bien, todo irá bien y todas las cosas sin excepción irán bien.

JULIANA OF NORWICH, siglo XV.

Jasmine Dent apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. La morfina recubre la mente como el terciopelo de un melocotón, pensó adormilada, y sonrió levemente ante la metáfora. Por un rato flotó entre el sueño y la vigilia, consciente de los sonidos lejanos que entraban por la ventana abierta, así como de la luz del sol que fluía a través de los pies de su cama, pero incapaz de levantarse.

Sus primeros recuerdos eran de calor y polvo, y la prematura calidez de esa tarde de abril conjuraba olores y sonidos que bailaban en su mente como espectros perdidos. Jasmine se preguntó si las lentas, largas horas de su niñez seguirían encerradas en alguna celda de su cerebro, esperando estallar sobre su conciencia con la lucidez que se atribuye a los recuerdos de los moribundos.

Había nacido en la India, en Mayapore, hija de la disolución del Imperio británico. Su padre, un funcionario menor, había transcurrido la guerra en un despacho oscuro. En 1947, optó por quedarse en la India y mantenerse con su pensión del ICS^[1].

De su madre tenía pocos recuerdos. Cinco años después del nacimiento de Jasmine, había dado a luz a Theo y murió tan discretamente como había vivido. No dejó más que una leve fragancia de rosas inglesas que en la mente de Jasmine se mezclaba con el golpe de los postigos al cerrarse y con el zumbido de los insectos.

Un peso suave en la cama devolvió a Jasmine a la conciencia. Levantó la mano y hundió los dedos en el pelo mullido de Sidhi, abrió los ojos para mirarse la mano, las articulaciones nudosas, frágiles puentes de piel y músculos. El cuerpo del gato, una mancha negra sobre la colcha de un rojo anaranjado, vibró contra su cadera.

Al cabo de un rato, Jasmine hizo una última caricia a la lustrosa cabeza del gato y se incorporó con dificultad, sentándose en el borde de la cama, y se palpó automáticamente el catéter del pecho. Instalar una cama de hospital en su salón había eliminado la claustrofobia que había sentido al verse confinada durante largas temporadas en el pequeño dormitorio. Rodeada por sus cosas, con el ventanal abierto sobre el jardín y el sol de la tarde, la reducción de su mundo se le hacía más soportable.

Primero tomaba el té, luego lo que pudiera aprovechar de la comida que le dejaba Meg, y después se acomodaba para pasar la tarde delante de la tele. Un plan con

pocos estímulos, que daba el mismo peso a cada acto; era la técnica que había adoptado para llegar al final del día.

Se levantó haciendo palanca sobre la cama y fue arrastrando los pies hasta la cocina, envuelta en los colores brillantes de un caftán indio de seda. Nada de insulsas franelas británicas, aunque ahora los pliegues del caftán le caían como ropa colgada a secar. Algún accidente genético la había dotado de un aspecto más exótico de lo que le correspondía por su parentesco inglés: el cabello y los ojos oscuros y un trazo delicado la habían convertido en objeto de burla entre sus compañeras inglesas de la escuela que habían permanecido en Calcuta. Pero ahora, con el cabello oscuro muy corto y los enormes ojos en el delgado rostro, se la veía delicada, y a pesar de su enfermedad, más joven de lo que era.

Puso la tetera a hervir y se apoyó en la repisa de la ventana, descorrió el pestillo y se asomó al jardín de abajo.

Sus expectativas se cumplieron: el comandante, con las tijeras de podar en mano, patrullaba por el jardín del tamaño de un sello vestido con su uniforme de ancho jersey gris y pantalones de franela, listo para atajar cualquier ramita insubordinada. Levantó la cabeza y saludó con las tijeras. Jasmine le invitó: «¿Una taza de té?». Él asintió y ella volvió junto a los fogones para llevar a cabo, cuidadosamente, el ritual de la preparación del té.

Jasmine sacó los tazones hasta los peldaños que bajaban de su piso al jardín. El comandante vivía en la planta baja y consideraba el jardín como su territorio. Duncan, el vecino de arriba, y ella eran sólo espectadores privilegiados. Las tablas del peldaño superior chocaron contra sus huesos cuando se sentó.

El comandante subió ágilmente y se sentó a su lado, aceptando el tazón con un gruñido.

—Precioso día —dijo, a modo de agradecimiento—. Esperemos que dure. —Dio un sorbo al té, al tiempo que se le escapaba un pequeño silbido entre el bigote—. ¿Ha estado bien hoy?

La miró un momento de reojo y luego volvió a observar la profusión de narcisos y tulipanes.

—Sí —respondió Jasmine con una sonrisa, pues el comandante era un hombre de pocas palabras en cualquier circunstancia. Sus breves comentarios equivalían para él a un monólogo, y aquella pregunta era la única referencia que hacía siempre a su enfermedad. Bebieron en silencio, absorbiendo el calor del té tanto como el del último sol de la tarde que penetraba en sus pieles, hasta que Jasmine dijo:

—Me parece que nunca había visto el jardín tan bonito como esta primavera, comandante. ¿Soy yo, que aprecio las cosas más estos días, o de verdad está más bonito este año?

—¡Mmmm! —masculló él, hundido en su taza, y se aclaró la garganta para desempeñar la difícil tarea de responder—. Puede ser. El tiempo ha sido favorable. —

Frunció las cejas y pasó los dedos por el borde de las tijeras, comprobando que no hubiera óxido—. Aunque los tulipanes casi se han pasado ya.

No iba a permitir que los tulipanes duraran más allá de su apogeo. Al primer pétalo que cayera, el comandante haría rodar cabezas con un misericordioso y rápido tijeretazo.

Jasmine torció la boca al pensarlo: lástima que nadie pudiera hacerle ese favor a ella. Sola, se había echado atrás en la decisión final, no sabía si por cobardía o por valor. Y Meg... había sido demasiado pedírsele a Meg, no había tenido ningún derecho de pedírsele a Meg. Jasmine se preguntó cómo pudo ocurrírsele esta idea.

Hoy Meg había llegado más acongojada aún que de costumbre, con la amplia frente fruncida por el dolor. Jasmine puso todas sus fuerzas en animarla, y todo el rato sintió la ironía de la situación: era ella quien se estaba muriendo, al fin y al cabo, pero era Meg quien necesitaba que la tranquilizara con dosis de paliativos.

No podía explicarle a Meg el cálculo que había hecho, en algún momento, entre quedarse dormida la pasada noche y despertarse esa mañana. Sólo sabía que había cruzado algún meridiano en su rápido progreso hacia la muerte. El dolor había dejado de aterrarla y, con la aceptación, había llegado también la habilidad para soportar y saborear cada momento, además de una extraña y nueva satisfacción.

El sol se hundió detrás de la cuadrada casa victoriana de enfrente, y la piedra perdió el color pasando del oro al gris en un abrir y cerrar de ojos. Jasmine notó el aire helado sobre su piel, y oyó el lejano rumor del tráfico de Rosslyn Hill, prueba de que la vida seguía arremolinándose a su alrededor.

El comandante se puso en pie con un chasquido de rodillas.

—Será mejor que termine. No queda mucha luz.

Se agachó para tirar de Jasmine y ponerla en pie con la facilidad con que levantaría un saco de tierra.

—Y usted entre, no vaya a coger frío.

Jasmine casi se echó a reír ante la absurdidad de coger frío, como si una circunstancia exterior pudiera compararse con los estragos con que se debatía su cuerpo, pero dejó que él la acompañara dentro y enjuagara las tazas.

Cerró la puerta del jardín tras él, así como los postigos, pero vaciló unos minutos antes de correr los estores. La luz desaparecía sobre los tejados, y las hojas del abedul del jardín temblaron en la brisa de la noche. Desde la terraza de Duncan se podría ver la puesta de sol sobre el oeste de Londres. Ese privilegio le costaba caro, pero había sido muy amable de compartirlo con ella varias veces antes de que las escaleras la derrotaran.

Duncan... aquello tampoco lograba explicárselo muy bien a Meg, al menos sin herirla. No había querido que Meg lo conociera, había preferido mantenerlo separado del resto de su existencia, separado de su enfermedad. Meg la cuidaba con tanto celo, observando el progreso de cada síntoma, controlando los cuidados y la medicación como si la enfermedad de Jasmine fuera una responsabilidad personal. Duncan le

traía el mundo exterior, rudo y amargo, y si tenía que ver con la muerte, al menos tenía poco que ver con la suya.

Cuando suspiró y bajó los estores, Sidhi se frotó contra sus tobillos. De todas formas, diferenciar entre Duncan y Meg no tenía mucho sentido. Si Meg se había sumergido en su enfermedad, su enfermedad también la convertía en una perspectiva inofensiva en su amistad con Duncan: la historia mujer mayor-hombre joven era imposible; una moribunda no resultaba ninguna amenaza.

Lo encontraba un hombre contradictorio, a la vez reservado y atractivo, y nunca sabía qué se podía esperar de él.

«¿Te apetece un helado esta noche?» podía preguntar con su sorna habitual y un resto de su acento de Cheshire, a pesar de los años en Londres. Entonces subía por Rosslyn Hill hasta Häagen-Dazs y volvía jadeante y alegre como un niño de seis años. Aquellas noches la engatusaba con juegos y charlas, y le infundía una energía que ella pensaba que ya no poseía.

Otras noches parecía encerrarse en sí mismo y se conformaba con sentarse tranquilamente a su lado a la luz parpadeante de la televisión, y ella no se atrevía a romper su reserva. Tampoco se atrevía a depender demasiado de su compañía, o eso se decía continuamente. Le sorprendía que él pasara tanto tiempo con ella, pero antes de que su mente pudiera divagar en busca de una razón, la acallaba, por miedo a que ésta fuera la lástima. Se incorporó lo más rápidamente que pudo y se acercó a la nevera.

La comida que Margaret le había dejado resultó ser un *curry* vegetal, que Meg tenía por nutritivo. Jasmine logró dar algunos bocados, pero le pareció más fácil olerlo y darle vueltas con la lengua que tragarlo, pues el olor y el sabor le recordaban tan vivamente su infancia como su siesta. Una acumulación de coincidencias, se dijo, raras, pero insignificantes.

Se adormiló frente a la televisión, atenta, en parte, a la llamada de Duncan a la puerta. Sidhi entornó los ojos ante la luz cegadora blanca y azul y se puso a amasarle el muslo con las patas. ¿Qué sería de Sidhi? Ella no había previsto nada, no había sido capaz de disponer de él como de un mueble. Su hermano Theo no soportaba a los animales, el comandante se quejaba cuando Sidhi excavaba en los lechos de flores, Duncan lo trataba con cortés indiferencia, Felicity lo acusaba de antihigiénico y Meg vivía en un cuarto alquilado en Kilburn con una casera a la que pintaba feroz; las perspectivas no eran prometedoras. Tal vez Sidhi sabría buscarse la siguiente vida sin la intervención de ella. Una vez ya había tenido mucha suerte, pues ella lo había salvado de un cubo de basura cuando era un gatito esquelético de seis semanas.

Volvió a divagar hasta que se despertó sobresaltada y se dio cuenta de que el programa que estaba viendo había acabado. Se preguntó si, a medida que aumentara la dosis de morfina, pasaría más ratos sin conocimiento, como la recepción de una tele defectuosa. No sabía si le importaría.

Caía la noche, y Jasmine se preguntó si, al fin y al cabo, su decisión sería la mejor, pero sabía que una vez cruzada la línea invisible no habría camino de retorno.

* * *

Duncan Kincaid surgió de las entrañas de la estación de metro de Hampstead y la claridad lo hizo parpadear. Dobló la esquina de High Street y los colores se desplegaron ante él con una fuerza casi física. Todo Hampstead parecía haber salido en mangas de camisa para dar la bienvenida a aquella mañana de primavera. Los compradores, si tropezaban, sonreían en lugar de gruñir, los restaurantes habían improvisado la instalación de mesas en las aceras, y el olor del café recién hecho se mezclaba con los humos de los tubos de escape.

Kincaid bajó la cuesta, indiferente al ambiente efervescente. El café no le atraía, sentía el sabor del agua sucia en la boca de tanto beber en tazas de aguachirle, le picaban los ojos por culpa del humo de los cigarrillos ajenos, y la resolución del caso le consolaba poco tras una noche de trabajo tan larga y tan triste. El cadáver de una niña hallado en un campo cercano, el crimen que acusaba a un vecino, quien, cuando fue interrogado, había confesado entre sollozos que no pudo evitarlo, que no había querido hacerle daño.

Kincaid sólo tenía ganas de lavarse la cara y de echarse de cabeza a la cama.

Cuando llegó a Rosslyn Hill, una pizca del humor primaveral se le había contagiado, y al ver al florista de la esquina de Pilgrim Lane, se detuvo en seco sobresaltado. Jasmine. Quería pasar a verla anoche —lo hacía siempre que podía—, pero no tenía suficiente confianza para llamarla y excusarse, y ella nunca le echaría en cara que no hubiera ido a verla.

Compró freesias, pues recordó que a Jasmine le encantaba su fragancia embriagadora.

El silencio de Carlingford Road parecía intenso viniendo de las calles principales, y a la sombra de su edificio el aire todavía era frío como de noche. Kincaid pasó por delante del comandante, que subía los peldaños de entrada a su planta baja, y recibió el esperado «¡Mummm, osdías!» y un brusco gesto con la cabeza en respuesta a su saludo. Sólo después de varios meses de reconocerse con un gesto, Kincaid, intrigado por la placa de bronce en la puerta del comandante, aventuró una pregunta respecto a la H delante de Keith. El comandante había desviado la mirada por encima de la cabeza de Kincaid, alisándose el bigote, y por fin, murmuró: «Harley». No volvieron a mencionar el tema.

Oyó los golpes en cuanto estuvo en el hueco de la escalera: primero fueron unos golpecitos suaves, luego un repiqueteo más apremiante. Una mujer alta, con una

sofisticada media melena de color caoba con canas en las sienes y traje de chaqueta oscuro de buen corte, se volvió hacia él en cuanto apareció en el descansillo de la puerta de Jasmine. La habría tomado por una abogada de no ser por la bolsa que llevaba.

—¿No está? —preguntó Kincaid mientras se acercaba.

—Tiene que estar. Está demasiado débil para salir sola. —La mujer observó a Kincaid y por lo visto decidió que le sería útil. Tendió la mano y se la estrechó con vigor—. Soy Felicity Howarth, la enfermera. Vengo cada día a esta hora. ¿Es usted vecino?

Kincaid asintió.

—Vivo arriba. ¿Estará bañándose?

—No, la ayudo yo.

Se miraron por un momento y un chispazo de miedo se encendió entre ellos. Kincaid se volvió y aporreó la puerta.

—¡Jasmine! ¡Abra! —Escuchó, con la oreja contra la puerta, y se volvió hacia Felicity—. ¿Tiene llave?

—No. Todavía se levanta sola por la mañana y me abre. ¿Y usted?

Kincaid sacudió la cabeza, reflexionando. El cierre era muy sencillo, un botón estándar, barato, pero sabía que Jasmine tenía cadena y cerrojo. ¿Los habría echado?

—¿Tiene una horquilla? ¿Un clip?

Felicity rebuscó en el bolso y sacó unos papeles sujetos con un clip.

—¿Esto sirve?

Él le puso el ramo de flores en la mano a cambio del clip, torció las puntas y se volvió hacia la puerta. Al cabo de unos segundos de hurgar, la cerradura hizo un chasquido, el sueño de cualquier ladrón. Kincaid giró el pomo y la puerta se abrió sin problemas.

La luz se filtraba en la estancia a través de los estores de papel de arroz bajados sobre las ventanas. La casa estaba en silencio, a excepción de un zumbido proveniente de algún lugar cerca de la cama de Jasmine. Kincaid y Felicity Howarth avanzaron hasta los pies de la cama en un movimiento casi sincronizado, sin hablar, pues algo del silencio de la estancia les había sellado las lenguas.

El cuerpo que yacía en un remolino de colores estaba inmóvil en la cama, la respiración no hacía subir y bajar rítmicamente su pecho, sobre el que se encontraba el gato, ronroneando.

Las freesias cayeron olvidadas y se esparcieron por la colcha.

—¡Maldita bruja estúpida!

La voz de Roger resonó siniestramente en el pequeño cuarto. Margaret se imaginó la pesada masa de los pies de su casera subiendo las escaleras y alargó el brazo hacia él, como si su gesto pudiera callarlo. La señora Wilson había amenazado más de una vez con poner a Margaret de patitas en la calle si pillaba a Roger pasando allí la noche, y si los oía discutir a las siete y media de la mañana, no le cabrían muchas dudas sobre las circunstancias.

—¡Roger, cielo santo...! La señora Wilson te va a oír y ya sabes cómo es.

—El cielo tiene poco que ver aquí, cariño, a no ser porque tu amiga Jasmine, gracias a ti, no está más cerca del cielo que ayer.

Cuando se trataba de mostrarse sarcástico hablaba en voz baja, pero a Margaret el café que había tragado le subió a la garganta, amargo.

—Roger, no querrás decir que... ¿es que te has vuelto loco? Ya te dije que ha cambiado de idea. Me alegro de que haya cambiado de idea...

—¿Y así puedes pasarte todo el tiempo libre mimándola y arrullándola como una rechoncha Florence Nightingale? Me tienes harto. ¿Para qué quieres que me quede? Dime, Meg, cariño...

—Cállate ya, Roger. Te he dicho que no...

—... que no te llame así. Es como te llama ella. ¡Qué cariñosa! —Dio un paso hacia Meg y la agarró por el codo, apretando los dedos. Margaret notó el olor de su jabón en la piel de él, y el champú de hierbas, y vio el brillo rojizo de una mancha de barba sin afeitar en su mandíbula—. Dime, ¿por qué tengo que quedarme, Margaret —ahora hablaba bajito, casi en susurros—, si no tienes ni un momento para mí, y ella puede durar meses todavía?

Margaret se soltó el brazo.

—Pues entonces vete —le musitó, y notó una sorprendente distancia, como si las palabras le vinieran de algún sitio fuera de ella—. Por mí puedes irte al infierno de una vez, ¿de acuerdo?

Se hicieron frente en silencio durante un buen rato. Sus respiraciones se oían por encima del ruido de fondo de Radio Cuatro. Luego Roger soltó una carcajada. Levantó la mano y cogió la barbilla de Margaret, empujándole la cabeza hacia atrás.

—¿En serio lo quieres, amor? —Roger se inclinó y puso la boca a pocos centímetros de ella—. Pues no lo obtendrás. Me marcharé cuando me dé la gana a mí, no antes, y que ni se te ocurra pensar que vas a librarte de mí.

* * *

El autobús número 89 dio una sacudida y traqueteó cuesta arriba por Camden Town. Margaret Bellamy estaba sentada en el asiento de delante del segundo piso, con la pesada bolsa de la compra puesta a su lado como un bastión contra los intrusos.

No tenía de qué preocuparse. Aparte de ella, el único ocupante que se había aventurado a subir las escaleras era un anciano desdentado absorto en un periódico deportivo. La tapicería del asiento olía a tabaco y a polución, pero para Margaret aquel olor familiar era reconfortante. Se roía los nudillos, el último de una serie de gestos compensatorios con el propósito de no morderse las uñas. Una costumbre infantil, decía Jasmine. Jasmine...

Margaret se puso a divagar, su pensamiento saltaba de una cosa a otra como la aguja de un viejo tocadiscos. Había tenido que salir de la oficina, aunque la señora Washburn le había dirigido su mirada de pez al preguntar: «¿Otra vez al dentista?».

«Bruja», pronunció Margaret en voz alta, y luego se volvió para ver si el viejoapestoso la había oído. Y aunque la oyera, ¿qué?, se dijo. Se había pasado la vida intentando no ofender a nadie, y eso la había metido en un buen lío.

Debía haberle hablado a Jasmine de Roger, ése había sido su primer error, pero la primera vez que él la invitó a salir, ella no acabó de creérselo, y no quiso correr el riesgo de la humillación si la dejaba tan rápidamente como se la había ligado. Luego nunca parecía el momento, y la culpa que sentía por mantenerlo en secreto complicaba su apuro. Ensayó todo tipo de guiones del tipo: «Hace tiempo que quería decirte...», pero al final guardó silencio.

En realidad, Roger no la había invitado a salir. Bien mirado, se había limitado a aportar su presencia y sus atenciones mientras ella lo pagaba casi todo. Entonces le pareció un precio mínimo a cambio de disfrutar de la resplandeciente presencia de Roger, de sus contactos, de sus aires de conocer a toda la gente bien y todos los lugares adecuados.

Aquel había sido un pequeño error de vanidad, un error perdonable. Sin embargo, los que cometió después no eran tan comprensibles. No debió haberle contado a Roger lo que Jasmine le había pedido. Y menos hablarle del dinero.

El autobús se detuvo con una sacudida en South End Green. Con el bolso golpeándole la cadera, Margaret descendió las escaleras y salió al aire libre, deslumbrada. Empezó la cuesta, y los enormes y viejos plataneros y los sauces

desfilaron a su derecha. El sol brillaba en el agua de los estanques, y la gente fluía a su alrededor con el aire festivo que adoptan los ingleses en los inesperados días cálidos y primaverales.

La sensación de desasosiego que le duraba desde la noche anterior se afianzó todavía más en la boca del estómago.

Desde Willow Road se desvió del Heath y caminó con dificultad por Pilgrim's Lane. Al llegar a Carlingford Road, levantó la mirada y vio la parte trasera de una ambulancia doblar a la izquierda por Rosslyn Hill y desaparecer. Margaret sintió un espasmo en el estómago y las rodillas estuvieron a punto de fallarle.

* * *

Felicity quitó las sábanas de la cama y extendió la colcha sobre el colchón desnudo, remetiéndolo en las esquinas con cuidado. Kincaid, tras levantar los estores, miraba el trozo de jardín de abajo. Al rato se apartó de allí, se pasó los dedos por el cabello, y se volvió hacia ella.

—¿Sabe si tiene parientes?

—Un hermano, creo, llamado Theo —respondió Felicity, alisando la colcha por encima de la almohada. Revisó la cama por un instante, hizo un gesto de satisfacción y se volvió hacia la pica—. Aunque no sé si se llevaban muy bien —añadió, por encima del hombro mientras se lavaba las manos antes de llenar el hervidor de cobre bajo grifo—. Lo nombró varias veces. Vive en Surrey, o Sussex, pero no lo he visto nunca. —Felicity indicó el pequeño secreter que Jasmine utilizaba para sus papeles—. Supongo que encontrará su número y su dirección por ahí.

Kincaid se quedó un poco perplejo de que diera por supuesto el hecho de que sería él el responsable de dar la noticia a los parientes de Jasmine, pero no supo quién más podría llevar a cabo esa desagradable tarea. El panorama no le hizo ninguna gracia.

—A veces les da así, de repente. —Felicity se volvió y lo observó con preocupación, y entonces Kincaid se maravilló de la rapidez con que había recobrado el equilibrio. Unos instantes de conmoción —ojos cerrados, profunda palidez— y luego había recuperado su eficacia profesional. Un acontecimiento bastante corriente para ella, pensó Kincaid, perder a un paciente.

—Pues no parecía...

—No. Yo le habría dado un mes o dos más, al menos, pero no somos Dios... nuestras predicciones no son infalibles.

El hervidor silbó y Felicity se apartó, cogió unos tazones de un anaquel y vertió el agua hirviendo encima de los sobrecitos del té con movimiento suave. El traje gris, de

mujer de negocios, no pegaba con aquella eficiencia casera, y la propia Felicity, tan sobria en medio del baturrillo de pertenencias exóticas de Jasmine, le hizo pensar en un halcón entre pavos reales.

—Nunca hablaba de eso... De su enfermedad, quiero decir —dijo Kincaid—. No sabía que estuviera tan...

La puerta de entrada se abrió y golpeó la pared. Kincaid y Felicity Howarth giraron sobre sus talones, sobresaltados. En el umbral había una mujer con una bolsa de la compra apretada contra el pecho.

—¿Dónde está? ¿Adónde se la han llevado?

Se fijó en la cama hecha tan cuidadosamente y en sus actitudes, se tambaleó y la bolsa le cayó de lado.

Felicity fue, con mucho, más rápida que Kincaid. Cuando él llegó, tenía ya el bolso seguro en el suelo y la mano bajo el codo de la mujer.

La condujeron hacia una silla y ella se derrumbó sin ofrecer resistencia. No tendría treinta años, estimó Kincaid, un poco entrada en carnes, de caprichoso cabello castaño y una piel dolorosamente clara, rostro redondo, ahora arrugado por el dolor.

—¿Margaret? Eres Margaret, ¿verdad? —preguntó Felicity con suavidad. Miró de reojo a Kincaid y explicó—: es una amiga de Jasmine.

—Díganme adónde la han llevado. No querrá estar sola. Ay, sabía que no tenía que irme anoche —la frase se desintegró en un lamento y volvió el rostro de un lado a otro, como si buscara a Jasmine por la casa, con las manos retorciendo las solapas. Kincaid y Felicity se miraron por encima de la cabeza de Margaret.

Felicity se arrodilló y tomó las manos de Margaret entre las suyas.

—Margaret, míreme. Jasmine ha muerto. Ha muerto mientras dormía, esta noche. Lo siento.

—No. —Margaret miró a Felicity suplicante—. No puede ser. Me lo prometió.

Las palabras sonaron extrañas; Kincaid sintió un cosquilleo de alarma. Dobló una rodilla al lado de Felicity.

—¿Te lo prometió? ¿Qué prometió Jasmine, Margaret?

Margaret reparó en Kincaid.

—Había cambiado de opinión. Fue un alivio. Yo no habría podido... —Un sollozo entrecortado la interrumpió, y se estremeció—. Jasmine nunca rompería una promesa. Siempre mantenía su palabra.

Felicity había soltado las manos de Margaret, que se agitaban de nuevo en su regazo. Kincaid atrapó una y la mantuvo con la suya.

—¿Qué es lo que Jasmine quería que hicieras?

Ella se quedó inmóvil y lo miró perpleja.

—Pues que la ayudara a suicidarse. —Parpadeó y de sus ojos brotaron las lágrimas, y sus palabras salieron tan bajito que a Kincaid le costó oírla—. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

Felicity se levantó, cogió un tazón de té tibio de la cocina, removió el azúcar y puso con cuidado las manos de Margaret en torno al tazón.

—Bebe, cariño, y te sentirás mejor.

Margaret bebió ávidamente hasta vaciar la taza, sin preocuparse por las lágrimas que corrían por su rostro.

Kincaid cogió una silla del comedor, se sentó frente a ella y aguardó mientras sacaba un pañuelo arrugado del bolsillo y se secaba los ojos. Las pálidas pestañas le daban un aspecto indefenso, como de conejo sorprendido por la luz de una linterna.

—Margaret, dime qué ocurrió exactamente, por favor, me gustaría saberlo.

—Sé quién es —dijo, mientras lo observaba—. Duncan. Es usted mejor de lo que... —Unas manchas rojas tiñeron su piel clara y se miró las manos—. Quiero decir...

—¿Jasmine te había hablado de mí?

Jasmine había mantenido su vida compartimentada a la perfección, pensó Kincaid. A él nunca le había mencionado a Margaret.

—Sólo me dijo que vivía arriba y que a veces venía a verla. Yo le decía que se lo inventaba, como el amigo imaginario de un niño, porque nunca... —las palabras se fundieron en un sollozo y volvió a sacar el pañuelo—... lo había visto.

—Margaret —Kincaid se inclinó hacia delante y le tocó el brazo, llamando su atención para que lo mirara—, ¿estás segura de que Jasmine quería suicidarse? Tal vez lo dijo por decir, como para creer que tenía alguna elección.

—Oh, no —Margaret sacudió la cabeza y le entró hipo—. Cuando llegaron los informes de que la terapia no había salido bien, escribí a Exit. Dijo que no aguantaría las sondas —tubos y enchufes, decía—, que no se sentiría humana...

Margaret se presionó los dedos contra los labios en un esfuerzo por aguantar las lágrimas.

Kincaid se inclinó hacia delante, animándola.

—Bien, sigue.

—Le mandaron toda la información y lo planeamos todo: cuánto tenía que tomar, qué debería hacer exactamente. Anoche, tenía que ser anoche.

—¿Pero cambió de opinión? —la apremió Kincaid, pues no proseguía.

—Vine en cuanto pude salir del trabajo. Me había armado de valor para decirle que no podría hacerlo, pero no me dejó ni acabar: «Es igual, Meg», me dijo, «no te preocupes. Yo también he cambiado de idea». Estaba... diferente... como contenta.

—Margaret lo miró suplicante—. Yo la creí; si no, no la habría dejado sola.

Kincaid se volvió hacia Felicity.

—¿Es posible? ¿Se las puede haber apañado sola?

—Desde luego, con los pacientes que se automedican siempre cabe esa posibilidad —respondió, como si tal cosa—. Es uno de los riesgos de la atención a domicilio.

Estuvieron callados un rato. Margaret estaba sentada con los hombros hundidos, los ojos enrojecidos, apagada: Kincaid suspiró y se frotó la cara, reflexionando. Si hubiera sido el único en oír la confesión de Margaret podía haberla pasado por alto, dejar a Jasmine marcharse sin problemas, en paz. Pero la presencia de Felicity Howarth complicaba las cosas. Ella debía de estar tan al tanto de seguir el procedimiento correcto como él, y no hacer caso de indicios de una muerte sospechosa no era recomendable. Y a pesar de que su propio dolor y su agotamiento le impedían definirlo, en el filo de su conciencia flotaba una sensación de recelo.

Levantó la vista. Felicity lo estaba mirando.

—Supongo —dijo, de mala gana— que tendré que pedir una autopsia.

—¿Usted? —preguntó Felicity, juntando las cejas, y Kincaid se dio cuenta de que no se había presentado.

—Perdone, es que soy policía. Comisario detective de Scotland Yard.

Kincaid tuvo la misma impresión fugaz mientras miraba a Felicity que había tenido cuando encontraron el cuerpo de Jasmine: cara inexpresiva, neutra, como si la hubiera limpiado de todas las emociones.

—A no ser que quiera hacerlo usted —sugirió él, pensando que tal vez la había ofendido arrebatándole su autoridad.

Felicity volvió a prestarle atención y sacudió la cabeza.

—No, creo que es mejor que se encargue usted. —Hizo un gesto indicando a Margaret, que seguía sin reaccionar—. Yo tengo que ocuparme de otras cosas. —Se acercó a ella y le tocó el hombro—. Te acompaño a casa, cariño. Tengo el coche aquí fuera.

Margaret la siguió sin protestar, recogiendo la bolsa de la compra que Felicity le pasaba y estrechándola contra el pecho. En la puerta, se volvió a Kincaid.

—No tenía que estar sola —susurró, y sus palabras casi parecieron una acusación, como si él también fuera en parte responsable.

La puerta se cerró tras ellas. Kincaid se quedó quieto, en el piso en silencio, recordando de pronto que casi llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir. Un lamento agudo rompió el silencio y giró sobre sus talones, con un vuelco en el corazón.

El gato, por supuesto. Lo había olvidado completamente. Cayó sobre las rodillas junto a la cama y se asomó debajo. Unos ojos verdes y brillantes lo miraban.

—Ven, gatito, gatito —lo llamó, lisonjero. El gato parpadeó, y a Kincaid le pareció ver un movimiento que bien pudo ser de la cola—. Ven, gatito, gatito.

Ni caso. Se sintió idiota. Se levantó y se puso a hurgar por la cocina hasta que encontró una lata de comida de gato y un abrelatas. Echó aquella comida asquerosa en un cuenco y lo dejó en el suelo.

—Bueno, gato, ya cambiarás de idea. Yo me voy a casa.

El agotamiento volvía a caer sobre él, pero aún tenía que hacer varias cosas. Miró en la nevera y encontró dos viales de morfina casi llenos. Luego sacó la basura de debajo del fregadero y rebuscó. No había ninguno vacío.

Encontró enseguida la agenda de direcciones de Jasmine, en un compartimento del secreter. Su hermano aparecía con un número de teléfono y una dirección de Surrey. Se metió el libro en el bolsillo y puso una mano en el picaporte de la puerta, pero una idea le hizo parar en seco.

Jasmine era una persona muy metódica. Cuando la visitaba, siempre oía que pasaba el pestillo y la cadena al cerrar. ¿Se habría echado a morir tranquilamente sin asegurar la puerta? ¿En consideración hacia los que llegarán al día siguiente? Sacudió la cabeza: el acceso era fácil por la puerta del jardín y, sin embargo, si hubiera muerto de modo natural mientras dormía, habría cerrado como siempre por la noche.

La duda le irritó, salió al descansillo y cerró la puerta más bruscamente de lo que debía. Entonces fue cuando se dio cuenta de que se había olvidado de buscar una llave.

El sol del mediodía entraba por las ventanas sin cortinas de la parte sur del piso de Kincaid, creando un efecto invernadero sofocante. Abrió la ventana y la puerta del balcón, se quitó la chaqueta y la colocó al fondo del armario de la entrada. Empezó a sudar por las axilas y por encima del labio, y el auricular del teléfono le resbalaba entre los dedos mientras marcaba el número del despacho del juez de instrucción.

Kincaid se identificó y explicó la situación. Sí, habían mandado el cuerpo al hospital porque no había médicos de guardia para extender un certificado de defunción. No, entonces no había puesto en cuestión la causa de la muerte, pero luego se había enterado de algo que la hacía sospechosa. ¿Pediría el juez de instrucción una autopsia al histopatólogo? Sí, suponía que era un requisito oficial. ¿Le informarían de los resultados lo antes posible?

Dio las gracias y colgó, satisfecho por, al menos, haber empezado los trámites. El papeleo podía esperar hasta el día siguiente. Se quedó mirando irresoluto a su alrededor, con miedo a llamar al hermano de Jasmine.

Los platos sucios de hacía días se acumulaban en el fregadero, tazas con posos pegajosos cogían polvo en la mesa de la cocina, y libros y ropa atestaban los muebles. Kincaid suspiró y se hundió en la silla, frotándose la cara, como ausente. Notaba incluso la piel pegajosa y floja por el agotamiento. Al reclinarsse en el respaldo y cerrar los ojos sintió un bulto duro contra el omoplato: su chaqueta, con la agenda de direcciones de Jasmine en el bolsillo del pecho. Sacó el fino cuaderno y se puso a estudiarlo. Era muy propio de Jasmine, pensó, piel verde esmeralda estampada con dragoncitos dorados, elegante y un poco exótica. Cruzó por su mente que tenía que preguntarle dónde la había encontrado, pero sacudió la cabeza. Sin embargo, debía asumirlo.

Hojeó las páginas de borde dorado, que fluyeron como alas de mariposa, y entrevió la letra minúscula de puño de Jasmine. Los nombres saltaron hacia él: Margaret Bellamy, con una dirección en Kilburn; Felicity Howarth, Highgate. A Theo lo encontró en la T, sólo el nombre de pila y la dirección.

Volvió a marcar los números, esta vez más despacio. El teléfono daba una señal distante, y casi había renunciado cuando una voz de hombre contestó:

—Bagatelas.

—¿Cómo dice? —dijo Kincaid, sobresaltado.

—Bagatelas, ¿dígame? —Esta vez la voz sonó un poco molesta.

—¿Señor Dent? —preguntó Kincaid, tomando coraje.

—Sí, ¿qué desea? —La molestia se convirtió en claro fastidio.

—Señor Dent, me llamo Duncan Kincaid. Vivo en el edificio de su hermana, Jasmine. Siento mucho tener que comunicarle que murió anoche. —El silencio sepulcral al otro lado de la línea duró tanto que Kincaid dudó que el hombre siguiera allí—. ¿Señor Dent?

—¿Jasmine? ¿Está seguro? —Theo Dent parecía perplejo—, claro que está seguro —prosiguió con algo más de fuerza—. Qué pregunta tan idiota. Es que... No me esperaba...

—Ya, nadie...

—Lo ha pasado... es decir, ha tenido...

Kincaid respondió con suavidad.

—Parecía muy serena. Señor Dent, debería usted venir para arreglar las cosas.

—Ah, por supuesto. —Un plan de acción pareció impulsarlo a una eficiencia inconexa—. ¿Adónde la han...? ¿Dónde está? No puedo salir antes esta tarde. Tengo que cerrar la tienda, y no conduzco. Tengo que coger el tren en...

Kincaid lo interrumpió.

—Si quiere nos podemos ver aquí, en el piso, y entonces le daré los detalles.

No quería explicarle por teléfono que tal vez retrasaran el funeral.

Theo soltó un audible suspiro de alivio.

—¿En serio? Se lo agradezco mucho. Cogeré el tren de las cinco. ¿Vive usted encima o debajo? Jasmine nunca me...

—Arriba.

La ignorancia de Theo no le sorprendió, al fin y al cabo él tampoco sabía que Jasmine tuviera un hermano.

Colgaron y Kincaid cerró los ojos por un momento: la peor de sus responsabilidades había terminado. No había sido tan terrible como creyera. El hermano de Jasmine pareció más sorprendido que dolido. Tal vez no se llevaran bien, aunque se daba cuenta de que el silencio de Jasmine sobre un tema no era necesariamente indicativo. Se sentía demasiado confuso para pensar claramente en ello y se dirigió a la cocina. Miró en la nevera: huevos, un tomate arrugado, un trozo de queso sospechoso y varias latas de cerveza. Abrió una cerveza y tomó un sorbo; después, hizo una mueca y volvió a dejarla.

Llevaba ya la camisa medio desabrochada, de camino al dormitorio, cuando llamaron a la puerta con los nudillos —dos golpecitos secos, perentorios—. Kincaid abrió la puerta y parpadeó. No estaba acostumbrado a ver al comandante Keith si no era con su mono de jardinero, pero ahora estaba muy elegante: traje de *tweed* con corbata de rigor, zapatos lustrados brillantes como patenas, gorra cuidadosamente doblada en la mano, y la preocupación que asomaba a su redondo rostro.

—¿Comandante?

—Acabo de hablar con el cartero. Dice que ha visto una ambulancia salir del edificio cuando ha pasado antes y me he preguntado... Nadie ha contestado en el piso de abajo, ahora mismo. ¿Está bien?

¡Dios! Kincaid se dejó caer contra el quicio de la puerta. ¿Cómo había olvidado que el comandante no se había enterado? Y eran amigos, no sólo meros conocidos; sus reconfortantes visitas de tarde, al menos, eran algo que Jasmine sí le había contado. «No estoy muy segura de que se puedan llamar “charlas”», decía riendo. «Nos quedamos ahí sentados, como dos perros viejos al sol».

Kincaid se recompuso, consciente de que en su cara tenía impresa la consternación.

—Pase, comandante, por favor.

Dejó entrar al comandante y le indicó una silla con un gesto vago, pero el comandante se volvió y se quedó en pie, frente a él, aguardando. Tenía unos ojos intensos, azul pálido, sorprendentes.

—Debió usted decírmelo —dijo, por fin. Kincaid suspiró.

—Esta mañana no ha abierto la puerta a su enfermera. He llegado en aquel momento y he forzado la cerradura. La hemos encontrado en la cama, parecía haber muerto en paz mientras dormía.

El comandante asintió y Kincaid no pudo descifrar la expresión que cruzó por su rostro.

—Era una buena chica, a pesar de... —se interrumpió y miró a Kincaid. Su deje escocés se hizo más pronunciado—. En fin, ahora ya es igual. ¿Se encarga usted de todo, pues?

Otra suposición de intimidación con Jasmine que no creía merecer, pensó Kincaid con curiosidad.

—Temporalmente, al menos. Su hermano llega esta tarde.

El comandante se limitó a asentir y se volvió hacia la puerta.

—Le dejo que siga.

—Comandante —Kincaid lo detuvo cuando alcanzaba la puerta—, ¿Jasmine le había mencionado alguna vez a su hermano?

El comandante se volvió mientras se ponía la gorra sobre el ralo cabello que le cruzaba el cráneo. Pensativo, se tocó los pelos grises que tenía sobre, el labio superior, como la paja de un tejado.

—Pues, ahora mismo no sé. No hablaba mucho. En una mujer, eso es de admirar.

Se formaron arrugas en torno a sus ojos azules.

Kincaid miró cómo el comandante bajaba las escaleras; cerró la puerta y se apoyó en ella por dentro. Ni siquiera trabajar toda la noche en un caso justificaba sus piernas pesadas y la cabeza embotada. La conmoción, supuso, el recurso de la mente para mantener a raya el dolor.

Corrió la cadena de la puerta, pasó el cerrojo y levantó el auricular al pasar junto al teléfono. Entró en el dormitorio mientras se desnudaba. Las moscas, pesadas, entraban y salían por la ventana abierta. Una franja de sol cruzaba la cama en diagonal, tan sólida como una piedra. Kincaid cayó en ella y se quedó dormido antes de tocar con la cara las arrugadas sábanas.

* * *

La temperatura bajó rápidamente en cuanto el sol se puso y Kincaid se despertó al percibir el aire frío en la piel. El pedazo azul que veía por la ventana del sur todavía abierta era ahora carbón apenas teñido de rosa. Rodó panza arriba, miró el reloj, soltó un juramento y saltó de la cama en dirección a la ducha.

Al cabo de quince minutos se ponía unos tejanos y un jersey, y aún se estaba pasando un peine por el cabello húmedo, cuando sonó el timbre. Todas sus expectativas en torno a una versión masculina de Jasmine Dent se deshicieron en cuanto abrió la puerta.

—¿Señor Kincaid? —La pregunta era vacilante, como si tuviera miedo de un desaire.

Kincaid lo observó, advirtiendo que sólo el rostro ovalado y la menuda estructura ósea representaban todo el parecido con Jasmine. Theo Dent tenía una capa extra de grasa en todo el cuerpo, un halo de rizos castaños, gafitas redondas estilo John Lennon, y unos ojos más azules que castaños.

—Señor Dent —Kincaid tendió la mano y Theo le dio un rápido apretón. Tenía la palma húmeda y a Kincaid le dio la impresión de que temblaba.

—¿Tiene usted llave de casa de su hermana, señor Dent?

—No, lo siento —dijo Theo sacudiendo la cabeza.

Kincaid reflexionó.

—Pues pase usted mientras busco una cosa.

Dejó a Theo en pie con las manos juntas delante de sí, meciéndose sobre los talones, en tanto que él revolvía los cajones de su escritorio. Cuando trabajaba en Robos uno de sus empleados le dio un juego de ganzúas que nunca había podido usar.

Cogió la anilla de delicados alambres y salió al salón. Theo arqueó las cejas inquisitivo por encima de sus gafas.

—Cuando he cerrado antes no se me ha ocurrido buscar una llave —dijo Kincaid por toda explicación—. Éstas deberían funcionar.

—Pero, ¿cómo...?, o sea, ha sido usted quien ha encontrado...

—Sí. Esta mañana lo he hecho con menos elegancia, todo hay que decirlo. Con un clip.

Si Theo se extrañó de que Kincaid tuviera un juego de ganzúas, no preguntó nada.

Bajaron las escaleras y Kincaid abrió la cerradura en un abrir y cerrar de ojos. Al entrar y apartarse, rozó con el brazo a Theo y notó un temblor que lo recorría. Hizo una pausa y tocó el hombro de Theo.

—Mire, da igual, aquí no hay nada que ver. No tiene por qué entrar si no quiere. Es que pensé que querría ver sus papeles.

Theo lo miró, con un sincero parpadeo de sus ojos azules.

—No, tengo que entrar. Debo hacerlo. Perdone que sea tan tonto.

Adelantó a Kincaid y se adentró en el piso de Jasmine. Su impulso lo llevó al centro del salón, donde se detuvo, con los brazos colgando a los lados. Miró los objetos de su hermana, de jade y de cobre, las telas de colores brillantes y la impecable cama de hospital que ocupaba demasiado espacio.

Para consternación de Kincaid, las lágrimas comenzaron a deslizarse por debajo de las gafas y a correr irrefrenables por el rostro de Theo. En medio de las pertenencias de su hermana, parecía a la vez patético e incongruente; la chaqueta de *tweed* sobre la camisa de raya diplomática y los tirantes rojos era casi como una parodia del modo de vestir inglés. A Kincaid le recordó un osito vestido en un escaparate.

—Por aquí. —Cogió a Theo del brazo, quien se dejó guiar por el salón hasta una silla—. Siéntese.

Buscó pañuelos de papel en la mesilla de noche, y al ver el libro y las gafas de leer de Jasmine tan bien puestos junto a la caja, tuvo una sensación de vacío él también.

—Jasmine tenía *whisky* en el aparador —dijo, tendiéndole los pañuelos a Theo—. Le irá a usted bien. Nos irá bien a los dos.

Theo sacudió la cabeza.

—No suelo beber. —Hizo una inspiración, se quitó las gafas y se secó la cara, luego se sonó la nariz—. Pero supongo que una copita no me hará daño.

Kincaid sirvió un dedo de *whisky* en dos copitas y le pasó una a Theo.

—Salud.

—Gracias. Trátame de tú, por favor. En estas circunstancias, cualquier otra cosa suena absurda. —Bebieron en silencio durante un rato y Theo recuperó un poco el color. Hundió la cara en el pañuelo de papel y se sonó, luego se sacó del bolsillo un pañuelo arrugado y se dio unos toquitos en la punta de la nariz.

—Es que no me lo creía —dijo Theo de pronto, como si continuara una conversación que Kincaid no había empezado— hasta que he llegado y he visto el piso vacío y la cama aquí, en el salón. No sabía nada de la cama.

Kincaid frunció el ceño. Jasmine había encargado la cama de hospital hacía varios meses.

—¿Cuánto hace que no veías a tu hermana?

Theo tomó otro sorbo de *whisky* y pensó la respuesta.

—Creo que seis meses. Más o menos. —Observó la mirada de sorpresa de Kincaid—. Pero no te lleves una mala impresión... ¿cómo has dicho que te llamas? No he asimilado nada cuando me has llamado.

—Duncan.

Theo hizo una inclinación de búho con la cabeza y Kincaid pensó que no había exagerado en su poca tolerancia al alcohol.

—Duncan, no es que no quisiera ver a mi hermana, sino que ella no me quería ver a mí. O mejor dicho —se inclinó hacia delante y agitó su copa ante Kincaid con énfasis—, no quería que la viera a ella. Cuando supo que estaba enferma no me animó a visitarla. —Theo se apoyó en el respaldo y suspiró—. ¡Dios mío! ¡Qué cabezota era! Yo la he llamado todas las semanas. Una vez, cuando llamé y le supliqué que me dejara venir a verla, me dijo: «Theo, estoy perdiendo el cabello, no quiero que me veas así». No me la imagino sin. ¿Estaba...?

—Lo perdió, pero le volvió a crecer cuando interrumpieron el tratamiento. Espeso y oscuro, como el de un chico.

Theo se quedó pensativo, mientras asentía.

—Siempre lo había llevado largo, desde que era niña. La enorgullecía mucho.

Guardó silencio y cerró los ojos tanto rato que Kincaid empezó a pensar que se había quedado traspuesto. Ya había alargado la mano para quitarle la copa que oscilaba en la de Theo, cuando éste abrió los ojos y prosiguió, como si no hubiera hecho ninguna pausa.

—Jasmine siempre ha cuidado de mí. Nuestra madre murió cuando nací, nuestro padre cuando yo tenía diez años y Jasmine quince. Pero papá servía de poco. En realidad siempre estuvimos los dos solos. —Theo dio otro sorbo a su bebida y se volvió a secar la punta de la nariz con el pañuelo—. Me dijo que el tratamiento la había ayudado, que estaba mejor. Debí haberlo comprendido. —Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió y habló, sus palabras sonaron amargas de pronto—. Creo que no soportaba no estar por encima, no ser ella quien llevara las riendas. Me ha arrebatado mi única ocasión de devolverle el favor, de cuidarla como ella había hecho conmigo.

—Sin duda no quería hacerte sufrir —dijo Kincaid con suavidad.

Theo inspiró.

—Tal vez. Pero no habría sido peor que esto... Este modo de dejar las cosas sin acabar.

Kincaid juzgó inoportuno ofrecerle otra copa, así que recogió la copa vacía de Theo y la suya propia y las lavó en la cocina. Sintió inesperadamente que también él sentía la cabeza ligera, y recordó que lo último que había comido fueron unos bocadillos rancios, de madrugada, en su escritorio. La voz de Theo interrumpió sus pensamientos antes de que se centraran obsesivamente en la comida.

—Lo más raro de todo es que me había llamado ayer —raro de por sí, pues casi siempre aguardaba a que fuera yo quien llamara— para decirme que quería verme

este fin de semana. Yo pensé que estaba mejorando. Me pareció que estaba bien. Quedamos para el domingo, pues yo no puedo cerrar la tienda el sábado.

Una mala jugada para un hermano, si es que pensaba suicidarse, se dijo Kincaid, pero no la creía capaz de tanta malicia. Con todo, ¿qué sabía él de la relación que tenían, o qué sabía de Theo, en el fondo? Se volvió y se apoyó en el fregadero, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué es lo que vendes? Jasmine nunca me lo dijo.

Theo sonrió.

—Trastos viejos, en realidad. Cosas no tan viejas como para considerarse antigüedades y no lo bastante caras como para considerarse mucho más. De todo, desde botones hasta mantequilleras. —Se entristeció—. Jasmine me ayudó a empezar. —Se puso en pie y caminó, inquieto, por la habitación, tocándolo todo. Sacudió la cabeza, luego se volvió hacia Kincaid con un elefantito de porcelana del escritorio de Jasmine en la mano—. ¿Qué hay que hacer ahora por Jasmine? Habrá que arreglar cosas... No sé por dónde empezar. ¿Tú sabes lo que quería? —Theo frunció la frente y continuó antes de que Kincaid hablara—. ¿Eras muy amigo de mi hermana? Lo siento, estaba tan encerrado en mí mismo que... No me he dado cuenta. Habrá sido muy difícil para ti.

Kincaid no estaba preparado para la compasión.

—Sí —dijo, respondiendo tanto a la pregunta como a la afirmación, luego tomó aire y se irguió: no podía postergarlo indefinidamente—. Era amigo de Jasmine, pero también soy policía. Cuando la enfermera de Jasmine y yo la hemos encontrado esta mañana, hemos supuesto que había muerto por causas naturales. Luego ha llegado Margaret, la amiga de Jasmine, y nos ha dicho que había accedido a ayudarla a suicidarse.

Los pasos de Theo lo habían llevado de nuevo a la silla. Se dejó caer de repente, como si le hubieran cortado las piernas.

—¿Suicidarse?

—Margaret dice que Jasmine le aseguró ayer que lo había pensado mejor, pero ahora cree que Jasmine sólo quería librarla a ella del compromiso.

—¿Pero por qué? ¿Por qué iba a matarse?

—Tal vez no quisiera depender tanto de nadie, o sufrir más de la cuenta.

—Claro. Qué estúpido. —Theo miraba como sin ver y acariciaba ausente el elefante de porcelana que todavía llevaba cogido—. Sería muy propio de ella.

—Le he pedido al juez de instrucción una autopsia. —Al ver la expresión estupefacta de Theo, Kincaid explicó—: En una situación como ésta, es necesario entender exactamente lo ocurrido.

—¿Ah, sí? —preguntó Theo, todavía perplejo.

—Bueno, es el procedimiento habitual cuando cabe alguna duda sobre la causa de la muerte. —A Kincaid le pareció que la segunda sorpresa había dejado a Theo sin capacidad de reaccionar, y probablemente el *whisky* no ayudaba—. Me temo que el

entierro tendrá que esperar a más tarde. Tal vez tú puedas ponerte en contacto con su abogado. —Theo lo miró sin expresión—. ¿Sabes cómo se llama su abogado?

Theo hizo un esfuerzo por rehacerse.

—Thomas... Thompson... Pero no estoy seguro. —Se levantó, todavía con el elefante en la mano—. Oye, has sido muy amable. ¿Te importaría encargarte de todo un poco más de tiempo? Creo que quiero irme a casa.

Kincaid se preguntó si lo lograría.

—¿Te acompaño a la parada de metro?

Theo sacudió la cabeza.

—No, estoy bien, de verdad. —Se levantó, y al tender la mano a Kincaid reparó en el elefantito—. Era mío de pequeño —dijo, como respuesta a la mirada inquisitiva de Kincaid—. Se lo regalé a Jasmine cuando me mudé por primera vez. Supongo que no me parecía moderno, o que no era de adultos. —Dio un bufido como de autocrítica y devolvió el elefante con mucho cuidado a su sitio en el escritorio de Jasmine—. ¿Me llamarás? —preguntó, volviéndose a Kincaid y dándole un apretón de manos.

—Sí, en cuanto sepa algo.

Theo se dio la vuelta y salió, dejando a Kincaid en una dudosa posesión del piso de Jasmine.

* * *

Kincaid se quedó allí plantado un momento, poniendo en orden sus ideas, determinado a hacer caso omiso de los ruidos de su estómago durante un rato más. La revelación de Theo Dent según la cual Jasmine pensaba verlo ese fin de semana, tras un lapso de seis meses, le preocupaba todavía más. ¿Habría mentido Jasmine tanto a Margaret como a Theo? En el caso de Margaret, el motivo podía ser la delicadeza, pero desde luego no en el caso de Theo.

Kincaid se metió las manos en los bolsillos y suspiró, paseando la vista por aquella estancia familiar. Le parecía que la callada presencia de Jasmine había proporcionado un ancla a más de una vida. Margaret y Theo se habían lamentado: «¿Qué voy a hacer ahora?», como niños indefensos y abandonados, pero no tenía idea de lo que Jasmine había sentido por ellos; ni por nadie, en realidad. Su presencia era ya tan evasiva como el humo, y eso que creía haberla conocido bastante bien.

Fue a la pila de la cocina, con el propósito de secar y guardar las copas de *whisky*. Tocó algo con el pie y bajó la vista, curioso. Era el cuenco de comida que había puesto aquella mañana al gato, intacta, seca y con una costra.

—¡Maldita sea! —masculló. Se le había olvidado el gato. Quería hablarle de él a Theo, esperando que se lo llevara a casa o que se hiciera cargo de él.

Se arrodilló y se asomó debajo de la cama de Jasmine. La sombra oscura y abultada del gato le recordó exactamente dónde lo había visto la última vez, y se preguntó si se habría movido.

—Minino, minino, minino —lo llamó, causando tan poca respuesta como antes. Kincaid volvió a la cocina, tiró la comida seca a la basura y llenó de nuevo el cuenco. Empujó su ofrenda lo más dentro que pudo y se quedó apoyado sobre codos y rodillas, contemplando al gato. Se sentía culpable e impotente ante el duelo que vivía aquel animal, pero no tenía experiencia con gatos.

—Mira —le dijo al gato—, por ahora, no puedo hacer más. Si comes o no, es cosa tuya. No voy a seguir llamándote minino ni voy a llamarte Sidhi ni nada por el estilo. —El gato cerró los ojos, Kincaid no supo si de relajación o de aburrimiento—. Sid, a partir de ahora serás Sid a secas, ¿vale?

Quien calla otorga, así que se levantó, sacudiéndose las rodillas.

Debía encontrar una llave. Si tenía que seguir cuidando del gato no podía seguir jugando a ladronzuelo aficionado. ¿Dónde habría metido las llaves Jasmine? Pensó que no las habría usado mucho desde que enfermó, pero tenían que estar en algún lugar accesible. El pequeño secreter parecía lo más adecuado, y no tardó más que unos minutos en dar con ellas. La llave, sola, pendía de un llavero de cobre con un monograma y estaba metida en una caja de madera llena de cosas que había sobre la mesa.

Cuando se dio la vuelta, llamó su atención algo coloreado en un compartimento del secreter. Se trataba de una agenda semanal de las que venden en las tiendas de los museos, cada página era una semana e iba acompañada por un cuadro de Constable. Hojeó los meses recientes y encontró visitas a la clínica, cumpleaños, y su propio nombre con creciente regularidad. En el mes de marzo empezó a ver anotaciones botánicas: la floración de la japónica y la forsitia, de los narcisos, y cuando pasó a abril la floración de las peras y las ciruelas, y los tulipanes del jardín. Todas eran plantas visibles desde las ventanas del piso, y Kincaid intuyó que aquel no era un ritual anual de Jasmine, sino más bien un catálogo de su última primavera. En el día de ayer, junto a *Vista desde Hampstead Heath* de Constable, había escrito: «¿Theo domingo?», y luego, con letra muy pulcra: «Cumpló 50 años».

Él no lo sabía.

Aquella mañana de sábado, Kincaid se despertó despacio, algo soñoliento pero satisfecho, hasta que recordó de pronto. La sensación de desamparo cayó sobre él pesadamente, oprimiendo su pecho. Intentó darse ánimos, sacudió la cabeza como un nadador que emerge de aguas profundas.

Si había soñado, no tenía conciencia de ello, pero tenía la mente despejada, y sintió que había tomado una decisión durante el sueño. Si el patólogo le informaba de que Jasmine había muerto por causas naturales, sus sospechas quedarían apartadas. Pero si no, sentía que debía estar mejor preparado. El suicidio era la explicación más obvia; no tenía ninguna razón concreta para sentirse incómodo con ella, pero lo estaba. Tal vez estaba sintiéndose culpable de llevarse el trabajo a casa, o de ver violencia en la muerte natural y pacífica de una amiga. O tal vez se resistía a la idea del suicidio porque lo hacía sentirse culpable, como si le hubiera fallado. Pero cualquiera que fuera el origen de su desasosiego, Kincaid había aprendido de la experiencia a confiar en su instinto, y había algo en la muerte de Jasmine que no le cuadraba.

El fin de semana le daría un periodo de gracia. Estaba de permiso, y el piso de Jasmine era el lugar más lógico por donde empezar. Sin embargo, le pareció que la idea de hurgar entre los efectos personales de Jasmine lo deprimiría. Aunque Theo le había dado carta blanca, tenía la desagradable sensación de invadir su intimidad.

En su mente apareció el rostro abierto y pecoso de su sargento. Ella también estaba de permiso ese fin de semana. La llamaría y le pediría ayuda. Sus fisgoneos parecerían menos personales, y el buen juicio y el dinamismo de Gemma le impedirían pensar demasiado. Dio la vuelta en la cama y alcanzó el teléfono.

Gemma parecía extrañamente malhumorada hasta que reconoció su voz. E incluso entonces, vaciló cuando le explicó lo que quería, pero él pensó que dudaba a causa de su hijo pequeño y le aseguró que podría llevarlo consigo.

Satisfecho con la decisión, se levantó y se dirigió hacia la cocina para tomar café. Al ver su salón se paró en seco, al tiempo que lo asaltaba algo parecido al pánico. Aunque Gemma le había acompañado o recogido en alguna ocasión, nunca había estado en su casa. Pensaría de él que era un vago redomado si veía aquel desastre. Se imponía una limpieza a fondo.

Gemma James encontró aparcamiento para su Ford Escort delante de la casa de Kincaid hacia media mañana. Apagó el motor y se quedó un momento escuchando. El silencio de Carlingford siempre la sorprendía. En su casa de Leyton, el ruido del tráfico de Lea Bridge Road nunca dejaba de sonar como un rugido de fondo. Debían de ser las sólidas construcciones victorianas, pensó mientras miraba las fachadas todavía en sombra de las casas. Eran de ladrillo rojo, rescatadas de la severidad por los marcos blancos de las ventanas, y de la monotonía por las puertas de colores brillantes.

Toby comenzó a retorcerse en su sillita y ella se volvió un poco molesta, lo desató e hizo una mueca cuando se puso a saltar en su regazo.

—¡Uf! —dijo ella, y él rió encantado—. Dentro de poco vas a pesar demasiado para que te coja en brazos. Voy a tener que dejar de darte de comer.

Le hizo cosquillas hasta que chilló, luego enlazó con los brazos su cuerpecito gordezuelo y le dio un beso en el pelo liso y claro. A sus dos años, ya empezaba a parecer un niño más que un bebé, y ella lamentaba cualquier violación del tiempo que tenía para estar juntos.

El disgusto se le había pasado. ¿Es que el comisario detective Duncan Kincaid pensaba que no tenía nada mejor que hacer el sábado que ayudarlo con no sé qué problema personal? Frunció las cejas, reconociendo que su reticencia se debía más a su dificultad de cruzar la línea cuidadosamente trazada entre lo profesional y lo personal que a la petición de él. En realidad, había ido porque la halagaba que hubiera pensado en ella, y porque sentía curiosidad.

Kincaid abrió la puerta y la miró, agradablemente sorprendido.

—Dijiste «personal» —le recordó ella secamente, mirándose la camiseta de color tostado, que tenía la ilusión de que le hacía el cabello más cobrizo que pelirrojo, la falda de algodón estampada y las sandalias.

—Mejor. Gemma al natural. —Sonrió y luego hizo volar a Toby por el aire.

—Tú tampoco eres ningún ejemplo de elegancia indumentaria —dijo ella, mirando con mordacidad sus tejanos gastados y su camiseta Phantom.

—Cierto, es que he estado poniendo orden en tu honor.

Dio un paso atrás e hizo un gesto de invitación al piso con una reverencia burlona.

—Qué bonito —dijo Gemma, y oyó el eco de la sorpresa en su voz. Las paredes pintadas de blanco para aumentar la luminosidad de las ventanas expuestas al sur, muebles daneses de madera clara con cubiertas multicolores de algodón, una estantería con libros y otra con un equipo estéreo y pósteres enmarcados de London Transport: el conjunto resultaba alegre y acogedor, y revelaba a un hombre seguro de su gusto.

—¿Qué esperabas, un piso de soltero cutre con muebles recogidos de la basura?
—Kincaid parecía satisfecho.

—Supongo. La idea de decoración de mi marido era quitar las etiquetas a los cajones de embalar —dijo Gemma un poco ausente, con la atención en el verdadero atractivo de la habitación, la vista de los tejados del norte de Londres a través de las puertas del balcón. Cruzó la estancia como tirada por un hilo invisible y Kincaid se apresuró a abrirle la puerta. Salieron juntos, Gemma asiendo, automáticamente, los tirantes de Toby con la mano.

Su deleite y su envidia debieron aflorarle al rostro, pues Kincaid dijo, contrito:

—Tenía que haberte invitado a subir antes.

Gemma consideró que el balcón era a prueba de Toby y lo soltó, se apoyó en la barandilla con los ojos cerrados y la cara dirigida hacia el sol. Tuvo allí una sensación de paz, de retiro, que nunca había tenido en su casa. No le extrañaba que Kincaid la custodiara celosamente. Suspirando, se volvió hacia él y lo encontró mirándola.

—No me habrás llamado para que venga a ver el paisaje. ¿Qué pasa?

Kincaid le explicó las circunstancias de la muerte de Jasmine, y más vacilante, sus dudas. Mientras hablaba, observaba a Toby, que excavaba alegremente con un palo la tierra de su única maceta de pensamientos.

—Soy un estúpido, pero siento cierta responsabilidad, como si la hubiera defraudado.

A la claridad del día, Gemma se fijó en las ojeras y las arrugas que le marcaban la boca. Volvió a mirar por encima del tejado, pensativa.

—¿Erais muy amigos?

—Sí, al menos eso creo yo.

—Bueno —Gemma se apartó del panorama de mala gana— vamos a echar un vistazo, ¿no?

—Luego os invito a Toby y a ti a almorzar al *pub*, y después a dar un paseo por el parque, ¿vale? —propuso con tono ligero, pero Gemma percibió cierta súplica, y se le ocurrió que su superior, normalmente tan controlado, temía pasar solo aquel día.

—¿Es un soborno?

Él sonrió.

—Si tú quieres.

* * *

Lo primero que advirtió Gemma en el piso de Jasmine Dent fue el olor, difícil de detectar, dulce y especiado al principio. Arrugó la nariz, tratando de situarlo, luego su rostro se iluminó.

—Es incienso. No lo había olido desde que iba al colegio.

Kincaid se quedó perplejo.

—¿Qué?

—¿No notas el olor?

Él olió y negó con la cabeza.

—Estaré acostumbrado.

Gemma sofocó una ilógica oleada de celos ante la idea de que hubiera pasado tantas horas en aquel piso con una mujer de la que ella nada sabía. No era asunto suyo lo que hacía o dejaba de hacer.

Miró a su alrededor mientras mantenía un ojo vigilante sobre Toby. La acumulación de toda una vida, pensó, de una mujer a quien le gustaban los objetos, sus colores y texturas y su procedencia más que su valor material.

En una pared había grabados y Gemma se acercó para estudiarlos. El del centro era una fotografía color sepia de Eduardo VIII de joven en uniforme de escolta, sonriente y apuesto, mucho antes de sus preocupaciones por su relación con la señora Simpson y de la abdicación. ¿Un recuerdo de los padres de Jasmine, tal vez? A su lado, un delicado grabado color dorado claro que retrataba a dos príncipes indios con turbante, montados en elefantes y cargando uno contra el otro, con sus ejércitos formados detrás de ellos. El artista no parecía tener conocimientos de perspectiva, y los elefantes parecían flotar en el aire, dando a toda la composición un aspecto estilizado y caprichoso.

Gemma se dirigió a la ventana del salón y pasó los dedos ligeramente por los elefantes tallados en madera que desfilaban por el alféizar.

—¿Verdad que los elefantes traen suerte? Ven, Toby, mira esto. ¿A que son bonitos? —se volvió hacia Kincaid y preguntó—. ¿Crees que puede jugar con ellos? Parecen bastante fuertes.

—Por qué no.

Se acercó a ella y levantó la ventana de guillotina, se asomaron juntos y miraron hacia abajo, al jardín.

—¡Ohhh!

Gemma soltó la exclamación cuando vio el cuadrado de hierba verde esmeralda, suave como un campo de golf, bordeado por filas de tulipanes de colores, coronados por forsitias y por los brotes de los ciruelos.

—¡Qué bonito! —Pensó en su parterre reseco, casi siempre más barro que hierba, y miró a Toby, ocupado en alinear los elefantes trompa con cola—. ¿No podría...?

—Mejor que no —Kincaid sacudió la cabeza—. Si acaso, cuando podamos bajar con él. Si pisa los tulipanes, el comandante se lo come. —Hizo una mueca y revolvió el cabello claro de Toby—. ¿Crees que deberíamos dividirnos...?

Entonces oyeron el maullido, apenas audible incluso en el silencio del piso. Se volvieron y vieron salir al gato negro de debajo de la cama de Jasmine y encogerse, dispuesto a retirarse.

—¡Un gato! No me habías dicho que tuviera un gato.

—Siempre se me olvida —dijo Kincaid, un poco avergonzado.

Gemma se arrodilló y lo llamó. Tras vacilar unos instantes, el gato dio unos pasos hacia ella y Gemma lo atrajo hacia sí, cogiéndolo por la barbilla.

—¿Cómo se llama?

—Sid. A mí no me hace ni caso —dijo, molesto.

—Tal vez mi voz le recuerde a la de ella —aventuró Gemma.

Kincaid se arrodilló para ver la comida que había metido bajo la cama.

—Pero todavía no ha comido.

—No me extraña —Gemma arrugó la nariz asqueada ante la comida endurecida —, hay que darle algo mejor.

Dejó al gato en el suelo y rebuscó por los armarios de la cocina hasta que encontró una lata de atún.

—Esto funcionará.

Abrió la lata y puso una cucharada de atún en un plato limpio, luego lo colocó delante del gato. Sidhi olisqueó y la miró, luego abordó el plato y probó un mordisco.

Kincaid se había alejado hacia el salón mientras tocaba objetos, ausente, antes de pasar a otra cosa.

Así no vamos a ninguna parte, se dijo Gemma por lo bajo, recordando su habitual actitud decidida. Ahora no vería una rueda de molino en medio del comedor, ¿verdad, Sid?

El gato hizo caso omiso de ella, concentrado como estaba en la comida.

Kincaid se detuvo frente a la sólida librería de roble y contempló los lomos como si fueran a revelar algo si los miraba fijamente. Los libros estaban muy comprimidos en los estantes, ocupando todo el espacio posible. Gemma llegó a su lado y echó un vistazo a los títulos. Scott, Forster, Delderfield, Galsworthy, una colección encuadernada en piel muy gastada de Jane Austen...

—No hay ninguno nuevo —observó Gemma con extrañeza—. Ni ediciones económicas, ni superventas, ni libros de amor o de misterio.

—Releía éstos. Eran como viejos amigos.

Gemma lo miró mientras él observaba los libros, decidiendo tomar las riendas de la situación.

—Mira, tú empiezas por el escritorio, ¿vale? Y yo registro el dormitorio.

Kincaid asintió y se acercó al secreter. Se sentó en la silla, que parecía demasiado delicada para aguantar su cuerpo de metro ochenta, y abrió la tapa, expeditivo.

El pequeño dormitorio de Jasmine daba al norte, a la calle, y Gemma encendió la lámpara de pantalla del tocador. La habitación tenía una estrecha cama individual con una colcha bien tirante, el tocador, una mesilla y un pesado armario. Al contrario que el salón, no reflejaba nada de la personalidad de su propietaria. Gemma percibió que la habitación se usaba sólo para dormir y guardar cosas, no estaba habitada del mismo modo que el resto del piso.

Empezó por el tocador mientras se abría paso suavemente entre capas de ropa interior y botes medio vacíos de cosméticos. En el cajón de más abajo, debajo de la ropa interior y de las medias, había un marco boca abajo. Gemma lo levantó y le dio la vuelta. Una joven de ojos oscuros la miraba desde una foto en blanco y negro. Quitó la parte trasera del marco y examinó el reverso de la foto. Ponía, en pulcras letras a lápiz: «Jasmine, 1962». Gemma volvió a mirar la foto. El cabello oscuro era largo y liso, con raya en medio; el rostro, ovalado y pequeño; la boca con un asomo de sonrisa por algún secreto no compartido con el observador. A pesar de la fecha del dorso, la chica parecía antigua, podría servir de modelo para una *madonna* renacentista.

Gemma abrió la boca para llamar a Kincaid, pero dudó y volvió a dejar con cuidado la foto encima de todo del cajón, boca abajo.

Fue hasta el armario y abrió las pesadas puertas. Casi todo eran buenos trajes de chaqueta, vestidos y algunos caftanes de seda. Gemma pasó admirada la mano por los tejidos, luego levantó los pantalones y jerseys de los cajones.

El estante superior del armario tenía filas de cajas de zapatos. Gemma se quitó los suyos para encaramarse al estante inferior y levantó la tapa de una de las cajas para mirar dentro. Luego se apresuró a sacar las cajas del estante y a ponerlas en la cama, quitándoles las tapas.

—Jefe, ven a ver esto.

Él apareció en el umbral, sacudiéndose las manos.

—¿Qué hay?

—Cuadernos escritos. Un montón, todos distintos. —Gemma abrió uno y le mostró las páginas cubiertas con la misma letra pulcra, minúscula, que había visto en el dorso de la foto. De pronto, fue consciente de la proximidad de él en el cuartito, de su respiración apresurada, del olor de loción para después del afeitado y de la calidez de su piel. Dio un paso atrás y dijo, más alto de lo que quería:

—Por lo visto, Jasmine escribía un diario.

Ordenaron las cajas, controlando la fecha en la primera página de cada una.

—1952 es la fecha más antigua que he encontrado —dijo Gemma, frotándose la nariz que le picaba por el polvo. Tenía los dedos secos y apergaminados.

Kincaid calculó por un instante.

—Tendría diez años.

Prosiguieron en silencio, hasta que Kincaid levantó la vista y frunció el ceño.

—Lo último parece de hace una semana.

—¿Has encontrado algo en el salón?

Él sacudió la cabeza.

—No.

—¿Crees que ha dejado de escribir porque sabía que iba a morir? —aventuró Gemma.

—¿Alguien que ha tenido toda su vida la costumbre de escribir sus pensamientos? Me parece improbable.

—¿O acaso —prosiguió Gemma, despacio— han desaparecido?

* * *

Se sentaron en el jardín de Freemason's Arms, a comer pan moreno con queso y encurtidos y beber cerveza. Tuvieron que esperar para sentarse en una de las mesitas de plástico blanco, pero creyeron que valdría la pena, tanto por el sol como por la vista, a través de Willow Road, del parque.

Toby había destrozado un panecillo de queso blando y casi todas las patatas chips de su ración, y se había sentado en la hierba, a sus pies. Sacaba cosas del bolso de Gemma, murmurando para sí el inventario: «llaves, palo, caballo de Toby», y sacó un maltratado caballo de peluche para inspeccionarlo. Kincaid pensó tristemente en la lista de los efectos de un muerto, luego apartó la idea de su mente. Cogió una patata del cestito de Toby y se la tendió.

—Toma, Toby, para los pájaros.

Toby miró a Kincaid y a los gorriones que picoteaban en la hierba.

—¿Pajaritos? —dijo, interesado, y se lanzó hacia los gorriones, con la patata extendida delante de él como un estoque. Los pájaros levantaron el vuelo.

—Mira lo que has conseguido —dijo Gemma, riendo—. Se va a frustrar.

—Es bueno para su desarrollo emocional —replicó Kincaid con sorna, luego le sonrió—. Lo siento.

Le gustaba ver a Gemma de esa forma, relajada y desenfadada. En el trabajo estaba a la defensiva, y más de una vez la había acusado de hablar antes de pensar las cosas.

También sabe llevar bien a Toby, pensó, está atenta pero no lo mimaba. Observó cómo devolvía al niño al redil y lo sentaba en la hierba a sus pies. Puso un trozo de pan en la hierba a unos pasos de Toby.

—Toma, mi vida. Si no te mueves, a lo mejor vienen.

El sol le había enrojecido el puente de la nariz y oscurecido las pecas sobre la piel clara. Ella se dio cuenta de la mirada escrutadora de Kincaid, levantó la vista y se sonrojó.

—Deberías llevar una pamelita, como las muchachas victorianas.

—Vaya, hablas como mi madre: «Te van a salir ampollas, Gem. Hazme caso o cuando tengas treinta años parecerás un obrero» —la imitó y levantó la cara al cielo azul—. De todas formas, no durará este tiempo.

—No.

No, pero él podría quedarse allí mientras durase, sin pensar, escuchando a los gorriones y el rumor del tráfico de East Heath Road, observando cómo el sol arrancaba destellos dorados del cabello de Gemma.

—Duncan —el tono de Gemma era más cauto de lo normal y Kincaid se incorporó y la miró de reojo mientras daba un sorbo a su cerveza—. Duncan, dime por qué no crees que Jasmine se suicidara.

Él apartó la vista, cogió un pedazo de pan del plato y se puso a desmigarlo.

—Crees que me lo estoy inventando todo para salvar mi vanidad herida. Tal vez sea así. —Se inclinó hacia delante y volvió a buscar sus ojos—. Pero es que no puedo creer que no haya dejado nada, ni un mensaje, ni un indicio.

—¿Para ti?

—Para mí. O para su amiga Margaret. O para su hermano. —La duda que percibió en los ojos de Gemma lo pusieron a la defensiva—. La conocía, ¡maldita sea!

—Estaba enferma, se moría. La gente a veces no es racional. Quizás quería que pensarais que había sido natural.

Kincaid se irguió, vehemente.

—Sabía que Margaret no podía creerlo. Al menos después de lo ocurrido entre ellas.

—Según Margaret.

—Punto a tu favor. —Se pasó la mano por el revoltoso cabello—. Pero aun así...

—A ver —atajó Gemma, sonrojándose entusiasmada ante la idea de hacer de abogado del diablo—, dices que no crees que muriera mientras dormía porque habría pasado el cerrojo, pero ¿y si se sintió mal y se echó pensando que descansaría un momento...?

—No, era demasiado... compuesta. Todo era demasiado perfecto.

—¿Y no pudo apagarse durante la tarde, perder la conciencia antes de darse cuenta de lo que ocurría?

Kincaid sacudió la cabeza.

—Ni la luz, ni la tele, ni un libro abierto sobre el pecho, ni las gafas de leer. Gemma —se encogió de hombros con brusquedad, incómodo—, creo que ha sido eso lo que me ha preocupado desde el principio, incluso antes de que llegara Margaret y me echara el jarro de agua fría con el pacto del suicidio. Era casi como si la hubieran preparado. —Hizo esta última observación con cierta timidez, mirándola de reojo para sopesar su reacción. Al ver que ella no tenía intención de ridiculizarlo, añadió—: la ropa de cama no estaba arrugada en absoluto.

—Todo eso concuerda con el suicidio —dijo Gemma, y su tono suave hizo sospechar a Kincaid que le tomaba el pelo.

—Supongo. —Estiró las piernas por debajo de la mesa y la miró por encima de su cerveza casi vacía—. Ya sé que piensas que estoy loco.

Gemma se limitó a arquear las cejas. Recogió a Toby, que se empezaba a agitar, y lo hizo saltar sobre sus rodillas hasta que se echó a reír.

—¿Y si los resultados de la autopsia son positivos? —dijo entre botes—. El juez de instrucción estará seguro de habérselas con un suicidio. No hay pruebas para abrir una investigación.

—¿Ausencia de notificación de intencionalidad escrita o verbal?

Gemma se encogió de hombros.

—Muy cogido por los pelos. Y la historia de Margaret se usará para avalar el suicidio, no viceversa.

Kincaid observó una cometa que volaba sobre el parque y no respondió. Margaret. Una cosa sí había. ¿Por qué debería tomarse la versión de Margaret tan al pie de la letra? El día antes estaba demasiado conmocionado y exhausto para cuestionar nada, pero se le ocurrió que Margaret no podía haber inventado una historia mejor para que se pensara que Jasmine se había suicidado, y que además la absolvía de toda culpa por no haber intervenido.

—Ya estás poniendo esa cara —lo acusó Gemma—. ¿Qué estás tramando?

—Bueno —Kincaid apuró su cerveza y se irguió—. Me gustaría charlar un poco con el abogado de Jasmine, pero no tengo esperanzas de verle antes del lunes.

—¿Qué más? —dijo Gemma, y Kincaid pensó que estaba, inexplicablemente, muy satisfecha de sí misma.

—Hablar con Margaret. Tal vez volver a hablar con Theo.

—¿Y los cuadernos?

Por un momento, a Kincaid le pasó por la cabeza pedir ayuda a Gemma, pero la rechazó al instante. Era una tarea que no podía compartir.

—Les echaré un vistazo.

Pasearon de vuelta a Carlingford Road, con Toby de la mano mientras le hacían volar por la acera.

—¿No damos un paseo por el parque, entonces? —preguntó Kincaid, pues había visto que Gemma echaba un vistazo a su reloj más de una vez.

Gemma sacudió la cabeza.

—Mejor que no. Le he prometido a mi madre que iríamos a verla, dice que no vamos nunca.

Kincaid percibió una pizca de preocupación o de gravedad, y recordó su voz aquella mañana al teléfono. Probablemente algún hombre, pensó, y se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida de Gemma. Sólo que se había divorciado al poco de nacer Toby, que vivía en una casita adosada en Leyton, que había crecido e ido a la escuela en North London, nada más. Él ni siquiera había estado en Leyton, siempre pasaba ella a recogerlo o se veían en el trabajo.

De repente, le asombró el alcance de su propia miopía. Pensó en ella como una mujer de confianza, atractiva, inteligente, a menudo obstinada, con un don especial para hacer que la gente se sintiera a sus anchas en una entrevista. Nunca había mirado

más allá de las cualidades que la hacían valiosa como ayudante. ¿Se vería con alguien?, lo pensó con una punta de irritación no identificada. ¿Se llevaría bien con sus padres? ¿Cómo serían sus amigos?

La observó mientras caminaba a su lado. Ella se apartó un mechón pelirrojo al inclinarse para responder a Toby, pero tenía una expresión abstraída.

—Gemma —dijo, un poco vacilante—, ¿ocurre algo?

Ella lo miró sorprendida y sonrió.

—No, no, nada. No ocurre nada.

Kincaid no quedó muy convencido, pero no insistió. Su actitud no invitaba a más tanteos.

Pasaron bajo las ramas floridas de un ciruelo, que los duchó con pétalos como si fueran confeti. Se echaron a reír y el embarazo momentáneo desapareció. Se despidieron delante de casa.

Kincaid subió solo las escaleras, sintiendo que la tarde se extendía ante él como un desierto. La luz roja del contestador automático lo saludó al entrar en el piso, y lo deprimió todavía más.

Estupendo, dijo por lo bajo, y pulsó el botón de escucha.

El sargento de servicio preguntaba a qué demonios se creía que estaba jugando — el hospital había llamado por la autopsia solicitada— y que si no tramitaba bien los papeles habría problemas. El resto del mensaje lo dijo casi como de pasada, antes de colgar bruscamente.

El cuerpo de Jasmine Dent contenía una cantidad letal de morfina.

Kincaid desabrochó la lona del Midget y la recogió desde la parte delantera hacia la parte trasera, luego abrió el maletero y la guardó. Lo hacía con una precisión y una rapidez fruto de la práctica. La pintura roja del coche brillaba alegremente, como invitando a disfrutar del sol de la tarde, pero Kincaid sacudió la cabeza y se deslizó al asiento del conductor. No tenía intención de dar un paseo por caminos rurales, por mucho día de postal que hiciera. Buscó las gafas de sol en el bolsillo de la puerta y puso el coche en marcha.

Después de cruzar Rosslyn Hill, Kincaid se abrió camino por las callejuelas secundarias de South Hampstead hasta que desembocó en Kilburn High Road, al norte de Maida Vale. Encontró la casa de Margaret Bellamy sin dificultades: se trataba de un bloque lúgubre, que había evitado las modernizaciones. La puerta era roja tirando a marrón, como la sangre seca, pero la pintura se pelaba descubriendo pinceladas de colores brillantes —verde lima, amarillo, azul eléctrico— testimonio de dueños anteriores con una actitud más alegre. Llamó al timbre y aguardó, arrugando la nariz por el olor que llegaba de las basuras del sótano.

La mujer que abrió la puerta llevaba pantalones de poliéster precariamente adheridos a los gruesos muslos, y un jersey brillante que castigaba igualmente sus pechos. Miró a Kincaid con desdén.

—¿Margaret Bellamy? —Kincaid lució la mejor de sus sonrisas, preguntándose si podría oírlo a pesar de la risa enlatada procedente de la parte trasera de la casa.

La mujer lo estudió un rato, luego torció la cabeza hacia las escaleras.

—Arriba de todo, a la derecha.

Kincaid le dio las gracias y subió las escaleras mientras notaba los ojos de ella en la espalda hasta que dobló el primer descansillo. El olor a grasa y el sonido ronco del televisor lo siguieron otros tres pisos, donde las escaleras acababan en un pasillo con paredes desconchadas. Las dos puertas carecían de nombres, y llamó suavemente a la de la derecha.

El sonido de la televisión de abajo se apagó, y en el silencio repentino, Kincaid distinguió el chirrido de los muelles de una cama. Margaret Bellamy abrió la puerta con una media sonrisa llena de expectativas.

—Ah, es usted —dijo, con la decepción pintada en el rostro hosco. Hizo un esfuerzo por volver a sonreír—: Pase, pase. —Indicó con un gesto el recibidor mientras lo hacía pasar, y añadió—: Está escuchando, la muy fisgona, por eso ha apagado la tele.

Margaret cerró la puerta y se quedó de pie embarazosamente, como si no supiera qué hacer con Kincaid ahora que había cerrado. Miró a su alrededor con una mueca.

Él vio la pequeña cama con la colcha arrugada colgando hasta el suelo, un sillón lleno de manchas, un armario, una mesa de cocina que parecía servir de escritorio, un tocador, una cocina.

Margaret hizo un gesto leve y circular con la mano y dijo:

—Lo siento.

Kincaid pensó que las disculpas la cubrían tanto a ella como a la habitación. Le dirigió una sonrisa.

—Yo también vivía en una habitación cuando hacía prácticas en la Academia de Policía. Era horrible, pero no creo que la casera superara a la tuya.

Eso provocó una sonrisa de respuesta por parte de Margaret, que se apresuró a acercarle la silla. Al agacharse para recoger un montón de ropa, se tambaleó y tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kincaid, y la observó con más atención. Tenía el cabello castaño claro enmarañado y los párpados hinchados por el llanto. Llevaba una camiseta ancha, una parte metida en los pantalones grises del chándal, probablemente el resultado de subírselos rápidamente al oír la llamada a la puerta.

—¿Hoy no has salido en todo el día? —preguntó él.

Margaret sacudió la cabeza.

—¿Has comido?

—No.

—Lo imaginaba. ¿Tienes algo de comer?

Otro movimiento negativo.

—Sólo hay algo de té.

Kincaid reflexionó y dijo, expeditivo:

—Prepara un poco de té. Yo bajo a pedirle a tu casera que haga unos bocadillos.

Margaret pareció horrorizada.

—Pero nunca... No lo...

—Sí lo hará. —Se detuvo en la puerta—. Aunque si San Jorge va a vencer el dragón, mejor que sepa cómo se llama.

—Ah. —La broma iluminó por un momento el rostro de Margaret—. Señora Wilson.

* * *

La puerta por la que Kincaid suponía que había salido la señora Wilson estaba entornada. Llamó con contundencia. La televisión seguía encendida, muy bajito, y por encima se distinguió un arrastrar de zapatillas. La puerta se abrió al instante y la señora Wilson le echó una ojeada a través del humo del cigarrillo que le salía por la nariz: un verdadero dragón.

—¿Señora Wilson?

Ella lo miró furibunda.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—Si quiere venderme algo, no. —La puerta empezó a cerrarse—. No he hecho ningún pedido.

Kincaid se preguntó qué podría vender él.

—No, es sobre Margaret, por favor.

Ella soltó un bufido, pero dejó un mínimo paso para Kincaid. Éste observó con interés la guarida de la señora Wilson. Por lo visto, era tanto salón como cocina. Un pequeño sofá encajado entre los muebles, y un gran televisor en color reinaba en el lugar junto a la nevera.

La señora Wilson se sentó en la mesa de fórmica y recogió un cigarrillo que había dejado en el cenicero. Un periódico sensacionalista y una taza de té a medio beber eran las pruebas de las actividades vespertinas. No invitó a Kincaid a sentarse.

—Esa chica se pasa la vida lloriqueando —pronunció la señora Wilson con asco—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Otra vez por el novio?

¿Novio? Aquella era una complicación que no esperaba, pero explicaba la ilusión de Margaret al abrirla la puerta. Kincaid pensó rápidamente. ¿Qué explicación satisfaría a aquella arpía? Por los titulares del periódico: «Una madre de once años reclama la custodia de su bebé», a la señora Wilson le gustaba el melodrama, pero contar la verdad parecía una traición tanto a Margaret como a Jasmine. Improvisó.

—Su tío. Es que murió ayer de repente, y Margaret se lo ha tomado muy mal.

La señora Wilson permaneció tan impertérrita como su tieso cabello con permanente.

—¡Figúrese! —Miró a Kincaid con desconfianza—. ¿Y usted qué tiene que ver con eso?

—Soy amigo de la familia. Duncan Kincaid.

Le tendió la mano y la señora Wilson se dignó a tocarle con sus dedos regordetes antes de recuperar su cigarrillo medio fumado.

—¿Y a mí qué?

—Lleva desde ayer sin comer nada. He pensado que podría prepararle usted unos bocadillos... —Kincaid acompañó la última frase con un arqueamiento de las cejas, máximo intento de persuasión del que fue capaz.

La señora Wilson abrió la boca para negarse, pero se detuvo y miró a Kincaid, reflexionando. Las ganas de cotillear se debatían con su natural inclinación por hacer

el mínimo esfuerzo por los demás, y la malicia triunfó sobre la pereza.

—Bueno, a lo mejor algo tengo, pero no quiero que coja confianzas, sabe usted. —Se levantó de su asiento e indicó con la cabeza la silla vacía—. Siéntese. —Prosiguió por encima del hombro mientras abría la nevera—. ¿El fallecido era hermano de su madre o de su padre?

—El hermano más joven de su madre, en realidad no mucho mayor que Margaret —inventó Kincaid—. Se querían mucho.

La señora Wilson hablaba dando la espalda a Kincaid mientras cortaba algo que él no podía ver.

—Ningún pariente ha venido a verla desde que está aquí. Parece huérfana.

—Bueno, al menos tiene a su novio que la cuida —soltó Kincaid.

—¡Ése! —La señora Wilson se volvió y miró fijamente a Kincaid con malicia—. Ése no ha cuidado a nadie más que a sí mismo en su vida, que se lo digo yo. Más bien es un gorrón. —Volvió a rebanar—. Todo en beneficio propio, de eso no hay duda. Y lo que no sé es lo que ve en ella —levantó los ojos hacia el techo. Se secó las manos en el delantal y le presentó a Kincaid un plato de bocadillos aplastados, pero de aspecto comestible, de jamón y tomate.

—¿Va bien así?

—Ya lo creo, gracias.

Al acabar la tarea, la señora Wilson no parecía querer dejarle ir así como así. Encendió otro cigarrillo y apoyó la cadera en el borde de la mesa. Kincaid apartó la vista de sus muslos y volvió a acomodarse en la silla.

La señora Wilson siguió el hilo de sus pensamientos:

—Yo ya le he dicho a ella que no lo quiero por aquí, que no duerma. Me da mala fama a la casa, ¿no le parece?

Kincaid supuso que era una pregunta retórica, pero respondió, reconciliador:

—No creo que nadie piense mal, señora Wilson.

La señora Wilson cambió un poco entonces, y se inclinó hacia él, con complicidad.

—Ella se cree que no sé lo que pasa, pero yo lo sé. Le oigo bajar las escaleras a cualquier hora de la noche, como un ladrón. Y también oigo las peleas —una pausa mientras inhalaba y mandaba una nube de humo en dirección a la cara de Kincaid—, bueno, sobre todo los gritos de él y los lloriqueos de ella de cordero degollado. ¡Maldita tonta! —La señora Wilson lanzó una risa desdeñosa—. Supongo que lo aguanta porque no cree poder encontrar nada mejor.

Qué bruja tan caritativa, pensó Kincaid, y le sonrió.

—Entonces no creo que le sea de mucho consuelo en un momento como éste.

—Desde luego, no ha venido a consolarla. Desde... —La señora Wilson entornó los ojos, apuró el cigarrillo y lo tiró en el cenicero de lata—... desde el jueves, creo, por la tarde. Salió de un humor de perros. Casi tira la puerta abajo. Pero luego —se asentó con todo su peso mientras pensaba y la mesa crujió en protesta—, el jueves

por la noche es la Noche de las Mujeres en el *pub* y salí cuando cerraron. Si volvió más tarde, estuvieron muy calladitos.

Kincaid decidió que, de momento, había agotado la información de la señora Wilson y su propia paciencia. Se levantó y recogió los bocadillos.

—No quiero que se estropeen, mejor que vaya a ver cómo está Margaret. Apreciará mucho su ayuda, señora Wilson. Ha sido muy amable.

—Ya ve —dijo ella, y agitó los dedos, coqueta, en señal de despedida.

* * *

—Ha habido éxito —dijo Kincaid cuando Margaret lo dejó pasar de nuevo. En su ausencia, había hecho la cama y ordenado la ropa, se había peinado y se había puesto un poco de pintalabios rosa. Su sonrisa era menos desconfiada, y él pensó que aquel rato a solas le había devuelto cierta compostura.

Margaret abrió mucho los ojos al ver el plato de bocadillos.

—¡No puede ser! Lo máximo que hace es prestarme una bolsita de té.

—He apelado a sus mejores instintos.

—No sabía que tuviera —rió Margaret mientras le cogía la bandeja a Kincaid. Luego se quedó helada, con la cara trastornada por la angustia—. ¿No le habrá dicho que...?

—No. —Kincaid rescató el plato vacilante y lo dejó en la mesa—. He dicho un montón de mentiras. Has perdido a tu tío favorito, el hermano más joven de tu madre, por si te pregunta.

—Pero si no tengo... —Su cara se iluminó—. Ah, claro. —Le sonrió—. Creo que hoy estoy un poco espesa. Gracias.

—En parte será el hambre, supongo. Come algo. —La tetera eléctrica silbó. Dos tazones con sus bolsitas de té aguardaban al lado. Kincaid sirvió el té e instaló a Margaret en el sillón, levantó la ventana de guillotina y se apoyó en el alféizar. Margaret empezó un bocadillo y él dijo:

—Sería mejor que me hablastes de tu familia, después de todas las horribles cosas que me he inventado.

—Woking —dijo Margaret con la boca llena de jamón y tomate. Tragó y volvió a intentarlo—: Dorking, perdón, no me había dado cuenta de que estaba tan hambrienta. —Mordió un trozo más pequeño y masticó—. Soy de Dorking. Mi padre tiene un garaje. Yo le llevaba las cuentas, me ocupaba de muchas cosas.

A Kincaid no le costó imaginarla dirigiendo un mundo familiar, más pequeño, aunque en Londres parecía muy vulnerable.

—¿Qué pasó?

Margaret se encogió de hombros y se secó las comisuras de los labios con un dedo.

—Que nada cambiaba. Me veía veinte años viviendo parte de la vida de los demás. El trabajo de mi padre, los hijos de mi hermana...

—¿Cómo se lo tomaron?

Margaret sonrió, burlándose de sí misma.

—Yo soy la fea, nunca pensaron que yo quisiera nada diferente. Me tenía que conformar con los estúpidos cumplidos de los clientes de mi padre, con ser la tía Meg y cuidar a los niños de Kath cuando ella tuviera otra cosa mejor que hacer.

—Se pusieron furiosos —aventuró Kincaid, con una mueca, y Margaret le devolvió la sonrisa, un poco a su pesar.

—Sí.

—¿Cuánto hace?

Margaret acabó el último bocadillo y se chupó los dedos, luego se los secó en los pantalones del chándal.

—Hace ya dieciocho meses.

—¿Y no ha venido nadie a verte en todo este tiempo?

Ella se sonrojó y dijo con ardor:

—Esa lengua viperina. Seguro que tiene una lista con todo el mundo que... — Margaret se cogió la cabeza entre las manos y se inclinó hacia delante—. ¿Qué más le dará a ella? Me estoy mareando.

Demasiada comida, pensó Kincaid, ha comido con demasiada rapidez sobre el estómago vacío.

—Baja la cabeza, se te pasará. —Vislumbró un trapo usado y una toalla dobladas en un estante encima de la cama.

—¿Dónde está el baño? —preguntó a Margaret.

—En el descansillo de abajo —contestó ella, con la cara presionada contra las rodillas.

Kincaid llevó la toalla al piso de abajo y la mojó con agua fría. Cuando volvió Margaret levantó la cabeza sólo lo suficiente para presionarse la toalla contra la cara. Él se acercó incómodo a la ventana, envidiando la habilidad de Gemma para atender necesidades prácticas.

La vista —un pequeño jardín lleno de malas hierbas con un par de monos de trabajo enormes colgados de una cuerda— no mantuvo su atención mucho rato. Al volverse hacia la habitación, Kincaid se fijó en las pocas pertenencias de Margaret. En la mesa había un plato con un puñado de bisutería y unos cuantos botes de cosméticos y lociones. Junto a la placa del gas, un plato y un tazón desconchados, una sartén y algunos cubiertos. Todos los utensilios eran como de segunda mano, los más baratos que se compran la primera vez que uno se va de casa. En el estante de encima de la cama había una radio, unos libros muy manoseados y una fotografía enmarcada.

Kincaid se acercó para mirarla. Un hombre mayor, calvo y campechano, con chaqueta de *tweed*, tenía el brazo en torno a los gráciles hombros de su esposa, con sus tres hijos vestidos de marrón delante de ellos. Un hermano y una hermana, rubios, guapos, que irradiaban seguridad, y entre ellos Margaret, cabello hacia un lado, sonrisa torcida.

—Mis padres, Kathleen y mi hermano Tommy.

Kincaid hizo un esfuerzo por borrar la compasión de su rostro antes de volverse. Margaret lo miraba, como aguardando algún comentario determinado. En cambió, él se sentó en la cama y dijo:

—Habrán sido duros los primeros meses sola.

—Pues sí. —Margaret miró el trapo húmedo que tenía en las manos y se puso a doblarlo en cuadritos cada vez más pequeños—. Estuve sola hasta que conocí a Jasmine. Encontré trabajo como mecanógrafa en el departamento de Planificación. Cuando trabajaba para ella, era muy amable conmigo, pero no... íntima, no sé si me entiende. —Miró a Kincaid buscando confirmación, y él asintió—. Era un poco distante. Pero luego se puso enferma. Cogió el alta para el tratamiento, y cuando volvió se veía que estaba peor, pero nadie le decía nada sobre ello. Todo el mundo actuaba como si la enfermedad no existiera. —Margaret levantó la cara y lo miró a través de sus pálidas pestañas, sonriendo un poco ante su propio valor—. Pero yo le preguntaba. Cada día le decía: «¿Cómo estás?» o «¿Qué te están dando ahora?», y al cabo de poco empezó a contármelo.

—¿Y cuando dejó el trabajo? —quiso saber Kincaid.

—Yo iba a verla. Cada día, si podía. Era la única que iba. —Margaret parecía todavía indignada—. Quedaban para jugar a cartas o lo que fuera, pero nadie propuso nunca visitarla.

—¿A Jasmine le importaba?

Margaret arrugó la frente mientras reflexionaba.

—No creo, no parecía tener amigos de verdad en el trabajo. No caía mal a nadie, pero no tenían confianza. —Margaret sonrió a Kincaid con cierta ironía—. Hablaba mucho de usted.

Kincaid se puso en pie y dio unos pasos hasta la ventana.

Llevaba ya demasiado rato evitando hablar de los resultados de la autopsia, y trató de imaginar una manera suave de decirle que Jasmine no había muerto plácidamente durante el sueño.

—Mire —la voz de Margaret sonó a sus espaldas—, ya sé que no ha venido sólo a preocuparse por mí. Jasmine no mantuvo su promesa, ¿verdad?

Kincaid pensó que Margaret parecía haberle leído el pensamiento. Se sentó de nuevo enfrente de ella y escrutó su rostro.

—No lo sé, su cuerpo contenía una alta cantidad de morfina.

Margaret se derrumbó en la silla y cerró los ojos. Las lágrimas rebosaron por debajo de los párpados y resbalaron por los lados de la nariz. Al poco, se inclinó

hacia delante y se frotó la cara con el trapo arrugado.

—Nunca debí creerla —susurró apenas, mientras se mecía adelante y atrás.

—Mira, Meg, si Jasmine estaba decidida a suicidarse no podías impedirselo. Tal vez por una noche, pero no indefinidamente. —Como Margaret seguía meciéndose, con los ojos cerrados, se acercó más—. Meg, hay algunas cosas que tengo que saber, y tú eres la única que puede ayudarme.

Ella aminoró el ritmo del balanceo y se detuvo. Abrió los ojos, pero se mantuvo encorvada, con los brazos cruzados sobre el vientre, como protegiéndose.

—Cuéntame para qué necesitaba Jasmine tu ayuda.

—Porque ella... —le falló la voz. Cogió el resto de su té y lo engulló convulsivamente—. Ella no... Bueno, no. La ayudé a calcular la dosis, era adicta a la morfina, y sabíamos que necesitaría mucha, pero habría podido hacerlo sola. Había morfina suficiente, pues había estado manteniendo la misma dosis que tomaba ahora, pero le decía a la enfermera que necesitaba aumentarla. Y el catéter habría dejado rastro.

—¿Entonces para qué? —volvió a preguntar Kincaid, sosteniéndole la mirada.

—No lo sé, supongo que no quería estar sola al final.

¿Habría Jasmine pedido ayuda a Margaret por debilidad, se preguntó Kincaid, y luego habría encontrado una fuerza inesperada? Sacudió la cabeza. Era posible, probable, lógico, pero no lo creía.

—¿Qué pasa? —preguntó Margaret, incorporándose un poco.

—¿Jasmine tenía...? —Kincaid se detuvo, pues la puerta se había abierto sin hacer ruido. Entró un hombre en la habitación, que miró a Kincaid y a Margaret con una expresión divertida y desdeñosa.

Margaret, que estaba sentada de espaldas a la puerta, frunció la cara al ver a Kincaid y preguntó:

—¿Pero qué...?

—Bueno —dijo el hombre, y esa sola palabra estaba llena de implicaciones desagradables.

Margaret se volvió al oír su voz y se puso en pie de un salto, sonrojándose inconvenientemente.

—Rog...

—No te levantes, Margaret, no sabía que estarías tan entretenida.

Aparte de una breve ojeada a Margaret, toda su atención estaba concentrada en Kincaid.

Al tiempo que le devolvía la mirada escrutadora con interés y una antipatía inmediata, Kincaid vio a un hombre esbelto de media estatura, que no llegaba a los treinta años, con unos tejanos de marca y una cara camisa de algodón remangada y abierta por el pecho. Tenía el cabello rojizo claro y recogido en una cola de caballo, y sus rasgos parecían esculpidos. Kincaid pensó con sarcasmo que era arrolladoramente atractivo.

Margaret se quedó rígida, de pie, aferrada al respaldo de su silla, y cuando habló lo hizo con voz aguda e incontrolada.

—Roger, ¿dónde estabas? Te he esperado...

—¿Por qué tanto pánico, Meg? —Roger no se movió de su postura desenfadada en medio de la habitación, y no hizo ningún esfuerzo por tocar o consolar a Margaret—. ¿No crees que deberías presentarnos?

Kincaid tomó la iniciativa antes de que Margaret pudiera soltar cualquier cosa.

—Yo me llamo Kincaid. —Se puso de pie y tendió la mano a Roger, quien se la dio con poco entusiasmo—. Soy un vecino de la amiga de Margaret, Jasmine Dent.

—Jasmine ha muerto, Rog. Murió el jueves por la noche. No te encontré por ningún lado.

Margaret temblaba visiblemente.

Roger arqueó las cejas.

—¿Es eso? ¿Has venido a decírselo a Margaret?

—He venido a ver cómo estaba —dijo Kincaid suavemente mientras se apoyaba en el borde de la mesa y doblaba los brazos.

—Qué amable. —El acento de escuela privada de Roger expresaba también sarcasmo—. Pobre Meg.

Por primera vez, dio un paso hacia ella, extendió el brazo y tiró de su rígido cuerpo hacia él en un breve abrazo. Luego la hizo girar hacia Kincaid de nuevo y le puso una mano suave en la nuca.

—Debe haber sido una conmoción para ti, se ha muerto antes de lo que se esperaba.

—No ha sido eso, es que Jasmine ha muerto por sobredosis de morfina —dijo Margaret, mientras miraba el rostro de Kincaid en busca de apoyo. Roger la soltó bruscamente y ella se alejó.

—Vaya, Meg, siento que...

—Duncan sabe lo del suicidio —ella sacudió la cabeza hacia Kincaid—, no te molestes en decir que lo sientes, porque no lo sientes, Rog. Ahora no tienes por qué preocuparte.

—¿Preocuparme? No seas ridícula, Meg.

La voz de Roger era ligera, casi juguetona, pero Kincaid notó cautela en lugar de despreocupación.

—Es que hay otra posibilidad —dijo Kincaid, y la tensión vibraba en la habitación. Las dos caras se volvieron hacia él, Meg perpleja, Roger alerta—. Alguien pudo prestar a Jasmine una ayuda que ella no quería.

—Yo no... —empezó a decir Margaret, luego miró a Roger, quien a juzgar por Kincaid lo comprendió todo perfectamente.

Hubo un largo silencio, hasta que Kincaid se irguió y se estiró.

—Perdone, no he entendido su apellido —le dijo a Roger.

Roger vaciló, pero respondió a regañadientes:

—Leveson-Gower —lo pronunció «Loos-n-gor».

¡Vaya, qué elegante!, pensó Kincaid. Se acercó a la puerta y luego se volvió a Margaret.

—Me marcho. ¿Estás segura de que te encuentras bien, Meg?

Margaret asintió, vacilante. Roger le pasó el brazo por la cintura y le acarició el brazo desnudo con los dedos de la otra mano, despacio. Kincaid se dio cuenta de que los pezones de ella se endurecían bajo la camiseta de algodón. Ella apartó la vista, ruborizada.

—Meg está bien, ¿verdad, cariño? —dijo Roger.

Kincaid se volvió y abrió la puerta.

—Por cierto, Roger, ¿dónde estaba el jueves por la noche?

Roger seguía manteniendo a Margaret delante de él, en parte como escudo, en parte como posesión.

—¿Y a usted qué le importa?

—Tengo el vicio de pedir cuentas de sus actos a todo el mundo, soy un poli.

Kincaid les sonrió a los dos y salió.

6

El lado este de Carlingford Road estaba completamente en sombras cuando Kincaid paró el Midget en la acera. Subió los cristales y cerró con suavidad la capota, luego se quedó un momento mirando hacia arriba del edificio. Le pareció antinaturalmente silencioso e inmóvil, sin rastro de luz ni movimiento en las ventanas. Kincaid se encogió de hombros y lo achacó a su percepción tendenciosa, pero a media escalera hacia su piso se dio cuenta de que no había visto al comandante desde el día anterior.

Tuvo una corazonada de alarma, pero se dijo a sí mismo que no fuera tonto, que no había razón para que le ocurriera nada al comandante. La muerte no acechaba en el edificio como un espectro gótico; sin embargo, se encontró bajando las escaleras de nuevo y llamando a la puerta del comandante.

No obtuvo respuesta. Kincaid volvió a salir mientras pensaba en pasar por el piso de Jasmine para ver el jardín del comandante, cuando lo vio doblar la esquina de la calle. Caminaba despacio, con dificultad, debido a los dos arbustos que cargaba, una maceta debajo de cada brazo.

Kincaid se apresuró a ir a su encuentro.

—¿Necesita ayuda?

—Se lo agradezco mucho.

Kincaid cogió una de las macetas de cinco kilos y oyó la respiración silbante del comandante.

—Hay una buena subida desde el autobús.

—¿Qué son? —preguntó Kincaid mientras acortaba el paso para ir a su lado.

—Rosas. Antiguas. Del vivero de Bucks.

—¿Hoy? —preguntó Kincaid, algo sorprendido—. ¿Las ha traído en autobús desde Buckinghamshire?

Habían alcanzado las escaleras que llevaban a la puerta del comandante. Éste posó su maceta, se quitó la gorra y se secó la cabeza sudada con un pañuelo.

—Es el único lugar donde se encuentran, las llaman almizcle del Himalaya.

Al dejar también su maceta, Kincaid miró con desconfianza los tallos desnudos, espinosos.

—¿Pero no podrían...?

El comandante sacudió la cabeza vigorosamente:

—No es el momento del año, desde luego, pero tenía que ser algo especial. — Ante la cara de perplejidad cada vez mayor de Kincaid, se secó el rostro y prosiguió —: Para Jasmine. Es por la fragancia, no como esos híbridos modernos. Le encantaban las flores con olor, decía que el aspecto no le importaba. Éstas florecen una vez, en primavera tardía. Montones de capullos rosa pálido, con un olor celestial.

Kincaid tardó un momento en responder, pues nunca había oído al comandante hablar tanto rato, ni decir nada remotamente poético.

—Sí, tiene razón, seguro que le gustarían.

El comandante abrió la puerta con llave y se agachó a coger las macetas.

—Deje que le eche una mano —dijo Kincaid al tiempo que levantaba una con facilidad.

El comandante abrió la boca para rechazarlo, pero vaciló y dijo:

—De acuerdo, gracias.

Kincaid entró detrás de él. Su primera impresión fue de que todo era marrón. El comandante pulsó el interruptor de la luz y la impresión se extendió a pulcro, limpio y marrón. Un papel de pared floral gastado en tonos rosas y marrones, una alfombra marrón, unas fundas marrones sobre un sofá y un sillón baratos. No había cuadros, ni fotos, ni libros que Kincaid hubiera podido examinar mientras seguía al comandante por el salón. La única mancha de color vivo venía de las revistas y catálogos de jardinería perfectamente ordenados en la mesa baja de madera de pino.

El comandante condujo a Kincaid por la cocina y abrió la puerta a una zona asfaltada debajo de las escaleras que subían al piso de Jasmine. A la derecha, en el rincón formado por la valla y el muro del edificio, el comandante había construido un pequeño cobertizo. Kincaid asomó la cabeza por la puerta y fue recompensado con un penetrante olor de humus que se le atragantó.

El comandante subió las escaleras hasta el nivel del césped y posó la maceta. Kincaid hizo lo mismo y se quedó mirando el jardín, impresionado por el contraste entre el piso del comandante y aquel pequeño oasis de color y perfección. Se preguntó qué mantenía vivo al comandante durante los meses de invierno, cuando no crecían más que algunas toscas plantas perennes.

Al cabo de un momento, en el que también el comandante pareció perderse en la contemplación, Kincaid preguntó:

—¿Dónde va a ponerlas?

—Creo que ahí. —Señaló la pared de ladrillo trasera del jardín, el único terreno por ocupar que vio Kincaid—. Son trepadoras, lo invadirán.

—Deje que lo ayude.

De repente, Kincaid sintió el deseo de participar en esta conmemoración, más auténtica que cualquier oficio pronunciado por un desconocido.

El comandante vaciló antes de responder, una costumbre suya, empezaba a pensar Kincaid, cuando alguien amenazaba con romper su rutina solitaria.

—Ah, sí, hay otra pala en el cobertizo.

Kincaid llevó las macetas al fondo del jardín, y cuando el comandante volvió con las palas y señaló el lugar entre los pensamientos y los antirrinus, se pusieron a cavar juntos. Trabajaron en silencio mientras las sombras avanzaban por el jardín.

Cuando el comandante juzgó que los agujeros eran lo bastante hondos, pusieron las rosas con cuidado, rellenaron el hueco alrededor y presionaron la tierra con las manos. Tras años de vida en pisos de ciudad, Kincaid sintió una satisfacción al ensuciarse que no sentía desde que hacía fuertes de barro en su infancia en Cheshire.

El comandante se quedó apoyado en su pala mientras supervisaba satisfecho su trabajo manual.

—Buen trabajo. Apuesto a que le gustaría.

Kincaid asintió a la vez que levantaba la vista hacia las oscuras ventanas del piso de Jasmine. Un piso por encima, el sol lanzó un destello en el suyo.

—Estoy desfallecido, salga conmigo a tomar algo —dijo en un impulso, asegurándose a sí mismo que estaba aprovechando una ocasión para hacer preguntas al comandante, y que no huía de su piso vacío. Aguardó impacientemente la respuesta del comandante mientras contaba los segundos.

Éste miró todo el jardín, consultando los tulipanes y las forsitias.

—De acuerdo, pero más vale que nos lavemos.

* * *

Optaron por el bar de la esquina en Rosslyn Hill, se acomodaron en los sillones de vinilo y pidieron tortillas con patatas fritas y ensalada. El comandante se había cepillado el escaso pelo y su calva rosa brillaba como su rostro. Kincaid se maravilló ante la generación que seguía poniéndose corbata para una cena informal de sábado. Él en cambio se había cambiado la camisa de algodón por una camiseta de *rugby* de manga larga, su concesión a la temperatura más fresca.

Cuando llegaron sus cervezas y bebieron por el borde, el comandante se secó la espuma del bigote y preguntó:

—¿Ha venido el hermano a hacerse cargo de todo, del entierro y de lo demás?

—El hermano ha venido, sí, pero no se sentía con ánimos de hacerse cargo de nada. Además, todavía no va a haber entierro.

El comandante abrió mucho sus pálidos ojos azules, sorprendido.

—¿No hay entierro? ¿Y por qué no?

—Porque he pedido una autopsia, comandante. Hay indicios de que Jasmine se suicidara.

El comandante lo miró fijamente a un paso de un violento silencio, luego dejó la jarra de cerveza con tanta fuerza que se desbordó.

—¿Y no podía dejarla tranquila? ¿Qué le importa a nadie si una pobre alma se pone las cosas un poco más fáciles?

Kincaid se encogió de hombros.

—Nada, comandante, y yo lo habría pasado por alto, si no hubiera nada más, pero algunas cosas no eran coherentes con el suicidio, y ahora estoy seguro de que su muerte no ha sido natural. Tengo el informe de la autopsia.

—¿Qué cosas? —preguntó el comandante, al tiempo que retenía la afirmación fundamental.

—Jasmine tenía intención de suicidarse, eso lo sabemos. Pidió a su amiga Margaret que la ayudara, pero luego le dijo que se sentía diferente y que lo había pensado mejor. No dejó notas ni explicaciones. Sin duda, lo hubiera hecho por Margaret. Además —Kincaid hizo una pausa lo bastante larga para dar un sorbo a su cerveza—, había quedado con su hermano, a quien no veía desde hacía seis meses, justo mañana.

El comandante asentía a cada punto, pero cuando Kincaid terminó, dijo:

—No puedo entender que nadie le haya hecho daño a la pobrecilla. No iba a durar mucho.

Sus ojos azules eran sorprendentemente penetrantes en la cara redonda.

La camarera llegó con sus platos, con lo que le dio así a Kincaid una prórroga. El comandante roció sus patatas con vinagre, luego echó salsa HP en la tortilla. Kincaid arrugó la nariz cuando le llegó el aroma del vinagre. Costumbres de solterón, pensó. Dentro de unos años él haría lo mismo.

—¿Qué le parece, comandante? Usted la conocía, tal vez mejor que yo.

El comandante cortó un poco de huevo con el tenedor y la pasó por el baño de salsa marrón de su plato.

—No puedo decir que la conociera bien, en realidad. Sólo hablábamos de —se metió el tenedor con el trozo de tortilla y patatas en la boca y prosiguió— cosas cotidianas. El jardín, la televisión. A Margaret no la conozco, pero la veía entrar y salir, y a veces salía a las escaleras a saludarme cuando yo estaba en el jardín. Una chica simpática, no era como Jasmine. No quiero decir —se corrigió— que Jasmine no fuera simpática, pero era más suya, ya me entiende.

Como sorprendido por su propia falta de tacto, apartó la vista de Kincaid y se concentró en su cena.

La máquina exprés silbó y borbotó como un monstruo subterráneo mientras Kincaid daba un mordisco a su tortilla.

—¿Alguna vez ha visto a Margaret venir con alguien? ¿Un novio?

El comandante frunció las cejas y sacudió la cabeza.

—No creo.

Kincaid pensó que de Roger se acordaría.

—¿Ha visto alguna vez a Theo, su hermano?

—No que yo recuerde. No recibía muchas visitas, a no ser la enfermera en los últimos meses. Que por cierto —se inclinó para confiarle algo mientras recogía el último trozo de tortilla con patatas—, está de muy buen ver.

Kincaid advirtió divertido que la pasión del comandante por las plantas no se extendía a la comida; la mayor parte del acompañamiento de berros y pepino habían quedado abandonados en el plato.

—¿Qué me dice del jueves por la noche? ¿Alguien fue a visitarla, que usted sepa?

—No estaba. Los jueves no estoy, tengo el coro.

—¿Canta usted? —preguntó Kincaid. Apartó el plato vacío y se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa.

—Desde que era pequeño. Gané premios como tenor, antes de que me cambiara la voz.

Kincaid pensó que la tez del comandante parecía incluso más rojiza de lo acostumbrado. Así que era ésa su otra gran pasión.

—No me lo habría imaginado. ¿Y dónde canta?

El comandante apuró su cerveza y se limpió el bigote con la servilleta.

—En St. John's, en los servicios del domingo; los miércoles, vísperas; los jueves, ensayo.

—¿Volvió tarde el jueves?

—No, hacia las diez, me parece.

—¿Y no oyó ni vio nada extraño?

Kincaid aguantaba la respiración por las expectativas. Era una pregunta que tenía que hacer, pero el destino no solía ser generoso con las respuestas. Si la gente veía algo realmente extraño, lo decía enseguida, pero los detalles menores les volvían a la memoria sólo cuando algo les refrescaba las ideas.

El comandante sacudió la cabeza:

—Pues no.

La camarera se llevó el plato vacío de Kincaid y volvió al cabo de un momento con la cuenta. El ruido del café había aumentado progresivamente. Kincaid miró a su alrededor y vio todas las mesas llenas y clientes en potencia esperando en la puerta; el buen tiempo, combinado con el sábado, sacaban a la gente de casa. Se acabó la cerveza de mala gana.

—Mejor que dejemos sitio para las masas.

Al llegar a la intersección con Pilgrim's Lane, la sombra de la jefatura de policía de Hampstead se levantaba ante ellos. A Kincaid le pareció bastante irónico que hubiera optado por vivir a pocas manzanas de aquel edificio tan evocativo, diseñado por J. Dixon Butler, el arquitecto que colaboró con Norman Shaw en el New Scotland Yard. En la imaginación de Kincaid la niebla se arremolinaba en torno a los gabletes de la época de la reina Ana, y los *bobbies* victorianos corrían presurosos a algún rescate.

Cuando llegaron a Carlingford Road el comandante habló y rompió el silencio que se había creado entre ellos.

—¿Y qué hay del minino? ¿Ha hecho planes para él?

—¿El minino? —repitió Kincaid con cara inexpresiva—. ¡Ah!, el gato. No, no he pensado nada. No querrá usted...

El comandante ya negaba con la cabeza.

—Yo no puedo tener bichos en casa, me hacen estornudar. Y haría agujeros en la tierra de mis flores. —El bigote se le erizó de asco—. Pero habría que hacer algo.

Kincaid suspiró.

—Ya lo sé, veré qué se puede hacer. Buenas noches, comandante.

—Señor Kincaid. —Se detuvo al subir las escaleras de la puerta principal—. Creo que hará más daño que otra cosa excavando en este asunto. Hay cosas que más vale no remover.

* * *

Kincaid medía el salón de su casa con pasos inquietos. Era todavía temprano, no eran ni las nueve, y estaba cansado pero nervioso, incapaz de centrarse en nada. Hizo un poco de zapeo y apagó la tele fastidiado. Ninguna de sus cintas o de sus cedés lo atraían, ni tampoco los libros que no había podido leer todavía.

Cuando se encontró examinando las fotografías de las paredes, se volvió a mirar la caja de cartón marrón que estaba en la mesita baja. Una elusión clásica, el rechazo a enfrentarse con una tarea desagradable, o, para ser más sincero, pensó, temía que Jasmine pudiera resurgir de las páginas de su diario, fresca y dolorosamente real.

Kincaid se permitió retrasarlo un poco más, el tiempo de preparar un café. Llevó la taza al salón y se instaló en el sofá dentro del círculo de luz proyectado por la lámpara de pie. Tiró de la caja de cartón para acercarla un poco y pasó los dedos por los bonitos lomos azules de los diarios. Estaban agrietados y tenían incrustado un polvo seco y fino.

Si tenía que hacerlo, entonces empezaría por orden cronológico; en los libros más antiguos, la Jasmine que había conocido él sería menos inmediata, y ya había mirado brevemente el último diario sin encontrar nada útil. Sacó el más gastado del fondo de la caja y lo abrió. Las páginas estaban amarillas y se cuarteaban y olían un poco a moho. Kincaid contuvo un estornudo.

Las entradas empezaban en 1951. La letra de la Jasmine de diez años era pequeña y cuidada, las anotaciones triviales y muy concienzudas: los logros de Theo —en los que se intuía ya su actitud posesiva—, los premios ganados en la escuela, una clase de tenis, un paseo con el caballo del vecino.

Kincaid leyó por encima las páginas de un primer cuaderno, de un segundo, de un tercero. Con el pasar de los años, la escritura cambió, y evolucionó en la típica y tan reconocible escritura de Jasmine. Algunas veces las entradas saltaban semanas; a veces, meses, y aunque se volvía más natural, seguía siendo emocionalmente irrelevante. Había empezado el cuarto libro, cuando una entrada fechada en marzo de 1956 lo hizo parar en seco. Retrocedió hasta el principio y se puso a leer con mayor atención.

9 de marzo

Theo cumple diez años. La celebración de siempre. Lo mismo que el año pasado y todos los años anteriores. Los tres en torno a la mesa del comedor, vestidos con nuestras mejores prendas, agobiados, con las contraventanas cerradas, sin hablar. El cocinero ha hecho lo que le parece que ha de ser un pastel de cumpleaños inglés. Horrible, como siempre, pero papá no hacía más que mirar como perdido y Theo ni siquiera se burlaba. Yo quería gritar.

Papá le ha regalado a Theo un kit de modelo de avión, que, claro está, a Theo no le importa nada. Al final lo ayudaré yo a montarlo, para no herir los sentimientos de papá. He entrenado el caballo de la maldita señora Savarkar durante un mes para ganar el dinero suficiente para comprarle a Theo una raqueta de tenis. A mí el caballo no me molesta, pero la señora S. es una bruja, siempre mostrándose tan superior a nosotros porque somos «pobres ingleses».

Me acuerdo de verdad de la noche en que nació Theo, o es que he oído las historias del aya tantas veces que no sé dónde acaban las historias y dónde empiezan los recuerdos. Recuerdo gritos y humo y el olor a quemado, pero creo que todo esto sucedió más tarde y que en mi mente se ha mezclado con los golpes del médico en la puerta y los gritos de mi madre.

22 de mayo

El señor Patel me ha vuelto a pellizcar el brazo en clase. Pasea entre las filas, haciendo ruido como de hojas secas y mirando por encima de nuestros hombros mientras trabajamos. Noto cómo se acerca por detrás y el cogote se me calienta.

Hoy me ha agarrado el brazo por la axila y ha apretado hasta que me he mordido el labio para no gritar. Dice que no he hecho bien los deberes, pero es una excusa para retenerme luego, todo el mundo lo sabe. He oído las risitas de las otras niñas por detrás.

«Jassssmine», ha dicho cuando ha dejado salir a los demás, silbando la «s» de mi nombre hasta que se me ha puesto la piel de gallina. «¿Te acuerdas de tu madre inglesa, Jasmine? Alguien te tiene que enseñar las cosas, Jasmine». Él se movía alrededor de su mesa y yo retrocedía hacia la puerta, con los libros contra el pecho para que no me lo mirara. «No deberías salir al sol, te hace parecer una chica nativa». Entonces me sonrió. Parecía una tortuga calva, con su asqueroso cuello retorcido y los ojos centelleantes. He echado a correr antes de que pudiera volver a tocarme, he corrido hasta casa y he vomitado. Ojalá pudiera matarlo.

Las marcas de sus dedos se me han vuelto moradas mientras venía a casa. Me he puesto una blusa de manga larga antes de que papá y Theo las vieran. No vale la pena decírselo a papá. Ya lo intenté una vez. Se le puso esa mirada vaga, como si quisiera estar en otro lugar, y me dijo que tenía mucha imaginación.

Ya sé por qué el señor Patel me ha preguntado por mamá. Creen que soy mestiza, por mi color, y porque mamá, después de todo, no era inglesa.

Recuerdo a mi madre. Recuerdo el tacto suave de sus vestidos y el olor a rosas. Me acuerdo de las muñecas que me mandó de Inglaterra y de las historias que inventamos sobre ellas. «Crece como una verdadera niña inglesa, Jasmine», me decía, «así sabrás cómo son las cosas cuando volvamos a casa». Siempre hablaba de eso, de volver a casa. Creo que odiaba este lugar. ¿Se puede morir de añoranza de casa?

5 de junio

Theo, el muy burro, le ha dicho a papá que no he ido al colegio mientras ha estado fuera. Papá ha puesto su cara triste y ha dicho que le estaba haciendo la vida difícil, y que a partir de ahora tendría que hablar con el director.

30 de junio

Ayer murió papá. El médico dijo que fue el corazón, algo relacionado con las fiebres que había contraído cuando llegó aquí.

Estaba leyendo el periódico durante la cena. Dijo que no se encontraba bien, como sorprendido, luego se dejó caer sobre la mesa.

No lo puedo creer, ¿qué va a ser de Theo y de mí?

Gemma se sentó junto a la mesa de la cocina, envuelta en el viejo albornoz de Rob. Era del color de él, no el de ella, el color vino la hacía más pelirroja. Sabía que debería tirarlo, o darlo a Oxfam, junto con los demás cachivaches de su vida matrimonial que se amontonaban en la casa, pero a veces, si se presionaba la tela del albornoz contra la cara, le parecía que todavía desprendía el olor de Rob.

¡Maldita tonta!, se dijo en voz alta. ¿Acaso le había dejado algo Rob para que quisiera recordarlo? Le sorprendía seguir añorando su presencia física, no sólo el sexo —aunque éste había sido muy escaso desde que, hacía dos años, llegó a casa y encontró que las cosas de Rob no estaban y una nota suya en la mesa de la cocina—, sino también una caricia rápida, una mano en el cabello, y tener algo más que una botella de agua caliente para calentarse los pies por la noche. El trabajo y los cuidados de Toby no le dejaban mucho tiempo para salir y conocer a nadie.

Pensar en Toby le hizo volver la atención hacia la pila desordenada de facturas que tenía delante, en la mesa de la cocina. Gemma se levantó a servirse más café y envolvió con las manos el tazón desportillado, un recuerdo de su luna de miel en Inverness. Eran casi las nueve de la mañana del domingo y Toby no se había levantado. La visita de anoche a sus padres lo había dejado agotado; los tres salvajes hijos de su hermana lo habían puesto como una moto y Gemma se lo había llevado al coche pataleando y chillando, para que, a los pocos minutos, se durmiera en medio de un grito.

Volvió a contemplar las facturas, luego se llevó el tazón a la puerta trasera y se asomó al jardín. El triciclo de plástico de Toby estaba volcado en un charco de barro. Rob llevaba tres meses sin mandar su cheque de la pensión alimenticia, y las facturas de la guardería de Toby empezaban a exceder su presupuesto. La hipoteca de la casa era exorbitante, y pagaba una canguro para Toby cuando trabajaba horas extras. La última vez que había llamado a Rob la línea estaba desconectada, y cuando comprobó su dirección, descubrió que se había mudado sin dejar otra dirección. El concesionario para el que trabajaba como vendedor le dio la misma versión, se había despedido y se había esfumado.

Gemma sentía el pánico acechando sus pensamientos, dispuesto a saltar sobre ella en cuanto bajara la guardia. Había puesto tanto orgullo en su autosuficiencia que

había hecho caso omiso de la aportación de Rob, pues no encajaba con la imagen de supermamá que se había forjado sobre sí misma. Ahora sufría las consecuencias. Sé práctica, se dijo, mira las opciones. Vender la casa y encontrar una situación menos cara para Toby no significaba el fin del mundo, pero aun así notaba el peso del fracaso como una piedra sobre su pecho.

El timbre del teléfono de la cocina la sacó de golpe de su abatimiento. Dejó el café en la encimera y levantó el auricular del supletorio, esperando no despertar a Toby.

—¿Gemma? Ya sé que llamarte dos mañanas seguidas es una verdadera lata, pero quería saber si te apetece acompañarme hoy a hacer un par de visitas.

Esta otra llamada de Kincaid a primera hora de la mañana no la sorprendió, ni tampoco su voz «no oficial», con un deje de vacilación que nunca tenía en el trabajo.

—¿Nada oficial? —preguntó.

—Bueno, al menos hasta mañana, pero tengo el resultado de la autopsia: sobredosis de morfina.

Gemma cogió el tazón y dio un sorbo al café tibio. Así que tenía razón, al menos en eso, y ella se había equivocado al pensar que la proximidad de él con la situación podría haber nublado su entendimiento.

—Sigues pensando que hago una montaña de un grano de arena —dijo él ante su silencio, y Gemma notó una nota divertida en su voz.

—¿En quién estás pensando?

—En Felicity Howarth, la enfermera de Jasmine, en Kew. Y en su hermano Theo, en Surrey. Hace un día precioso para dar un paseo en coche —añadió, con la intención de tentarla.

—Mami.

Toby había entrado silenciosamente en la cocina descalzo, despeinado y soñoliento, sujeto a su sábana.

—Ven, cariño. —Gemma se arrodilló y lo abrazó.

—¿Cómo? —preguntó Kincaid, perplejo.

Gemma se echó a reír.

—Es Toby, se acaba de levantar.

Aquella no era una excursión apropiada para Toby; debería pedir a su madre que se quedara con él, y luego su conciencia le reprocharía haberlo descuidado.

—¿Gemma?

—Tengo que ver qué hago con Toby.

—Te recojo yo. ¿A qué hora?

—No. —Kincaid nunca había estado en su casa, y después de ver su piso el día antes se sentía todavía más reacia—. Es que... —añadió, dándose cuenta de que había sido muy brusca— tengo que llevar a Toby a casa de mi madre y de paso voy a buscarte yo.

Colgaron, y Gemma apreció el tacto de Kincaid al no recordarle que para llevar a Toby a Leyton High Street era difícilmente necesario que pasara por Hampstead.

* * *

Por lo visto, Kew había tentado a buena parte de la población londinense para iniciar los ritos de primavera. Gemma, sentada al lado de Kincaid en el MG con la cara vuelta al sol, se incluía en la observación. Tenía que recordarse continuamente que no estaba allí por su gusto, y hacía un esfuerzo por mantener los ojos en la carretera y no en el perfil de Kincaid. Normalmente prefería conducir ella, pero cuando había llegado al piso de Hampstead, él había insistido en que dejara el coche y la había hecho subir a toda prisa al Midget mientras le decía:

—Relájate, Gemma, al fin y al cabo, es tu día libre.

Ella había cedido sin mucha dificultad.

Dieron la vuelta a Kew Green, buscando sitio entre el tráfico. Las carreteras que llevaban a Kew Gardens y al río estaban abarrotadas de coches, pero en cuanto llegaron al extremo sur, dejaron lo peor del embotellamiento a sus espaldas. Se dirigieron al sudeste por las calles laterales hacia la dirección de Felicity Howarth, mientras pasaban delante de grandes casas con jardín, luego casas adosadas menos elegantes, y al final un callejón de bloques de pisos. Las aceras estaban llenas de basura sin recoger, y las casas daban impresión de suciedad, como si sus propietarios hubieran renunciado a esforzarse.

Gemma miró a Kincaid, sorprendida.

—¿Es una enfermera particular? ¿Tienes la dirección correcta?

Él arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—Vamos a ver.

La planta baja de Felicity Howarth, al contrario que la de muchos de sus vecinos, daba muestras de cierto cuidado. Las escaleras estaban barridas, la puerta pintada de un verde oscuro brillante y el llamador de bronce lustrado. Kincaid llamó al timbre y al cabo de unos minutos Felicity abrió la puerta.

Miró a Kincaid como si no supiera situarlo, luego su rostro se iluminó.

—¡Señor Kincaid!

Gemma, que se esperaba por la descripción de Kincaid a una modelo elegante y uniformada de eficiencia almidonada, vio alterada su percepción. Aunque la altura y los colores de Felicity podían resultar llamativos en otras circunstancias, ahora no estaba en su mejor momento. Llevaba un chándal gastado, iba sin maquillaje, tenía una mancha de suciedad en la frente, y Gemma pensó que parecía cansada y no especialmente contenta de verlos.

—Estaba trabajando en el jardín —dijo, a modo de disculpa mientras se ensuciaba más la frente en un intento de limpiarla.

Kincaid le presentó a Gemma sólo por el nombre de pila, y añadió:

—Me gustaría hablar con usted de Jasmine.

—Pasen ustedes. —Felicity los hizo pasar al salón, luego dijo—: Voy a lavarme. —Vaciló mientras se alejaba y se dio la vuelta—: ¿Quieren un café? Iba a prepararme uno.

Gemma y Kincaid aprovecharon la ocasión para echar un vistazo a la estancia. Estaba ordenada y escrupulosamente limpia, como Gemma podía atestiguar tras pasar a hurtadillas un dedo por el borde de una estantería: ni una mota de polvo. Los muebles eran de buena calidad, pero no nuevos, y los adornos parecían más objetos de familia, le pareció a Gemma, que escogidos con un gusto decorativo determinado. Había un *Sunday Observer* abierto sobre el sofá, única prueba de una ocupación espontánea.

Kincaid se acercó a las ventanas traseras y miró fuera, al jardín lleno de zarzas.

—¿Vive sola? —preguntó Gemma bajito cuando se hubo acercado.

—Eso parece, ¿no?

Felicity volvió con una cafetera y unas tazas chinas en una bandeja. La dejó en la mesita baja, cogió el periódico delator del sofá y lo puso fuera de las miradas, bajo una mesa. Parecía haber recuperado autoridad, con la cara y las manos limpias, y dirigió a Gemma y a Kincaid hacia el sofá mientras les servía; luego cogió una silla para ella. El sofá se hundía en la parte central y Gemma se esforzaba por no rozar con el muslo el de Kincaid mientras miraba a Felicity, quien estaba sentada altivamente en su silla. Vio la comisura de los labios de Kincaid esbozar una sonrisa divertida ante su apuro. Felicity había llevado a cabo una maniobra inteligente y ensayada, pensó Gemma, y no se sorprendió lo más mínimo cuando se hizo cargo de la entrevista.

—Entonces, ¿ya tiene los resultados de la autopsia? —preguntó Felicity a Kincaid, al tiempo que cruzaba las piernas y ponía la taza en equilibrio sobre la rodilla.

—El patólogo ha encontrado más morfina de la prescrita para una dosis para el dolor. ¿No podría...?

—Mire —lo atajó Felicity, inclinándose hacia él—, comprendo cómo se siente. Está impresionado porque no se lo esperaba, pero yo lo veo continuamente. No es inusual.

—Margaret cree...

—Usted y yo sabemos, señor Kincaid, que la asistencia a un suicidio es un delito grave. Estoy segura de que Jasmine se dio cuenta de que no podía arriesgarse a implicar a Margaret, y consideró que ésta tendría la sensatez de tener la boca cerrada sobre su anterior acuerdo. Jasmine no necesitaba ayuda, puesto que tenía acceso a la morfina líquida.

Kincaid se apoyó en el respaldo y dio un sorbo al café, mientras dejaba, momentáneamente, la ofensiva y cambiaba de táctica.

—¿Por qué morfina líquida en lugar de pastillas?

—Por la dificultad para tragar. El tumor le presionaba el esófago y crecía. Jasmine comía cosas muy blandas ahora, y si hubiera durado más, habría necesitado una sonda. —Felicity suspiró y se acomodó un poco en la silla—. El dolor también hubiera crecido de forma considerable, tal vez hasta no poder controlarse con calmantes. He visto tumores como éste partirle las costillas al paciente.

—¿Jasmine lo sabía? —preguntó Gemma, horrorizada ante la descripción.

—Me lo imagino, Jasmine era una paciente informada, estaba al tanto de todo.

Felicity sonrió y guardó silencio, y Gemma percibió desánimo debajo de la tajante superficie.

—¿Cómo soporta lo que hace, ver cómo la gente sufre tanto?

Esta vez Felicity encogió los hombros con tanta energía que pareció un desaire.

—Alguien tiene que hacerlo. Yo valgo para eso. Les hago sentir cómodos, los tranquilizo.

Kincaid se acabó el café, se inclinó hacia delante y dejó la taza vacía en la mesa, pausadamente.

—Felicity, ¿cómo pudo Jasmine acumular bastante morfina para matarse? ¿No le daba usted las prescripciones?

—Hace semanas solicitó un aumento de la dosis. Nosotros no limitamos el consumo de opiáceos a los pacientes terminales, sólo intentamos que estén cómodos. Es posible que me dijera que necesitaba más morfina y luego mantuviera la misma dosis. —Felicity observó a Kincaid—. Me temo que no puedo decirle nada más.

Evidentemente, Felicity se estaba despidiendo, pero Kincaid cruzó el tobillo sobre la rodilla y le sonrió.

—Dijo usted que había visto a Margaret varias veces. ¿Llevaba alguna vez a su novio? Se llama Roger, estoy seguro de que se acordaría de él.

—No, Margaret siempre vino sola las veces que estuve yo, y Jasmine nunca nombró a ningún novio.

—¿Le dijo Jasmine que iba a ver a su hermano?

Felicity sacudió la cabeza y se puso a recoger las tazas en la bandeja.

—Nunca hablábamos de temas personales. A algunos pacientes les gusta contarte su vida, pero a Jasmine no.

—¿La visitaba alguien? ¿Ha visto recientemente a algún desconocido por el edificio?

—No, lo siento.

Kincaid cedió con tacto. Se levantó y estrechó la mano de Felicity.

—Gracias, ha sido usted muy útil.

Gemma se apresuró a añadir.

—Gracias por concedernos este tiempo.

—Tal vez necesitemos que comparezca usted —agregó Kincaid, como si se tratase de una idea de último momento, cuando se alejaban hacia la puerta.

—Muy bien. ¿Me avisarán ustedes?

Kincaid asintió y le abrió la puerta a Gemma.

—Adiós.

Gemma se volvió mientras la puerta se cerraba para hacer eco a la despedida y vio una última imagen de Felicity Howarth sola en el salón de su casa.

* * *

Alcanzaron la A24 hacia Surrey antes de decir nada. Gemma miró de reojo a Kincaid. Conducía con desenvoltura, con la mano apoyada con suavidad sobre el cambio de marchas, y la expresión oculta por las gafas de sol que había sacado del bolsillo de la puerta.

—No te acaba de convencer, ¿verdad? —le preguntó. Él respondió sin apartar los ojos de la carretera:

—No, tal vez soy demasiado obcecado.

—Crees que habría dejado una nota para Margaret o Theo —dijo Gemma, y añadió— o para ti.

Sentía cada vez más curiosidad por aquella mujer que había ocupado buena parte de la vida de Kincaid, y de la que no sabía nada. Había aludido a alguna visita entre vecinos, pero ella siempre había pensado que se trataba de algún hombre, con el cual ir al *pub* juntos. ¿Cuál habría sido su relación con Jasmine Dent? ¿Serían amantes, con Jasmine tan enferma de cáncer?

Mientras miraba a hurtadillas la cara abstraída de Kincaid, Gemma se sorprendió al pensar en lo poco que sabía de su actividad personal. Le había parecido que se movía por la vida con una soltura que admiraba y, a la vez, la irritaba, pero tal vez no todo le resultara tan fácil como ella creía; evidentemente, él estaba sufriendo tanto por el dolor como por el sentimiento de culpa por la muerte de Jasmine.

Bien pensado, ella nunca le había dado ocasión para hablarle de nada fuera del trabajo. Ella charlaba sobre Toby y Kincaid escuchaba como si las actividades de un niño de dos años fueran lo más maravilloso del mundo. Debería de haberlo atribuido a sus buenos modales; decidió ser menos obtusa en el futuro.

—¿Gemma?

Se volvió hacia Kincaid y se sonrojó, pues se sintió transparente.

—¿Qué?

—Parecías un poco preocupada. ¿Te da miedo mi conducción?

—No —respondió Gemma, sonriente—. Es que estaba pensando —buscó lo primero que le vino a la mente— en... Felicity. ¿Crees que si pasaras la vida cuidando a moribundos, tratando de consolar su sufrimiento, necesitarías una fe muy fuerte?

—Es posible. Sigue.

Gemma intuyó el ceño que no podía ver tras las gafas oscuras de Kincaid.

—Las once del domingo y Felicity está trabajando en el jardín. No va a misa.

—Tal vez vaya a primera hora —dijo Kincaid, divertido.

—No se había maquillado —replicó Gemma—, ni rastro de pintalabios. No me digas que una mujer guapa como Felicity se levanta y va a misa el domingo sin una pizca de maquillaje.

—Muy observadora —Kincaid sonrió con sorna, luego se puso serio—. Tal vez la fe que mantenga a Felicity no es de las que se ven.

Estaban emprendiendo la subida por las faldas de Dorking. Kincaid sacó un mapa del bolsillo de la puerta y se lo tendió a Gemma.

—Comprueba si tenemos que tomar la A25 para Abinger Hammer, por favor. —Mientras Gemma abría el mapa, prosiguió—: Meg es originaria de aquí. Dice que su padre tiene un garaje. No está tan lejos de Londres como para que su familia haya cortado los lazos completamente. ¿Crees que...?

—Pronto hay un desvío —interrumpió Gemma—. A25 oeste hacia Guilford. —Cuando Kincaid se dirigió hacia la rotonda, le preguntó—. Perdona, ¿qué estabas diciendo?

—Es igual, pensemos en la comida.

* * *

Abinger Hammer era más una aldea que un pueblo, pocas tiendas y un parque atravesado por un riachuelo. La tienda de Theo Dent, Bagatelas, se encontraba en una curva de la carretera, en frente del salón de té y del reloj del pueblo, dotado con su característico carillón de madera.

Gemma y Kincaid se comieron un bocadillo de queso y tomate sentados al sol en el pequeño jardín tapiado del salón de té. Los bocadillos iban acompañados de unos berros, todo servido alegremente por una camarera adolescente con el cabello rosa y muchos pendientes.

—Una punk de pueblo —dijo Kincaid mientras se metía en la boca un berro con los dedos.

—No creo que haya mucha vida nocturna por aquí —dijo Gemma, quien no había superado su desdén londinense por la vida de pueblo.

—La disco del pueblo, supongo, o los videojuegos del *pub*, para los que tengan la edad adecuada.

—¡Puaj! —exclamó Gemma con cara de asco.

Kincaid se echó a reír.

—Piénsalo, Gemma, ¿no es lo que te gustaría para Toby, cuando crezca? ¿Sin más problemas?

Ella sacudió la cabeza.

—No quiero pensar en eso todavía. —Gemma se acabó el bocadillo y espantó un abejorro que daba vueltas en torno a su mesa—. ¿Tú creciste en un lugar tan pequeño como éste?

—No tanto, no. Relativamente civilizado, para tus estándares. Teníamos un café, pero entonces no había videojuegos, sólo dardos.

La sorna de su sonrisa le dijo a Gemma que le estaba tomando un poco el pelo. El abejorro insistente cayó en el té de Kincaid, quien lo sacó y se estiró.

—Vamos a ver qué estuvo haciendo Theo Dent el jueves por la noche.

Unas campanillas sonaron en la trastienda cuando Gemma y Kincaid entraron en Bagatelas y cerraron la puerta tras ellos. El letrero de «Cerrado» colgado en el interior de la puerta se balanceó rítmicamente, como contrapunto al sonido de las campanillas que se extinguía.

Les costó un momento que sus ojos se adaptaran después del cegador sol del exterior.

—Parece que tenemos la tienda para nosotros solos —dijo Kincaid bajito, a la vez que miraba a su alrededor—. No vende mucho un domingo por la tarde.

—Hace demasiado buen tiempo —sugirió Gemma. La tienda parecía increíblemente cálida y cargada. Haces de luz entraban de forma sesgada por las ventanas sin cortinas, iluminando objetos polvorientos. Gemma se volvió y revisó estantes y mesas atestadas, entre otras cosas, de cerámica china desaparejada, objetos de bronce, cuadros de caza descoloridos, y una caja de cristal llena de botones antiguos.

—Todo esto necesita un día de lluvia para entrar a verlo —dijo, al tiempo que llevaba hacia el trasluz una mantequillera de porcelana decorada con sauces y entornaba los ojos—. ¡Vaya!, está agrietada, ¡qué pena!

Oyeron unos rápidos pasos por las escaleras y la puerta de la trastienda se abrió de golpe.

—Lo siento, estaba acabando de... —Theo Dent se detuvo en seco mientras se subía las gafas por el puente de la nariz y miraba anonadado a Kincaid—. ¿Señor Kincaid? No le había reconocido... No me esperaba...

—Hola, Theo, no quería darte un susto. Tenía que haber llamado antes, pero hacía un buen día para dar un paseo.

Bobadas, pensó Gemma, al escuchar las desvaídas explicaciones de Kincaid. Lo conocía lo bastante para saber que su intención era pillar a Theo desprevenido.

Aquello podía ser una curiosidad extraoficial, pero la técnica de trabajo de Kincaid estaba en marcha.

Kincaid presentó a Gemma y dejó nuevamente su relación abierta a cualquier interpretación, y Theo le estrechó la mano. Gemma lo observó: era un hombre menudo de cabeza ovalada y una mata de cabello rizado de color castaño mezclado con gris, con unas gafas redondas de marco dorado que le daban un aspecto pasado de moda. Tenía las manos pequeñas y más suaves que las suyas.

—Encantada. Tiene cosas preciosas.

Gemma hizo un gesto por la estancia y cogió el primer objeto que le vino a la mano, una porcelana en forma de colmena.

—¿De verdad le gustan? —Theo parecía extremadamente complacido. Le dirigió a Gemma una sonrisa radiante, que mostraba unos dientes pequeños, uniformes y blancos—. ¿Le gustan los tarros de miel? Mire, mire éste. —Cogió de un estante otra porcelana, una casita con el tejado de paja—. Y éste. —Ahora era una porcelana blanca, decorada con ratoncitos asomados a unas zarzas—. ¿Sabía que los egipcios creían que la miel venía de las lágrimas de Ra, el dios del sol? Ningún faraón era enterrado sin un tarro de miel sellado...

—Theo —Kincaid interrumpió su monólogo entusiasta—, ¿dónde podríamos hablar?

—¿Hablar? —Theo pareció desconcertado. Miró con esperanza a su alrededor, pero al no ver sillas, dijo—: Ah, claro, podríamos subir. —Se volvió y los guió mientras les dirigía miradas de preocupación por encima del hombro—. Está poco... Espero que no les importe.

Al parecer, el piso de arriba servía como vivienda y como oficina a la vez, y la oficina consistía en una mesa muy estropeada cubierta con trozos de papel y un viejo teléfono de baquelita. Como vivienda no era mucho mejor, en opinión de Gemma: una cama plegable hecha con prisas, y un sillón de cuero eran todo el mobiliario; los dos bien dispuestos delante de un televisor de color y un videocassette. Una cortina tapaba lo que supuso Gemma que serían el baño y la cocina.

—El almuerzo —dijo Theo en tono de disculpa al tiempo que recogía un plato con cortezas de pan y un sobre de sopa instantánea y los dejaba detrás de la cortina. Indicó a Kincaid el sillón de cuero y desplazó la silla del escritorio para Gemma. Eso lo dejó torpemente de pie, hasta que vio un cajón de embalar vacío, lo volcó y lo usó como taburete improvisado. Perdió algo de su inquieta actitud y sonrió, autodestructivo.

—No recibo muchas visitas, como comprenderán. Habría limpiado un poco la casa para Jasmine, si hubiera venido. —Theo respiró hondo—. Bueno, Duncan, ¿por qué querías verme? No habrás traído a esta señora tan guapa para que vea mis colecciones.

Señaló a Gemma cuando hablaba, y ella volvió a tener la impresión de que usaba un tono un poco anticuado.

—Me han llegado los resultados de la autopsia de tu hermana, Theo. Murió por una sobredosis de morfina. —Kincaid habló suavemente, sin énfasis.

La vista de Theo se extravió, y se quedó tan quieto que Gemma miró a Kincaid interrogante, pero al instante suspiró y dijo:

—Gracias, es lo que había estado esperando desde que hablaste conmigo el viernes. Has sido muy amable viniendo hasta aquí para contármelo.

Gemma, que sabía que la amabilidad no había sido el móvil de Kincaid, lo vio sonrojarse ligeramente.

—Theo...

—Fue la sorpresa lo que me dejó tan mal. Ahora he tenido un poco de tiempo para hacerme a la idea, y me doy cuenta de que sería muy propio de Jasmine, pero lo que no entiendo todavía —Theo miró a Kincaid y luego a Gemma, para incluirla en la pregunta— es por qué me pidió que la llamara y la fuera a ver hoy.

—Theo —insistió Kincaid—, hay otra posibilidad. El juez de instrucción probablemente dará un veredicto de suicidio, a no ser que aportemos pruebas de lo contrario.

—¿De lo contrario? ¿Qué quieres decir con lo contrario? —Theo juntó las cejas sobre el marco dorado de las gafas.

Kincaid se sentó y se inclinó hacia Theo mientras le hablaba con más prisas ahora.

—La morfina pudo dársela otra persona. Tal vez Jasmine le dijo a Margaret la verdad, que había cambiado de idea con respecto al suicidio, y tal vez a alguien no le gustara esa decisión.

—¿No hablarás en serio? —Theo escrutó en la expresión de Kincaid algún indicio de broma, pero como no lo encontró se volvió hacia Gemma en busca de confirmación. Ella asintió.

—Sí, habla en serio.

—¿Pero, por qué? —La voz de Theo se alzó hasta convertirse en un chillido—. ¿Por qué iba a querer nadie matar a Jasmine? ¡Se estaba muriendo, Dios mío! Tú mismo dijiste que sólo le quedaban unos meses. —Respiró y se subió las gafas por el puente de la nariz y luego apuntó un dedo acusador hacia Kincaid—. ¿Y cómo iba a darle alguien tanta morfina sin que ella lo supiera?

Un buen punto de vista, pensó Gemma, y a Kincaid no se le ha ocurrido.

—No lo sé, Theo. Yo he supuesto que fue alguien que ella conocía. En cuanto al por qué —el tono de Kincaid se volvió menos conciliador—, alguien podría tener prisa por algún motivo. ¿Qué sabes de la herencia de Jasmine?

—¿La herencia? —Theo puso cara de incompreensión.

—Vamos, hombre, que no hay por qué sorprenderse tanto. —Kincaid se levantó y caminó por el cuartito—. Alguna idea tendrás de cómo iba a disponer Jasmine de su propiedad. Me contó que había hecho algunas buenas inversiones desde hacía algunos años, y el valor del piso es alto. ¿Será todo para ti?

—No lo sé. —Theo levantó la vista hacia Kincaid, y a Gemma le dio la impresión de que se había encogido ante sus ojos—. Pagó lo que quedaba de la hipoteca de aquí. Yo estaba sin blanca, en un momento difícil. —Se volvió hacia Gemma en busca de comprensión—. Es que algunas cosas no habían salido bien. Nunca había llegado a pensar lo que pasaría si ella muriera.

Kincaid arqueó las cejas, incrédulo, y abrió la boca para protestar, pero cambió de táctica.

—¿Qué hiciste el jueves por la noche?

—¿El jueves?

—La noche que murió Jasmine, Theo —apremió Kincaid.

—Pues estuve aquí, cómo no. ¿Dónde iba a estar? —Theo parecía muy asustado ahora, casi a punto de llorar.

—Empecemos por el principio —dijo Gemma para sacar a Theo del apuro—. ¿A qué hora cierra la tienda?

—A eso de las cinco y media, normalmente.

—¿Y ese día cerró a las cinco y media? ¿Y luego qué hizo?

—Bueno, ordené un poco y cerré la caja, luego cené enfrente. —Theo pareció más relajado y miró esperanzado a Gemma por su ayuda. Kincaid se había acercado a la ventana y miraba la calle.

—¿Enfrente? No he visto ningún restaurante...

—No, no, sólo hay el *pub* abierto por la noche. El salón de té cierra a las cinco. Siempre voy al *pub* a cenar. La comida es buena, y aquí no puedo cocinar mucho —señaló la cortina—, sólo hay una placa.

—Dijiste que no bebías mucho —dijo Kincaid desde la ventana.

Theo se sonrojó.

—No bebo, sólo media pinta de sidra dulce de vez en cuando.

Gemma volvió a tomar las riendas.

—¿Qué hizo al acabar de cenar? ¿Tiene coche?

La pregunta enfureció a Theo.

—Pues no, no tengo coche, si le puede importar a alguien. Volví aquí. No hay mucho que hacer en Abinger Hammer. Además —sonrió a Gemma, mientras su acceso de mal genio se evaporaba, e indicó la televisión—, tenía una película nueva. Había llegado al videoclub por la tarde, *Niebla en el pasado*, de 1942, con Ronald Colman y Greer Garson. Muy buena. Hay un oficial de la Primera Guerra mundial amnésico por la guerra, a quien una mujer salva de pasar la vida en el manicomio... Bueno, da igual. En fin, vi esa película, leí un poco, luego me acosté. —Miró a Kincaid, quien había vuelto a apoyarse en el respaldo del sillón—. ¿Satisfecho?

—Lo siento —dijo Kincaid, en pie mientras le tendía la mano a Theo—, es que me gusta ir al grano. Supongo que tendrás que declarar para la investigación. Te informaré de los detalles.

—Encantada de conocerle, Theo. Siento mucho lo de su hermana. —Gemma tomó la mano de Theo, sorprendida de encontrarla helada en aquel ambiente caluroso.

Theo los siguió por las empinadas escaleras y Gemma echó un último vistazo al agrietado tarro de miel antes de que cerrara la puerta tras ellos.

Salieron de la tienda sin hablar y emprendieron el camino junto al río. Kincaid caminaba con los hombros hundidos y las manos en los bolsillos, sin mirar a Gemma.

—Me has obligado a hacer el papel de policía buena con ese pobre hombre. Y después te estaba muy agradecido. ¿Era eso lo que esperabas, cuando me has pedido que viniera? —Gemma se detuvo y lo obligó a volverse para mirarla.

—No, supongo que es por costumbre. Me siento como si hubiera pegado a un niño, pero Gemma, por Dios, ¿cómo se puede ser tan bobalicón? No puedo creer que nunca llegara a pensar lo que ocurriría con el dinero de Jasmine.

—Vamos, yo no creo que sea estúpido, Duncan. —Gemma volvió a caminar y Kincaid la siguió—. Quizás inocente, y un poco frágil. No creo que pienses que Theo tiene algo que ver con la muerte de Jasmine...

—Es por lo desamparado que parece —dijo Kincaid con sorna—. Ha despertado tus instintos protectores. Seguro que alguien debió sentir lo mismo por un asesino como el doctor Crippen.

—No tienes motivos para no creerle —replicó Gemma, tocada—. ¿Tú has pensado en lo que pasaría con el dinero de tus padres, o el de tu hermano, si murieran de repente?

—No, pero no están enfermos, ni me mantienen. Parece que Theo sigue necesitando toda la ayuda posible. El negocio no parece muy próspero.

Doblaron un recodo y siguieron el curso del río hacia el puente, al final del pueblo. Los berros, que brillaban formando motas verdes bajo la luz del sol, crecían abundantemente al borde del agua. Los columpios estaban vacíos en el prado, un balancín se mecía suavemente con la brisa, y Gemma se encontró a sí misma deseando, de manera intensa, que la escapada de la tarde no tuviera ningún otro motivo más siniestro que ese paseo por la orilla.

—Son casi las tres, y apuesto a que es el único *pub* del pueblo. —Kincaid señaló un edificio bajo, blanco, en el cruce, al otro lado del puente—. Supongo que eso es «enfrente». Si queremos charlar amablemente con el propietario del Bull and Whistle antes de que cierre, vamos ya. —La sorna volvió a aflorar—: Te invito a una sidra dulce.

* * *

El afable propietario del Bull and Whistle confirmó que, efectivamente, Theo había cenado allí el jueves por la noche.

—Viene todas las noches a la misma hora. Notaría más su ausencia que su presencia. El jueves hay lasaña vegetal; recuerdo lo contento que se puso cuando lo leyó en la pizarra. El hombre retiró el posavasos de Gemma y la miró con aprobación.

—¿Algo más, señorita?

—Ya está, gracias.

Gemma había pedido una sidra seca fulminando a Kincaid con la mirada, por lo que él dedujo que estaba harta de que se metiera con ella por su preferencia por las bebidas dulces. Se sentó en la barra, a su lado, inescrutable, tajante, tan fría como se lo permitían los colores de los pantalones claros y la camisa canela de algodón. Al mirarla, Kincaid se sintió desaliñado.

La pizarra sobre la barra no lucía más que unas rayas de tiza.

—¿Hoy no hay nada? —preguntó Kincaid.

—Mi mujer se toma el domingo libre. Tortas saladas y rollos de salchicha, o huevos, si quieren.

Kincaid sacudió la cabeza.

—¿Recuerda a qué hora se marchó Theo Dent el jueves?

El propietario se rascó la cabeza.

—A eso de las siete, creo. No pasó nada especial. A veces se toma otra media de sidra, si hay partida de dardos o gente.

—¿Se lleva bien con la gente de aquí? —preguntó Kincaid con cierta sorpresa.

—Bueno, no diría eso exactamente, pero es simpático. Un poco tímido, prefiere mirar que jugar, ya me entiende.

—¿Tiene idea de adónde fue al salir de aquí?

El propietario se echó a reír.

—¿En Abinger Hammer? No hay mucha elección. Y no tiene coche. Se iría a casa, que yo sepa.

—Gracias.

Kincaidapuró la cerveza y miró a Gemma.

—¿Satisfecho? —preguntó ella, ácida.

—Todavía no —sonrió él—. Falta una misión de reconocimiento en el videoclub.

Videoclub resultó ser una descripción exagerada: quiosco, oficina de correos y alquiler de vídeos, todo en un espacio del tamaño del cuarto de baño de Kincaid. La joven que estaba detrás del mostrador mascaba chicle despacio mientras pensaba en la pregunta de Kincaid y contribuía así a un desafortunado parecido bovino.

Poco a poco, contó los días con los dedos.

—Sí, llegó *Niebla en el pasado*. La había pedido él personalmente. —Jugueteaba con el índice detrás de la oreja—. Es muy raro, le encantan las películas antiguas. Intenté convencerle de que cogiera algo bueno, como *Terminator*, *Arma letal* o algo

así, pero nada, sólo mira cosas antiguas. La semana antes quiso... ¿cómo se llama ésa con Cary Grant? ¿*Arsénico por afición*?

—*Arsénico por compasión* —corrigió Kincaid mientras reprimía la sonrisa—. ¿Y devolvió *Niebla en el pasado* al día siguiente?

—A primera hora —dijo la chica, asombrada.

—Gracias.

—Espero que no te atrevas a darle importancia —le dijo Gemma con una mirada asesina mientras subían al coche—. A mucha gente le encanta esa película y no va por ahí envenenando a sus parientes.

Kincaid reconoció que le parecía difícil que Theo hubiera ido a Londres a escondidas, asesinado a su hermana, y vuelto a casa a tiempo para ver un vídeo tan esperado. Lo meditaba mientras conducía e imaginaba varios guiones improbables.

Para cuando llegaron a Hampstead no había dado con nada mucho más definitivo que la determinación de descubrir si Theo estaba tan poco al tanto de los asuntos de Jasmine como decía. Iría a ver al abogado de Jasmine enseguida.

Kincaid no pudo convencer a Gemma de que se quedara cuando llegaron a su piso en Hampstead, no la tentó ni siquiera una invitación a tomar una copa en el balcón. En el camino de vuelta de Surrey había estado impaciente, pendiente del reloj. Lo que había empezado como un día agradable se había ido deteriorando, y Kincaid tuvo la sensación de que le había fallado en alguna expectativa desconocida.

Tal vez ella siguiera enfadada con él por haber intimidado a Theo, y la verdad es que algo de razón tenía. Sólo había querido sacarle información, pero el desamparo del hombre le hizo sentir torpe e inadecuado, y eso a su vez lo irritó.

Kincaid abrió la puerta del coche de Gemma y la cerró una vez ella hubo entrado. Se quedó en pie, con las manos descansando en el borde del cristal bajado, y ella tuvo que torcer la cabeza para mirarlo.

—Gracias por venir, Gemma.

—Pues no te he ayudado mucho. —Ella le devolvió la sonrisa y puso el motor en marcha—. Por cierto, no te olvides de cuidar el gato —le dijo mientras se alejaba, pero Kincaid pensó que tanto la sonrisa como la advertencia las hacía por pura forma.

Se tomó el recordatorio a pecho. Después de sacar una cerveza y un montón de diarios íntimos azules de su casa, fue sigiloso hasta la puerta de Jasmine. Sid, arrellanado en medio de la cama de hospital, se puso a ronronear cuando Kincaid entró en la estancia.

—Qué contento de verme estás esta vez, ¿no? —le dijo Kincaid—. O más bien tienes hambre.

Echó comida de lata en un cuenco y lo dejó en el suelo. El gato se estiró lo suficiente para dejar que Kincaid le rascara tras las orejas antes de centrar toda su atención en el cuenco.

Con la cerveza en la mano y los diarios bajo el brazo, Kincaid abrió la puerta acristalada y se sentó en el escalón más alto que daba al vacío jardín. Apoyado en la

rampa, como había hecho tantas veces Jasmine, se puso a leer.

22 de septiembre de 1957

Hace frío aquí. Siempre hace frío, aunque la tía May diga que es un «otoño templado». Me duelen las manos y los pies por el frío y esta horrible ropa de lana me pica; me ha salido sarpullido por todas partes. Al menos, nunca estaré tan pálida como esas inglesas que parecen patatas crudas, con caras aburridas como ventanas cerradas y voces como sierras oxidadas.

May me ha puesto una cama en la buhardilla, Theo está en la habitación de invitados. Dice que porque es más pequeño, pero es que lo favorece. Yo no le gusto desde la primera vez que me vio la cara.

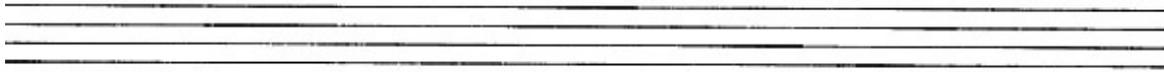
Me echo en la camita por la noche y escucho el sonido del viento en las vigas, y sueño con ir descalza por el suelo, con vestidos frescos, de algodón, con la leche de coco, las granadas y los frutos de la pasión, y con la manera en que la luz del sol entra por las cortinas de bambú en la casa de Mohur Street y mi habitación parece que esté debajo del agua.

Ella dice que tengo que quedarme en el colegio hasta los dieciséis, que es la ley. Las chicas no me hablan, excepto para decir cosas desagradables y los chicos sólo me miran.

A Theo le va mejor: sale con amigos del colegio e incluso empieza a hablar como ellos.

Yo me iré el día que cumpla dieciséis años, pero no puedo dejar a Theo en manos de May. Tiene planes para él, está preocupada por sus notas, le llena la cabeza de pájaros con la universidad.

Nos ha ido muy bien a Theo y a mí sin ninguna interferencia de ella, y juro que volverá a ser así.



El lunes amaneció frío y ventoso, de manera que se daba por acabado el tiempo idílico que había acompañado la muerte de Jasmine. Kincaid se anudó la corbata y encogió los hombros dentro de la chaqueta de lana con un sentimiento de alivio y expectación. Se miró al espejo del baño y esperaba encontrar alguna señal del paso lento del fin de semana, pero la mirada de sus ojos azules parecía corriente y soñolienta. Se peinó por última vez y consideró que ya estaba presentable. Hizo una pausa para recoger las llaves y la cartera, tiró al fregadero el café a medio terminar, y salió de casa.

Cogió el metro y salió en St. James Park. Tras unos minutos a pie se hundió en la fría sombra de acero y cemento que albergaba New Scotland Yard. Las aceras estaban vacías, excepto por los guardias uniformados que vigilaban delante de las puertas de cristal. El viento acumulaba basura en la cuneta; no era precisamente una visión consoladora, pero Kincaid se dijo que los arquitectos no pensaban en términos piadosos. Saludó con un gesto al guardia y entró en el edificio.

El corto paseo le había dado tiempo para preparar sus argumentos y fue directo a ver a su comisario jefe. La secretaria de Denis Childs, una chica regordeta y de cabello oscuro, levantó la vista de la máquina de escribir y le dirigió una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor Kincaid, ¿qué desea usted?

El comisario jefe tenía el don de escoger personal tan agradable como eficiente, y que mantenía su maquinaria oficial bien engrasada.

—Holly, ¿está? —Kincaid indicó la puerta cerrada del despacho interior.

—Está leyendo informes, creo. No hay nada urgente esta mañana, llame a la puerta.

Antes de acabar la frase ya había vuelto al teclado, y sus dedos volaban sobre las teclas.

El comisario jefe había montado su despacho con un estilo moderno escandinavo, todo madera clara, mimbre y plantas, y Kincaid sospechaba que el motivo era más una especie de lucha contra las convenciones que una preferencia especial.

Denis Childs estaba reclinado en la silla detrás del escritorio, con un informe en equilibrio sobre las rodillas cruzadas y un cigarrillo se consumía en el cenicero

situado en el borde de la mesa. El tamaño de Childs hacía que los muebles parecieran insignificantes, y la claridad del conjunto resultaba anémica en comparación con su cabello negro y sus vivos ojos castaños.

—¿Qué ocurre, Duncan? Coge una silla.

Pasó la última página del informe y lo metió en el cesto, apagó la colilla y entrelazó las manos sobre la cintura, listo para escucharle atentamente, como de costumbre.

Tras acomodarse en la silla de las visitas, Kincaid contó los detalles de la muerte de Jasmine y sus acciones posteriores.

—Me gustaría llevar a cabo una investigación oficial —concluyó—. No necesitaré muchos refuerzos; en realidad, sólo a Gemma y a mí mismo.

Childs lo pensó un momento antes de hablar mientras se acariciaba la barriga con los dedos.

—Parece un simple suicidio. Ya sabes que en estos casos lo solemos mirar de otra manera. No ganamos nada en insistir, sobre todo por la familia; sin embargo, si hay alguna prueba directa de que la joven... ¿cómo se llama?

—Margaret Bellamy.

—... de que Margaret Bellamy estuviera presente y ayudara físicamente al suicidio de tu amiga de algún modo, deberíamos presentar los cargos.

—No puedo descartarlo. Ella dice que no estaba allí esa noche, pero no tiene coartada. —Kincaid se deslizó por el asiento y la silla crujió de forma alarmante—. Aunque esto no tiene ningún sentido. ¿Por qué mencionó el pacto de suicidio? Si no hubiera dicho nada, yo no me habría preocupado tanto como para pedir una autopsia:

—¿Porque estaba bajo un estado de *shock*? —sugirió Childs mientras encendía un Player del paquete de su mesa y miraba a Kincaid a través del humo.

Kincaid se encogió de hombros, irritado.

—Lo estaba, cierto, y sin duda no estaba, emocionalmente, en su momento más lúcido, pero no es estúpida. Debe conocer la ley, y eso —se sentó hacia delante en la silla y se apretó los brazos— es lo que me molesta. Jasmine, sin duda, conocía el riesgo que corría Meg. He leído los libros de Exit —Kincaid no hizo caso de las cejas arqueadas de su jefe— y recomiendan fuertemente que se den a conocer las propias intenciones a amigos y familiares, y se dejen documentos exculpatorios en caso de sospecha.

—¿Una nota de suicidio?

—No necesariamente... si es que quería que se pensase que se trataba de muerte natural, pero Exit recomienda una declaración de intenciones detallada, firmada y fechada, por si se pone en cuestión la muerte. No estamos hablando de una nota con un «ya no aguanto más». Jasmine no dejó ni un hilo que yo haya podido seguir.

Childs suspiró y se balanceó suavemente en la silla, adelante y atrás.

—¿Y no te encaja con su carácter? Cuando una persona está enferma no siempre actúa...

—No es el primero que me lo dice, pero dudo haber encontrado nunca a nadie tan racional como Jasmine, y sin duda el suicidio puede ser una decisión racional para un enfermo terminal.

—¿Has hablado con su abogado? Puede que le haya dejado los documentos de descargo.

—Es lo primero que haré —dijo Kincaid, aliviado con el giro de la entrevista. Sabía que su jefe no abandonaba fácilmente un problema una vez había empezado a preocuparse por él.

—Te daré una autorización para acceder a los archivos del abogado. ¿Queda algo para los muchachos forenses?

Kincaid soltó una carcajada.

—Sería un milagro que quedase nada: el lugar está limpio. Hay un par de viales de morfina en la nevera, pero es improbable que falte la suficiente para dar cuenta de la muerte de Jasmine. Los traeré, pero dudo mucho de que encontremos huellas a las que no hubieran tenido acceso ya. Si ha sido un asesinato, se ha hecho con mucho cuidado. —Se mordió el pulgar mientras pensaba—. Si Jasmine se mató, ¿qué hizo con el vial vacío de morfina? Lo he registrado todo escrupulosamente.

Childs echó la silla hacia delante para aplastar la colilla.

—Te puedo dar unos días, si no hay nada más urgente. Esta mañana pongo a Sullivan, nos debe un dolor de cabeza.

La sonrisa perversa, pero benigna que acompañó este último comentario alegró a Kincaid de no estar en la piel de Bill Sullivan.

—¿Y Gemma? —preguntó Kincaid.

—La última vez que se la asigné a Sullivan casi me dio un ataque. Dos pelirrojos no hacen equipo; al menos, esos dos. Puedes quedártela un par de días, si ella quiere... y que conste que no puedo darte más tiempo.

—Bien —dijo Kincaid mientras se levantaba para salir—. Gracias, jefe.

* * *

Kincaid encontró a Gemma esperándolo en su despacho, acomodada en la silla del escritorio. Cuando hizo ademán de levantarse, él le hizo un gesto negativo y se sentó en el borde de la maltratada mesa. La decoración de su despacho nunca había pasado de funcional, nunca conseguía que Scotland Yard le asignara más que estanterías.

Todo el espacio libre del minúsculo despacho encerraba libros. El cementerio de libros de mi madre, pensó Kincaid mientras repasaba los volúmenes apiñados en los estantes sin orden ni concierto. Eran volúmenes que le llegaban regularmente de la oficina de correos de Cheshire, siempre algo con que «acababa de dar» en la tienda:

desde manuales de fontanería hasta ciencia-ficción rusa, todo el espectro de los entusiasmos de su madre. En aquella batalla por su educación continua, Kincaid veía la decepción de su madre ante su negativa a ir a la universidad, y nunca se resolvía a devolver o a dar los libros, y aunque se burlaba de su madre por sus obsesiones, resultaba imposible crecer entre libros, como él, y no quererlos.

Gemma cerró la carpeta que había estado examinando y se la tendió a Kincaid.

—El informe de la autopsia de Jasmine. No hay pruebas de pinchazos, la morfina debió suministrarse a través del catéter.

—No es de extrañar.

—He ido a ver al juez de instrucción. Han fijado la vista para el miércoles.

Gemma se levantó y sacudió algunas migas del libro de expedientes, luego cogió un tazón de café con restos de pintalabios en el borde. Había cambiado su traje de chaqueta habitual por un largo cárdigan de color azul marino y una falda estampada de una tela suave.

—Esta mañana te has puesto las pilas, ¿eh? —Kincaid le sonrió—. ¿Es ya el segundo desayuno?

Gemma hizo caso omiso.

—He oído que ibas directo a ver al jefe, ¿qué te ha dicho?

Kincaid se puso serio.

—Tenemos un par de días, a no ser que llegue algo con lo que no pueda Sullivan; lo demás le toca todo a él. —Dio la vuelta al escritorio y tomó la silla que Gemma había dejado libre, se apoyó en el respaldo y se puso a contar con los dedos—: lo primero, el abogado de Jasmine; ya voy yo. Me gustaría que tú pasaras por la oficina de Planificación donde trabajaban Meg y Jasmine y vieras a Meg. Averigua lo que le dijo Jasmine sobre la legalidad del suicidio asistido; luego, entrevista a alguien que te parezca adecuado, pero antes quiero que localices al encantador Roger Leveson-Gower. A ver qué le sacas. —Sonrió ante la idea de oponer el genio de Gemma contra los sarcasmos socarrones de Leveson-Gower. Kincaid añadió—: A lo mejor a ti te dice dónde estuvo la noche del jueves, a mí seguro que no me lo dice.

* * *

Kincaid encontró la dirección de Bayswater, un apartamento en la planta baja de una casa que en otro tiempo fue residencial, sin muchas dificultades. Para su sorpresa, la placa de latón sólo decía: «Antony Thomas, abogado». Sin saber por qué, esperaba una larga lista de nombres altisonantes.

La recepcionista tomó el nombre de Kincaid y abrió sus oscuros ojos como platos cuando vio su carné. Es muy jovencita y muy guapa, probablemente pakistaní, pensó

Kincaid. Lo miraba nerviosa de vez en cuando, mientras él esperaba pacientemente en la silla de duro respaldo. Cuando el interfono zumbó, lo hizo pasar al despacho con evidente alivio.

—¿En qué puedo ayudarle, comisario? —Antony Thomas saludó a Kincaid con una sonrisa y un apretón de manos—. Pero siéntese, aunque si se trata de un asunto policial, no sé si podré hacer nada...

Kincaid se sentó en la poltrona situada cómodamente frente al escritorio y observó a Thomas. Otro prejuicio desbaratado; sin saber por qué, esperaba que el abogado de Jasmine fuera un viejo escribano de la familia, pero Antony Thomas era esbelto, de mediana edad, con una oscura franja de cabello en torno a la calva brillante y un deje galés en la voz.

—No se trata de un asunto del todo oficial, señor Thomas —explicó Kincaid, y le contó las circunstancias de la muerte de Jasmine Dent.

Thomas escuchó el relato en silencio, y cuando Kincaid acabó, permaneció un rato en silencio mientras tiraba de la barbilla con el pulgar y el índice. Cuando habló, lo hizo con voz suave y el deje más acentuado.

—Siento mucho oír eso, señor Kincaid. Yo conocía su situación, desde luego, pero uno nunca está lo bastante preparado. ¿Hace mucho que conocía usted a Jasmine?

La pregunta sorprendió a Kincaid.

—No mucho, desde que la enfermedad la obligó a dejar el trabajo.

Thomas suspiró y bajó la vista al tiempo que ordenaba los lápices del escritorio.

—Yo la conocía desde hacía mucho tiempo, señor Kincaid, más de veinte años. Mi despacho estaba en la misma calle que el contable para el que ella trabajaba entonces. Jasmine siempre tuvo buena cabeza para los números. La primera vez vino a verme por el acuerdo de la herencia de su tía. ¡Qué encanto de chica era entonces!, debió usted verla. —Levantó la cabeza y miró a los ojos a Kincaid—. Yo ya estaba casado, tenía dos hijos pequeños. —Se pasó una mano por la calva—. Y pelo, si puede creerlo, pero reconozco que sentí una fuerte atracción. No quiero darle una mala impresión; estoy seguro de que la fantasía fue sólo por mi parte. Luego, con los años, nos hicimos amigos.

—¿Ella le había hablado de suicidio, señor Thomas? ¿O le dio algún documento en que declarara sus intenciones de suicidarse?

Thomas sacudió la cabeza.

—No, me habría afectado mucho.

Kincaid cruzó las piernas y estiró las arrugas de la pernera mientras decidía cómo abordar el siguiente paso.

—Sé que es un tema delicado, señor Thomas, pero necesito saber cómo dispuso Jasmine sus cosas y si tenía algún seguro de vida. No he encontrado ninguna copia ni resguardo de pólizas de seguro en su piso. —Se sacó la orden del bolsillo interior, la desdobló y se la pasó a Thomas por encima de la mesa—. Está todo en regla.

Thomas echó un vistazo al papel y llamó al interfono.

—Hareem, trae los archivos de Jasmine Dent, por favor. —Desconectó y se dirigió a Kincaid—. No me gusta, pero le daré lo que pueda.

Hareem entró con el archivo a la vez que miraba de reojo a Kincaid, con curiosidad, antes de cerrar la puerta.

Thomas revolvió los papeles e hizo un gesto de asentimiento al encontrar los documentos que buscaba, luego miró a Kincaid con expresión de sorpresa.

—Lo ha nombrado a usted su albacea, señor Kincaid, por eso su nombre me resultaba conocido...

—¿A mí? —preguntó Kincaid en tono más alto de lo que pretendía—. Pero, ¿por qué...? —se detuvo; no había otra persona en quien confiara como competente e imparcial—. ¿No tendría que haberme informado?

—No, pero puede negarse, si quiere.

Kincaid sacudió la cabeza.

—No, cumpliré con sus deseos, aunque esto me complica un poco las cosas.

Antony Thomas sonrió.

—Bien, se lo pondré lo más fácil que pueda, entonces.

—Jasmine escribió un nuevo testamento en otoño en el que decidió pagar el total de la hipoteca del negocio de su hermano. Aparte de algunas pequeñas donaciones, el resto de la herencia va a la señorita Margaret Bellamy.

—¿Es mucho? —preguntó Kincaid, un poco sorprendido.

—Bueno, Jasmine tenía ojo para estas cosas: incluye valores y acciones, y el apartamento de Carlingford Road cuando esté totalmente pagado. Tanto ella como su hermano recibieron unos ahorros considerables cuando murió su tía. Jasmine lo invirtió bien y tenía buenos ingresos en su trabajo. No creo que gastara mucho en sí misma; de hecho, aparte de los desembolsos para su hermano, no creo que haya gastado casi nada.

Kincaid se irguió un poco en la silla.

—¿O sea que al financiar la tienda de Theo no era la primera vez que le prestaba dinero?

Thomas negó con énfasis.

—¡Qué va, qué va!, de hecho, después de ayudarla a arreglar el asunto de su tía, me encargó que rescatara algunas de las inversiones de Theo en un psicodélico club nocturno. En Chelsea, creo que era.

—¿Theo? ¿Un club psicodélico? —repitió Kincaid, atónito.

—En 1967 o 1968 debió de ser, pero me temo que no tuve mucho éxito, y si no recuerdo mal, era la última de una serie de malas inversiones con el dinero de su tía. —Thomas hizo chasquear los dedos—. Lo perdió todo, y en muy poco tiempo; después, Jasmine le impuso varios planes. Fue a la escuela de arte y ella lo mantuvo durante un tiempo, pero lo de pintar no se le dio muy bien.

A Kincaid la idea de Theo pintando le pareció menos absurda que la de Theo dirigiendo una discoteca a la última moda.

—¿Ha visto alguna vez a Theo?

—Unas cuantas, las que ha venido con Jasmine a firmar algún papel, pero hace ya varios años.

—¿Le dijo algo Jasmine de cómo le iba el negocio?

Thomas sacudió la cabeza, a la vez que hacía una mueca.

—Sólo la vi una vez desde que le diagnosticaron la enfermedad, y no estuvo más de lo necesario. La encontré muy... reticente.

¿Por qué no quería hablar de su enfermedad con un viejo amigo, se preguntó Kincaid, o por qué no quería explicar el cambio de su testamento?

—¿No le pareció raro, señor Thomas, que Jasmine no tuviera más en cuenta a Theo?

—Bueno, en realidad, sí. Dijo algo bastante misterioso, ahora que lo pienso: que era demasiado tarde para cortar los hilos, o algo así, pero necesario de todas formas. Y luego estaba el seguro de vi...

—¿Jasmine tenía un seguro de vida? —Kincaid se inclinó hacia delante, con las manos en el borde de la silla.

Al tiempo que se encogía un poco, Thomas dijo:

—Pues... sí...

—¿Y Theo era el beneficiario?

Thomas asintió.

—Pero no era mucho, señor Kincaid, sólo veinte mil libras.

Kincaid se relajó deliberadamente mientras se apoyaba en el respaldo y posaba la barbilla sobre los dedos.

—Señor Thomas —dijo, con cautela—. ¿La póliza tenía una cláusula de exclusión por suicidio?

Con el ceño fruncido, Thomas pasó las páginas de la carpeta.

—Aquí está. —Leyó por unos instantes, luego levantó la vista hacia Kincaid—. Sí, una cláusula de exclusión de dos años, y la póliza cumplió dos años el mes pasado.

Se miraron en silencio hasta que Thomas habló, con voz angustiada.

—Sin duda, Jasmine no pudo haber planeado... No sabía que estaba enferma...

—Tal vez sentía que había algo que no iba bien. —Los primeros síntomas persistentes, pensó Kincaid, y el miedo antes de ir al médico. ¿Theo sabía algo de la póliza?

Y Kincaid se preguntó: ¿Sabía que tenía una cláusula de exclusión?

De pequeña, a Gemma le había intrigado la imagen de St. John's Wood: era donde vivían las estrellas de la música pop y las celebridades televisivas. El propio nombre, el Bosque de San Juan, tenía connotaciones legendarias, y le hacía pensar en árboles oscuros y arqueados y en casitas escondidas.

La realidad, como descubrió cuando se hizo mayor, fue muy decepcionante: casas corrientes de clase media alta en calles corrientes, rápidamente ocupadas por complejos de rascacielos de lujo. Encontró la dirección que le había dado Margaret Bellamy a Kincaid por teléfono y un aparcamiento no muy lejos.

El edificio, construido en piedra blanca con unas columnas pseudogriegas en la entrada, tenía buen aspecto, pero no estaba muy bien cuidado; de cerca, el encalado revelaba desconchados y vegetación entre las grietas. Gemma llamó al timbre y se cerró bien el cárdigan contra el viento mientras esperaba. El sonido hueco del timbre se extinguió y Gemma levantó de nuevo la mano para volver a llamar cuando oyó un taconeo sobre el duro suelo. La puerta se abrió y apareció una mujer delgada de cabello rubio teñido y cortado a lo paje, vestida con un conjunto de tela vaquera blanco en cuya delantera había un dibujo de estrellas en un trenzado dorado.

—¿Qué quiere?

El pie de la mujer, embutido en un zapato dorado de tacón de aguja, empezó a tamborilear furiosamente.

Gemma, mientras apartaba las divagaciones sobre cómo podía nadie caminar con semejantes tacones sin estropearse para siempre la columna, devolvió la mirada al rostro de la mujer y sonrió, al tiempo que le mostraba su identificación.

—Policía. Querría hacerle unas preguntas. —Kincaid había dicho que Roger Leveson-Gower vivía con su madre. Mientras la mujer abría la boca para replicar, Gemma continuó—: ¿Es usted la señora Leveson-Gower?

—Pues claro, no sé lo que...

—Déjeme pasar, serán unos minutos. —Gemma ya había introducido la zapatilla azul en el vestíbulo, y el cuerpo siguió suavemente—. No le voy a quitar mucho tiempo.

Cerró la puerta con un clic decisivo, mientras Gemma pensaba que si algún día decidía dejar la policía, lo suyo sería vender aspiradoras.

La señora Leveson-Gower abrió la boca para protestar, pero se encogió de hombros.

—Bueno, si es necesario, pero dese prisa, que tengo una cita.

Consultó deliberadamente su reloj mientras acompañaba a Gemma por una puerta abierta a la derecha.

Blanco, blanco y más blanco. Las paredes con espejos reflejaban blanco, los muebles estaban cubiertos con lino, y el suelo, de blanca alfombra lujosa: La guarida de la reina de las nieves, pensó Gemma, adecuado para un bosque, aunque no precisamente encantado. La señora Leveson-Gower se hundió en uno de los sofás blancos, cruzó las rodillas y apoyó un pie en el borde de una mesita de cristal cromado. No invitó a Gemma a sentarse.

Gemma se apoyó en el respaldo del sofá de enfrente y sacó un cuaderno y un bolígrafo de su bolso mientras se negaba a que la impaciencia de la mujer la apurara.

—Señora Leveson-Gower —dijo Gemma al tiempo que pronunciaba «Loos-n-gor» como le había enseñado Kincaid. «Se reirán de ti si te equivocas» le había dicho, «y con Roger no puedes permitirte que te lleve ventaja»—. ¿Vive su hijo Roger con usted?

Las uñas escarlata de los pies de la Sra. Leveson-Gower empezaron a agitarse en su sandalia, pero su tono continuó siendo beligerante.

—¿Roger? ¿Qué quieres saber?

—Son preguntas rutinarias, señora...

—¿Preguntas sobre qué, por Dios? —el pie inquieto se detuvo de repente.

Si no fuera por la máscara de irritación que ensombrecía sus rasgos, la señora Leveson-Gower hubiera resultado llamativamente hermosa. Una mujer de cuarenta y muchos, muy bien conservada, se dijo Gemma, y la tirantez de su piel sobre los huesos hablaba de caros estiramientos faciales y cirugías.

—Una conocida de su hijo murió el jueves por la noche en circunstancias extrañas. Estamos solamente corroborando declaraciones. ¿Está en ca...?

—¿De qué jefatura dice que viene, sargento? Deje que vea otra vez su identificación.

Gemma sacó amablemente el carné del bolso y se lo pasó.

—No soy de la jefatura local, señora, soy de New Scotland Yard.

—¿Qué sección?

Gemma no esperaba una pregunta tan entendida.

—C1, homicidios.

La señora Leveson-Gower se quedó muy quieta, y Gemma casi pudo oír los engranajes que encajaban en su cerebro.

—No hablará usted con mi hijo sin la presencia de nuestro abogado. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta mientras hablaba por encima del hombro—. Puede usted llamar y pedir una cita en su...

—¿Estás decidiendo algo por mí, mamá? No creo que haga falta.

El hombre entró en la habitación tan oportunamente que Gemma estuvo segura de que había estado escuchando al otro lado de la puerta. Sonrió a Gemma y mostró unos dientes uniformes y blancos; entonces volvió de nuevo la atención hacia su madre. Se miraron en silencio, de un extremo a otro de la extensión de la alfombra blanca, como en un duelo. Luego la señora Leveson-Gower dejó la estancia, sin una palabra ni una mirada hacia Gemma.

Roger, puesto que Gemma no tuvo duda acerca de su identidad, cruzó la habitación y se quedó mirándola con indolencia. A ella se le cerró la boca de golpe. El caradura de Kincaid podía haberla advertido antes de que quedara como una tonta: Roger Leveson-Gower era guapísimo. Se parecía a su madre en el colorido —ella debió de tener el mismo cabello leonado antes de decidirse a teñirse de rubio—, pero en él todas las líneas y los ángulos habían alcanzado la perfección.

—No creo que haga falta preocuparse por un abogado, sea lo que sea, cabo.

Se sentó en un brazo del sofá frente a Gemma, de modo que ella no tuviera que mirar hacia arriba para verlo.

—Sargento —corrigió con dureza mientras bajaba la vista y abría la libreta en un esfuerzo de recuperar el control de la entrevista—. El jueves por la noche, señor Leveson-Gower, ¿me podría decir dónde estuvo?

—¿A qué viene esto? —preguntó Roger en un tono de leve interés.

—Se trata de la muerte de Jasmine Dent y de la implicación de su amiga Margaret. La señorita Bellamy dice que accedió a ayudar a Jasmine a suicidarse, pero que Jasmine cambió de idea y que no la vio después de la tarde del jueves. ¿Puede usted confirmarlo?

—¿El jueves pasado? —Roger frunció las cejas mientras se concentraba—. No, tuve un trabajo y luego salí con mis compañeros, pero Meg nunca lo hubiera llevado a término, no tiene el coraje.

—¿Lo discutió con usted?

Roger sonrió e incluyó a Gemma en la broma.

—¡Qué noble!, tan preocupada por su deber ético de aliviar el sufrimiento.

—¿Y a usted no le preocupó? ¿No intentó disuadirla? Asistencia en un suicidio es un delito criminal.

—No eran más que palabras, sargento, ya se lo he dicho. Meg no podría matar ni a un pájaro herido. Hay una profunda distancia entre planificar y ejecutar.

Se levantó y se estiró como un gato, luego se volvió a acomodar en el brazo del sofá.

—¿A qué se dedica usted por las noches, señor Leveson-Gower?

Roger soltó una risotada.

—¡Vaya, vaya! Parece que yo sea un chulo. ¿Por qué tanta indignación, sargento?

Gemma notó que se le subían los colores. Le había sonado ridículo también a ella, pero aquel hombre le hacía disparar una batería entera de defensas. Hizo una pausa

para concentrarse en su técnica de interrogatorio, le sonrió con dulzura y puso énfasis en la primera palabra.

—¿Es usted un chulo, señor Leveson-Gower?

—Nada tan atractivo, sargento, por más que me pese. —Seguía divirtiéndose—. Trabajo para clubes y discotecas: luces, equipos de sonido, esa clase de cosas. Esas horas son las mejores.

—¿Y hacía eso el jueves por la noche?

—Sí, en un antro llamado El Ángel Azul. —Roger levantó una ceja con una facilidad muy practicada—. ¿Quiere usted la dirección? ¿Y el nombre de mis compañeros?

—Si no le importa.

Le dio una dirección de Hammersmith, y añadió:

—A Jimmy Dawson lo puede encontrar en la gasolinera junto a la rotonda de Shepherd's Bush. Nos quedamos por el bar hasta que terminó el espectáculo.

—¿Qué hora sería? —preguntó Gemma, con el bolígrafo listo.

Roger se encogió de hombros:

—Ni idea; había tomado varias cervezas, y no llevo reloj. —Tenía las mangas de la camisa remangadas casi hasta el codo, y tendió una muñeca bronceada para que Gemma la examinara.

—¿Y luego?

—Vine a casa y me acosté, como un niño bueno.

Gemma no disimuló su escepticismo.

—¿Y ya está? ¿Puede su madre corroborarlo?

—No tengo la costumbre de anunciar a mi madre mis idas y venidas; además, si recuerdo bien, esa noche ella había salido.

Bajo la respuesta suave y ligeramente condescendiente, Gemma percibió irritación; así pues, su punto débil era vivir en casa de su madre. Sacaría partido de ello.

—¿Tampoco se lo anunció a Margaret? ¿Ni siquiera por teléfono?

—No, no tenemos ese tipo de relación, sargento. —La condescendencia triunfó sobre su irritación. El tono implicaba que Gemma era tonta si esperaba que él diera cuentas a nadie. Se levantó con la misma soltura que antes—. ¿Esto es todo, sargento?

Gemma permaneció plantada en el sofá, con la libreta en la mano, determinada a no dejarle zanjar la entrevista.

—Señor Leveson-Gower, ¿está seguro de que no fue a Carlingford Road cuando salió del club esa noche? ¿Que no fue a ver a Jasmine?

Roger sonrió y Gemma tuvo la desagradable sensación de que se burlaba de ella.

—No, no he ido nunca a la casa de Carlingford Road. Nunca llegué a conocer a Jasmine Dent.

Jimmy Dawson llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y aparentaba menos de treinta años, pero ése era todo el parecido entre Dawson y su amigo Roger Leveson-Gower. El acento de Dawson hacía evidente que no habían ido a la misma escuela.

—¿Pero a quién se refiere? —preguntó con recelo cuando Gemma lo pescó de debajo de un coche en un área de reparaciones y se identificó.

—Roger Leveson-Gower.

—¡Ah!, a ése —dijo Dawson con desdén, y Gemma notó que la tensión desaparecía. Él hizo un gesto hacia el despacho rodeado de cristal y ella lo siguió, agradecida cuando la puerta enmudeció el rugido de la rotonda de Shepherd's Bush. Dawson le señaló un sillón de cuero agrietado, se secó las manos en un trapo grasiento y encendió un Marlboro de un paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa—. ¿Y qué ha hecho?

Gemma hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Estuvo con usted el jueves por la noche, señor Dawson?

Dawson se apoyó en la mesa y exhaló humo por la nariz mientras lo pensaba.

—Sí, y puedo decirle cuándo se fue porque se las piró cuando le tocaba pagar una ronda.

—¿Qué hora era?

—La banda hizo una pausa hacia las nueve... En fin, no mucho después.

—¿Y le dijo adónde iba? —preguntó Gemma, sin muchas esperanzas. Aunque lo conocía muy poco, suponía que Roger no metería la pata tan fácilmente.

—No, le estábamos tomando el pelo acerca de su novia, pero no le estaba haciendo ninguna gracia.

—¿Conoce a Margaret? —preguntó Gemma, sorprendida.

Dawson se encogió de hombros.

—Es buena chica; a veces, la trae.

—¿Cómo lo conoció a él, Jimmy?... Si puedo llamarle Jimmy... —preguntó Gemma encontrando esta amistad cada vez menos probable.

—Yo toco en un grupo —sonrió Dawson al tiempo que enseñaba unos dientes que empezaban a amarillear por la nicotina, y a canturrear una melodía para guitarra de riff—. Y él trabaja para nosotros en algunos clubes.

—Entonces, no es que os conozcáis muy bien...

—No, lo veo por ahí... Es un embaucador, nuestro Roger; siempre habla de lo que hará cuando tenga el dinero.

—¿El dinero?

—Sí. —Jimmy Dawson tiró la colilla en el cenicero de metal que había encima de la mesa, y el olor metálico penetró en la nariz de Gemma—. Cuando le llegue su

dinero o algo así.

El rancio rollito de queso le sentó a Gemma fatal en la boca del estómago. Había regresado a la jefatura justo a tiempo para intercambiar información con Kincaid y tomar algo en el bar.

Ahora, mientras maniobraba para aparcar el Escort en paralelo en un sitio demasiado pequeño y de que un taxi estuviera a punto de arrancarle el parachoques derecho, se arrepintió de no haber optado por un bocadillo. Mientras apagaba el motor y se tomaba un respiro, por su mente pasaron imágenes de almuerzos ociosos en cafeterías alegres. La voz de su madre le hablaba insistentemente al oído: «¿Por qué no buscas un trabajo agradable, cariño? Con un poco de clase. Podrías ser secretaria de un abogado, o peluquera como tu hermana».

Gemma sacudió la cabeza y salió del coche cerrando de un portazo tan fuerte que acalló cualquier otra amonestación imaginaria. Se había decidido por el rollito de queso rancio y gracias. Esquivó el tráfico con más imprudencia de lo normal, cruzó la calle y estudió la entrada de la oficina de Planificación.

Su situación cerca de Holland Park, la piedra blanca lustrosa y una puerta negra brillante le daban al edificio una imagen adecuada a su función. Gemma se ajustó el bolso al hombro y abrió la puerta. Se quedó un momento en el vestíbulo. Mientras escuchaba, percibía el zumbido de un despacho lleno de gente, el murmullo de las voces y el leve repiqueteo de los dedos en los teclados. A su derecha había una puerta abierta. La luz del ventanal frente a la calle iluminaba a la chica sentada detrás de un escritorio sencillo. De no ser por el teléfono pegado a su oreja, la chica parecía salida de un retrato de Whistler, toda vestida de blanco y con cabello oscuro sobre una piel blanca como la leche.

—Espere un momento —dijo mientras miraba interrogante a Gemma, pero sin molestarse en retirarse el auricular de la oreja.

—Me gustaría hablar con el encargado de la oficina.

Mostró su identificación.

La chica se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—Se referirá usted a la señora Washburn, supongo. Arriba, la primera a la derecha —dijo, y volvió a su conversación interrumpida. Cuando Gemma salía por la puerta, oyó que la chica decía con exagerado desánimo:

—Podría pasarse así toda la noche, toda. Es que me tiene agotada.

Pobrecilla, pensó Gemma con una sonrisa. ¡Y qué poco curiosa! La mayoría de la gente valora más el crimen que el sexo.

Llamó a la puerta indicada y esta vez recibió una respuesta seca:

—¿Sí? ¿Qué pasa?

El primer vistazo al irritado rostro de la señora Washburn no le dio esperanzas de una entrevista fácil. Los rasgos duros de aquella mujer de mediana edad resultaban más hostiles todavía por las gafas de montura oscura y el cabello teñido con henna.

Con la mejor sonrisa que pudo, Gemma se presentó mientras tendía su identificación por encima de la mesa, luego apartó la silla del visitante del borde de la mesa y se sentó, cruzando las piernas.

—¿Pero qué está...?

—Quiero hablar con usted de Jasmine Dent, señora Washburn.

La señora Washburn se quedó boquiabierta y cualquiera que fuese la queja que iba a pronunciar se le olvidó.

Un punto para mí, se dijo Gemma, y prosiguió antes de que su adversaria se recuperara.

—Tengo entendido que trabajaba mucho con la señorita Dent, señora Washburn. Seguro que puede ayudarme.

Sonrió, animosa, y miró la placa de cobre del escritorio. Ponía «Beatrice Washburn» en negras letras mayúsculas. Gemma se preguntó si Jasmine había sentido la necesidad de demostrar su importancia de esa manera, y si era así, qué había ocurrido con su placa. De hecho, ¿qué había sido de los efectos personales que Jasmine debió de haber tenido en la oficina?

—Bueno... Sí, claro que trabajaba con Jasmine, ¡qué tragedia!, pero no sé en qué puedo...

—Tenemos algunas preguntas sobre las circunstancias de la muerte de la señorita Dent. Comprenderá usted que las entrevistas a amigos y socios son un procedimiento rutinario. —Gemma se inclinó hacia delante, cómplice—. Puesto que usted ha ocupado su puesto al morir ella, señora Washburn, he pensado que conocería usted el trabajo de la señorita Dent y sus relaciones personales.

Negar lo hubiera sido un desastre, y la señora Washburn tragó saliva y picó el anzuelo.

—Llegué poco antes de que la enfermedad de Jasmine la obligara a dimitir, así que no la conocí muy bien.

—Pero ella debió de instruirla a usted...

La señora Washburn soltó un bufido de dignidad herida.

—Yo tenía una experiencia considerable como encargada de planificación antes de llegar aquí. He trabajado con...

—Sin duda hay cosas que aprender en todas las situaciones nuevas. Cada oficina tiene su manera de hacer las cosas, su personalidad, y la señorita Dent estaría

familiarizada con ellas...

—Me fue de ayuda, sí, pero ella consideraba que las confidencias personales no tenían lugar en la oficina, y yo estaba de acuerdo.

La señora Washburn acabó la frase con una expresión tan ácida que Gemma imaginó que tal vez se hubiera acercado a Jasmine con el anhelo de un cotilleo y hubiera recibido un bufido.

—¿La señorita Dent se trataba especialmente con alguien de la oficina?

—No está bien relacionarse con los subordinados. Jasmine lo sabía.

¡Trucha vieja!, pensó Gemma: Seguro que todas las chicas de la oficina hacían muecas a sus espaldas.

—¿Y qué me dice de Margaret Bellamy?

—¿De Margaret? —La irritación arrugó el duro rostro de la señora Washburn—. Creo que Margaret la iba a ver a veces a casa cuando se retiró, pero no sé si eran muy amigas antes.

Gemma se puso en pie.

—Me gustaría ver a Margaret, si le da unos minutos.

—Por supuesto, si es que la encuentra. —La señora Washburn emitió un gruñido de fastidio y consultó el reloj—. Esa chica encuentra siempre excusas para alargar el almuerzo y llegar tarde al trabajo. Ya lleva otra vez media hora de retraso, y eso que ya está amonestada por ello. No va a durar mucho conmigo, eso está claro.

—La esperaré —dijo Gemma, a la vista de que la señora Washburn no la invitaba a hacerlo. Le pareció muy raro que la señora Washburn no le preguntara por qué la policía investigaba la muerte de Jasmine. La curiosidad era una condición humana natural y, para Gemma, la falta de ella en Beatrice Washburn indicaba la existencia de un secreto o un interés sólo por sí misma muy fascinante.

—Señora Washburn —Gemma se volvió al llegar a la puerta—. ¿Quién informó a la oficina de la muerte de Jasmine?

Su duro rostro permaneció inexpresivo.

—No lo sé, una de las mecanógrafas subió a decírmelo: Carla. Se lo tendrá que preguntar a ella.

Y volvió al archivo de su escritorio antes de que Gemma cerrara la puerta.

* * *

Gemma siguió el leve murmullo de voces hasta el fondo del vestíbulo, luego abrió la puerta y asomó la cabeza. La conversación se detuvo de forma tajante. Había dos chicas sentadas ante sus ordenadores, con las mesas juntas para dejar espacio en la

estancia al revoltijo de archivadores y de mesas de proyectos. Una tercera mesa, con la silla vacía, se encontraba debajo de la ventana.

Las chicas miraron a Gemma, sus rostros recelosos dejaban adivinar que sabían quién era. Había infravalorado a la recepcionista: los «pajaritos» de la oficina funcionaban, al fin y al cabo.

—Estoy buscando a Margaret Bellamy —dijo inocentemente, mientras entraba y cerraba la puerta.

La chica que tenía más cerca apartó su silla de ruedas de la mesa y la giró hacia Gemma.

—No está.

Sonreía vacilante al tiempo que mostraba un diente roto.

—¿Crees que volverá pronto? La esperaré.

Las chicas cruzaron una mirada, luego la primera volvió a hablar:

—Más le vale; si no, esa bru... la señora Washburn la va a poner de patitas en la calle.

—¿Llega tarde? —Gemma se acercó a la primera chica y le tendió la mano—. Me llamo Gemma James.

—Yo, Carla; ella, Jennifer. —Indicó con un gesto a la otra chica, que aún no había abierto la boca.

Carla tenía una mata de cabello castaño encrespado recogido con una banda y un rostro agradable de mandíbula cuadrada. Las piernas, muy visibles bajo una minifalda elástica, parecían troncos de árbol. La otra chica, Jennifer, Gemma la vinculó con ese tipo de chicas que poseen el gen de la perfección; algunas mujeres nacen con él, y es imposible obtenerlo de otro modo: piel inmaculada, rasgos perfectos, cuerpo de modelo, cabello que siempre hacía lo que se esperaba de él, ropa a la última moda. Si además supiera hablar, no estaría mal, pensó Gemma, sorprendiéndose de ser tan sarcástica.

—¿Tenéis idea de dónde puede estar? —Gemma apoyó la cadera en un archivador bajo y consultó el reloj: casi la una y media.

Las chicas volvieron a mirarse, y esta vez debieron de cruzar una señal secreta, porque Jennifer habló:

—Quizás está fuera con el novio. —Su suave voz tenía un deje que podría ser del West Country, y los ojos azules mostraban una inteligencia sorprendente—. Estaba muy abatida esta mañana. Por la señorita Dent. Usted ha venido por la señorita Dent, ¿verdad?

El «pajarito» no sólo funcionaba, sino que lo hacía a las mil maravillas.

—En cierto modo —respondió Gemma vagamente—. ¿Conocéis al novio de Margaret?

Las chicas sonrieron, cómplices y divertidas.

—¿A Roger? —dijo Jennifer—. ¡Quién lo pillara! —Miró a Carla, que hizo una mueca—. En realidad, yo estaba con ella cuando lo conocí.

Gemma dobló los brazos e inclinó la cabeza, como si tuviera todo el día.

—¿De verdad? ¿Y cuándo fue eso?

Jennifer intentó recordar, arrugando la frente y sacando el morrito.

—Hacia octubre, creo. Una noche que me la llevé de discotecas. Es que me daba un poco de pena. —Eché otra ojeada a Carla por debajo de sus pestañas y ésta asintió con un gesto—. No hacía nunca nada, sólo estar en su casa, en esa habitación horrible. Y pensé... Bueno, eso.

—¡Qué amable por tu parte! —la voz de Gemma era cálida y animosa—. ¿Y qué pasó?

Jennifer le sonrió, mostrando unos dientes pequeños y uniformes como los de un niño.

—Nada, nos sentamos en el bar y nadie nos hacía caso, parecía que tuviésemos la peste o algo así, pero entonces llegó ese chico guapísimo. Es realmente guapísimo, parece un... —Jennifer se pasó la lengua por los labios buscando una frase descriptiva— una estrella de la tele americana. Yo pensé: ¡Vaya!, prepárate para éste —sacudió un poco los hombros—. Pero se puso a ligar con Margaret.

La consternación recordada asomó a su rostro y sacudió la cabeza, incrédula.

Los comentarios de Jennifer parecían carentes de presunción en el sentido habitual; era sencillamente como si su mundo hubiera dejado de funcionar como siempre: los hombres miraban a Jennifer, no a Margaret, y las leyes de la física no había que tocarlas.

—Bueno, al final ha sido mejor así —dijo Carla—. Nuestro Roger no ha resultado un trofeo tan bueno.

—¿Y eso? —preguntó Gemma.

Esta vez Carla miró a Jennifer buscando su apoyo, y ella le hizo un gesto para animarla. Carla bajó la mirada a su regazo, todavía vacilante, y se estiró la falda un poco sobre los muslos.

—Bueno... No la lleva a ningún sitio, nunca le compra nada. Sólo va a su habitación y... bueno, eso.

Carla se ruborizó hasta la raíz del cabello y evitó la mirada de Gemma.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Gemma suavemente. Corrió un poco el trasero, que se le dormía sobre el archivo—. ¿Margaret os lo cuenta?

—No —respondió Carla, sin recuperar su color—. Pero algunas veces... se nota. Bueno, no tenía que haberlo dicho...

—No importa —interrumpió Gemma, que no quería que se sintiera desleal—. En cuanto a la señorita Dent, ¿eran Margaret y ella muy amigas cuando trabajaba aquí?

Carla respondió al cabo de un momento, cuando Jennifer no habló.

—Pues no. La señorita Dent siempre era justa... no como otras que sabemos —dirigió una mirada huraña en dirección al despacho de la señora Washburn— y amable, aunque distante, no venía con nosotras durante las pausas ni nada de eso. Fue sólo cuando se marchó —dijo Carla, pensándolo—. Margaret empezó a ir a verla.

Decía: «Ayer vi a Jasmine», y se pavoneaba, como si se sintiera superior a nosotras por llamar «Jasmine» a la señorita Dent.

—¿Eso fue antes de conocer a Roger o después?

Las chicas se miraron mientras se concentraban.

—Antes —dijo Jennifer, y Carla asintió.

—Sí, es verdad, porque la señorita Dent se fue antes de la fiesta nacional de agosto, y hacía tiempo que...

Se abrió la puerta y Carla se detuvo en seco, sonrojándose de nuevo. Jennifer adoptó una expresión neutra y volvió a teclear.

Una mujer entró con la respiración entrecortada; la piel clara, rosada por el esfuerzo; el cabello, castaño y fino, torcido; y el faldón de la blusa, saliendo de la falda.

—Lo siento, llego tarde, no quería...

Llevaba un fajo de hojas en la mano que se le cayeron al suelo cuando reparó en Gemma. En cuclillas, amontonó los papeles y bajó los ojos.

—Tú eres Margaret —dijo Gemma, a modo de afirmación. Una rápida mirada de sus ojos azules a través de las pálidas pestañas y Margaret volvió a inclinarse sobre sus papeles. Gemma sintió un escalofrío en la nuca al darse cuenta del miedo que tenía Margaret Bellamy.

—Soy amiga de Duncan Kincaid. ¿Podemos ir a tomar un té?

* * *

—La señora Washburn me matará, perderé el empleo. —Margaret se retorció nerviosa en el sillón de plástico rojo.

—No pasará nada. Te prometo que lo aclararé con ella.

Gemma se inclinó por encima de la mesa y le tocó la mano a Margaret. Una mano robusta, pensó Gemma, con los dedos cortos y las uñas muy mordidas. Fría y húmeda, y Gemma notó un ligero temblor bajo sus dedos.

Una camarera apresurada dejó bruscamente unos téis industriales en la mesa de fórmica derramando parte en los platillos. Gemma recordaba haber pasado por delante del concurrido café, justo a la vuelta de la esquina de la oficina de Planificación; el ambiente no era precisamente relajante, pero Margaret parecía ajena al ruido y al olor penetrante de la grasa caliente que salía de la cocina.

—Margaret...

—Me he metido en un lío, ¿verdad? —dijo ésta, casi en un susurro, de modo que Gemma tuvo que inclinarse de nuevo para oírla—. Dice Roger que puedo ir a la cárcel. Y es todo culpa mía. No tenía que haberle dicho nada a tu amigo...

—Creo —Gemma hizo una pausa mientras se servía generosamente leche y azúcar en el té en un esfuerzo por cubrir el sabor a detergente— que si has dicho la verdad has hecho muy bien. Duncan quiere asegurarse de que efectivamente fue voluntad de Jasmine.

Margaret sacudió la cabeza despacio de un lado a otro, pasando el dedo por el charco de té en la mesa.

—Todavía no puedo creer que me mintiera. Yo creía haberlo asimilado, pero no era así, y ese día... me sentí tan aliviada cuando dijo que lo había pensado mejor... —levantó la mirada hacia Gemma—. ¿Crees que me engañé pensando que lo decía en serio sólo porque era lo que quería oír?

Por el rabillo del ojo Gemma vio que la camarera se acercaba con un par de cartas plastificadas muy maltratadas. Gemma levantó la mano e hizo un gesto disuasivo a la mujer sin apartar los ojos de Margaret.

—Si estabas tan asustada, ¿por qué accediste a ayudarla?

—Es que al principio era distinto. Me sentí especial. —Margaret se sentó un poco más derecha en el asiento y sonrió por primera vez—. Que alguien quisiera pasar los últimos minutos en este mundo conmigo, confiar en mí de ese modo..., en particular, Jasmine. Ella no entraba en confianza con facilidad. Nadie se había portado así conmigo, ¿sabes?

Gemma asintió, pero no dijo nada.

—Y era emocionante. Planear, organizar... Tener un secreto que nadie sabía. La vida y la muerte. —Margaret volvió a sonreír mientras recordaba—. A veces pensaba en decírselo a todo el mundo en la oficina, pero sabía que no podía. Era demasiado personal, una cosa entre Jasmine y yo.

Tomó un sorbo de té y puso cara de asco cuando el ácido tánico le picó en la lengua, y miró dentro de la taza por primera vez.

—¿Qué pasó entonces?

Margaret se encogió de hombros.

—Se acercaba la fecha y yo me asusté. —Dirigió a Gemma una mirada suplicante—. Al principio tenía muy buen aspecto. Le había crecido el cabello después de las terapias. Yo sabía que se cansaba con facilidad, pero no parecía enferma. Luego empezó a quedarse en los huesos. Y cada día estaba un poco más débil, cada día me pedía que le hiciera algo que hasta el día antes había podido hacer sola... Le pusieron el catéter en el pecho. Empezó con la morfina líquida, aunque nunca hablaba del dolor.

Esta vez Gemma llamó la atención de la camarera y articuló: «agua caliente». La cafetería empezaba a vaciarse y el nivel del ruido había bajado lo bastante para oír el hilo de voz de Margaret sin esforzarse. Cuando llegó la tetera humeante, Gemma echó agua caliente en la taza medio vacía de Margaret sin preguntar, luego aguardó de nuevo.

—No había fijado la fecha —continuó Margaret, como si no hubiera habido interrupción, con la vista en el círculo de sus manos en torno a la taza caliente—. Empecé a tener miedo cada vez que iba a verla. «¿Ha llegado el día?». «¿Me va a decir: estoy lista, Meg, hagámoslo ahora?». Se me hacía un nudo en el estómago; me sentía enferma todo el rato. Empecé a pensar en que tendría que ponerle la bolsa de plástico en la cabeza si la morfina no actuaba. Un día pareció muy tranquila, menos inquieta de lo normal. Pensé que habría aumentado la morfina. Pero dijo: «No llegaré a los cincuenta, Meg, no tiene sentido». Y supe que se había decidido.

Gemma sorbió el té aguado y esperó. Como Margaret no volvió a hablar, preguntó con suavidad:

—¿Te dio una fecha exacta?

—El día antes de su cumpleaños. Yo había pasado noches sin dormir, imaginando verla morir. ¿Cómo sería? ¿Cómo sabría yo cuando había terminado? No podía soportarlo. Pero no podía decírselo.

Cuando Margaret levantó la vista, Gemma vio que tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiera llorado durante días.

—¿Se lo dijiste?

—Fue el peor día de mi vida. No sabía que podía empeorar —Margaret se frotó el dorso de las manos con la boca—. Me pasé el día vomitando en el baño de la oficina. Determiné que se lo diría en cuanto entrara. —Torció los labios en una sonrisa irónica—. Pero no me dejó ni acabar: «No te preocupes, Meg, no sé si he encontrado o perdido el valor, pero voy a seguir adelante».

—¿Por qué la creíste? —preguntó Gemma—. ¿Por qué no pensaste que estaba intentando desvincularse?

La amplia frente de Margaret se llenó de surcos mientras pensaba.

—No sé cómo explicarlo. No había... ninguna tensión en ella, en absoluto. No había lucha ni nerviosismo. ¿Entiendes?

Gemma reflexionó.

—Sí, creo que sí. ¿No te pidió que te quedaras?

—Un rato. Hice todo lo que solía hacer por ella: dar de comer al gato, ordenar. Luego bajé al restaurante indio que tiene comida para llevar y le subí un *curry* para la cena; en realidad, no podía comer mucho, pero seguía esforzándose.

—Margaret —dijo Gemma, tanteándola con cautela ahora—, ¿Jasmine te habló alguna vez de las implicaciones legales de ayudar a un suicida?

Margaret asintió enérgicamente.

—Dijo que como no tenía que tocarla ni darle nada, no habría problemas. Y nunca pensamos que nadie se enterara. Jasmine decía que haríamos que pareciera natural... No quería complicaciones.

¿Jasmine le habría simplificado las cosas a Margaret, sencillamente? ¿Su calma de aquel día tendría origen en una resolución más que en una aceptación? ¿Era tan buena actriz que había mentido fácilmente a las personas que mejor la conocían? Y si

era así, ¿por qué? Gemma pensó en la chica de la fotografía, con esa belleza delicada y una expresión cerrada, casi misteriosa. Una mujer inteligente, una organizadora, una planificadora. ¿Habría sido su voluntad ver a Theo el domingo como un fragmento innecesario de dirección escénica? Gemma sacudió la cabeza. No imaginaba a Jasmine ideando algo porque sí.

Sin embargo, le faltaba una cosa por preguntar a Margaret.

—Jasmine dejó un testamento, Meg. —Gemma usó el diminutivo que empleaba Jasmine—. ¿Te lo contó?

Margaret miraba fijamente la taza vacía, como si la respuesta pudiera hallarse en el dibujo azaroso de las hojas de té.

Gemma esperó, sin animarla ni romper la tensión que crecía en el silencio.

—Y discutimos. —Las yemas de los dedos se le pusieron blancas por la presión sobre la taza—. Le dije que era muy injusto, pero no quiso escuchar. Dijo que había hecho lo posible por Theo. Yo no quería sacar provecho de su muerte. Me sentía fatal, como si la hubiera querido por una recompensa. —Miró a Gemma, con los ojos enrojecidos y brillantes por las lágrimas—. Lo entiendes, ¿verdad?

Gemma tendió las manos sobre la mesa y puso los dedos en la mano de Margaret.

—¿Le contaste a alguien lo del testamento, Meg, a quien sea?

Margaret apartó la mano de Gemma y la taza vacía se balanceó en el plato.

—¡No! Claro que no. No se lo conté a nadie.

Margaret recogió el bolso y el cárdigan, apartó la taza, y al cabo de un momento, Gemma captó el penetrante y acre olor del miedo.

—Asunto zanjado.

—Muy bien. Justifícalo. —Kincaid apartó la silla del escritorio y apoyó los pies en el último cajón, que estaba abierto. Tenía los ojos legañosos tras una tarde de trabajo de papeleo, cuando Gemma, envuelta en una fragancia de aire fresco y muy excitada, había entrado como una exhalación en su despacho.

—Está aterrada, la pobrecilla. —Gemma dejó de moverse y se sentó en el brazo de la silla de las visitas—. No quiero decir que lo supiera de antemano, pero le dijo lo del testamento a ese novio y ahora está sudando de angustia. —Se inclinó hacia delante, enfática, y con dedos rápidos se arregló el cabello que el viento había sacado de la horquilla de su nuca—. Roger estaba esperando a Margaret aquella tarde cuando salió de casa de Jasmine, y le dijo que Jasmine había cambiado de idea. Se pelean y Roger sale para montar la escena; más tarde, da excusas para retirarse pronto, pero va a casa de Jasmine.

—Él dijo que no había estado nunca.

Encogiéndose de hombros, Gemma replicó:

—Pudo mentir. ¿Quién va a contradecirle? ¿Margaret? —Hizo una pausa y luego prosiguió, más pensativa—. O quizás dijo la verdad, pero eso no quita que no se asomara a la puerta de Jasmine, con alguna excusa. Sabe ser muy... convincente, creo.

Kincaid se apoyó en la silla, con las manos detrás de la cabeza, y sonrió con sorna.

—Entonces, tú tampoco eres inmune a Roger...

Gemma se estremeció.

—Es como estar encerrada con una serpiente. ¡Qué escalofríos! Me da muy mala espina. Pero ¿y si —se puso en pie y empezó a caminar por los limitados confines del despacho— se había enterado del testamento de Jasmine antes de conocer a Margaret? ¿Por qué si no es así iba a querer ligar con ella primero? ¡Tendrá a todas las mujeres que quiera! Y no me digas —añadió, sonrojándose al ver la sonrisa de Kincaid— que ha captado la pureza de su alma o algo por el estilo, porque no me lo creo.

—Ni yo, pero puede que no sea tan sencillo, de todas formas. —Kincaid recordó la escena que había presenciado en la habitación de Margaret. Roger disfrutaba desplegando su atractivo sexual ante ella, y probablemente era sólo la punta del iceberg—. Supongamos que tienes razón, Gemma, por inverosímil que sea, ¿cómo pudo Roger enterarse de lo de Jasmine?

—¿Sobornando al abogado?

Kincaid sacudió la cabeza imaginando la contenida indignación de Antony Thomas.

—Imposible, pero ¿y si tienes razón en cuanto a la primera parte y Roger sí fue al piso de Jasmine esa noche? No se han visto nunca, da alguna excusa para entrar y luego, ¿qué? Le dice: «Perdone, ¿me permite que le de una sobredosis de morfina?».

—Señaló a Gemma con un dedo—. Yo estoy seguro de que no hubo lucha.

—Tal vez le dijera que Margaret la había estado utilizando, y entonces Jasmine decidiera suicidarse de todas formas.

—Él no hubiera tenido más que esperar. ¿Por qué iba a poner en peligro el resultado final?

—Tal vez pensara que estaba perdiendo poder sobre Margaret e hizo un último intento desesperado —dijo Gemma, volviendo a acomodarse en la silla y cruzando las piernas.

Se miraron un momento, reflexionando, luego Kincaid se irguió en la silla y cerró el cajón de una patada.

—No hay pruebas, Gemma. Ni una. Reconozco que Roger tiene pinta de sospechoso, pero tendremos que seguir excavando. Y tampoco Theo me convence del todo. —Consultó su reloj y se estiró, se aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó el cuello—. Por hoy hemos hecho bastante, estoy hecho polvo. ¿Te apetece tomar algo antes de ir a casa?

Gemma vaciló, luego hizo una mueca.

—Mejor que no. Ya he hecho bastantes novillos últimamente. —Salió con un gesto de despedida, pero volvió a asomar la cabeza por la puerta—. No te olvides de cuidar del gato.

* * *

El cambio de tiempo había retirado a las multitudes del fin de semana de Hampstead Heath. La primavera había desplegado sus verdaderos colores y todo el mundo se precipitaba a los *pubs* y salones de té, aparte de algunos paseantes solitarios que sacaban a sus perros o los que salían a correr. La basura que había quedado de las reuniones al aire libre por el buen tiempo volaba por la hierba. Kincaid pasó por casa

el tiempo justo para ponerse tejanos y anorak, cruzó East Heath Road al final de Worsley y se metió en un sendero del parque a la altura de Mixed Bathing Pond. Sentía la necesidad de sacudirse de la mente y del cuerpo algunos pensamientos obsesivos. Correr requería demasiada concentración, o al menos eso se dijo, así que se dirigió hacia el norte y echó a andar, dejando libre el flujo de su pensamiento.

Las teorías de Gemma lo preocupaban más de lo que quería reconocer; se fiaba de su instinto, y si ella decía que Margaret Bellamy estaba asustadísima, él se lo creía, pero no podía hacer una construcción lógica del resto. Había demasiados interrogantes.

Sonrió al pensar en los argumentos de Gemma. A veces su entusiasmo le divertía, otras le irritaba, pero ésa era una de las razones por las que trabajaban bien juntos. Ella se lanzaba sobre las ideas precipitadamente, mientras él tendía a preocuparse, y a menudo, llegaban juntos a una conclusión satisfactoria.

El sendero cruzaba el estanque del viaducto, y se detuvo un momento con las manos en los bolsillos para admirar la vista. Ramas con brotes nuevos formaban imágenes reflejadas en el agua y, al oeste, la aguja de la iglesia de Hampstead se elevaba sobre las ramas todavía desnudas de los árboles más altos. Gemma se había mostrado diferente el fin de semana, parte de su fogosa energía se atenuó por un conformismo perezoso. Un vestido de algodón de colores vivos protegía una piel levemente enrojecida por el sol, una difuminada fragancia de melocotón se desprendía de ella cuando había estado a su lado en la tienda de Theo. Kincaid parpadeó y se sacudió como un perro que sale del agua.

* * *

Volvió a caminar de nuevo, con la cabeza baja contra el viento, y emprendió la larga cuesta hacia la parte superior de la colina. Por algún motivo, durante el fin de semana, algo entre ellos había cambiado. Pero hoy habían vuelto a trabajar como siempre, y él había empezado a pensar que se estaba inventando las cosas. Sin embargo, había percibido la extraña vacilación de Gemma cuando le propuso tomar algo. Lo hacían con frecuencia y charlaban sobre el trabajo del día y el plan para el día siguiente, y sólo ahora se daba cuenta con qué impaciencia aguardaba esos momentos. Tal vez le exigía demasiado tiempo y ella se había resentido. Tendría más cuidado en el futuro.

Ramitas de tojo cargadas de brotes amarillos se le enganchaban en las mangas al pasar, ensimismado, demasiado cerca. Bellas y espinosas, como Gemma, y como a ella, había que manejarlas con cuidado. Sonrió.

El sendero terminaba en la parte superior de Heath Street, justo enfrente del Jack Straw's Castle. El aparcamiento del viejo *pub* ya estaba lleno, y cuando se abrió la puerta, el viento trajo la música a oídos de Kincaid. La multitud vociferante no le apetecía, y emprendió el descenso hacia la izquierda por Heath Street, notando un tirón en las pantorrillas al bajar la cuesta. Cuando llegó a la estación de metro, un impulso lo llevó hacia delante en lugar de a la izquierda, hasta Hampstead High Street. No tardó en toparse con Church Row a su derecha y se metió por el callejón, con la aguja de St. John guiándole como una brújula.

Kincaid entró en el cementerio por la gruesa verja de barrotes. Un borracho roncaba en un banco junto a la puerta de la iglesia, rompiendo el silencio. Kincaid giró a la izquierda hasta el verdor de la ladera cubierta de tumbas, que ya a principios de primavera estaba invadida de vegetación. El camino serpenteaba bajo las pesadas ramas de los árboles de hoja perenne, abriéndose paso entre las losas de piedra gris, manchadas de líquenes. Se detuvo en su lugar preferido, justo antes del límite del muro inferior.

La inscripción junto a la tumba decía: «John Constable, Esq., R.A., 1837». Constable yacía junto a su esposa, Mary Elizabeth, y el epitafio mencionaba también al hijo de ambos, John Charles, muerto a los veintitrés años. El nombre de Constable estaba asociado con la historia de casi todos los rincones de Hampstead, pues alquiló una casa tras otra desde 1819 hasta su muerte, y se decía que había pedido que su «descanso eterno» tuviera lugar en el pueblo que había inmortalizado en sus cuadros.

Kincaid no sabía por qué aquel monumento victoriano le resultaba tan consolador, pero desde que vivía en Hampstead había tomado la costumbre de ir a pensar allí cuando no podía resolver algo. Se sentó en una roca y frotó una ramita entre los dedos, deshaciendo la corteza oscura en polvo. Frunció las cejas e intentó aclararse, concentrarse. Su instinto visceral le decía que Meg quería sinceramente a Jasmine, y no le habría hecho daño contra sus deseos. Sin embargo, Roger era de otra pasta, y bastante apesotosa, por cierto. El sexo implica un poder fuerte y a veces retorcido, y no estaba seguro de hasta qué punto Meg podía hacer la vista gorda para conservar su relación con Roger.

¿Y Theo? ¿Sentiría más rencor que amor por su hermana? Sin duda, tenía razones para estarle agradecido, pero la contradicción de la naturaleza humana podía hacer de la gratitud una carga pesada de llevar.

Imaginó a Jasmine sentada en el centro de una red de relaciones, intacta. ¿Qué habría sentido ella por cada uno? ¿Se había movido por la vida insensible e inmovible? Con idéntica imparcialidad había hecho frente a su enfermedad. Él no lograba conciliar la imagen de chica pasional de los diarios con la mujer que había conocido, fascinante, ingeniosa, inteligente, y más precavida de lo que hubiera imaginado.

Kincaid suspiró y se puso en pie. La luz se extinguía rápidamente, las tumbas ya no tenían secretos que revelarles y, si no se daba prisa, debería subir la colina a tientas.

Reparó en que el viento había cesado y, más allá del límite del seto, las luces de la ciudad brillaban en la creciente oscuridad.

El borracho había desaparecido cuando Kincaid volvió a la iglesia. En el interior del edificio, amortiguadas por las pesadas puertas, unas voces cantaban cadencias familiares.

—Las vísperas —dijo Kincaid en voz alta. ¿Cuándo había oído unas vísperas por última vez? El sonido lo devolvió a la iglesia de ladrillo rojo de su infancia en Cheshire. Sus padres habían considerado el servicio de las vísperas el único compromiso entre su educación anglicana y su filosofía liberal, y mientras la familia acudía con frecuencia a las vísperas, Kincaid no recordaba un solo domingo en la iglesia.

Kincaid abrió unos centímetros la puerta acolchada de cuero azul y se introdujo por ella, se dirigió al último banco y se sentó con cuidado. Sólo unas pocas figuras aisladas llenaban los bancos delante de él. Se preguntó si el servicio tendría lugar con tan poca asistencia.

Las voces se elevaron, el sonido llenó toda la iglesia vacía y las notas del macizo órgano vibraron por el banco hasta sus huesos. Kincaid se relajó y se puso a mirar al director del coro. El hombre empleaba las manos como armas contundentes, dando señales a los coristas con movimiento sincopados. Se asemejaba más a un delantero de *rugby* que a un director de coro; superaba el metro ochenta y cinco, tenía hombros macizos bajo el sobrepelliz y una fuerte mandíbula en su cabeza cuadrada.

El director dio un paso hacia la derecha y Kincaid vislumbró una cara conocida en la última fila del coro. Una franja de cabello gris en torno a una calva y un rostro rubicundo, un bigote gris. Kincaid estaba tan acostumbrado al atuendo de *tweed* del comandante que la tela blanca del sobrepelliz lo había desorientado por un instante. ¿Cómo podía haber olvidado que el comandante le dijo que cantaba en el coro de Saint John? Kincaid lo observó, fascinado al ver a su taciturno vecino elevando su voz de bajo, alegre, con la boca bien abierta.

El servicio estaba a punto de acabar. El «Amen» final vibró suspendido y luego el coro se disgregó. Los demás fieles adelantaron a Kincaid en su camino hacia la puerta, sonrientes mientras le echaban un vistazo, curiosos. Asiduos, pensó, que se preguntaban quién era él. Cuando se cerró la puerta del porche tras el último rezagado, Kincaid se puso en pie y se dirigió al altar.

—Perdone.

El director tenía la mano en una puerta que Kincaid pensó que llevaría a la sacristía. Giró sobre sus talones, sobresaltado, con un movimiento sorprendentemente grácil en un hombre tan alto y voluminoso.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar un momento con usted? Me llamo Duncan Kincaid. —Kincaid pensó rápidamente. No pretendía hacer una investigación oficial sobre un amigo y

vecino así como así, sólo quedarse tranquilo. Tal vez los tejanos, el anorak y el cabello revuelto por el viento no eran ninguna desventaja, al fin y al cabo.

Con la mano tendida, el director del coro se acercó.

—Me llamo Paul Grisham, ¿qué desea?

Kincaid notó un deje familiar en su voz.

—Es usted galés —dijo, en tono afirmativo. El rostro de Paul Grisham se iluminó con una sonrisa, mostrando unos dientes grandes y torcidos. Tenía la nariz rota, probablemente se le había roto más de una vez.

—Pues sí señor, de Llangynog. —Grisham inclinó la cabeza mientras observaba a Kincaid—. ¿Y usted?

—Soy de allí cerca, al otro lado de la frontera. Me crié en Nantwich.

—Sí, no habla como un londinense de nacimiento.

—¿Juega a *rugby*? —Kincaid se tocó la nariz con un dedo.

—Jugaba, sí, cuando mis huesos se soldaban más rápidamente. Wrexham Union.

Kincaid avanzó un poco y se apoyó en la barandilla del altar. Notó que Grisham estaba esperando que fuera al grano, y dijo como si tal cosa:

—He pasado por aquí por casualidad, no tenía ni idea de que hubiera vísperas. — Señaló con la cabeza el lugar del coro, detrás de Grisham—. Me ha parecido ver al comandante Keith.

Grisham sonrió.

—¿Conoce al comandante? Uno de nuestros pilares, desde luego, aunque no se diría al verlo con tan mal genio. Puntual como un reloj, no se pierde un ensayo.

—¿Dos veces a la semana? —aventuró Kincaid.

—Los domingos y los jueves por la noche.

—Es mi vecino de abajo. No sabía que cantara, pero me preguntaba adónde desaparecía tan regularmente. Me imaginaba que salía a tomar una cerveza. — Kincaid se irguió mientras Grisham se quitaba el sobrepelliz y hurgaba el bolsillo del pantalón en busca de unas llaves—. Es que me ha sorprendido verle.

—Si no le importa, le dejo salir por la puerta principal antes de cerrar. Es por los gamberros, ya sabe —añadió como disculpa.

—Por supuesto. —Kincaid se volvió y caminaron juntos por la nave central—. No quería hacerle perder tiempo.

Cuando llegaron al vestíbulo Grisham se detuvo y se volvió hacia Kincaid, vacilante. A la luz tenue, Kincaid tenía que mirar hacia arriba para leer su expresión. El hombre le sacaba una cabeza; debía de ser casi tan alto como su jefe.

—¿Dice que es usted vecino del comandante?

Kincaid asintió.

—Desde que compré el piso, hace tres años.

—¿Y lo conoce bien?

Kincaid se encogió de hombros y respondió:

—No mucho, creo que nadie lo conoce. —Enseguida le vino a la mente Jasmine, con sus relatos de los té con el comandante, por las tardes, y pensó en las rosas plantadas en su memoria—. Bueno, quizás había una persona, nuestra vecina, pero murió la semana pasada.

Grisham aferró la pesada puerta del porche y la abrió como si fuera de cartón.

—Eso lo explica, entonces. El jueves pasado se fue del ensayo pronto, dijo que se encontraba mal. Era la primera vez que lo hacía y me preocupó un poco, viviendo solo como vive. Pero no es alguien a quien se pueda preguntar estas cosas.

—No —convino Kincaid, saliendo a la oscuridad—, supongo que no. Gracias por atenderme, volveré —dijo, sinceramente, y mientras la puerta se cerraba vio, por un instante, los blancos dientes de Paul Grisham.

Lo que no añadió fue que Jasmine no pudo ser la razón de la repentina indisposición del comandante, puesto que éste se enteró de su muerte cuando se lo dijo Kincaid, el mediodía del viernes.

* * *

Se detuvo a tomar una empanada y una cerveza en King George, a media distancia del final de High Street. Cuando salió nuevamente a la calle, el aire le pareció húmedo sobre la piel. ¡Apostaba lo que fuera a que al día siguiente llovería! Se subió el cuello del anorak, hundió las manos en los bolsillos para protegerse del frío y caminó hacia casa despacio, mirando los escaparates iluminados de las tiendas vacías.

Sus pasos le llevaron con naturalidad a la puerta de Jasmine, y entró con la llave que había añadido a su llavero. Cuando encendió la lámpara, Sid parpadeó desde el centro de la cama, luego pareció levitar mientras se desperezaba.

«Hola Sid, ¿hoy te alegras de verme? ¿O es que tienes hambre?».

El gato lo siguió a la cocina y esperó sentado mientras Kincaid buscaba el abrelatas por la cocina.

«No te arremolinarás alrededor de mis tobillos, ¿eh, colega?» le dijo Kincaid, recordando cómo se enroscaba el gato en los finos tobillos de Jasmine a la hora de las comidas. Cuando ella estuvo más frágil, él temió que el gato la hiciera caer, pero nunca dijo nada. «Sin demasiadas confianzas, ¿de acuerdo?».

Dejó el plato en el suelo y pasó los dedos por el suave lomo de Sid mientras éste se aproximaba a la comida. Recordando las instrucciones de Gemma, encontró la caja de sus necesidades debajo del lavabo, la vació en el cubo de la basura y la volvió a rellenar con el contenido de un paquete que encontró en un armario. Sacó la bolsa de la basura del cubo y la preparó para llevársela.

Se sintió muy contento de sí mismo, cambió el agua de Sid y lo observó comer.

«¿Qué va a ser de ti, colega?». Mientras Sid lamía el plato, Kincaid añadió. «Parece ser que se te ha pasado ya el duelo». Humanos o animales, en la mayor parte de los casos el cuerpo se recupera con bastante rapidez. Ya bebas té o *whisky*, te comes lo que te echan y la vida sigue. «Hasta mañana, colega».

Dejó una lámpara encendida para el gato y subió a casa a seguir con los diarios de Jasmine.

5 de junio de 1963

Sólo puedo pensar en cuando él me toca. Me quema la piel. No puedo comer. No puedo dormir. Me siento un poco mareada todo el rato, pero no quiero que acabe, y ese nudo tan duro en mi estómago me duele y no se me pasa por mucho que haga. Ya sé lo que dice de él la gente, pero no es verdad. Él es diferente conmigo, dulce. Es que no lo entienden. No pertenece a este lugar, como yo. Los dos somos marginados, algo más oscuros, menos ingleses. Mi tía May dice que algunos parientes de mi madre eran franceses y que por eso tengo este aspecto, pero por cómo lo dice se ve que desprecia a mi madre. «A Rose Hollis, dice, no tiene sentido que Dios le diera hijos. No sé en qué estaba pensando tu padre cuando se casó con ella y se la llevó a la India». Pobre mamá. Él la mató, tan seguro como si le hubiera clavado un puñal en el corazón, y yo tengo miedo. No quiero que me ocurra lo mismo, pero ya está fuera de control y no veo forma de retroceder.

Nos marcharemos en cuanto ahorre bastante con el trabajo para el señor Rawlinson. A Londres, donde nadie nos conozca, donde podamos estar juntos todo el tiempo. Buscar un piso. Prometí no irme sin Theo, pero puede dejar la escuela después de este año y tal vez para entonces pueda cuidar de él también.

Sueño con él cuando logro dormir. Cuando cierro los ojos veo su cara contra mis párpados. Su cabello oscuro como la seda sobre mi mano cuando lo acaricio. Anoche nos vimos detrás del club social en cuanto se hizo de noche. Era noche de bingo, y oía cómo llamaban dentro los números y las letras. «¿Jasmine?» dice él, de esa manera interrogante, como si no pudieran creer sus ojos en mí, y luego las comisuras de los labios se tuercen hacia arriba y sonrío. Pero la luz dura más cada tarde, y no hay dónde estar solos, dónde pueda besarme, meter sus manos donde quiero que me toque. La tía May me mataría si se enterara, y su madre todavía peor. Secas y arrugadas como pasas, y enfermas de envidia.

Sin embargo, tengo una idea, y si puedo llevarla adelante, nada podrá interponerse entre nosotros.

La promesa de lluvia de la noche anterior se cumplió. Kincaid escrutaba a través del parabrisas del Midget hacia la luz gris, en un esfuerzo por ver la carretera, mientras los limpiaparabrisas iban de un lado a otro, expulsando la llovizna. Había dejado la M3 en Basingstoke y se había dirigido hacia el oeste por la autopista hacia Dorset.

La decisión, madurada en algún momento entre el café y la salida de casa hacia la jefatura, lo había pillado por sorpresa. Había soñado con Jasmine —la niña orgullosa de los diarios, no la Jasmine de carácter reservado inquebrantable, frágil por la enfermedad— y se despertó con la huella de su imagen escribiendo en su cuartito de la buhardilla.

Había un salto después del pasaje sobre el muchacho, y cuando volvió a escribir era ya sobre su vida en Londres, la búsqueda de un piso, la adaptación al nuevo trabajo. Comparados con los pasajes anteriores, estaban extrañamente carentes de emoción, como si los diarios hubieran quedado relegados a registrar hechos triviales.

Kincaid se había rendido al cansancio, pero se había despertado nuevamente preocupado. Había hecho unos rápidos cálculos. Jasmine tenía veintidós años en aquella última anotación, y a él se le antojaba extrañamente inmadura. Si no hubiera crecido acostumbrada a cuidar de Theo a causa de la vida que le había tocado, tal vez el hecho de que hubiera llegado a veinte años sin experiencias sexuales no le habría llamado tanto la atención; cuanto más pensaba en ello, menos le sorprendía: madura para su edad en algunas cosas, Jasmine había seguido siendo una marginada. No habría encajado con los flirteos de los adolescentes ni con su ruda camaradería, y la vida de un pequeño pueblo inglés no favorecía las aventuras.

Con aquella inesperada peregrinación, albergaba la esperanza de encontrar alguna respuesta en la aldea de Briantspuddle, de que allí hubiera quedado algún resto del paso de la infancia a la edad adulta de Jasmine.

* * *

El camino corría como un túnel entre los altos setos, hundiéndose y retorciéndose como la madriguera de un conejo. Algunos espacios vacíos en los muros de vegetación revelaban sólo campos embarrados. Kincaid había comprobado el mapa cuando hubo parado a comer algo en Blandford Forum, pero empezaba a preguntarse si se habría saltado la última señal, justo cuando el camino cruzó un riachuelo, viró repentinamente hacia la derecha y lo llevó a un claro. Una hilera de casitas blancas se extendía por la carretera y una señal en el centro de la bifurcación anunciaba «Briantspuddle».

Kincaid se detuvo en la intersección. Ninguna iglesia... ningún *pub*. Sin estos dos puntos de información, su tarea iba a ser más ardua. Tomó la bifurcación hacia el oeste, con la esperanza de encontrar alguna posible fuente de cotilleos.

A unos pocos centenares de metros, se topó con otro conjunto de casas, menor incluso que Briantspuddle. Éstas estaban pintadas de colores pastel, no de blanco, pero aparte de las espirales de humo que salían de algunas de las chimeneas, la pequeña aldea parecía un desierto. Una cruz de piedra y la figura de una virgen de piedra tallada en un hueco del pie, parecían atraer las casas de alrededor como fieles en torno al predicador.

Kincaid detuvo el coche y salió. La lluvia había disminuido hasta convertirse en una llovizna tan fina que había hecho chirriar los limpiaparabrisas, y ahora se dio cuenta de que había cesado. Dio la vuelta a la cruz y examinó su peculiar construcción. El diseño le recordó una cruz tradicional. Delante estaba la virgen cobijada bajo un tejadito en punta en la base de la aguja, mientras que detrás una figura mayor no identificada parecía flotar en el centro de la columna. Había una inscripción alrededor de la base cuadrada de la columna, y Kincaid la leyó mientras daba la vuelta a la cruz de nuevo: «En verdad el pecado es causa de todo este dolor. Pero todo irá bien, todo irá bien, y todas las cosas sin excepción irán bien».

Kincaid volvió al coche y retomó el camino por el que había venido. Cuando llegó nuevamente a Briantspuddle, dejó el coche en la cuneta y apagó el motor. Bajó del coche y percibió el aire fresco que envolvía su piel como una capa. Respiró hondo y el profundo y húmedo silencio le dio vigor.

Un leve ruido rítmico rompió el silencio y Kincaid se volvió, buscando el origen. Algo se movía detrás del seto de la casita mejor cuidada, debajo de una fila de ciruelos en flor y de ramilletes de forsitias amarillo brillante. Dio unos pasos hacia allá y el movimiento se resolvió con la aparición de una coronilla gris; ya más cerca, una mujer mayor de rodillas escardaba las flores.

La mujer levantó la vista sin sorprenderse, y le sonrió.

—Tengo que aprovechar —dijo, señalando las nubes grises y bajas—, no durará mucho.

Hablaba como una persona culta, con un leve deje de Dorset.

Kincaid se metió las manos en los bolsillos y esbozó la mejor de sus sonrisas.

—¡Qué bonito seto!

Vista más de cerca, la mujer parecía frágil, de quizá más de ochenta años, vestida con una falda de *tweed* y un conjunto de jersey y cárdigan bajo una chaqueta vieja y manchada. Llevaba el fino cabello gris recogido en un moño en la coronilla, y en los pies no llevaba los gruesos zapatos esperados, sino un par de zapatillas de básquet de nailon fluorescente.

Con el ceño fruncido, meditó muy seria la observación y, por fin, sacudió la cabeza.

—Y eso que no ha visto los rododendros. En un mes estarán preciosos. Esos — señaló con la paleta los pensamientos y los narcisos— sólo son el primer acto.

Esta vez Kincaid sonrió sinceramente, seducido por su sentido del humor.

—¿Un aperitivo?

—Muy bien. —Le devolvió la sonrisa, con las manos enguantadas en las rodillas, y Kincaid pensó que en sus tiempos debió de ser muy guapa. En su mirada había curiosidad mientras escrutaba su rostro—. ¿Está usted de paso? —pero enseguida añadió—: ¡Qué pregunta más tonta!, Briantspuddle no está de paso hacia nada.

—No, no exactamente. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Depende de lo que usted llame mucho. Desde antes de la guerra. Eran los buenos tiempos de Briantspuddle. Ernest Debenham, el magnate de los grandes almacenes, decidió que haría de esto un pueblo granjero modelo. Estas casas las construyó o las restauró él. —Levantó la ceja, coqueta—: ¿Sabe a qué guerra me refiero, joven?

—Usted no estaba todavía en la primera, y mucho menos para recordarla.

—Eso lo dice para halagarme. —Se frotó los guantes uno contra otro y se levantó con una mueca. Kincaid le tendió una mano y ella hizo un gesto para agradecerse.

—¿Se acuerda de una mujer llamada May Dent, por casualidad?

Ella puso cara de sorpresa.

—¿May? Pues claro. Fuimos vecinas durante años. Vivía justo enfrente, ahí. — Kincaid se volvió hacia donde señalaba: la casa estaba retirada de la carretera, al fondo de un camino bordeado de arbustos. Ninguna flor alegraba su severidad en blanco y negro, y las altas ventanas bajo el alero de paja le daban un aspecto misterioso.

Sacó del bolsillo de la chaqueta la placa de identificación y la abrió ante la mirada asombrada de la mujer.

—Soy Duncan Kincaid.

Ella miró la placa y lo miró a él, levantando las cejas expresivamente.

—No parece usted un pez tan gordo.

Kincaid se echó a reír.

—Gracias por el cumplido.

Ella se sonrojó.

—Estoy quedando como una idiota. Nunca he querido ser una de esas señoras pesadas que creen que todos los menores de sesenta deberían ir en pañales. Yo soy

Alice Finney, por cierto.

Le tendió la mano a Kincaid y él la tomó, notando la ligereza de sus huesos entre sus dedos.

—Señora Finney, ¿recuerda a los sobrinos de May Dent, que vinieron de la India a vivir con ella?

Ella lo miró consternada.

—Claro que me acuerdo de Jasmine y Theo, tan bien como de mi nombre, pero de eso hará treinta años. ¿Por qué quiere saber de ellos?

—Es que... —dijo él tomando aire mientras pensaba en cómo decirlo.

Alice Finney sacudió la cabeza.

—No, no —indicó las fachadas blancas de las casas—, no es un tema para hablar en medio del pueblo. Mejor que pase usted. Voy a preparar el té, y puede contármelo con comodidad desde el principio.

—Sí, señora Finney —respondió Kincaid, dócil como un escolar, y la siguió.

* * *

Con el platillo en equilibrio sobre la rodilla, Kincaid levantó la taza de porcelana, tan delicada que tuvo miedo de quebrarla con el aliento. Al otro lado de las ventanas del salón, volvía a lloviznar, mientras iba perdiendo intensidad el color de los cielos en flor hacia un pálido tono aguado. Alice Finney se arrodilló delante de la chimenea y encendió un pequeño fuego con carbón. Cuando Kincaid fue a ayudarla, le hizo un gesto disuasivo.

—Lo llevo haciendo sola cincuenta años. Ahora no necesito que me mimen.

Se sentó enfrente de él en un sillón de brocado, con el asiento un poco gastado por el uso. Ante la mirada inquisitiva de Kincaid, ella cogió su taza y continuó:

—Jack y yo llevaríamos cincuenta y cinco años casados esta primavera. Era piloto, murió con más gloria que otros... en el aire en lugar de la trinchera. No creo que fuera mucho consuelo para él. —Le sonrió de repente, traviesa—. No ponga esa cara de funeral, señor Kincaid. Si le soy sincera, hay días que no me acuerdo bien de cómo era, hace tanto tiempo... Y a mi edad recordar es sólo una indulgencia sentimental. Hábleme de Jasmine y Theo Dent.

En el ajado salón cálido y acogedor de la señora Finney, la presentación ensayada por Kincaid se disolvió.

—Jasmine Dent era mi vecina. Y amiga. Era una enferma terminal de cáncer de pulmón, y cuando murió, al principio, supusimos que la enfermedad había avanzado más rápidamente de lo esperado.

Alice Finney escuchó con atención, sin apartar los ojos del rostro de Kincaid ni siquiera para tomar té. Al oír que Jasmine había muerto, apretó los labios en una pequeña mueca.

—Pero luego hemos descubierto que Jasmine pidió a una joven amiga que la ayudara a suicidarse y, en el último minuto, se echó atrás. Mandé que hicieran la autopsia. —Kincaid hizo una pausa, pero Alice no lo interrumpió—. Murió de sobredosis de morfina, y no creo que se la administrara ella misma.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Podría darle muchas razones lógicas, pero es más una corazonada que otra cosa, para ser sincero. No lo creo, sencillamente.

—Y eso le ha traído hasta aquí. —Alice se inclinó hacia delante y levantó la tetera de la mesita ovalada para llenar de nuevo las tazas—. Le diré lo que pueda.

Se sentó silenciosamente por un instante, con los ojos fijos en la nada mientras se ordenaba las ideas, luego suspiró.

—Fue un mal asunto desde el principio. May Dent no debía tener niños a su cargo. Carecía de capacidad para amarlos, aunque para ser sincera tengo que decir que tal vez con Theo lo intentó. Era una amargada, una de esas personas que siempre creen que la vida las ha defraudado. Quizás quería a su hermano más de la cuenta, aunque entonces —las comisuras de los labios de Alice hicieron un gesto burlón— no se hablaba sobre esos temas. Cualquiera que sea el motivo, despreciaba a su cuñada, nunca hablaba bien de ella.

—¿Y Jasmine? —Kincaid se levantó, se acercó a la chimenea y removió el fuego incipiente.

—Jasmine le recordaba a su cuñada. La cuestión es que se llevaron muy mal desde el momento en que se vieron. Y Jasmine... Jasmine era difícil. Yo ya había dejado la enseñanza cuando cerraron la escuela del pueblo, y los niños iban a la escuela privada más cercana, pero seguí teniendo conocidos al tanto de los cotilleos...

—¿Era usted la maestra del pueblo? —preguntó Kincaid, encantado con la visión de una Alice joven, desempeñando su tarea con el mismo humor suave.

—Tenía dos niños que criar, y no era rica ni perezosa —respondió, vivaz—. Jasmine —prosiguió, como si no se hubiera interrumpido— no gustaba. Tal vez no activamente, pero no encajaba, los demás no estaban cómodos a su lado. —Alice hizo una pausa, ceñuda—. Era una niña guapa, pero de una forma especial, diferente. No sabían cómo tratarla. Yo intenté hacer buenas migas con ella, pensé que necesitaba confiar en alguien, pues en May no podía. Era reservada, misteriosa, impenetrable.

Kincaid asintió.

—¿Y qué hay de Theo? ¿Encajaba mejor?

Alice se apoyó en la silla y estiró las piernas hacia el fuego. Kincaid observó, por encima de las lengüetas acolchadas de las zapatillas, que todavía tenía los tobillos

bonitos.

—Se podría decir que Theo se adaptó mejor. Para empezar, tenía un aspecto más inglés. Perdió su acento colonial enseguida. Supongo que Jasmine no llegó a perderlo nunca, ¿verdad? —preguntó Alice a Kincaid—. Tenía ese modo tan preciso de enunciar y ese tono cantarín propio de los hablantes de los dialectos hindús.

—No, nunca lo perdió; es más, con la enfermedad se acentuó. —Kincaid se dio cuenta de que la voz de Jasmine había sido una de las cosas que lo atrajo, junto con su inteligencia y su sentido del humor rápido y mordaz.

—Theo se hizo amigo de los niños del pueblo, o al menos, le permitían estar con ellos. Y May al principio lo mimó un poco. Sólo tenía diez años cuando llegaron, al fin y al cabo. Era pequeño todavía. Pero siempre tuvo ese aspecto de cachorrillo extraviado, como si fueran a darle una patada en el momento menos pensado.

—¿Y cuando crecieron?

—Lo que siempre me sorprendió —dijo Alice— es que Jasmine se quedara tanto tiempo. Supongo que era su sentido de la responsabilidad hacia Theo. Era muy protectora con él, y muy celosa de May. Sobre todo cuando Theo empezó a meterse en líos.

—¿En líos? ¿Theo? —Kincaid se irguió, su interés se aceleró.

Alice matizó el comentario.

—Bueno, no creo que Theo hiciera nunca nada malo de manera malintencionada, pero era de esos chicos que atraen la mala suerte, a los amigos poco recomendables. Siempre estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, no sé si me explico.

Kincaid sonrió.

—Eso me suena. ¿Y cómo reaccionaba May ante las pequeñas correrías de Theo?

—Al principio lo defendía, pero cuando Jasmine se marchó, las correrías se volvieron más serias que quemar los campos y dar vueltas en coches robados. —Alice se inclinó hacia delante, cogió una galleta de la bandeja y la mordisqueó—. Son de chocolate. Mi único vicio —dijo, como disculpándose—. May dejó de hablar de mandarlo a la universidad. Eran castillos en el aire, de todas formas, pues nunca le había ido tan bien en la escuela como para eso.

—¿Sabe por qué se marchó Jasmine? —preguntó Kincaid, tanteando ahora con delicadeza.

—No, aunque siempre me lo he preguntado. Se fue de un día para otro. May se puso furiosa. La llamó zorra ingrata, que para May era un fuerte insulto. Por supuesto, desde el momento en que Jasmine dejó la escuela, May no había hecho nada más que quejarse de ella, sobre la carga que era y las ganas que tenía de que se largara... y eso que creo que Jasmine empezó a pagarle parte de los gastos de la casa en cuanto tuvo el primer empleo. Y no era que May no pudiera mantenerla...

—Era de esperar que May estuviera encantada, pues.

—Exacto, pero así era May. Nunca estaba satisfecha, sobre todo cuando conseguía lo que quería. —Alice miró fijamente el fuego y Kincaid aguardó sin interrumpir—. Pero pasó algo... yo lo habría achacado a las malas lenguas si Jasmine no hubiera desaparecido tan pronto.

—¿Un rumor?

—Sí... que Jasmine se veía con ese chico de Bladen Valley, el que no estaba en sus cabales. ¿Ha venido usted por Bladen Valley? —señaló hacia el oeste—. Otro experimento. Construido durante la Primera Guerra mundial para albergar a los trabajadores de la finca. Un buen sitio para un monumento conmemorativo de guerra, supongo.

—¿Eso es la cruz de piedra?

Alice asintió.

—Del escultor Eric Gill. Se supone que es una tal santa Juliana, una mística del siglo quince. Nunca he sabido qué tiene que ver con la guerra.

—Señora Finney —Kincaid la devolvió al tema con suavidad—, ¿qué le pasaba al chico?

—No sé bien. No era retrasado. Más bien desequilibrado, enfermo mental, tal vez. Dado a arrebatos de violencia, si era verdad lo que se contaba, pero hace mucho tiempo de eso.

Suspiró.

—La he cansado —dijo Kincaid, inmediatamente contrito—. Lo siento.

—No, no, si no es eso. —Alice Finney se irguió, recuperando sus modos vigorosos—. Es que me da rabia no recordar el nombre del chico. No me gusta no recordar las cosas, me hace sentir vieja. —Sonrió—. Y, por supuesto, no lo soy.

—Por supuesto —convino Kincaid.

—Toda la familia del chico se fue, creo. La madre lo metió en un centro cuando Jasmine se marchó, me parece. Y ella murió hace quince o veinte años. No había más parientes, que yo recuerde.

—¿Qué le pasó a Theo cuando Jasmine se fue?

—Acabó la escuela, si recuerdo bien, pero luego no sabía qué hacer. No encontraba trabajo, se metía cada vez en más líos. Entonces May murió. Cogió una neumonía y se nos fue, de un día para otro. Jasmine no volvió ni siquiera para el entierro, y cuando las cosas de May estuvieron arregladas y la casa vendida, Theo también desapareció. Y no he vuelto a oír hablar de ellos hasta hoy.

—¿Sabe si May les dejó algo?

—Les debió dejar unos ahorros considerables. Era increíblemente avara... Gestionó la herencia mucho mejor que su hermano, por lo visto, pero no tengo ni idea de cómo la repartió entre los niños. No tenía más parientes. Pudo dejarlo todo a un hogar de gatos extraviados, no lo sé. —Hizo una pausa y juntó cejas, concentrada—. Podría usted preguntar en el despacho del abogado de Blandford Forum.

—¿Dónde trabajaba Jasmine? ¿Todavía existe?

—Entonces era el único, así que sin duda se ocuparon de los papeles de May. El viejo señor Rawlinson murió, y el hijo tal vez no recuerde a Jasmine, pero puede usted probar.

Kincaid se levantó.

—Me ha ayudado usted mucho. No quería robarle tanto tiempo.

—Tonterías. —Se levantó, rechazando la ayuda ofrecida por Kincaid—. ¿Cree que tengo algo mejor que hacer que tomar té con un joven atractivo tan interesado en todo lo que le digo? Es el sueño de todas las ancianas, querido.

Kincaid sintió la necesidad repentina de hacer algo muy impropio, muy poco inglés. Le puso la mano en el hombro y dijo:

—Es usted encantadora. Jack era un hombre muy afortunado. Si fuera unos años mayor, Alice Finney, me casaría con usted.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, y su piel era tan suave como los labios de una muchacha.

* * *

Blandford Forum, le había informado Alice, se había quemado de arriba a abajo el verano de 1731. El fuego se inició en la cerería y se propagó rápidamente de un techo de paja a otro. Trágica como debió de parecer la destrucción en ese momento, Blandford Forum había resurgido de sus cenizas como una joya georgiana. La oficina de Rawlinson e hijos, Abogados, se hallaba en un edificio de época de la reconstruida Market Place.

Kincaid se esforzó por ver a través del cristal esmerilado de la puerta interior y distinguió solamente formas borrosas. Abrió la puerta y los bultos resultaron ser muebles corrientes de una salita de espera, un escritorio y, tras él, una recepcionista.

Ella se dio la vuelta y le sonrió.

—¿Qué desea?

—Bueno, no lo tengo muy claro, para serle sincero. ¿Está el señor Rawlinson?

—Está en el tribunal esta tarde. —Consultó su reloj y añadió—. Me temo que tardará un rato todavía. ¿Quiere usted una cita?

Muy diplomática, no añadió, pensó Kincaid, que cualquier estúpido que se preciara la habría pedido antes. La placa del escritorio decía: «Carol White», un nombre muy inglés. Y era muy apropiado: de mediana edad, con buen tipo, un rostro abierto y simpático y una bonita cabellera castaña y ondulada a la altura de los hombros; en pocos años empezaría a convertirse en una dama de edad, pero todavía era muy atractiva.

—¿Se trata del joven señor Rawlinson?

Ella lo miró perpleja, pero todavía educada.

—El señor Rawlinson padre falleció hace diez años. No es usted de aquí, ¿verdad?

—De Londres, en realidad. —Kincaid volvió a sacar la identificación del bolsillo y se la mostró.

—¡Ah! —Ella abrió mucho los ojos y lo miró a la cara para después volver a considerar el carnet—. Vaya, hombre. ¿Y qué quiere Scotland Yard de nosotros?

Kincaid notó que tomaba aire con brusquedad. Era la reacción del ciudadano corriente ante la aparición inesperada de un policía, y se apresuró a tranquilizarla.

—Información muy antigua. ¿Podría ser que el señor Rawlinson recordara a una chica que trabajó aquí hace casi treinta años? Se llamaba Jasmine Dent.

Carol White se quedó mirándolo y dijo, despacio:

—No, el señor Rawlinson todavía debía de estar en la escuela, pero yo sí. Yo recuerdo a Jasmine.

Sin que nadie se lo ofreciera, Kincaid tomó una silla para las visitas y la acercó al escritorio, sin apartar la vista de Carol White.

—¿Usted?

Ella continuó, vacilante.

—Sé que es una estupidez por mi parte, pero no me gusta reconocer que llevo aquí el tiempo que llevo. Vine directamente aquí después de dejar la escuela, como Jasmine, pero ella era un par de años mayor.

—¿El señor Rawlinson necesitaba dos secretarias?

—¡Ya lo creo! —Sonrió, mostrando unos dientes uniformes y blancos—. Al señor Rawlinson le gustaban las chicas guapas, y las dos lo éramos, si me permite decirlo. —Levantó la mano, como para impedir que Kincaid la interrumpiera, y añadió—. Bueno, no quiero decir que fuera un viejo verde, nunca intentó nada que yo sepa, pero hacía un poco el pícaro. Y puesto que nos pagaba el salario mínimo de la época, supongo que se lo podía permitir.

Como se había movido en torno al escritorio de Carol, Kincaid descubrió que lo que había creído un vestido era en realidad una túnica hasta el muslo, debajo de la cual llevaba unos pantalones adherentes negros y zapatos de tacón alto. Ella siguió su atenta mirada y se echó a reír.

—La ropa es una cortesía de mi hija adolescente, que no soporta que su madre salga como una sosa. —Luego, más seria—: en realidad, creo que el señor Rawlinson quiso prepararme como sucesora de Jasmine. Le debió de dejar claro, como a todo el mundo, que no pretendía pasarse la vida en este angustioso pueblo. Jasmine era muy ambiciosa, señor Kincaid. ¿Qué ha sido de ella? ¿Ha tenido éxito? No me la imagino como ama de casa y madre.

—No, no se casó. Y sí, le fue bastante bien. Era supervisora en una oficina de planificación.

—¿Era? —preguntó Carol White, bajito—. ¿Es que...?

—Tenía cáncer.

—¡Oh, cuánto lo siento! —Se le llenaron los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza—. ¡Dios mío, qué tonta soy! Si ni siquiera éramos amigas, ni he pensado en ella en años, pero es que cuando oigo que algún conocido de la juventud ha muerto, me toca directamente aquí. —Se golpeó el pecho con el puño, luego buscó una caja de pañuelos en un cajón de la mesa y se sonó—. Es un recordatorio de mi propia mortalidad, supongo. Si puede pasarles a ellos, puede pasarte también a ti.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Kincaid, pensando en su propia reacción, no sólo ante la muerte de conocidos, sino también de extraños, una dolorosa sensación de pérdida que nunca había llegado a controlar.

—Pues no entiendo. —Carol se acabó de secar los ojos y tiró el pañuelo a la papelera junto a su mesa, al tiempo que se recomponía—. ¿Por qué pregunta por Jasmine?

Kincaid le dio una respuesta más breve de la que había dado a Alice Finney, pero ella asintió, aparentemente satisfecha. Tantos años en un despacho de abogados le habrían enseñado la discreción.

—¿Y dice que no eran muy amigas?

—Bueno, hablábamos, como hablan las chicas en el despacho, sobre lo que pasaba, y a quién le había tocado más el trasero esa semana el señor Rawlinson. Sólo cháchara, en realidad, pero si me aventuraba en algo demasiado personal, se cerraba en banda. —Carol hizo una pausa, arrugando la cara, concentrada—. A veces... a veces me daba la sensación de que Jasmine no había tenido nunca amigos, no sabía qué hacer con ellos.

—¿Y qué la llevaba a pensar que fuera tan ambiciosa?

—Londres. No hablaba de otra cosa. Y ahorraba hasta el último penique, se traía la comida de casa cada día, hasta hacía de canguro por las noches para ganar algo más. Recuerdo que se llevaba mal con su tía, la tutora.

Kincaid sonrió.

—De eso no cabe duda —dijo, y volvió al punto anterior—. ¿Jasmine no salía, entonces, si contaba tanto el dinero? Una chica guapa de esa edad tendría muchas cosas que hacer en una población como ésta.

Carol sacudió la cabeza.

—Yo incluso intenté varias veces que quedáramos en una doble cita, pero ella no quería.

—¿Hablabas de hombres? No quiero parecer machista, pero me parece lo natural.

—Yo seguro que no hablaba de otra cosa, día y noche —dijo Carol, con risa—. ¡Qué aburrida debía de ser, ahora que lo pienso! Pero Jasmine... no, no que yo recuerde. —Miró un instante al vacío, sin fijar la vista, y Kincaid aguardó—. Pero pasó algo. Dos meses antes de que se fuera estaba distinta... con la cara del gato que se ha zampado el canario. A veces, casi me esperaba que se relamiera los bigotes.

—¿Pero nunca le confió nada?

Esta vez sacudió la cabeza con melancolía.

—No, lo siento.

—¿Y cuando se marchó? ¿Le había dicho algo antes?

—Me quedé tan sorprendida como todo el mundo. Un buen día entró, dio la noticia, vació su cajón y se marchó. El señor Rawlinson se puso furioso, como puede imaginarse.

—¿Y después de eso tuvo noticias de ella?

—Ni una palabra, pero ese día me llevó aparte para despedirse de mí y me deseó suerte.

Esta vez fue Kincaid quien se quedó en silencio, pensando que probablemente aquella oficina no hubiera cambiado mucho desde entonces... Imaginó a Jasmine sentada en el lugar de Carol... Jasmine sobre su máquina de escribir... La cabeza oscura de Jasmine contra el papel crema descolorido de la pared. ¿Qué la llevaría a emprender el vuelo, a abandonar sus planes tan bien trazados y a su hermano?

—¿Ha visto alguna vez a su hermano Theo? —preguntó, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Sólo cuando se murió la tía y nos ocupamos de sus papeles. —Se encogió de hombros y el movimiento ciñó la tela sobre sus generosos pechos—. Él no sirvió de mucho... Claro que era sólo un niño, no tendría más de diecisiete o dieciocho años entonces. Tal vez eso lo explique todo.

—¿Explicar qué?

Carol White bajó la vista a sus dedos entrelazados, cuyas esmaltadas uñas rosa estaban emparejadas como amantes.

—¡Vaya, ya he hablado demasiado! Hace mucho tiempo, y no recuerdo muy bien. Creo que el señor Rawlinson tuvo que encargarse de todo: del entierro, de la venta de la casa... Theo estaba deshecho, casi histérico. Parece natural, pero entonces me resultó un comportamiento extraño; a la mayoría de los jóvenes que obtienen bastante dinero para ser independientes les cuesta parecer afectados.

—No sabía que May Dent hubiera dejado tanto a Theo.

—Bastante, pero creo que Jasmine tuvo el dinero a su cargo hasta su mayoría de edad. —Se irguió, repentinamente expeditiva en sus movimientos, como para dar a entender a Kincaid que había terminado la entrevista—. El señor Rawlinson no tardará. ¿Quiere esperarlo?

—No, creo que usted me ha sido de más ayuda.

Kincaid se puso en pie y ordenó la silla, alineando con precisión las patas con el límite de la gastada alfombra. Cuando le tendió la mano, Carol White se la apretó y dijo:

—Siento mucho lo de Jasmine, de verdad.

—Gracias —dijo gravemente, y ella sonrió, borrando de su rostro parte de su desconsuelo.

—Señor Kincaid. —Él ya estaba en la puerta y se volvió—. No es verdad lo que he dicho de que no haya pensado en Jasmine todos estos años. La envidiaba, pensaba en lo elegante que debía de ser su vida, mientras yo me había quedado aquí llevando una existencia convencional... Siempre me he sentido un poco cobarde. —Encogió los hombros de forma imperceptible—. Quizás no haya estado tan mal, al fin y al cabo.

Gemma dejó el coche en el garaje de Scotland Yard y tomó el metro hasta Tottenham Court Road. Conducir por Londres ya era bastante difícil de por sí, y recorrer un trayecto tan corto bajo la lluvia resultaba una locura.

La dirección que Felicity Howarth le había dado de la oficina correspondía a una planta baja encajada entre un restaurante de comida india para llevar y una lavandería. Gemma arrugó la nariz al notar el olor picante del restaurante. Todavía tenía el estómago vacío y no podría comer por lo menos hasta dentro de una hora. Se subió el cuello del anorak contra la llovizna y entornó los ojos para leer los interfonos. Junto al timbre 2B, una gastada tarjeta de visita rezaba «Cuidados a Domicilio».

Como encontró la puerta abierta, entró y subió las escaleras de hormigón sin pulsar el timbre. Llamó directamente al 2B y la puerta se abrió al poco.

—Te tengo dicho... —con la boca abierta, la mujer miró a Gemma sorprendida. Se rehízo y sonrió, como pidiendo disculpas—. Perdone. Creí que era mi novio que venía a discutir. ¿Qué desea?

Por la puerta abierta Gemma vio directamente el interior de una vivienda. Un lado de la habitación contenía muebles corrientes: un sofá, sillas y un televisor; la otra, un escritorio oscuro, archivos y un ordenador.

—Esto es Cuidados a Domicilio... ¿no? —Lo que empezó como una afirmación acabó en pregunta.

—¡Ah! —la mujer pareció sorprendida—. Sí, claro, es que hacemos casi todo el trabajo por teléfono, y no esperaba... Como puede ver.

Se indicó a sí misma: tejanos, una gastada camiseta rosa con el faldón por fuera, los pies descalzos con las uñas pintadas de rojo. Gemma le echó unos cuarenta años; era una mujer robusta de cara simpática y una mata de cabello castaño abundantemente salpicado de gris.

—Me llamo Gemma James. —Sacó la identificación de su bolso y dejó que la mujer la inspeccionara—. Estamos haciendo una investigación rutinaria sobre la muerte de una de sus pacientes: Jasmine Dent.

La mujer palideció y sus dedos se crisparon sobre el quicio de la puerta.

—¡Dios mío! —Se volvió hacia atrás, como buscando apoyo, y luego de nuevo hacia Gemma—. Felicity me contó lo de la autopsia, pero pase usted. —Cerró la puerta y le indicó a Gemma el sofá, luego añadió—: Por cierto, yo me llamo Martha Trevellyan.

Mientras Gemma se sentaba en el sofá y sacaba el cuaderno del bolso, Martha Trevellyan cogió un paquete de Player de su mesa. Encendió un cigarrillo y dijo, a través del humo, mientras sacudía la cerilla:

—Ya sé lo que está pensando: los profesionales de la salud no deberían fumar. Damos mal ejemplo, ¿verdad? Bueno, según mis últimos cálculos lo he dejado quince veces, pero nunca cuaja.

—¿Cuidados a Domicilio es suyo, señorita Trevellyan?

—Sí. —Martha Trevellyan se sentó en el borde de la silla frente a Gemma—. Hace dos años decidí dejar de trabajar como enfermera, hacer algo que no me matara antes de los cincuenta. —Sonrió un poco tristemente a Gemma y dio unos toquitos con el cigarrillo en el cenicero de la mesita de café—. Mire, sargento, es sargento, ¿no? —Gemma asintió—. Todavía estoy arrancando, una denuncia por negligencia me arruinaría.

—Podría empezar contándome cómo trabaja.

Gemma indicó con un dedo la zona del despacho.

—Casi todos los clientes nos han llegado por referencias, desde el principio. Yo he trabajado como enfermera y los médicos con quienes he trabajado me recomiendan a los pacientes que necesitan cuidados en casa. —Se reclinó en la silla, más cómoda a medida que entraba en materia conocida—. Tengo una lista de enfermeras que pueden trabajar para mí a jornada completa o partida. Cuando nos llega un paciente nuevo, busco a una enfermera adecuada y me encargo de coordinar lo necesario. Hago las facturas y pago a mi personal. ¿Queda claro así?

—Mucho —dijo Gemma.

—Sin embargo, las buenas enfermeras piden tarifas altas y mi margen de beneficio es muy limitado. —Martha se inclinó hacia delante y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Esto no es precisamente el Ritz, ya se habrá dado cuenta. Necesitaré unos años más de buena suerte y trabajo duro si quiero llegar bien a la jubilación. —Sonreía mientras hablaba, pero no había borrado la preocupación de sus ojos.

El piso, pequeño y desordenado, parecía escrupulosamente limpio, y los muebles eran buenos, aunque de un gusto muy convencional.

—Podría ser peor, visto el panorama de las situaciones temporales —dijo Gemma con una sonrisa de respuesta, y notó que Martha se relajaba un poco más—. Dígame, señorita Trevellyan...

—En realidad, soy señora... Llevo un montón de años divorciada. He criado sola a dos niños, pero ahora han acabado los estudios y se han ido, y yo he podido permitirme correr este riesgo —indicó la zona de trabajo—. Trátame de tú, llámame Martha, por qué no. Me sentiré menos en el banquillo.

A Gemma no le importó y accedió a su pequeña petición. Era bastante común y parecía servir para que la gente sintiera menos distancia entre ellos y la policía.

—¿Cómo te llegó Jasmine Dent como paciente?

—Una referencia médica, si no recuerdo mal. Puedo comprobarlo en los archivos. —Encendió otro cigarrillo, se levantó y fue hasta uno de los archivadores metálicos al lado de su mesa. Abrió un cajón y pasó los dedos por las tarjetas de colores antes de sacar un informe médico.

—Doctor Gwilym, eso. Especialista en cáncer. Me ha mandado a varios.

—¿El caso de Jasmine tenía alguna peculiaridad?

Martha pensó un momento y sacudió la cabeza.

—No, la verdad es que no. Cuando nos llegan, normalmente no hay mucha esperanza de restablecimiento. Ha estado en buenas manos con Felicity. —Ante la mirada inquisitiva de Gemma, prosiguió—. Felicity Howarth es mi mejor enfermera. Le dejo que escoja los casos que quiera, de acuerdo con su horario y lo que le convenga por las distancias. —Pensativa, añadió—: Y también es cuestión de preferencias personales. Felicity lleva muy bien a los enfermos de cáncer.

—¿Felicity escogió el caso de Jasmine?

—Creo recordar que sí. Ha llevado a muchos enfermos últimamente. Yo pensé que sería demasiado para ella, pero insistió. Dice que necesita dinero.

—¿Sabes por qué?

Vacilante, Martha apagó el cigarrillo antes de contestar.

—No me gusta dar detalles personales de mis empleados. —Gemma aguardó en silencio, y al cabo de un momento Martha suspiró y dijo—: bueno, no creo que pueda perjudicar a nadie. Sé que Felicity tiene un hijo en una clínica privada, con algún tipo de lesión infantil. Tal vez las tarifas hayan subido. Debe de ser carísimo de todas formas. —Luego añadió, un poco combativa—. Pero yo no sé si quiere el dinero para eso. Podría estar ahorrando para un crucero, yo qué sé. Desde luego, se lo merece.

Como todos, pensó Gemma, tratando de hacer caso omiso de las manifestaciones de hambre de su estómago.

—Otra cosa, Martha, sobre la morfina. ¿Pudo Jasmine acumular bastante morfina para matarse?

Martha Trevellyan encendió otro cigarrillo y Gemma, por la brusquedad de sus movimientos, percibió nuevamente la tensión.

—Mira, tienes que entender una cosa. Cuando el médico receta a un enfermo terminal morfina ilimitada para autosuministro no tenemos forma de controlar cómo la usan. La señorita Dent pudo pedir más morfina cuando en realidad estaba manteniendo la dosis. Ocurre. Más a menudo de lo que nos gusta reconocer, sinceramente. ¿Y qué vas a hacer? ¿Darles un cachete en las manos? Muchos lo hacen como prevención, por si el dolor se hace insoportable. Y en el caso de Jasmine, por el lugar donde se encontraba el tumor, el dolor podía ser mucho.

Si bien el relato de Martha Trevellyan sobre el tratamiento y las condiciones de Jasmine tenía que ver con Felicity Howarth, Gemma seguía sintiendo curiosidad por el sistema de Cuidados a Domicilio.

—¿Quién se encarga de la compra de medicamentos para los enfermos?

—Yo. Llevo un diario y el personal firma cuando lo retira. Luego yo hago un cotejo entre el cuadro del paciente y el diario de medicación.

—¿Y no hay discrepancias? —preguntó Gemma.

—Ninguna —dijo Martha Trevellyan, rotunda. Fumó y dio varios toquitos al cigarrillo sobre el cenicero—. ¿Cuánto durará este interrogatorio? ¿Es que se nos acusa de algo?

—Felicity Howarth tendrá que presentarse mañana en el tribunal para declarar sobre el tratamiento y el estado mental de Jasmine. Después —Gemma se encogió de hombros—, todo dependerá de la decisión del juez de instrucción.

—No me lo había dicho —dijo Martha, desconcertada—. Pero ya ves, Felicity es así: no ha querido preocuparme. —Observó a Gemma por un momento, con los ojos entornados por el humo cuando aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Hay una cosa que no entiendo: ¿Por qué perdéis tiempo con un simple suicidio? Tendréis cosas más importantes que hacer.

—¿No te lo ha dicho Felicity?

—¿Decirme qué?

—Que cabe la posibilidad de que el suicidio haya sido asistido, y eso es un delito grave. —Gemma brindó en silencio por la intuición de Kincaid—. O puede que no fuera suicidio, sino asesinato.

* * *

En Scotland Yard no sabían nada de Kincaid cuando ella volvió. Gemma sacudió la cabeza al pensar en su llamada de aquella mañana desde el coche. «¿Dorset?». A menudo, él la acusaba de perseguir fantasmas, pero no recordaba haber recorrido nunca tres condados por ningún capricho.

La preocupaba la obsesión que parecía embargar a Kincaid por el pasado de Jasmine Dent. No le había vuelto a nombrar los diarios de Jasmine desde que lo ayudara a subirlos a su casa. ¿Habría encontrado alguna pista en la vida de Jasmine o era sólo curiosidad morbosa, un intento de resucitar a una chica que no había conocido? Gemma recordó la foto que encontró boca abajo en el cajón de Jasmine y no supo decir qué le había impedido enseñársela a él. ¿Lo había hecho por él o por sí misma?

Se había refugiado en el despacho vacío de Kincaid, y el silencio no le dio ninguna respuesta.

Gemma se sentó elegantemente en la silla de Kincaid y se sacudió aquel humor tan poco característico en ella. Sería el *curry* que había comido con el estómago vacío. Ya tenía bastantes problemas sin los de él... Escribiría su informe sobre la entrevista de la mañana y si Kincaid no llamaba para cuando hubiera acabado, se marcharía pronto.

* * *

Gemma recogió a Toby en la guardería de Hackney y se dirigió hacia el este, hacia Leyton. Ansiosa como había estado por salir de la jefatura, la idea de una larga tarde en casa, de pronto, resultaba poco atractiva.

Leyton High Street no había cambiado mucho desde su infancia. Los escaparates de las tiendas de ladrillo rojo tenían algunas rejas más de seguridad; el restaurante de comida china para llevar había sido sustituido por uno griego; la tienda donde Gemma recordaba que tenía géneros de punto ahora ostentaba camisetas fluorescentes en el escaparate, pero la esencia se conservaba. Antes, Leyton era un pueblo por derecho propio, pero hacía ya tiempo que había sido absorbido por Londres, y High Street era como un recordatorio de su antigua identidad.

Sus padres tenían la panadería en High Street desde antes de que naciera Gemma, y ella había crecido en una habitación encima de la tienda, con el olor a rollos de salchicha, a empanadas de cerdo y a pan recién hecho, incluso durante su sueño. Al acabar la escuela trabajó en la tienda, y todavía ahora captaba la decepción de su padre por el hecho de que ninguna de sus hijas se hubiera hecho cargo del negocio.

Gemma dejó el coche en el aparcamiento gratuito y caminó hasta la tienda con Toby de la mano mientras hacía que saltaba como un canguro cada pocos metros. La persistente lluvia del día había cesado, y cuando Gemma llegó a la tienda, un poco del malestar se había disipado. Unos minutos antes de la hora de cierre, su madre seguía tras el mostrador, ocupada con los clientes de último minuto.

—¡Gemma! ¡Qué sorpresa! Toby, mi niño, dale un beso a la abuela, ¡qué niño más bueno! —Vi Waters se pasó la mano por la frente sudorosa y le dijo a Gemma—: ¿puedes echarnos una mano, cariño? Vamos a tope.

—Claro, mamá.

Gemma siempre tenía que reprimir una sonrisa cuando pensaba en la tozudez de sus abuelos al llamar a su hija, con el pelo de color de zanahoria, de forma tan inapropiada. Violeta se había convertido en Vi en cuanto tuvo edad de expresar una

opinión, y se había llamado así desde entonces, aunque los rizos pelirrojos se estuvieran volviendo grises poco a poco.

—¿Y papá? —preguntó Gemma al meterse tras el mostrador y ponerse el delantal. Toby fue directo al cesto de los juguetes, que estaba allí con el propósito de entretenerlos a él y a sus primitos.

—En la trastienda, cortando el pan para la señora Tibbit. Puedes quedarte a tomar el té, ¿verdad, cariño?

Gemma asintió y atendió el pedido del último cliente. La rutina de sus padres no variaba nunca: cerrar la tienda, tomar el té tan pronto como su madre lo ponía en la mesa e instalarse delante de la tele para pasar la tarde. A Gemma le parecía tan irritante como entrañable.

Aquella tarde no fue una excepción, y media hora después de cerrar estaban en la mesa de fórmica roja en la cocina del piso, comiendo tostadas con mantequilla, huevos pasados por agua y un pastel con confitura. Gemma había comido durante toda su infancia en aquella misma mesa y derramado la leche en aquel mismo suelo de linóleo. Todo el tiempo y la energía de su madre se perdían en la tienda, no en lo que ella llamaba «emperifollar la casa». La buena reputación de la panadería reflejaba todo el esfuerzo de su madre, y Gemma suponía que a su hermana y a ella no les había afectado demasiado. Su hermana...

El pensamiento de Gemma se detuvo en seco, culpable.

—¿Cómo está Cyn? —preguntó mientras ayudaba a su madre a lavar los platos.

Su madre le dirigió esa mirada de reprobación que todavía la hacía avergonzarse.

—Podrías coger el teléfono y llamarla tú. No me parece que tengas los dedos rotos.

—Ya lo sé, mamá —suspiró Gemma—. En fin, cuéntame.

—Os habéis cruzado. Ella estuvo aquí anoche con los niños. Parece que el salón nuevo va muy bien. Le han aumentado el sueldo, y la directora dice que...

Gemma, como había hecho siempre, emitió ruiditos de interés en los momentos convenientes, con la mente en otro lugar.

—Gemma, no has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho. —Su madre la miró con más atención, preocupada más que exasperada—. Llevas toda la tarde callada como una tumba, ahora que caigo. ¿Te encuentras bien, cariño?

Gemma vaciló, desgarrada entre su necesidad de hablar con alguien y su reticencia a dar municiones a su madre. El hecho de que su matrimonio hubiera fracasado mientras el de su hermana permanecía intacto era siempre un punto de fricción con su madre, aunque a Gemma no le parecía que su cuñado fuera ninguna joya, sino más bien un vago redomado que se pasaba más tiempo en paro que trabajando.

Su necesidad ganó.

—Es que Rob me anda evitando, mamá. Hace meses que no me manda dinero para Toby y no sé cuánto tiempo puedo aguantar con las cosas tal como están.

En lugar de responder, Vi llenó el hervidor con agua y cogió dos tazones de un anaquel.

—Siéntate y nos tomamos otro té.

Gemma estuvo a punto de soltar una carcajada. El té, el solucionador universal de problemas. Su madre nunca hacía frente a nada a menos que se fortaleciera con un té dulce y cargado. Oyó en el salón la voz de su padre y la risa de Toby, luego la sintonía inicial de la serie *Coronation Street*. Su madre estaba haciendo un auténtico sacrificio.

—¿Lo has buscado? —preguntó Vi mientras se sentaba enfrente de Gemma y le pasaba su taza.

—Pues claro. Ya te he dicho que me evita, mamá. Se ha despedido en el trabajo, no ha dejado dirección ni número de teléfono. He hablado con todo el mundo que creo que lo conoce, pero nada.

—¿Y con su madre?

—Si sabe algo, no me lo va a decir, y es su nieto quien lo sufrirá. ¿Cómo ha podido hacernos esto? ¡Qué bastardo! —Gemma notó que se le hacía un nudo en la garganta y presintió la amenaza de las lágrimas en su voz. Engulló el té, tan caliente que le quemó la boca.

—¿Es muy grave la cosa, Gem?

Gemma se encogió de hombros.

—La hipoteca es alta, aunque la casa sea una madriguera. Una de las grandes inversiones de Rob... Lo perdería todo si tuviera que venderla, pero lo que se me come es la guardería de Toby, y sobre todo los canguros de las noches y de los fines de semana que trabajo.

Vi tomó un sorbo de té.

—¿No podrías encontrar algo más barato?

Gemma sacudió la cabeza con vehemencia y dijo:

—No. Aun ahora no es ninguna maravilla, a pesar de lo que pago.

—Gemma —le dijo Vi, despacio—, ya sabes que nosotros lo cuidaríamos. Sólo tienes que pedirnoslo.

Miró a su madre a los ojos y apartó la vista.

—No puedo, mamá. Es que... No, no puedo.

—Piénsalo, cariño, aunque sea como medida temporal.

Gemma se sintió tentada. Sería una salida fácil, pero significaría una pérdida de independencia que no quería en absoluto. Respiró y sonrió a su madre.

—Lo tendré en cuenta, mamá. Gracias.

* * *

El crepúsculo caía cuando Kincaid llegó a la North Circular Road. El viaje de vuelta de Dorset se le había hecho interminable, y tras kilómetros dando las mismas vueltas a sus pensamientos, circular por el tráfico londinense resultó un buen antídoto.

Se zafó de la arteria principal y cruzó la relativa calma de Golders Green hasta el norte de Hampstead. Cuando llegó al cruce de North End Way con Heath Street, giró a la izquierda impulsivamente. La Spaniard's Road corría como un puente sobre la colina ya en sombras del parque, aislada y despejada de tráfico. Una cara blanca resplandeció a la luz de los faros —una figura solitaria que aguardaba el autobús—, luego pasó la barrera de peaje de Bishop hasta la carretera y se encontró en medio del ajetreo del aparcamiento de Spaniards Inn. Cuando paró el coche, se abrió la puerta del viejo *pub*, que proyectó una ola de luz, calor y olores sabrosos en la noche.

Al cabo de unos minutos, y mientras mantenía en equilibrio un plato de salchichas, patatas y ensalada, y una cerveza, Kincaid se instaló en una mesita individual. De espalda a la pared, podía observar el local mientras comía. Siempre se sentía más cómodo como observador que siendo observado, y el remolino de actividad le permitía divagar.

¿Lo había acercado aquella jornada a la verdadera Jasmine? Tentadoras imágenes inconexas galopaban por su mente. El rostro de Jasmine enmarcado en la ventana de la casa de Briantspuddle; el cabello oscuro de Jasmine cubriendo su rostro al inclinarse sobre la máquina de escribir en el despacho de Rawlinson; Jasmine apoyada sobre la cama de su piso de Hampstead, riendo cuando él le exageraba alguna anécdota del trabajo. Si él persistía y excavaba hondo, ¿lograría juntar por fin todas aquellas piezas en un todo? ¿Existiría una persona definitiva? ¿Alguna vez podría uno decir que ésta era Jasmine y no la otra?

Se dio cuenta de que parte de la inquietud melancólica que lo dominaba desde que salió de Dorset tenían que ver con su creciente reticencia a seguir leyendo los diarios de Jasmine. Todo lo que había leído hacía crecer su idea de ella como una persona profundamente reservada, incluso misteriosa, y la sensación de que entraba en su vida sin autorización era cada vez mayor.

Se sorprendió mirando fijamente a dos chicas que pedían en la barra. Una tenía el cabello naranja muy corto, casi al rape; la otra, una cabellera clara y lisa que le caía por la espalda. Las minifaldas en tela elástica dejaban al descubierto las piernas desnudas desde las nalgas, a pesar de la noche húmeda y fría. Supuso que la vanidad las proveía de suficiente calor interior. Lo que le molestaba no era la probabilidad de que se resfriasen, sino el no saber desde cuándo llevaban allí. Debía de estar envejeciendo.

La vista de la chica rubia accionó el mecanismo habitual. Un doloroso recuerdo se disparó casi antes de hacerse consciente. Vic. ¡Qué extraño haber profundizado tanto en los pensamientos íntimos de Jasmine y no haber sabido nunca lo que su mujer pensaba! Su relación con Jasmine, en cierto modo perverso, se había vuelto más íntima que su matrimonio.

Kincaid pinchó el último trozo de patata y de salchicha con el tenedor. De buena o de mala gana, volvería a casa y reanudaría la lectura donde la había interrumpido. No podía dejar el trabajo a medias, no seguir aquella vida hasta su término. Lo empujaba una sensación de urgencia, casi una necesidad.

* * *

Durante los meses que siguieron a su llegada a Londres, el diario de Jasmine recordaba a Kincaid los libros de cuentas que llevaban las esposas victorianas. «He comprado las cortinas para el piso. He gastado diez libras en cacharros de cocina. ¿Quedará para pagar las tasas?». Aparecían lagunas, luego las entradas volvían a aparecer, sin fechar, esporádicas e inconexas. Kincaid pasó las hojas y se detuvo ocasionalmente para leer una entrada con más atención.

May está muerta, como papá. Supongo que yo debería sentir algo, pero no lo siento. Nada. ¿Sabía que iba a morir? ¿Estaría asustada o se mantuvo almidonada como la vestimenta de un predicador hasta el final? ¿Pensó en mí? ¿Se arrepintió? ¿Yo podría haberla querido, si me hubiera esforzado más? No pienso regresar, ni siquiera por Theo.

Esta ciudad parece engendrar soledad en sus calles lúgubres y mojadas, en el frío que encierran sus piedras. Podría vivir toda la vida aquí en el anonimato, sin ser conocida, sin ser reconocida. Hago el mismo camino al trabajo todos los días, me detengo en las mismas tiendas, pero sigo siendo una extraña, «Señorita» a secas.

El piso me recibe con su olor a grasa rancia y meto en la calefacción eléctrica las monedas suficientes para no helarme. A veces, cuando me duermo, sueño con la India, que estoy en la cama de Mohur Street, y oigo a los madrugadores vendedores ambulantes que cantan bajo mi ventana.

Nunca imaginé que May tuviera tanto dinero. O que lo dividiría en partes iguales entre nosotros. Ha intentado ser justa, aunque no lo sintiera. Eso hay que reconocérselo.

¿Para qué lo habrá ahorrado todos estos años? Vivía como si no pudiera comprar la leche del día siguiente, rabiosa porque no podía mantenerme, aunque yo pagara mi parte de los gastos, y todo ese tiempo tenía miles de libras en el banco. ¡Maldita bruja!

Un piso nuevo, una planta baja en Bayswater. Pequeño, pero limpio, con la luz del sol que pasa a través de las ventanas, y el minúsculo jardín trasero tiene un ciruelo que empieza a florecer. ¡Qué

bien volver a casa para comer cualquier cosa, tomar una copa de vino, todo tal como me gusta! Segura. Por primera vez siento una lucecita de esperanza de que la vida aquí no sea siempre tan triste, y me recuerdo constantemente que ha sido posible gracias al dinero de May. Lo he usado en el pago a cuenta, pero no gastaré más. Quiero vivir de mi salario, no del capital. Theo ya me está pidiendo préstamos para equilibrar sus finanzas, no puedo decirle que no. Parece completamente perdido.

Los sueños han vuelto a empezar. Me he despertado sudando y mareada, luego no he pegado ojo. He vuelto a escribir a su madre. Sin respuesta. No puedo preguntar a nadie más. No debería, sé que no debería. No debería pensar, no debería recordar, no debería escribir.

A veces me parece que le ha ocurrido a otra persona, lo veo todo tan lejos y tan diluido y entonces vuelven los sueños.

Hoy es un día señalado. Mi primer día como ayudante en la oficina de Planificación del distrito. El sueldo no es alto, pero es un primer paso con posibilidades de ascenso.

Esta mañana he bajado del autobús una parada antes y he ido paseando por Holland Park. Las ráfagas de viento hacían volar las hojas por los senderos, la gente se ceñía bien los abrigos y corría con la cabeza gacha, pero yo era tan feliz como si el parque fuera mío, la ciudad, el tiempo incluso fuera mío y pudiera alargarlo todo lo que quisiera.

A pesar de la belleza, al mismo tiempo me sentía fuera de mí, consciente de la experiencia, me preguntaba si podría conservarla, imprimirla en mi memoria. Las cosas se difuminan rápidamente. Ya es menos intenso, los bordes se borran, la alegría es agrídulce.

Estropea todo lo que toca. Esta vez es un club, el último grito, un éxito seguro... Sólo que no era el vecindario adecuado, o no había bastante efectivo para mantenerlo a flote en el periodo más crítico, o su socio se quedó con todos los beneficios. Siempre pasa algo.

¿Es culpa mía? Si no me hubiera marchado... Él no tenía fuerzas para cuidar a May cuando enfermó. Murió en sus brazos. Yo no lo sabía. Theo dice que parecía muy asustada. Yo no habría podido hacer nada por May, pero quizás habría ayudado a Theo.

Creo que Theo está consumiendo drogas. ¿Qué hacer? ¿Es mejor o peor que me entrometa? Se ha gastado todo el dinero, desaparecido como si se hubiera convertido en polvo. Un salario mínimo en el servicio de embalaje de una galería de Chelsea; un amigo que se compadeció. Quiere tomar clases de pintura. ¿Qué puedo hacer?

Esto es lo que hay. Le he dicho a John que se esfume. Se lo he dicho bien. No era culpa suya. No funciona. Nunca es lo mismo.

El doctor James Gordon abrió la investigación judicial sobre la muerte de Jasmine Dent a las nueve de la mañana del miércoles. La sala del tribunal conservaba el frío de la noche y olía a humo de tabaco rancio. Kincaid se sintió aliviado de que en Londres los jueces de instrucción fueran normalmente doctores en derecho y la mayoría pudieran llevar a cabo una investigación a buen ritmo. Los jueces de instrucción de los condados, normalmente abogados de población pequeña con más conocimientos de política local que de jurisprudencia médica, a veces se sentían tentados de hacer de tribuno. Kincaid había tratado ya con el doctor Gordon y sabía que era justo, concienzudo y, fundamentalmente, inteligente. Los ojos azules de Gordon, tan incoloros como su ralo cabello rojizo, eran agudos y atentos. Presidía la sala desde una mesa de roble rayada, frente a Kincaid, Gemma, Margaret Bellamy y Felicity Howarth. Todos menos Gemma habían sido convocados para declarar, y no se esperaba a nadie más.

Aguardaron en silencio mientras Gordon estudiaba los papeles extendidos delante de él. Kincaid miró de reojo a las tres mujeres y pensó que sus posturas reflejaban claramente sus personalidades. Gemma parecía relajada y alerta, con las manos enlazadas en el regazo. A la luz gris que se filtraba por la única ventana de la sala de justicia, su cabello cobrizo brillaba contra el verde apagado de su chaqueta, y cuando notó la mirada de Kincaid levantó la vista y le sonrió.

Margaret, aunque razonablemente peinada y arreglada, retorció un pañuelo de papel que se iba desmenuzando rápidamente entre sus dedos. Cuando entró en la sala, Kincaid se fijó en que tenía el dobladillo de la falda descosido en varios sitios, como si unos niños se hubieran colgado de ella mientras estaba tendida a secar.

Felicity Howarth vestía de gris marengo en lugar de azul marino, pero por lo demás iba tan arreglada como la primera vez que la vio el día de la muerte de Jasmine. Estaba sentada de manera muy correcta en el duro asiento de madera, con las manos cruzadas encima de su bolso con forma de maletín. Sin embargo, el cabello caoba carecía de su anterior brillo, y las arruguitas en torno a los ojos eran más evidentes. Kincaid recordó que Gemma le había dicho, cuando cotejaron sus notas aquella mañana, que Felicity estaba trabajando con muchos pacientes en aquel momento.

—Señor Kincaid.

La voz de Gordon llamó la atención de Kincaid de nuevo hacia la mesa.

—¿Señor?

—Señor Kincaid, ¿fue usted quien solicitó la autopsia al juez de instrucción?

—Sí, señor.

—Unas circunstancias inusuales, me parece, que un alto oficial del Departamento de Investigación Criminal solicite personalmente una autopsia. —Gordon escrutó el rostro de Kincaid con sus ojos azules, pero prosiguió antes de darle tiempo a responder—: me imagino que mandó el informe al director de la Fiscalía Pública.

—Sí, señor —confirmó Kincaid.

—¿Fundamentos para abrir un proceso contra alguien?

—De momento, no.

Gordon suspiró.

—Bueno, no puedo hacer mucho más que expedir una orden de entierro. —Repasó sus rostros—. ¿Hay aquí algún pariente cercano? —Ante la negativa de Kincaid, Gordon arqueó una ceja, pero se limitó a decir—: entonces mandaré el certificado de defunción por correo.

Kincaid percibió que algo en el ambiente de la sala se relajaba de repente. Antes no había captado ninguna tensión determinada, y tampoco ahora podría señalar la fuente: ¿Meg o Felicity? Debido a la naturaleza de su trabajo, Felicity podía haber sido llamada a declarar otras veces; Meg era menos probable que supiera lo breve que era una primera sesión, o que el juez de instrucción no tenía poder legal para acusar a nadie.

—No obstante —dijo Gordon en voz alta, atrayendo de nuevo todas las miradas—, me gustaría aclarar algunos puntos para mi satisfacción personal.

Más sabe el diablo por viejo que por diablo, se dijo Kincaid, y sonrió.

—Señora Howarth —dijo Gordon—, usted visitó a la señorita Dent el jueves, ¿es cierto?

Felicity asintió.

—Por la mañana. La ayudé a bañarse, controlé el catéter, las cosas de siempre. —Abrió las manos en un gesto desamparado—. No siempre se puede hacer mucho por los pacientes terminales cuando todavía se mueven por su propio pie. Se trata más bien de controlar el proceso, asegurarse de que estén cómodos.

—¿Le pareció a usted que su estado de ánimo fuera diferente del habitual? ¿Estaba nerviosa?

La sonrisa de Felicity estaba carente de humor.

—Los enfermos terminales a menudo están deprimidos, pero no, no noté nada extraordinario ese día. Ningún indicio de que Jasmine pudiera estar tramando quitarse la vida.

Imperturbable ante el sarcasmo de Felicity, Gordon continuó con sus preguntas.

—¿Era ésa su rutina habitual? ¿Una visita diaria?

—Sí... —Felicity hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Bueno, a veces volvía a pasar de camino a casa, por la tarde, si tenía algún paciente cerca. Le dije a Jasmine que tal vez volvería, lo había olvidado.

—¿Y volvió a parar?

—No —lo dijo bajito, con pesar—. Se me había hecho tarde cuando acabé mi ronda.

—Señorita Bellamy —Gordon trasladó su mirada aguda a Meg y Kincaid vio cómo ella agitaba las manos convulsivamente en su regazo—. Entiendo que la señorita Dent habló de suicidio con usted.

—Sí, señor.

Gordon tuvo que inclinarse hacia delante para oírla.

—¿Comprendió usted la seriedad de lo que se le pedía?

Meg levantó la vista hacia él con el rostro colorado y las manos quietas.

—En realidad, no me pidió que hiciera nada. Sólo quería que estuviera a su lado. No quería morir sola. ¿Es que nadie lo entiende? —Meg los miró desafiante, nadie le sostuvo la mirada. Al poco rato, bajó la vista y dijo, con los ojos fijos de nuevo en su regazo—: da igual. Al final ha estado sola de todas formas.

—¿Usted también la vio el jueves? —preguntó Gordon, con un rastro de compasión en la voz.

—Después del trabajo. Le llevé un guiso de *curry* para la cena. Sabía que no comería mucho, pero normalmente hacía un esfuerzo si veía que yo me había tomado molestias. —Meg levantó la vista hacia el juez de instrucción y habló como si estuvieran solos en la sala—: yo no la habría dejado si hubiera... Nunca. Parecía... Tenía que haber conocido usted a Jasmine. Hasta cuando hablaba de suicidio lo hacía como si tal cosa. Nunca decía: «Meg, tengo miedo» o «Meg, no quiero estar sola». Hacía frente a la muerte sin permitir que se penetrara en su intimidad, pero ese día, el jueves pasado, estaba diferente. No sé cómo explicarlo. —Arrugó la cara, concentrándose, con las manos levantadas como si pudiera arrancar las palabras del aire—. Abierta. Los muros habían caído. Noté claramente su afecto. Y estaba contenta. Eso también lo noté.

—Señorita Bellamy.

Ahora la voz de Gordon era muy suave. Kincaid levantó una ceja. Había considerado a James Gordon insensible a cualquier objeto de compasión, pero Margaret Bellamy parecía inspirar un estímulo de protección hasta en los ánimos más acorazados.

—Señorita Bellamy —repitió—, ese comportamiento puede ser coherente con el suicidio. Tras tomar una decisión, la persona siente alivio, incluso euforia.

Meg levantó la barbilla.

—Eso me han dicho, pero no lo creo. Jasmine no.

—Señor Kincaid, ¿no encontró usted pruebas directas que indicaran suicidio?

—No, señor. Encontramos dos viales de morfina en la nevera, pero la cantidad que faltaba en ellos no era suficiente para correlacionarla con la cantidad hallada en el cuerpo de Jasmine Dent, y no había ampollas vacías en el piso. —Kincaid calló y miró a Gordon mientras organizaba las palabras—. Ella estaba muy débil. Las escaleras le costaban. Supongo que cabe alguna posibilidad de que Jasmine se suministrara una dosis letal de morfina, sacara el contenedor al exterior, tal vez lo enterró en el jardín, y se volviera a acostar para morir. Pero me parece muy improbable. Y ella era una persona organizada y metódica. No creo que se matara sin dejar las cosas claras, por si surgían dudas.

—¿El seguro de vida? —preguntó Gordon—. Podía haber hecho todo lo posible para que su muerte pareciera natural si afectaba a la validez de la póliza.

—La cláusula de exclusión de suicidio había caducado. Ya no importaba.

Gordon, con los labios fruncidos, ordenó los papeles que tenía delante en un montón.

—Bueno, señor Kincaid, en buena conciencia no creo poder dictaminar una muerte por suicidio. La investigación queda aplazada bajo la sección 20 del Acta de Instrucción para que la policía pueda investigar más.

Kincaid asintió con un gesto.

—Gracias, doctor Gordon.

Mientras todos se ponían en pie y se encaminaban hacia la puerta, Gordon detuvo a Kincaid y sonrió por primera vez, dejando caer los formalismos como un caparazón.

—Le habría puesto las cosas más fáciles si hubiera dado un veredicto de suicidio. Prefiero encargarme de un inadaptado social que de estos asuntos domésticos: buenos informes forenses, manchas de sangre, prueba del ADN, perfil psicológico. Para mí es como un *hobby* —añadió con cierta timidez mientras acababa de meter los papeles en el maletín—. Y también casos históricos, como Jack el Destripador o el doctor Crippen. Creo que me equivoqué de vocación. Tenía que haber hecho patología forense. —Gordon cerró el maletín y les dirigió un rápido saludo mientras iba hacia la puerta—. Bueno, gracias. Les deseo la mejor de las suertes para resolver este caso.

La puerta de la sala se cerró tras él con un chirrido.

Kincaid y Gemma se miraron hasta que rompieron a reír.

—¿Quién lo iba a pensar? —dijo Gemma.

—Es como ver a Maggie Thatcher desnudándose —añadió Kincaid, sin dejar de reír mientras seguían a Gordon hacia fuera de la sala.

El pasillo estaba vacío, el único sonido era el crujido de sus zapatos sobre el linóleo. Tanto Margaret Bellamy como Felicity Howarth habían desaparecido.

—No tenían ganas de quedarse a charlar, ¿eh? Y eso que las has convocado a las... —Gemma echó un vistazo al reloj—... once en punto.

—No es precisamente una ocasión para hacer sociedad —dijo él mientras le abría la puerta a Gemma y salían a la gris mañana londinense. Kincaid, distraídamente, la

cogió del brazo cuando un taxi pasó de largo y los roció de agua sucia—. Me da la impresión de que voy a dirigir una farsa con un reparto desgastado. «La lectura del testamento» —pronunció con tono sepulcral—. Quizás ha sido una idea absurda, pero... —se detuvo cuando llegó al Midget y abrió la puerta de Gemma—. Tengo poder como albacea de Jasmine para informar a los beneficiarios de la forma que quiera. Y si voy a hacerlo, me gustaría que estuvieses conmigo; tú puedes observar mientras yo dirijo la acción.

* * *

Sid fue directamente hacia Gemma, ronroneando y enroscando su cuerpo negro y lustroso en torno a sus tobillos hasta que ella tuvo que detenerse para no caer encima.

—¡Bruja! —le dijo Kincaid al gato con amargura—, pero si soy yo quien te da de comer.

—Lo has cuidado bien. —Gemma se arrodilló para acariciar al gato—. Se ha recuperado completamente.

Kincaid encendió las lámparas de Jasmine y acababa de abrir los estores cuando sonó la primera llamada en la puerta. Theo Dent, el comandante y Felicity Howarth llegaban juntos envueltos en un silencio incómodo, como tres extraños en un ascensor. Kincaid les dio la bienvenida, y acababa de cerrar la puerta y de recoger sus abrigos, cuando una segunda llamada anunció más llegadas. Dejó pasar a Margaret Bellamy, sin aliento y bastante más despeinada que en la sala de justicia, y detrás de ella, para alegría de Kincaid, a Roger Leveson-Gower. Kincaid cruzó una mirada con Gemma, al otro lado de la estancia, y estuvieron de acuerdo en que cinco personas mostraran tanta puntualidad era decididamente antinatural. Debían estar realmente impacientes.

—¿El correo de Su Majestad no funciona —dijo Roger, apropiándose inmediatamente del centro del escenario— para que haya tenido que causar tantas molestias a todo el mundo? ¿O es que tiene usted una inclinación dictatorial?

Kincaid sonrió.

—No recuerdo haberle invitado a usted.

Roger pasó un brazo de propietario sobre los hombros de Margaret y ella pareció encogerse en cuanto la tocó.

—Alguien tenía que asegurarse de que no engañen a Margaret.

—Y quién mejor que usted...

—Por supuesto —dijo Roger, y la indirecta le pasó por encima de la cabeza; o más bien, delante del ego, pensó Kincaid con malicia.

Haciendo caso omiso de Roger, se volvió hacia el resto del grupo. Felicity había cogido una de las sillas de comedor y se había sentado en su habitual postura erguida; sin embargo, algo en la inclinación de su cabeza anunciaba desánimo. El comandante la imitó y se sentó a su vez, luego se puso a dar vueltas a la gorra entre sus manos, con los ojos azules fijos en la cara de Kincaid. Theo se quedó de pie, solo, tocándose los tirantes nerviosamente con los pulgares.

Kincaid se dirigió a todos ellos.

—No nos llevará mucho rato. Siento mucho haberles causado molestias. Sé que consideran que esto es muy melodramático, pero me parece lo más práctico para abordar este tema. —Hizo una pausa para asegurarse de que todos estuvieran atentos—. Y me parecía que el propósito de Jasmine hubiera sido reunirles de una forma más personal. Una carta llega por correo... —se encogió de hombros— y es como si hubieran ganado las quinielas. Esto no es un regalo anónimo. Jasmine pensó con mucho cuidado sobre lo que quería hacer por cada uno de ustedes. En cierto modo, se trata de su última comunicación. —Kincaid tragó saliva al notar un nudo en la garganta. No había ensayado lo que diría y sus palabras lo pillaron por sorpresa, así como la finalidad que conllevaban.

Los ojos de Meg se llenaron de lágrimas y se soltó del brazo de Roger. Kincaid empezó por dirigirse a ella, pero vaciló y se volvió hacia Theo.

—Jasmine no te ha dejado un legado en efectivo, Theo, pero ha dispuesto liquidar la hipoteca de la tienda. También te ha hecho beneficiario de un buen seguro de vida. —Las emociones fluyeron por el rostro redondo de Theo: la decepción, algo de alivio, y finalmente, la consternación, como si no supiera si había sido beneficiado o castigado.

—Meg, aparte de un par de donaciones menores, Jasmine te deja el grueso de su herencia, que incluye el valor de este piso, las inversiones en bolsa y los bonos.

Roger apretó los labios y parpadeó, pero no logró disimular el placer que le iluminó el rostro. Meg en cambio parecía más desgraciada que nunca.

—Señora Howarth y comandante Keith —prosiguió Kincaid—, Jasmine les ha dejado a cada uno mil libras, como «reconocimiento por su amistad», y también ha hecho un donativo a la RSPCA^[2]. Creo que esto es todo. Tengo una copia para cada uno de ustedes. —Señaló el montón de papeles que había dispuesto en la mesa del comedor—. Si tienen la...

—No es justo. —Felicity se había puesto tan blanca como la blusa que llevaba debajo de la chaqueta gris marengo, y sacudió la cabeza vehemente de un lado a otro—. No puedo aceptarlo. Cuidarla era mi trabajo, no me esperaba...

—Ni yo. —El comandante se puso en pie, arrugando su gorra de *tweed* entre los dedos romos—. No me parece bien. Que se nos fuera tan pronto ya es..., pero sacar provecho de su muerte... —Se interrumpió, miró a su alrededor como si alguien pudiera darle las palabras para seguir, luego dijo—: Perdonen. —Se volvió bruscamente y salió por la puerta.

En el silencio que se hizo a continuación, Kincaid oyó cómo se extinguía la vibración del portazo.

Meg dio un paso hacia la puerta.

—Pero ¿nadie puede hacer algo? ¿Hablar con él? Seguro que Jasmine no quería que se lo tomara tan... Sólo quería agradecerle su amabilidad.

—No seas boba. —El desdén de Roger era evidente—. Estoy seguro de que se le pasará muy pronto.

Kincaid se dirigió a Felicity.

—No sé si puede rechazar el donativo legalmente. Tendrá que hablarlo con el abogado de Jasmine. Desde luego tiene la prerrogativa de emplear el dinero como quiera, donarlo en beneficencia, si se siente más cómoda.

—Nada hará que me sienta cómoda. Sencillamente, no lo acepto.

El creciente tono de voz de Felicity era la primera grieta que Kincaid veía en su conducta profesional.

Meg se arrodilló delante de su silla y la miró con seriedad.

—Jasmine hablaba mucho de lo buena que eras con ella y cuánto valoraba tu sinceridad. «No se anda con pamplinas», decía. —Sonriendo al recordar, Meg continuó—: eso le gustaba. Eras la única persona en quien podía confiar y que le decía las cosas tal como estaban. La mayoría le fallábamos. Es más fácil fingir que todo va a resolverse. —Meg se apoyó en los talones y apartó la vista, deteniéndola en la tela de su vestido—. Incluso cuando hablaba de suicidarse, yo no me lo acababa de creer, no me parecía real. Era como una película o una obra de teatro. —Miró a todos, menos a Roger—. ¿Lo entienden?

—Sí —dijo Theo. Había dejado de sobarse nerviosamente los tirantes mientras escuchaba a Meg, y ahora se dejó caer despacio en una silla de la otra punta de la mesa y se apoyó en los codos—. Conmigo era igual. Yo tenía que haberlo comprendido cuando dijo que estaba mejor, pero que no quería verme. Debí insistir, venir a Londres y acampar en el umbral hasta que me dejara pasar, hacer lo posible por ella. —Levantó las manos, en un gesto de impotencia—. Sin duda ella sabía que yo optaría por la vía más fácil, como he hecho siempre. Jasmine siempre ha estado pendiente de mí, enfadada conmigo la mayoría de las veces —sonrió—, pero pendiente, y yo no quería creer que las cosas cambiarían. —Theo hizo una pausa y observó a Meg—. Me alegro de que mi hermana te conociera, Margaret. Tú no le fallaste.

—¿No? —preguntó Meg, mirando a Theo a los ojos.

Roger puso los ojos en blanco, con repulsión.

—¡Qué acaramelado resulta todo esto!, creo que voy a vomitar.

El hechizo se rompió. Meg apartó la vista de Theo, luego se miró a sí misma y Kincaid notó que poco a poco se hacía consciente de sí misma al percatarse de su torpe postura. Cuando trató de ponerse en pie, se pilló el dobladillo de la falda en un tacón y sonó un desgarrón. Volvió a agacharse con una mueca.

Felicity le dijo:

—Espera, yo te ayudo.

Parecía haber recuperado cierta compostura mientras escuchaba a Meg y Theo, y ahora se apresuró a hacer su papel habitual. Arrodillada en el suelo, soltó el tacón del dobladillo rasgado de Meg.

—¿Estás bien? Creo que necesitarás aguja e hilo para arreglarla del todo.

Roger cruzó los brazos y dijo con exagerada paciencia.

—¿Has acabado ya, Margaret? —pero no hizo ningún gesto para ayudarla a levantarse.

Felicity se incorporó, le tendió una mano a Meg y recogió el bolso de la silla. Se volvió a Kincaid y dijo, pausadamente, como si hubiera estado ensayando sus palabras:

—Señor Kincaid, siento mucho todo este jaleo. He sido injusta arremetiendo contra usted. Me doy cuenta de que no es responsabilidad suya, tomaré las medidas necesarias para resolverlo.

—¿Irá a ver a Antony Thomas? ¿O a su propio abogado?

—Sí, en cuanto...

—¿Cuánto tardará? —intervino Roger—. Me refiero a la sucesión.

Kincaid levantó una ceja.

—¿Tiene Margaret alguna prisa especial?

—¿Vais a dejar de una vez de hablar de mí como si yo no estuviera? —Meg los miró furiosa—. No, no tengo ninguna prisa por tener el dinero de Jasmine. No lo he querido nunca y no me importa si no veo un penique. —Calló, tomó una bocanada de aire y disparó la última salva—. ¡Y por mí podéis iros todos al infierno!

Y salió como una exhalación del piso, con una dignidad en su furia que no podía estropear el dobladillo roto.

Roger se encogió de hombros como si dijera: «¿Y qué se le va a hacer?», y la siguió, recogiendo la copia del testamento de Meg al pasar.

Para sorpresa de Kincaid, Theo fue el primero en recuperar el habla.

—Ella se merece algo más, ¿qué verá en ese maldito imbécil? —En cuanto pronunció estas palabras, se puso tan colorado como sus tirantes y murmuró, mirando a Gemma y a Felicity—: perdón. ¡Qué maleducado soy! Yo también me voy a marchar.

Con todo, no se olvidó del testamento.

Felicity se volvió a Gemma y a Kincaid.

—Han sido ustedes muy amables —dijo, con una breve sonrisa en los labios—, aunque no creo que la amabilidad fuera su objetivo. Señor Kincaid, esta investigación será muy dura para Margaret y Theo, ya ahora tienen que vérselas con el dolor y el sentimiento de culpa, pero supongo que no querrá abandonar, ¿verdad?

Kincaid sacudió la cabeza.

—No, lo siento.

—Ya lo imaginaba. —Felicity suspiró y consultó su reloj—. Bueno, pues me marchó. Tengo pacientes que me esperan.

Recogió el bolso y el abrigo y salió del piso.

—Salen todos —murmuró Kincaid por lo bajo. Se sentó en el borde de la cama de hospital de Jasmine—. Salen todos los actores. Te has fundido admirablemente con el decorado —añadió, y miró a Gemma, que seguía con la espalda contra el mostrador de la cocina.

Fue hasta una de las sillas del comedor. Sid, que se había esfumado la primera vez que llamaron a la puerta, apareció de repente y saltó encima de su regazo. Gemma le acarició la cabeza distraídamente, mientras hablaba.

—No esperaba que nuestro querido Roger pudiera contener su regocijo, pero tampoco Theo ha protestado demasiado.

Kincaid arqueó la ceja.

—¿Y los demás? ¿Han protestado mucho?

La sonrisa de Gemma encerraba una punta de malicia.

—Tu dócil Meg parece estar sufriendo una transformación inesperada en tigresa. ¿Te gustaría ser una mosca en la pared cuando Roger y ella tengan una conversación más privada?

—¿Te has fijado —dijo Kincaid— en que Meg parecía perfectamente informada sobre las intenciones de Jasmine?

* * *

Meg estaba arrellanada en el borde de la cama, tiritando. Los restos de la calidez de la noche se habían filtrado por las rendijas, y el único radiador de la estancia estaba helado. La generosidad de la señora Wilson no se extendía a mantener la habitación de sus inquilinos caliente durante el día. No tenía paciencia con los gandules, y lo reiteraba a menudo desde los cálidos confines de su cocina.

Desde luego, Meg no solía estar en casa en pleno día laborable. Se había tomado un día libre sin sueldo por asuntos personales, y el consentimiento inmediato de la señora Washburn a su petición le hizo sospechar que sus días en la oficina de Planificación estaban contados. La perspectiva casi la alivió.

Los fines de semana, cuando la habitación empezaba a enfriarse, salía a comprar, a caminar sin rumbo por las calles, y los últimos meses, a pasar el día con Jasmine.

El crujido de un papel hizo que se volviera a mirar a Roger, sentado al lado de la mesa, masticando pensativo el último trozo de una empanadilla de patatas y carne, su empanadilla, de las dos que había comprado en la panadería de la esquina. Meg había

dado un mordisco a la carne fría y aceitosa con sabor a cebolla y tuvo que reprimir una arcada.

Roger arrugó el papel a prueba de grasa y lo lanzó en dirección de la basura al otro lado de la habitación, pero falló. Se encogió de hombros y lo dejó donde estaba.

—Roger, ¿es que no puedes...? —empezó Meg, pero se detuvo, incapaz de encontrar las palabras que lo animaran a irse sin provocar su genio.

—¿Quieres que me vaya, verdad, amor mío? —dijo Roger con suavidad, cruzando el cuarto para sentarse a su lado en la cama. Ella sintió un espasmo en el estómago y las manos le empezaron a temblar—. ¿Dejarte solita? No lo haría nunca, Meg, cariño. —Recorrió la espina dorsal de ella con los dedos—. ¿Entiendes lo que significa, verdad, Meg? La sucesión del testamento de Jasmine no tardará, y entonces estaremos bien. Un piso decente, tal vez unas vacaciones en algún lugar. ¿Te gustaría ir a una playa en España, Meg? ¿Tomar el sol y beber piña colada?

Mientras hablaba empezó a desabrocharle la blusa, y ahora le pasó un dedo por el borde del sujetador.

Meg notó que los pezones se le endurecían y se le hacía un nudo involuntario en el vientre.

—Roger, no podemos. La señora Wilson...

—Estará durmiendo la siesta delante de la tele. No oír nada si te portas bien. Y yo quiero que te portes bien no como esta mañana, cuando has armado esa escenita. ¿Qué va a pensar el comisario, cariño, si despotricas y desvarías como una verdulera? —La empujó de espaldas sobre la almohada y le subió las piernas a la cama—. No está bien, Meg. ¿Me oyes? —preguntó, con la voz todavía más suave.

Meg asintió. A la luz gris y fría que entraba por la ventana, vio las finas pecas del rostro de él y la piel enrojecida en su camisa abierta. Meg se aferró al recuerdo de cómo lo había desafiado aquella mañana, que la envolvía a modo de una segunda piel.

Roger se quitó los tejanos y la camisa, sin preocuparse por acabar de desvestirla a ella. Las sábanas arrugadas formaban un bulto bajo sus omoplatos, y Meg se centró en la incomodidad, pensando que si se concentraba en ese detalle podría reprimir el traidor deseo de su cuerpo. Roger descendió sobre ella con un leve gruñido.

Meg volvió la cara hacia la pared.

En cuanto sintió que la respiración de Roger adoptaba el ritmo lento del sueño, Meg salió despacio de debajo de él y se puso en pie. Se ajustó la ropa y se pasó la mano por el cabello enmarañado. Se calzó y se puso el abrigo, cogió el bolso del fondo del armario y se dirigió de puntillas hacia la puerta. Un tablón suelto debajo de la alfombra crujió y ella se detuvo, conteniendo el aliento y con el corazón golpeando con fuerza. Roger soltó un ronquido y se dio la vuelta mientras mostraba las nalgas desnudas.

¡Que se congele!, pensó Meg llena de desdén, giró el picaporte y salió.

Caminó sin rumbo, sin pensar, deteniéndose sólo a mirar en los escaparates objetos que no veía. Por la puerta de una freiduría salió el olor a grasa caliente y pescado frito, y ella apretó el paso, sintiendo náuseas.

Sólo cuando se encontró en una intersección de Finchley Road se dio cuenta de adónde la llevaban sus pasos. Sacudió la cabeza, vaciló, cruzó con el semáforo y empezó a subir la larga cuesta por Arkwright Road hacia Hampstead.

* * *

A pesar de los coches aparcados en ambos lados de la calle Carlingford Road parecía desierta en aquel sopor de media tarde, antes de que sus ocupantes regresaran a casa desde el trabajo. Meg subió las escaleras hasta el piso de Jasmine y sacó la llave del bolsillo interior de su bolso. Aguzó el oído un momento, luego abrió la puerta y entró. Sid la miró desde la cama y se volvió a enroscar como una pelota negra.

¡Ojalá yo pudiera hacer eso!, dijo en voz alta. Encerrarme y dejarlo todo fuera.

Cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared e inspiró; inspiró en silencio la leve esencia que impregnaba las cosas de Jasmine, pero también aquel inicial olor a moho que caracteriza una habitación deshabitada.

Durante meses, aquella casa se había convertido en su refugio, un espacio inviolado, y pronto lo iba a perder para siempre. Meg se apartó de la puerta y avanzó

despacio por la estancia mientras tocaba aquellos objetos familiares. Se acercó a la ventana, donde Jasmine había estado de pie mientras acariciaba los elefantes tallados de madera y veía al comandante trabajar en el jardín. Hoy, hasta los colores del jardín estaban apagados: el brillo de los tulipanes y las forsitias acallado por la humedad del aire. Resiguió con el dedo el dibujo familiar en el dorso del elefante más pequeño, la madera estaba suave de tanto acariciarla, pero eso no la consoló. Un ruido en el rellano provocó que se comenzara a sentir culpable y dejó el elefante en la repisa con dedos temblorosos. El pomo de la puerta giró y alguien dio unos golpecitos suaves.

El pánico le hizo un nudo en la garganta y le causó un espasmo en el estómago. Intentó contenerlo, pensar de modo racional. No podía ser Roger. El toque de los nudillos habían sido mucho más tenue, pero quienquiera que fuese, habría oído el ruido del elefante contra la repisa de la ventana.

Cruzó la estancia, descorrió el pestillo y abrió la puerta con cuidado. En el descansillo estaba Theo Dent, y parecía tan apurado como ella.

—Lo siento... No me he dado cuenta —dijo, y al ruborizarse, el color de su rostro se uniformó con el de la punta de la nariz, de modo que Meg supuso que estaba sonrosada por la exposición al frío viento. Su cabello rizado emanaba humedad—. Venía por si acaso... no me esperaba... En realidad no sé por qué he venido —acabó sin convicción—. He perdido el tren. No habrá otro hasta la hora punta.

Meg abrió más la puerta y dio un paso atrás.

—Yo tampoco iba a venir —le dijo a Theo mientras entraba. Le sonrió, invadida por una sensación de parentesco—. No tengo derecho a estar aquí. Es que...

—Sí lo tienes. —Theo se secó la nariz con la mano y aspiró el aire—. Te lo ha dejado a ti.

Meg se quedó mirándolo. Roger le había hablado tanto del piso en términos de dinero —venderlo y usar el dinero para otra cosa— que no había asimilado la idea de propiedad. Miró la sala a su alrededor y la vio desde un nuevo punto de vista. En realidad, poseería aquel piso y podría hacer con él lo que quisiera: venderlo, arrendarlo, o incluso vivir en él si lo decidía.

Por un embriagador instante, se vio viviendo en sus habitaciones acogedoras, arreglándolas a su manera, pero la visión se deshizo. Tuvo la sensación de que la presencia de Jasmine era demasiado fuerte para que su personalidad, menos enérgica, pudiera echar raíces allí. Además, Roger... ahí nunca escaparía de Roger.

Pero el hecho de que era la propietaria, le dio más seguridad. Se arrodilló y conectó el radiador, luego encendió una lámpara y se despojó del abrigo.

—Voy a preparar un té.

Theo la siguió a la cocina y estuvo un rato observándola en silencio.

—Habrás pasado mucho tiempo aquí con ella. Te envidio. Supongo que he pensado que si venía, podría... No sé... situarla aquí con más claridad.

—No es justo que me haya dejado el piso a mí y no a ti. —Meg quitó la vista del hervidor para mirarlo con seriedad—. Yo se lo discutí, pero no quiso...

Theo levantó una mano.

—No digas eso. Había hecho más que suficiente. Todos estos años ha hecho más que suficiente. Más de lo que debía. —Se quitó las gafas y miró a su alrededor a ciegas, en busca de algo con qué secarlas. Meg le pasó un trapo—. Yo he sido un fracasado absoluto toda la vida, y Jasmine siempre me ha recogido los platos rotos. —Se volvió a colocar las gafas sobre las orejas y las subió por el puente de la nariz con un dedo—. Todo me parece siempre fantástico al principio, pero luego... —se encogió de hombros y dejó la frase suspendida.

Meg sirvió agua caliente en dos tazones, removi6 un poco las bolsitas de té y luego las dejó en el fregadero.

—No hay leche. ¿Quieres azúcar?

Theo asintió y ella echó una cucharada antes de pasarle el tazón. Fueron a la mesa y Meg se sentó en su sitio habitual. Frotó una mancha del barniz oscuro de la madera, maravillada ante el repentino sentido de propiedad que la abordaba. Nunca había poseído nada (algunos objetos comprados para su habitación, las cosas que su hermana desechaba), nada que le inspirara orgullo o la sensación de ampliar los límites de sí misma más allá de su cuerpo.

—La mesa era de nuestra tía May —dijo Theo, mirándola—. Me extraña que Jasmine la haya guardado.

—Nunca hablaba mucho de eso. De los años que vivisteis en Dorset, quiero decir. Sé que vinisteis a Inglaterra para vivir con vuestra tía a la muerte de vuestro padre, pero nada más. —Meg dio un sorbo al té y observó a Theo mientras buscaba algún parecido con su amiga. Tal vez algo tenía: el corte de los ojos, la forma ovalada de la cara. Aparentaba menos de los cuarenta y cinco años que tenía, casi parecía un muchacho, pues, curiosamente, su rostro no estaba marcado por la experiencia.

Repentinamente consciente de su aspecto, Meg se pasó los dedos por el cabello. Había salido de casa sin lavarse ni peinarse.

—Pero de ti sí hablaba Jasmine —continuó un poco acelerada para disimular su apuro—, de cosas que hacíais de niños. Y estaba contenta con tu negocio. Pensaba que por fin habías encontrado algo que te fuera bien.

Theo se volvió a quitar las gafas y se tapó la cara con las manos.

—No podía contárselo —dijo, con la voz sofocada por las palmas. Meg aguardó, pero como no seguía le preguntó:

—¿Contarle qué?

Él levantó la cabeza.

—Que es como siempre. Un fracaso. No resistiré mucho más.

—Pero...

—Creo que por eso no quería verme... no quería volver a oír lo mismo. Me había dicho que ésta sería la última vez. «Basta de hacer las cosas por la cara, Theo». ¿Qué le iba a decir? —Tragó saliva—. Luego cuando me llamó y quiso verme...

—¿Se lo ibas a contar?

Theo se encogió de hombros, desarmado.

—Nunca he sabido mentir muy bien.

—Debiste sentirte aterrado.

Theo asintió.

—Esa noche no dormí, pensando en qué le diría.

—No se habría enfadado contigo.

—Pero hubiera sido mejor. —El tazón de Theo permanecía intacto sobre la mesa delante de él. Lo cogió y bebió, sediento, luego se relamió los labios—. No sabes lo que es decepcionar a alguien una y otra vez. Si me hubiese gritado, hubiera podido soportarlo. Bien lo ha hecho otra gente. —Sonrió—. Pero yo veía la decepción en su cara, no sabía disimularlo, y luego sonreía y me justificaba. Como si fuera en parte culpa de ella. Yo no lo soportaba.

Meg vaciló si pronunciar las palabras que se formaban en sus labios, no muy segura de si tenía derecho a preguntar.

—¿Ahora te irá bien, sin el pago de la hipoteca?

Theo se puso las gafas y se las subió por la nariz con el dedo, en un gesto que ya le resultaba familiar a Meg. La luz de la lámpara de mesa rebotó en los cristales y ocultó sus ojos de los de ella.

—Si la tramitación del testamento no se demora mucho, si las ventas no son catastróficas, puedo salvarme por los pelos. Sé que es terrible decirlo, pero me llega justo a tiempo.

* * *

Kincaid entró en el edificio y se detuvo en la escalera mientras hacía girar la cabeza a uno y otro lado para aliviar el dolor de la nuca y de los músculos del cuello, y se pasó la mano por el cabello revuelto. Había pasado la tarde haciendo lo que menos le gustaba: perseguir las vagas y tenues relaciones en la vida de Jasmine Dent. Antiguos compañeros de trabajo, jefes, su médico, su dentista, su agente de seguros... toda la gente que pudiera recordar algún nombre, algún incidente que le diera un hilo para unir pasado y presente.

Pero volvía con las manos vacías, como era de esperar.

Cuando pasaba por el rellano de Jasmine, oyó un murmullo de voces. Hizo una pausa, detuvo la cabeza y aguzó el oído para asegurarse de que procedía del piso de Jasmine.

Metió la llave en la cerradura y abrió despacio la puerta. Margaret Bellamy y Theo Dent estaban sentados junto a la mesa. Al oír la puerta se volvieron, con los

rostros helados por el sobresalto y con la expresión de culpa de los niños que han sido pillados con las manos en la masa.

—¿Señor Kincaid? —Meg fue la primera en recuperarse. Se sonrojó y se dispuso a levantarse de la silla.

—¿Una reunión? —dijo Kincaid, y les sonrió—. ¿Hay algún invitado más?

Meg retiró su silla.

—Venga aquí, deje que...

—No —dijo Kincaid mientras se dirigía hacia la cocina—. Ya lo cojo yo, conozco bien el camino.

Ellos se quedaron sentados en medio de un incómodo silencio, con los ojos fijos en Kincaid mientras llenaba el hervidor y ponía una bolsita de té en el tazón de cerámica que empezaba a considerar suyo. Al cabo de un rato, Meg se volvió hacia Theo y le habló con intencionada alegría.

—Conozco tu pueblo. Yo soy de Dorking y he pasado cientos de veces de camino a casa de mi abuela, en Guildford. ¿Tu tienda es la que está en el recodo?

Theo asintió, sin dejar de mirar a Kincaid.

—Exacto, enfrente del reloj y del carillón.

—Debe de ser preciosa —dijo Meg, melancólica—, tenerla para ti solo.

Kincaid llevó el tazón a la mesa y se sentó. Se desabrochó el cuello de la camisa y aflojó el nudo de la corbata.

—¿Quién de vosotros —preguntó, con una sonrisa de camaradería— tiene la llave de este piso?

Meg bajó la vista a la mesa mientras daba vueltas al tazón entre las manos.

—Yo. Jasmine me pidió que me hiciera una copia, por si no podía abrirme cuando venía.

—¿Por qué no lo has mencionado antes?

—No se me ocurrió. —Meg lo miró a los ojos, con la frente arrugada, suplicante—. Sinceramente. Estaba tan afectada que no se me pasó por la cabeza. ¿Es importante?

—Vuelve a contarme lo ocurrido cuando saliste de casa de Jasmine el jueves por la tarde.

Ella hizo un esfuerzo y su rostro se relajó al recordar.

—Fui a casa a pie. No podía quedarme quieta, no tuve paciencia para esperar el autobús. Me sentía tan aliviada por no tener que ayudar a Jasmine a morir... Hacía muy buen día, ¿se acuerda?

Kincaid asintió, pero no dijo nada, por no interrumpir el flujo de palabras.

—Todo parecía claro, nítido; las luces se encendían al atardecer, la gente volvía a casa del trabajo. Yo me sentía parte de todo, pero a la vez estaba como por encima. Sentía que podía con todo. —Miró a Kincaid y luego a Theo, con rubor en las mejillas—. Qué absurdo, ¿verdad?

—En absoluto —se apresuró a decir Theo—. Sé exactamente...

Kincaid lo interrumpió.

—¿Qué pasó luego, Meg?

Ella se colocó el cabello por detrás de las orejas y se miró las manos.

—Él me esperaba en mi cuarto.

—¿Roger? —preguntó Kincaid. Meg asintió, pero no habló, y al cabo de un momento Kincaid la apremió—. Y le contaste lo ocurrido, ¿verdad?

Ella volvió a asentir y el cabello le cayó sobre la cara, pero esta vez no lo recogió.

—¿Qué hizo Roger? —El silencio se alargó. Theo abrió la boca para hablar y Kincaid le hizo un gesto de advertencia.

—Pensé que se pondría a gritar. Como suele hacer.

Se frotó la yema de un pulgar contra la uña del otro, muy concentrada.

Kincaid notó que la claridad del día se atenuaba, oscurecida por los edificios del oeste, y los tres quedaban iluminados por el haz de luz proyectado por la lámpara.

Meg tomó aire y enlazó los dedos, como para evitar aquel frotamiento convulsivo. Miró a Theo de reojo, luego miró a Kincaid.

—Se quedó callado. Lo había visto un par de veces así, cuando estaba enfadado de verdad. Es mucho peor que las palabras. Es casi como... —frunció el ceño y buscó la descripción más adecuada— una fuerza física, un estallido.

—¿No dijo nada? —preguntó Kincaid mientras dejaba que una nota de incredulidad traspasara su voz.

—Bueno, primero me insultó. —Dobló las comisuras de los labios en una mueca—, pero no tenía la cabeza en ello, no sé si me entiende.

—¿Se marchó enseguida?

Meg sacudió la cabeza.

—No. Yo quería que se marchara. Toda la euforia que había sentido yendo a casa se había evaporado... como si me hubieran deshinchado con un alfiler, pero sabía que no valía la pena pedírselo porque se comportaría peor.

Kincaid recordó la cualidad enfática de los silencios de su esposa y el desasosiego al estar en un espacio reducido con alguien que emplea la no comunicación como arma.

—Intentaste hablar con él, ¿verdad? —dijo, y la compasión lo hizo más amable de lo que pretendía—, gustarle, para obtener algún resultado.

Ella no respondió, pero la vergüenza de su rostro era más elocuente que las palabras. Al cabo de un momento, dijo:

—Al final me acurruqué en la cama, cerré los ojos e hice como si él no estuviera hasta que se fue.

—¿Dónde tenías las llaves, Meg?

Ella lo miró con sobresalto. Cogió el bolso y le dio unos toquitos.

—Aquí, como siempre.

—¿Dejaste en algún momento la habitación mientras Roger estaba dentro?

—No, claro que... —Se interrumpió y frunció las cejas—. Bueno, fui al baño.

—¿Volviste a salir esa noche, o usaste las llaves por algún motivo?

—No —dijo en un susurro.

—¿Y cuándo él...?

—Mira, Duncan —lo interrumpió Theo—, no sé adónde quieres ir a parar, pero creo que estás intimidando a la señorita Bellamy inútilmente. ¿No crees que...?

Kincaid levantó una mano.

—Una sola pregunta más, Theo. —Tuvo la tentación de tratarla como Roger y aprovecharse de las circunstancias, pero sabía que cruzar esa línea dañaría su propia integridad irreparablemente—. Meg, ¿cuándo volvió Roger?

—Tarde. Después de medianoche. Tiene una copia de la llave de abajo, aunque le dije que la señora Wilson me echaría si lo pillaba entrando a escondidas por la noche.

—¿Estabas dormida?

Ella asintió.

—Cuando se acostó me desp... —Miró a Theo de reojo y calló mientras se sonrojaba—. Es decir...

Kincaid juzgó que era hora de dejarla tranquila.

—Theo —dijo, en tono de conversación—, ¿estás seguro de que no tenías idea de cómo iba a disponer Jasmine de su dinero? Tengo la impresión de que el negocio de antigüedades no marcha como debiera.

Theo y Meg cruzaron una mirada que a Kincaid le pareció fruto de una conspiración. Si era así, se habían aliado rápidamente.

—Voy a serte sincero, Duncan. —Theo se inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa—. Le acabo de contar a Margaret que la situación es bastante desesperada. Necesito el dinero, es cierto, pero no pretendía contárselo a Jasmine, ni siquiera cuando el jueves me llamó y me dijo que quería verme.

—Muy noble por tu parte —dijo Kincaid, y Theo apretó los labios ante el sarcasmo.

—Puedes creer lo que quieras, Duncan. Yo no tengo ninguna prueba, pero quería a mi hermana y pensé que había sufrido bastante por mí. —Consultó su reloj, se puso en pie y llevó la taza al fregadero—. Y si no me voy, perderé el tren. Ya sabes dónde estoy, si necesitas algo más de mí, aunque no sé qué podría hacer yo. —Se inclinó a través de la mesa y le tendió una mano a Meg—. Margaret, gracias.

Meg conservó la sonrisa hasta que la puerta se cerró.

—Me parece que la fiesta se ha acabado.

Kincaid se levantó y dejó las dos tazas en el fregadero. Ella se quedó en la mesa, con las manos prendidas fuertemente en el regazo, mientras él lavaba los cacharros y echaba una cucharada de comida en el cuenco de Sid.

Concluyó las tareas y se quedó mirando el rostro de ella, cabizbaja, mientras percibía su malestar.

—No veo por qué no puedes quedarte aquí todo el rato que quieras.

Ella levantó la vista con una expresión más indecisa que esperanzada, como si desear algo demasiado significara, automáticamente, que se lo fueran a arrancar.

—¿En serio? ¿Cree que es correcto? Puedo cuidar de las cosas... —Su sonrisa se desvaneció tan rápidamente como se había formado—. No, me encontraría, y no lo quiero aquí, en estas habitaciones.

—No tienes que dejarle entrar ni dejar que se quede.

Pero ella ya estaba sacudiendo la cabeza antes de que hubiera acabado la frase.

—No lo entiende. Hasta hoy he conseguido que no se acercara aquí. Nada habría sido lo mismo. —Hizo un gesto que abarcaba la habitación y Kincaid lo vio todo a través de sus ojos, familiar y segura a la luz de la lámpara—. No conoce a Roger. Estropea todo lo que toca.

* * *

Kincaid había insistido en acompañar a Meg a la parada del autobús y se quedó allí plantado, con las manos en los bolsillos por el frío, en la parte superior de Hampstead High Street. Esa cada vez mayor sensación de responsabilidad hacia Margaret Bellamy podía ser desastrosa si probaba que había estado involucrada en la muerte de Jasmine; y, sin embargo, cada vez que la veía, la tentación de actuar como un pariente próximo se hacía más fuerte. De pronto, pensó en Gemma y sonrió. Aunque las dos mujeres tendrían aproximadamente la misma edad, Gemma nunca le había inspirado el más mínimo sentimiento paternal.

Un gajo de luna pendía sobre el rosa difuminado en la parte oeste del cielo. En la penumbra, la gente se apresuraba a volver a casa para la cena. Kincaid miró a derecha e izquierda de Heath Street y la variedad de restaurantes: italianos, mexicanos, indios, griegos, tailandeses, japoneses, incluso cajunes. Si uno deseaba una comida tradicional inglesa, Hampstead no era el lugar más adecuado.

Aunque tenía hambre, se sentía demasiado inquieto como para sentarse en un restaurante, cualquiera que fuera su creencia, a cenar. Caminó media manzana desde Heath Street hasta la parte superior de Fitzjohn Avenue y abrió la puerta del restaurante italiano. El olor a ajo y aceite de oliva llegaba hasta la calle y tentaba a otros paseantes. Dentro, en un mostrador bajo la ventana, había botes de cerámica llenos de aceitunas moradas y pasta multicolor, mariscos en aceite de oliva, pimientos y berenjenas mezclados con ajo trinchado. Superado por la abundancia, Kincaid pidió su habitual *pizza* precocinada de pimientos dulces y *mozzarella* fresca.

Se detuvo en la bodega de enfrente para comprar una botella de vino y emprendió el descenso hacia casa, pensando que parecía que fuera a alguna cita secreta largamente esperada.

En cierto sentido lo era, aunque los gastos diarios azules no tuvieran en cuenta el tiempo.

El viento ha barrido las calles, arrastrando papeles y levantando polvo, que picaba en la piel y en los ojos como ortigas. Un castigo.

En la cola del autobús, detrás del parapeto de plexiglás, he recordado de repente las noches de antaño en la terraza de Mohur Street. Entonces sentía las cosas con tranquilidad, casi con una expectación melancólica. Parecía que algo emocionante estuviera siempre a punto de ocurrir, pero yo no podía verlo.

¿Me imaginaría alguna vez que los días podían sucederse con esta reiteración tan aburrida?

¡Qué raro dejar Bayswater después de tantos años! Al menos, conocía a los tenderos, incluso a los gatos de los vecinos. En comparación, Carlingford Road irradia calma y decoro, todas aquellas cosas que me han atraído siempre menos. ¿Estaré envejeciendo sin darme cuenta?

Me siento más en casa aquí que en ninguna de las casas de mi infancia. No sé por qué. Me sienta bien, encajo. Los muebles parece como si fueran míos de siempre; mis cosas han encontrado su lugar natural. Cuando me despierto por las noches, sé exactamente dónde estoy y sé caminar a oscuras por el piso.

He conocido al vecino de abajo, el comandante Keith. ¡Qué señor tan divertido!, pero hay algo en él que me resulta familiar. Se quita la gorra para saludarme, me llama señorita Dent. Es el comandante quien cuida tan bien el jardín. Ahora que el aire se ha calentado un poco, sale cada día, ordenando unas cosas y otras, pero en realidad, creo que espera los primeros brotes, el primer verdor que surja de la tierra. No me habla mucho, pero creo que no le importa que me sienta en mi escalón mientras trabaja.

Esta tos me preocupa. Pensé que era un catarro de primavera, pero llevo meses arrastrándolo. Supongo que tendré que ir a que me vean si no se me pasa pronto.

¡Pobre Theo! ¿Qué voy a hacer si esto tampoco le sale bien? ¿Sabrá llevar esta tiendecita que, en cierto modo, promete? Aunque si nunca lo ha conseguido, ¿por qué van a cambiar las cosas ahora? Son más deseos que otra cosa, me temo.

¡Qué extraño lo mucho que dependemos de nuestros cuerpos sin darnos cuenta! Células y órganos borbotean, la sangre circula, el corazón bombea. Nos preocupamos infinitamente por los accidentes y

las caídas o por pillar algo. La traición desde dentro es lo último que esperamos.

Y el cáncer es el enemigo más insidioso, el cuerpo se vuelve contra sí mismo como un caníbal oculto. ¿Cómo puede haberme pasado sin que yo lo supiera? Sin que yo lo sintiera, sin que notara un punto de podredumbre que alargaba sus dedos hacia fuera.

Radio y quimioterapia, me aconsejan. ¿Voy a envenenar al repugnante niño de mi cuerpo? ¡Dios mío, qué desamparo!

A veces paso horas sin pensar siquiera. Me convenzo de que soy como los demás, de que estoy sana, de que la decisión de obtener un permiso de planificación para algún proyecto es de importancia mundial, de que me importa si la nueva cafetería tiene las patatas mejores que la vieja, de que me importa algo fuera de mi propio cuerpo.

Se me cae a mechones, a puñados, como si desplumara a un pájaro. Decora el fondo de la bañera en bucles oscuros, cubre peines y cepillos de una alfombra espesa. Se me ha ocurrido sacarlo al jardín para que lo usen los pájaros en sus nidos. ¡Qué absurdo!

May se reiría, diría que lo tengo merecido. Siempre me reprendía por mi presunción. He empezado a ponerme gorros, una boina sobre todo, como un disfraz de campesina francesa. No soportaría ver a Theo.

Hay una nueva empleada en la oficina desde que he estado fuera por el último tratamiento. Me cae mal, con sus botones desabrochados y esa piel tan clara que se enciende en cuanto alguien se dirige a ella. Me observa cuando cree que no la veo, con expresión de... ¿qué? No de compasión, eso ya me lo conozco. ¿Preocupación? Es muy rara.

Se han lavado las manos conmigo, entregándome a Morfeo. Lo siento, no podemos hacer más por usted, pasemos a alguien que pueda agradecérselo más.

Estoy demasiado débil para trabajar, me he ido sin más fanfarria. ¿Qué me esperaba?

Ha venido Meg Bellamy, primero con flores y tarjetas de la oficina, luego, cuando la culpa común del personal se ha ido apagando, ella sola.

Estoy volviendo a leer a Eliot. Estas tardes doradas de otoño parecen tener una presencia casi física, una existencia aparte de mi experiencia.

He releído todos mis libros favoritos y me he envuelto con sus historias como con el calor de viejos amigos.

El comandante y yo hemos adoptado una rutina. No hablamos de ello, eso sería como un allanamiento de morada, pero la respetamos fielmente de todas maneras. Las tardes que hace bueno me siento en el escalón y miro cómo trabaja en el jardín; cuando empieza a limpiar las herramientas, preparo el té. A veces, hablamos; otras, no, pero estamos bien de todas formas. Uno de sus días más locuaces me contó algo de él: que sirvió en la India, en Calcuta, durante y después de la guerra. Tal vez fueron las maneras coloniales lo que me llamaron la atención cuando lo conocí. Él debía de ser un oficial joven cuando yo era niña, tal vez hasta conoció a mis padres si tenemos en cuenta la pequeñez de la comunidad.

Desde que he dejado el tratamiento me ha vuelto a crecer el pelo, corto y grueso como el de un niño, y como he perdido peso, los pechos casi me han desaparecido. Me he vuelto andrógina, un frágil caparazón de piel y músculos que envuelve mis recuerdos.

Pronto necesitaré una enfermera.

—¿Que no sabías que había servido en la India? —Gemma giró en la silla de Kincaid, que le había usurpado por haber llegado antes a la jefatura.

—Hasta que Jasmine murió, yo apenas lo había visto —dijo Kincaid a la defensiva desde la silla del visitante, al otro lado de la mesa—. ¿Por qué iba a preguntárselo? Y si piensas apoderarte de mi despacho —añadió—, haz algo útil y solicita un informe de su historial de servicio.

Pero el teléfono sonó cuando Gemma estaba a punto de cogerlo, y el característico doble zumbido se quedó suspendido en su mano un momento. Levantó el auricular y respondió, con su tono más eficiente.

—Despacho del comisario jefe Kincaid. —Luego atrajo hacia sí bolígrafo y papel y se puso a escribir—. Se lo diré. Gracias.

Volvió a leer sus notas y miró a Kincaid.

—Una tal señora Alice Finney ha dejado un recado para ti en la centralita. Dice que no hace falta que llames, que sólo quería que supieras que se ha acordado del nombre. Que era Timothy Franklin.

—¿Ah sí?

Gemma arqueó la frente.

—¿Quién es?

—Un chico con el que estuvo liada Jasmine justo antes de marcharse de Dorset como si la persiguieran todos los demonios. Llama a la policía de Dorset para ver si pueden localizarlo. Y de paso —prosiguió, antes de que ella protestara—, llama a la policía de Abinger Hammer. Theo Dent no tiene carnet de conducir, lo he comprobado, pero me gustaría saber si compró un billete de tren el jueves por la noche, o si llamó un taxi, o si alguien lo acompañó a otra estación o lo llevó en coche. —Se detuvo, esperando a que Gemma acabara de escribirlo todo—. Y entérate de si tiene bicicleta.

—No creo...

—Ya sé que no lo crees, pero lo quiero comprobar de todas formas. Theo Dent puede ser tan inocente como la Madre Teresa, pero la muerte de Jasmine le ha convenido demasiado para mi gusto. No te preocupes —añadió con una sonrisa—, seguiremos el rastro de nuestro Roger. Esta misma mañana. Tenemos una cita con el

director de su antigua escuela antes de mediodía. No he encontrado nada mejor. No ha ido a la universidad ni ha tenido un trabajo fijo.

—No sé por qué, no me sorprende —dijo Gemma con mordacidad.

—¿Has venido en coche?

—No, ¿y tú?

Él sacudió la cabeza.

—Pidamos un coche cuanto antes. Quiero hacer una parada por el camino.

* * *

Kincaid observó el regocijo de Gemma mientras ella conducía el Rover entre el tráfico.

—Menudo cambio, ¿no?

—Un carromato sería mejor que mi Escort —dijo mientras aparcaba suavemente en Tottenham Court Road—. No está mal para ser una mañana de jueves. Imaginaba que debería hacer cola. Y gracias al cielo que ha dejado de llover.

La ligera bruma que cubría el sol de la mañana prometía disiparse a lo largo del día.

Martha Trevellyan acudió a la puerta casi antes de que el timbre dejara de sonar y no se sorprendió lo más mínimo al encontrar a dos policías en el umbral. Kincaid se preguntó si los habría visto llegar por la ventana.

—Sargento James. —Le sonrió a Gemma y les hizo un gesto de bienvenida—. Espero tener un aspecto más presentable que la otra vez que pasó —dijo, señalando el jersey y la falda—, hasta me he maquillado. ¿Qué desean?

Kincaid se presentó y le explicó.

—Es sólo una pregunta rápida, nos llevará un momento.

Echó un vistazo a las dos pulcras zonas, la de vivienda y la de despacho mientras pensaba que la ausencia de desorden encajaba con la actitud dinámica de Martha Trevellyan. Sin embargo, percibió que parte de ese dinamismo podía ser fingido, y que Martha Trevellyan era más desconfiada hacia ellos de lo que daba a entender.

—Doy por sentado que tenía usted referencias de Felicity Howarth. ¿No le habían advertido de ningún problema con enfermos terminales? ¿Negligencia al suministrar medicamentos, algo por el estilo?

Ella miró fijamente a Kincaid con la boca abierta.

—¡Por supuesto que no! Nunca cogería a nadie sin un historial limpio. Mi trabajo depende de la calidad de los cuidados. Y Felicity no sólo tenía experiencia, sino una preparación especial.

—¿Qué tipo de preparación? —preguntó Gemma mientras sacaba cuaderno y bolígrafo—. No sabía que esto existiera.

—Hay un curso precisamente para el cuidado de enfermos terminales. Felicity estaba graduada. Es en Winchester o Exeter, algo así. —Se dirigió a su escritorio, pero retiró la mano y cruzó los brazos fuertemente sobre el pecho—. Me gustaría que muchas de mis enfermeras estuvieran tan bien cualificadas, pero es difícil. La demanda es cada vez mayor.

—Has vuelto a dejar de fumar, ¿verdad? —dijo Gemma, al tiempo que señalaba el reluciente cenicero del escritorio.

—Todavía los busco. La mano es más rápida que el cerebro. —Martha sonrió, como disculpándose—. Pero mi decisión no va a durar mucho, como la mañana siga así.

—¿Se acuerda exactamente de dónde hizo Felicity ese curso? —preguntó Kincaid, satisfecho de que Gemma distendiera la tensión que había creado él. Era útil para su propósito. La reacción inicial de Martha a su pregunta había sido demasiado espontánea para dudar de su sinceridad.

—No hace falta que me acuerde. Lo tengo aquí, en el archivo. —Tiró de un cajón y pasó las carpetas de colores vivos con una facilidad dada por la práctica—. Aquí está. No en Winchester sino en Dorchester. Siempre me confundo. —Le pasó un papel a Gemma—. Copia la dirección si la necesitáis, pero yo sé que es un curso de mucha fama. ¿Necesitáis también las referencias de los médicos?

—Sí, por favor.

—Apostaría mi reputación por la competencia de Felicity Howarth —dijo Martha despacio—. Tan segura me siento. De hecho —añadió, con cierto pesar—, creo que ya lo he hecho.

—No tiene por qué preocuparse, señora Trevellyan. —Kincaid le sonrió, preparando el camino para una salida elegante—. Sólo estamos comprobando algunos cabos sueltos.

* * *

Cuando llegaron a Richmond, la bruma se había disipado y un pálido sol se filtraba entre las hojas que pendían sobre la carretera. Kincaid miraba el mapa.

—Petersham está un poco más adelante, según las indicaciones que me han dado por teléfono. La escuela se encuentra justo al salir de la carretera.

—Eso me suena. Como copiloto dejas mucho que desear.

Él miró el perfil de Gemma. Aunque tenía la vista fija en la carretera, las comisuras de sus labios se curvaron en un esbozo de sonrisa.

—Pero como tú no puedes conducir e indicar a la vez, tendrás que convivir con mis deficiencias, ¿no?

Poco después de entrar en Petersham, encontraron a la derecha un alto muro de ladrillos.

—Aminora, Gemma. La entrada debe de estar cerca.

Un giro brusco a la derecha a través de una verja abierta revelaba una extensión de prados verdes, simétricamente dispuestos entre edificios de ladrillos, y detrás de la escuela, reluciente bajo el sol, estaba el Támesis.

—Vaya —dijo Gemma mientras aparcaba el coche—, nuestro Roger lo debió pasar fatal, ¿eh?

Una secretaria les indicó un despacho lleno de libros con grandes ventanas que daban al río. Aguardaron en silencio. Gemma se quedó mirando los cisnes que nadaban por el agua, y Kincaid se fijó en que el jersey negro que llevaba acentuaba el contraste entre su cabello brillante y la piel clara.

La puerta se abrió y el director irrumpió en la sala, con la toga negra ondeando como las alas de un cuervo. Tendría la edad de Kincaid, con menos pelo, gafas y una barriga incipiente, e irradiaba una energía arrolladora.

—Soy Martin Farrow —les dio a los dos un fuerte apretón de manos—. ¿Qué les trae por aquí?

Kincaid consideró que aquel hombre no apreciaría un exceso de palabras.

—Uno de sus antiguos alumnos, Roger Leveson-Gower, ¿lo recuerda? De hace al menos diez años.

Martin Farrow no les pidió que se sentaran. Kincaid pensó que aquella omisión no se debía a una falta de cortesía, sino sencillamente a que a Farrow no se le ocurría que los demás prefirieran no estar de pie.

Farrow se balanceó sobre los talones mientras reflexionaba sobre la pregunta.

—¡Ah!, lo recuerdo, ya lo creo. Entonces yo era subdirector y los problemas de disciplina me solían llegar a mí. ¿Qué ha sido de Roger? ¿Ha hecho carrera como falsificador? ¿Seguros fraudulentos? ¿Roba los ahorros a las viejecitas?

—Nada tan espectacular. Deduzco que Roger prometía como delincuente. ¿Cómo no lo echaron?

—Si hubiera dependido de mí, lo habría hecho. —Farrow se puso a caminar por la habitación mientras hablaba, arreglando los almohadones del sofá, ajustando las sillas al milímetro, de manera que Kincaid y Gemma tenían que dar vueltas como peonzas para seguirlo—. Ésta es una buena escuela, progresista; nada de aquellas tonterías de golpetazos medievales ni de gachas para cenar; y expulsar a estudiantes como Roger Leveson-Gower no mejora su reputación.

Kincaid, acostumbrado a su alternancia en las entrevistas, miró a Gemma con expectación. El rostro de ella era inexpresivo, tenía la vista fija en algún punto tras la cabeza de Martin Farrow.

—Ya —dijo, antes de que el silencio se alargara—, ¿y qué triunfo guardaba en la manga?

Farrow se paró en seco, con las manos apoyadas en el respaldo de una mecedora, y Kincaid lo vio, de pronto, detrás de un atril, su perpetuo movimiento congelado por un ancla física.

—Su padre contribuyó generosamente a la fundación de nuestro edificio. —Se encogió de hombros—. Lo típico. Además, por muy granuja que fuera Roger, era siempre lo bastante astuto para que no le pillaran en nada serio. De todas formas, me alegré mucho cuando acabó y se fue.

—Pues, o se han debido agotar los fondos o la generosidad de su padre, porque ahora Roger vive a costa de una mujer que no debe de ganar mucho más del salario mínimo.

Farrow sonrió.

—Me parece propio de él. Intimidaba a los pequeños, que le tenían un miedo terrible, y siempre disponía las cosas de forma que encajaran con sus confabulaciones.

—¿Alguna vez tuvo indicios de que pudiera ser violento?

—No. —Farrow sacudió la cabeza—. Demasiado calculador, demasiado preocupado por su pellejo. —Se quedó un momento pensativo—. Si Roger Leveson-Gower desató alguna vez su violencia, seguramente se cercioró de no ser descubierto.

* * *

—¿Satisfecha? —preguntó Kincaid, cuando Farrow los hubo conducido a la puerta y visto meterse en el coche mientras los despedía con un gesto alegre de la mano.

«Era un chico inteligente», fue el último comentario de Farrow. «Siempre me sabe mal que una buena mente se desperdicie».

—¿Te lo esperabas como el primero de la clase? —preguntó Gemma mientras ponía en marcha el Rover y salía a la carretera.

—¿Crees que la muerte de Jasmine podría haber sido lo bastante infalible para tentarlo? ¿Podría haberse sentido seguro?

Gemma se encogió de hombros, con los ojos en la carretera.

—No había contado contigo. Has sido el ingrediente imprevisto que le ha aguado la fiesta. Sin ti, la muerte de Jasmine no hubiera llamado la atención.

Él esperó que Gemma barriera para casa, que aprovechara la mínima ocasión para echarle el muerto a Roger, pero se quedó callada. Mientras volvían a entrar en Richmond, él le preguntó:

—Gemma, ¿qué te pasa? Esperaba que te pusieras las botas durante la entrevista, y ahora no me cuentas nada. Bien pensado, llevas todo el día como apagada...

Ella lo miró de reojo, luego volvió la atención al tráfico.

—¡Maldita sea!

El segundo de distracción la había dejado sin espacio para meterse en el carril de la derecha, y el izquierdo los llevaba a la carretera central y a una calle estrecha de una sola dirección.

—¿Y ahora qué?

Kincaid sonrió.

—Pues no tenemos mucha elección. Sigue y a ver dónde nos lleva.

La calle tenía varias curvas y se estrechaba convirtiéndose en un callejón adoquinado que serpenteaba entre filas de almacenes. De repente, salieron al sol. Ante ellos, se hallaba el Támesis, tras una extensión enladrillada y una barandilla de postes y cadena.

—Para ahí. —Kincaid señaló un lugar junto a la barandilla—. Vamos a salir un rato.

A la derecha, el tráfico fluía ruidoso por el puente que habían cruzado antes de desviarse.

Sintieron la calidez del sol en los rostros, la brisa que les desordenaba el cabello. En la otra orilla, los sauces, que estaban brotando, arrastraban sus ramas perezosas por el agua. Una barca amarrada se balanceaba sobre su vivo reflejo en la corriente, y un pelícano descansaba soñando sobre una pata. Hasta el ruido del tráfico parecía enmudecido por el murmullo pacífico del río.

—Ha sido un giro fortuito. Vamos. —Kincaid se volvió y echó a andar junto a la barandilla—. ¡Lástima que el destino no nos prepare para estos pequeños regalos! Podíamos haber traído una cesta de pícnic. —Hizo una pausa al ver que Gemma se detenía y volvía la cara hacia el sol, con los ojos entornados—. ¿Entonces?, ¿qué te pasa?

Ella suspiró y respondió sin mirarlo.

—Es el privilegio. Ese lugar apesta a privilegio. Generaciones de privilegiados, progresistas o no. Supongo que no lo entenderás. —Se volvió hacia él con los brazos cruzados sobre el pecho, y a la luz del día, los iris de color de avellana de sus ojos despedían destellos dorados—. El dinero en sí no me desconcierta. Los Leveson-Gower, por ejemplo, nadan en el oro, pero son basura. No tienen gusto y no me siento menos que ellos, pero lo que me provoca escalofríos es esa seguridad innata, ese conocimiento instintivo sobre qué decir y qué hacer en cada momento, tan natural como respirar.

—Yo no soy un producto de la escuela privada, ya lo sabes, Gemma. Mis padres se consideraban demasiado liberales para mandarnos a semejante bastión de conservadurismo, aunque se lo podían permitir. Pensaban que la escuela local era buena, y yo me atrevo a darles la razón. —Se metió las manos en los bolsillos y

siguió el paseo. Gemma volvió a caminar junto a él, callada—. Hay algo más, ¿verdad? Normalmente tú asumes el privilegio de los hombres sin pestañear. Yo te he visto defenderte en Scotland Yard y pisas a otros si hace falta.

—Eso es diferente —saltó ella—. Conozco las reglas. —Luego sonrió con cierta timidez—. Hoy estoy un poco a la defensiva. Perdona. No debería tomarla contigo porque te ajustes a la regla.

—¿Es por Rob? —preguntó Kincaid abiertamente. Se había hecho a la idea, por comentarios sueltos de ella, que su ex marido mostraba poco interés por Toby o por mantener una relación cordial, y no había querido mostrarse indiscreto.

El camino pavimentado se estrechaba en una sola fila a lo largo de la orilla. Gemma se detuvo y tendió la mirada por encima del río, con las manos en el último poste metálico.

—Creo que se ha escondido de mí. Ni cheques, ni número de teléfono, ni dirección. Una deducción brillante.

—¿Has intentado localizarlo?

—Hasta cierto punto, pero sin despertar la curiosidad del departamento. Me han devuelto algunos favores. —Hizo una pausa, con los puños crispados, aferrada al poste—. ¡El muy bastardo! Intento no enfadarme, pero a veces no me puedo contener. ¿Cómo ha sido capaz de hacernos esto?

Kincaid aguardó a que soltara el aire en un profundo suspiro y a que se relajaran sus manos sobre el poste.

—Pero lo ha hecho —dijo—. Lo ha hecho. Yo me casé con Rob James en contra del buen sentido y ahora estoy sufriendo las consecuencias. Quejarse no ayuda a nada, y además no podemos pasar la vida adivinando las consecuencias de cada decisión. Hacemos lo que podemos en cada momento.

—Además está Toby —dijo Kincaid con suavidad.

—Sí. No puedo imaginarme mi vida sin Toby, pero eso me lleva exactamente al punto de partida: ¿cómo voy a salir adelante?

—Seguro que...

—La guardería de Toby me cuesta un ojo de la cara. En circunstancias normales ya es mucho, pero cuando trabajo más horas en un caso... es que no llego a fin de mes.

—¿No puedes recortar por otro lado? —Intentó ser lo más desenfadado posible porque sabía que si demostraba su compasión, Gemma se sentiría incómoda por haber confiado en él.

—Rob insistió en comprar la casa cuando los intereses estaban altos, como inversión para el futuro. —Sonrió amargamente—. Y es más bien una rueda de molino colgada a mi cuello. Rob tenía un montón de ideas y proyectos que nunca salían adelante, por supuesto. —Se detuvo y se frotó la cara con las dos manos—. ¡Dios mío, pero qué digo! Y eso que no quería descargar sobre ti. Perdona. —

Sonrió, esta vez tristemente—. He visto a mucha gente contarte sus vidas sin que se lo pidieras. Debería ser más precavida.

—¿Qué vas a hacer, Gemma?

—No lo sé. Mi madre se ha ofrecido a ayudarme con Toby...

—Estupendo. Eso te...

Pero ella sacudió la cabeza.

—No quiero deberles nada. Me las he apañado sola desde que acabé la escuela y no quiero...

—¿Y quién va a sufrir tu terquedad? ¿Toby? ¿No crees que si rechazas ayuda en un mal momento es, en cierto modo, por falso orgullo?

—No es sólo eso. Es que... ellos no aprueban lo que hago. —Una nube tapó el sol y Gemma se envolvió con los brazos. El viento se había levantado, creando diminutas ondas por la superficie del agua—. Temo que se lo trasmitan a Toby, no expresamente, pero que lo capte a partir de comentarios pequeños e insidiosos: «Las buenas mamás no trabajan por las noches ni los fines de semana». «Las buenas mamás no se separan». «Las buenas mamás no hacen trabajos de hombre».

Kincaid le puso la mano en el codo y la hizo girar hacia el coche.

—Volvamos.

A través de la suave piel del brazo de Gemma, notó unos huesos firmes y delicados, y un leve temblor cuando el viento les azotó el rostro. La soltó.

—Tienes que creer en ti, Gemma. Es tu hijo, y tu influencia es más fuerte. —Esbozó una sonrisa algo perversa ante el gesto de duda de ella—. Y creer un poco en ellos también... Al fin y al cabo, te han criado a ti y no has salido tan mal.

Kincaid se despertó antes del alba la mañana del viernes. No había corrido las cortinas por la noche, y se quedó echado en la cama mirando la luz gris difuminarse en el cielo por el este. Repasó mentalmente aquella semana mientras dejaba caer cada uno de los días sobre el siguiente como fichas de dominó, pero no se sentía más cerca de la resolución del enigma de la muerte de Jasmine que hacía una semana. La frustración lo llevó por fin a retirar las mantas, pero ni la ducha, ni las tostadas, ni el café lograron quitarle la persistente sensación de fracaso.

Resultaría bastante fácil nombrar a Roger Leveson-Gower como el candidato más probable, pero no tenía ni una triste prueba. Y por mucho que Roger encajara a la perfección con el perfil emocional de un asesino, había algo que no acababa de cuadrar. La idea de que Jasmine hubiera permitido que un desconocido, tan poco de fiar, le diera una dosis fatal de morfina era un obstáculo a la lógica que Kincaid no podía pasar por alto.

Se entretuvo afeitándose y vistiéndose, y cuando llegó a la calle, el lechero estaba haciendo su silenciosa ronda y ningún ruido de puertas cerrándose de golpe, ni de motores de coche rompía el silencio de la madrugada en Carlingford Road. El cielo estaba claro, el aire quieto, y en un impulso, recogió la lona del Midget. Le encantaba conducir por Londres de noche o de madrugada, en el momento en que el tráfico disminuía. Le daba la sensación de estar en paz con la ciudad, de ser una parte en lugar de estar en guerra con ella.

* * *

Había una hoja de fino papel de fax en su bandeja. Kincaid se apoderó de su silla, pues había llegado antes que Gemma, y se puso a leerlo.

El comandante Harley Keith había sido destinado a la India justo después de la guerra, en 1945, ostentando un nuevo cargo y recién casado. Había permanecido en Calcuta durante la insurrección de 1946 y había perdido a su mujer y a su hija en la

revuelta. Según lo que Kincaid podía deducir de la poco familiar jerga militar, la promoción de Keith había sido mínima después de aquello: una carrera que parecía prometedora se estancó en la mediocridad. Destinado de vuelta a Inglaterra en 1948, el comandante pasó el resto de su carrera haciendo de secretario de oficiales superiores.

Kincaid suspiró y tomó la siguiente hoja del montón. Un breve informe de la policía de Dorset le comunicaba que un tal Timothy Franklin había sido ingresado hacía veinticinco años en el Farrington Center para la Salud Mental, antes conocido como Manicomio Farrington. Las hojas de ingreso estaban firmadas por Althea Franklin, la madre del paciente. La dolencia de Franklin había sido clasificada en la hoja de admisión como esquizofrenia, y nunca había salido. Althea Franklin había muerto en Bladen Valley en 1977.

Una nota manuscrita añadida por el oficial que mandaba el informe explicaba a Kincaid que el Farrington Center estaba a tres kilómetros al norte de Dorchester y que era un poco difícil de encontrar.

Gemma entró cuando estaba acabando de leer el informe y de beber el segundo café. La decepción asomó a su rostro antes de que sonriera y dijo:

—Jefe, esta mañana tienes los ojos brillantes y un aire de triunfador.

—Me he adelantado, ¿eh?

Un juego tonto de aventajar al adversario, pero que le divertía, y en el que prefería perder más que ganar porque sabía que a Gemma le gustaba la sensación de poder que le confería estar a solas en su despacho por unos minutos.

—¿Algo interesante? —preguntó ella mientras se sentaba enfrente.

Él le tendió los informes y aguardó en silencio a que los leyera. Gemma arrugó la frente mientras leía el del comandante Keith, y cuando acabó levantó la vista y sacudió la cabeza.

—Se diría que nunca se ha recuperado de la muerte de su esposa y de su hija. Da miedo pensar que una persona tan corriente y moliente como el comandante haya sufrido semejante tragedia.

Kincaid entendió lo que quería decir; en cierto sentido, hacía que la vida de uno pareciera menos inmune: «Si puede pasarle a alguien tan vulgar como el comandante, puede pasarme también a mí».

—Se lo tendré que preguntar. —Sin pretenderlo, se vio confesando su desasosiego a Gemma—. Es extraño, no puedo dejarlo todo así, aunque tendré que seguir siendo vecino suyo después de husmear en el episodio más doloroso de su vida. Y encima es una persona profundamente reservada. —Se quedó pensativo—. Jasmine daba la misma impresión. Nunca se te ocurría preguntarle nada sobre su vida que no hubiera contado ella. El comandante y ella debieron establecer un vínculo muy especial.

—¿Hablarás hoy con él?

Kincaid vaciló, luego tomó otra decisión repentina, aunque sabía que, en parte, estaba alimentada por la desgana de hacer frente al comandante.

—Me voy a Dorset.

—¿Otra vez? —el tono de Gemma era claramente crítico—. Creo que estás perdiendo el tiempo. Hay suficientes cosas aquí, en Londres, en las que concentrarse sin perseguir fantasmas por los pueblecitos olvidados de la mano de Dios. ¿Y qué me dices de Roger?

Él sonrió.

—Me alegro de verte de nuevo en perfecta salud argumentativa. Puesto que eres tan aficionada al encantador Roger, puedes encargarte de él tú misma. Intenta encontrar a alguien, aparte de su madre y Jimmy Dawson, que corrobore sus andanzas de la noche del jueves. A ver si Roger ha sabido ganarse más lealtades que la de Meg.

* * *

La autopista lo llevó hasta New Forest. Aunque según su mapa la autopista dejaba de ser tal justamente donde empezaba el bosque, sobre el papel una carretera de doble carril cruzaba una estrecha franja a través del irregular terreno moteado de verde. Cruzó la teórica línea que demarcaba el bosque en el mapa y, cualquier idea que pudiera haber tenido de frondosidad virgen y túneles verdes de hojas, se deshizo en el acto: un amplio páramo se extendía a ambos lados de la carretera, interrumpido sólo por aulagas y unas formas que se agitaban en la distancia y que pensó que podrían ser los potros salvajes de New Forest. Esperó que se mantuvieran a distancia: no quería sufrir otra decepción si descubría que eran sólo vacas peludas.

A medio camino entre Wimbourne Minster y Dorchester dejó atrás el desvío hacia Briantspuddle. El pueblo estaba oculto tras los pliegues de la colina, invisible desde la carretera, y el sendero que conducía hasta él quedaba hundido entre altos setos como un pasadizo secreto. En un momento de fantasías ociosas imaginó que entraba en el pueblo y descubría que el tiempo retrocedía. Se veía conociendo a la Jasmine veinteañera en la puerta de su casa: ¿Qué le diría él, y cómo contestaría ella?

Sacudió la cabeza mientras se reía ante aquel absurdo, y pensó que si no resolvía pronto aquel caso, se volvería loco.

* * *

«Un poco difícil de encontrar» resultó ser una buena descripción del Farrington Center. Se detuvo a comer un bocadillo en Dorchester, en un desvencijado salón de té en la parte superior de High Street, luego tomó despreocupadamente la carretera del norte.

Tras media docena de desvíos incorrectos y tres paradas para pedir indicaciones, avanzó lentamente por un camino de campo. El último amable peatón, una anciana vestida con impermeable y zapatos gruesos, que paseaba su terrier, le aseguró que «estaba por allí», y él siguió el consejo de buena fe. Una alta valla de tela metálica apareció en la parte superior de la loma, a su derecha, y al doblar la curva, vislumbró ladrillos rojos antes de que volvieran a quedar ocultos tras los árboles.

La valla proseguía hasta que se doblaba sobre sí misma en un cruce sin indicación. Un camino asfaltado subía por la colina en la dirección desde donde había llegado él, y un gastado letrero le informó de que había llegado a la puerta para visitantes del Farrington Center para la Salud Mental. Siguió el camino entre los árboles y detuvo el Midget en un pequeño aparcamiento vacío. Delante de él se extendía un enorme conjunto de edificios victorianos de mampostería roja. El lugar tenía un aspecto casi tangible de descuido y decadencia. Las ventanas cubiertas con paneles de aglomerado daban a los edificios un aspecto de abandono, y los campos estaban invadidos por la vegetación. Aparte del complejo de edificios, había una capilla construida con el mismo ladrillo rojizo, pero con las ventanas rotas y la puerta colgaba de las bisagras.

Kincaid cerró el coche y se encaminó hacia la única señal de vida, en un pequeño anexo de madera y yeso adosado a la fachada del edificio más cercano. Abrió las dobles puertas de cristal y se encontró en un vestíbulo con suelo de linóleo. Había puertas a lo largo de un pasillo y pudo oír el suave sonido de un teclado eléctrico y alguna que otra voz.

Una mujer joven salió corriendo de la primera puerta a la izquierda con un fajo de papeles en la mano. Al verlo se detuvo, con expresión de sobresalto. Por lo visto, Farrington Center no recibía visitas con mucha frecuencia.

—¿Qué desea?

Él le mostró la identificación y sonrió.

—Soy Duncan Kincaid. Me gustaría ver a un paciente, Timothy Franklin.

—¿A Tim? —pareció todavía más anonadada que antes—. ¿Y quién puede querer ver a Tim? —preguntó, luego se recompuso. Sacudió la cabeza y dijo—: Perdone. Soy Melanie Abbot. El director no está en las instalaciones hoy, pero yo soy su ayudante particular.

Daba una imagen segura y capaz, vestida con jersey marrón y pantalones anchos, y el cabello castaño a la altura de la barbilla enmarcando un rostro redondo y alegre.

—¿Cómo es que desea ver a Tim, si puedo preguntarlo? No lo intranquilizará, ¿verdad?

—Es una investigación rutinaria sobre una persona que conoció hace mucho tiempo. —Kincaid hizo un gesto a su alrededor—. ¿Qué ha ocurrido en este lugar? Parece que acabe de sufrir un bombardeo.

—Nada tan drástico. La política del condado ha cambiado en los últimos años. La mayoría de pacientes han sido despachados, por decirlo así: unos a casas particulares, otros a clínicas, otros viven independientemente bajo vigilancia —dijo con sinceridad, sin reparar en la contradicción que entrañaban los últimos términos—. Los ayudamos a que se vuelvan autosuficientes, miembros integrados en la comunidad. Este lugar —repitió el gesto circular de Kincaid— ahora sirve casi sólo para tareas administrativas.

—¿Pero todavía tienen algunos pacientes?

—Sí —dijo Melanie Abbot mientras abrazaba los olvidados papeles contra el pecho con un solo brazo. Kincaid percibió cierta desgana en su respuesta, como si sus esperanzas hubieran fracasado de alguna forma—. Hay unos cuantos que no se pueden llevar a ningún sitio, por varios motivos.

—¿Como Timothy Franklin?

Ella asintió y explicó:

—En la última década el tratamiento de la esquizofrenia ha hecho grandes progresos, pero Tim es uno de esos raros esquizofrénicos que no reacciona a la medicación. —Bajó la vista hasta los papeles que seguía ciñendo contra el pecho y consultó su reloj—. Mire, yo tengo que mandar un fax. Le mostraré la sala de los pacientes y llamaré a una enfermera para que le traiga a Tim.

* * *

El suelo del salón de los pacientes estaba cubierto de un linóleo todavía más manchado y amarillento que el del pasillo del anexo. Había unas sillas de respaldo recto, con agrietados almohadones de vinilo naranja, dispuestas contra la pared de cualquier manera. Imágenes borrosas parpadeaban en la pantalla de un televisor en un rincón y un ficus caía desanimado en el otro. Aparcada en una silla de ruedas frente al televisor, había una mujer vestida con una bata verde de hospital y zapatillas. Tenía la cabeza ladeada, como un barco que se hunde, y babeaba por la comisura de la boca abierta.

La puerta se abrió y entró un hombre seguido por una enfermera uniformada de blanco.

—Éste es el señor que quiere verte, Timmy. —Y añadió mientras se dirigía a Kincaid con viveza—. Hoy tiene un buen día. Estaré en el pasillo, por si me necesita.

Kincaid sabía que el hombre que lo estaba mirando tan plácidamente tendría unos cincuenta años, pero por su belleza física daba la impresión de un hombre mucho más joven. El cabello oscuro de Timothy Franklin no tenía ni una cana, y la piel en torno a sus oscuros ojos no tenía arrugas. Era de la altura y de la constitución de Kincaid, pero la holgura del cárdigan y de los pantalones de pana le hicieron pensar que debía de haber perdido peso recientemente.

—Hola, Tim. —Kincaid le tendió la mano—. Me llamo Duncan Kincaid.

—Hola.

Tim dejó que le cogiera la mano, pero no le devolvió la presión, y su tono, aunque no era hostil, no mostraba ningún interés.

—¿Nos sentamos?

En lugar de responder, Tim arrastró los pies hasta la silla naranja más cercana y se sentó y apoyó las manos en los reposa-brazos de madera rayada.

Kincaid acercó una silla para sentarse enfrente y volvió a intentarlo.

—¿Te importa que te llame Tim?

Un parpadeo y, tras una larga pausa, dijo:

—Timmy.

—Muy bien, Timmy. —Kincaid maldijo el falso tono cordial de su voz—. Quiero preguntarte por una persona que conociste hace mucho tiempo.

Los ojos de Timmy habían vagado hasta la televisión insonora.

—Timmy —volvió a decir Kincaid, todo lo normal que pudo—. ¿Te acuerdas de Jasmine?

Los ojos oscuros dejaron la televisión y se centraron en Kincaid, luego su rostro se iluminó con una sonrisa y lo transformó.

—¡Claro que me acuerdo de Jasmine!

Pasaron unos segundos antes de que Kincaid cayera en la cuenta de que las preguntas de rigor: «¿Cómo está?», «¿cómo le va?», no iban a tener lugar.

—Érais amigos, ¿verdad? —preguntó mientras lamentaba no tener más conocimientos sobre cómo afectaba el trastorno mental de Tim Franklin sus procesos de pensamiento. ¿Estaría intacta su memoria?

—Somos colegas, Jasmine y yo.

—Salíais juntos por el pueblo, ¿verdad?

Tim asintió y su mirada volvió hacia la televisión.

Kincaid probó una táctica un poco más agresiva.

—Pero tu madre y la tía de Jasmine, May, no querían que fuerais amigos. Querían impedir que estuvierais juntos, ¿verdad?

Tim no reaccionó y Kincaid hizo una mueca de frustración.

—¿Recuerdas cuando Jasmine se marchó, Tim? ¿Eso te entristeció?

Aunque los ojos de Tim permanecieron fijos en la tele, una de las manos que había abandonado en el reposabrazos se crispó convulsivamente. Se puso a murmurar por lo bajo.

—Pelo bonito. Pelo bonito. Pelo bonito.

La mujer de la silla de ruedas gimió. Kincaid se giró sobresaltado. Había olvidado su presencia, como si hubiera sido un mueble. Volvió a gemir más alto y a Kincaid se le erizaron los pelos de la nuca. Aquel sonido contenía un dolor primitivo, más animal que humano.

Tim Franklin se puso a sacudir la cabeza, aunque sus ojos no se apartaron de la televisión. El movimiento adelante y atrás se aceleró, se agitó, y los gemidos de la mujer aumentaron en frecuencia.

Kincaid se puso en pie.

—¡Tim, Timmy!

—No, no, no, no, no —decía Timmy, sin dejar de mover la cabeza y dando puñetazos en los reposabrazos.

Kincaid temió que la situación se le fuera completamente de control, así que corrió a la puerta y llamó por el pasillo.

—¡Enfermera, enfermera!

Su figura uniformada de blanco apareció por el fondo del pasillo, y le sonrió alegremente.

—La cosa se le ha ido un poco de las manos, ¿verdad? Lo primero es acostar a la señora Mason. —Kincaid se apartó para dejarla entrar en la sala mientras continuaba hablando—. Bueno, querida, ahora vamos a echar una siestecita —decía tranquilizadora, mientras se llevaba a la mujer en la silla de ruedas—. A éste nos va a costar horas tranquilizarlo —añadió mientras señalaba a Tim con la cabeza—. No le sacará usted nada.

Kincaid miró hacia atrás cuando la siguió al exterior de la sala. Tim Franklin seguía golpeando y cantando, agitando la cabeza a un ritmo que Kincaid no podía oír.

Las manecillas del reloj del salpicadero del Midget indicaban las seis en punto cuando Kincaid dobló por Carlingford Road. Apagó el motor y se quedó en silencio, incapaz de sacudirse la depresión que lo había dominado todo el camino de vuelta desde Dorset. Si hubiera hecho caso a Gemma no habría perdido un día entero en una visita absurda. Y todavía no había hecho frente a lo que más temía. Se dijo que no tenía sentido aplazarlo más y, sin embargo, se rezagó todavía, tomándose tiempo para cerrar bien el coche y fijar la lona sobre la carrocería de color de cereza.

No obtuvo respuesta cuando llamó con los nudillos a la puerta del comandante. Esperó un momento, subió las escaleras y se introdujo en el piso de Jasmine. Un cuerpo escurridizo y negro se le enroscó en el tobillo cuando encendió las luces.

—Hola, Sid. ¿Cómo te va, colega? —Se agachó y acarició la cabeza de Sid hasta que los verdes ojos del gato se convirtieron en dos ranuras sonrientes—. Ten paciencia, te daré la cena.

Kincaid abrió la puerta acristalada y salió. El comandante estaba arrodillado delante de las rosas que había comprado en memoria de Jasmine. Sólo la pálida tela de sus pantalones sobre sus nalgas y el movimiento rítmico de la mano con la paleta lo hacían visible en la penumbra. Kincaid descendió los escalones, cruzó el trozo de jardín y se agachó a su lado.

—Trabaja hasta tarde. Ya casi no hay luz.

El comandante acabó de cavar con la paleta y se incorporó, con las manos en las rodillas.

—Las malas hierbas. En esta época del año no hay quien las mantenga a raya. Como les des tregua, te invaden como en *El día de los Trífidos*^[3].

Kincaid sonrió. Tal vez el comandante tuviera otra ocupación secreta, todavía más impensable que el canto coral: una adicción a ver películas de serie B en la tele a altas horas de la noche.

—Me gustaría hablar un momento con usted.

El comandante levantó la vista por primera vez.

—Claro. Me lavo enseguida.

Se levantó, con un fuerte crujido de las rodillas. Kincaid lo siguió mientras limpiaba la paleta en la zona de trabajo, debajo de las escaleras, y después hasta la

cocina, donde se lavó las manos y se restregó las uñas.

La cocina estaba inmaculadamente limpia, las encimeras vacías, a excepción de una bolsa de patatas cerrada y un cartón de cerveza por abrir.

—¿Quiere una? —preguntó el comandante mientras se secaba las manos con un trapo. Como Kincaid asintió, sacó las dos cápsulas y las tiró en el cubo debajo del fregadero—. El lujo de los jubilados —dijo, tras echar un trago y secarse los labios—. Ahorrar unos peniques en cosas de primera necesidad para comprar buena cerveza un par de veces a la semana. —Sonrió, mostrando unos dientes todavía fuertes y blancos bajo su bigote de cepillo—. Vale la pena.

Fueron al sobrio salón. El comandante encendió la lámpara e indicó a Kincaid que tomara asiento en el sofá, mientras él se sentaba en el sillón. La tela marrón de los brazos del sillón tenía trozos gastados por el uso y el almohadón, un hoyo permanente. Kincaid se imaginó al comandante sentado allí todas las tardes solitarias con su botella de cerveza y la compañía de la televisión, y sintió más resistencia que nunca a decir lo que tenía que decirle.

—Comandante, tengo entendido que sirvió usted en la India después de la guerra. El comandante lo miró interrogante.

—¿De quién lo ha entendido, señor Kincaid? No creo que yo lo haya mencionado nunca.

Kincaid se sintió como si lo hubieran pillado en un acto repugnante de voyerismo y reprimió la necesidad de pedir disculpas.

—Estoy realizando una investigación por asesinato, comandante, y por muy desagradable que lo encuentre personalmente, tengo que comprobar los antecedentes de todo el mundo que haya tenido la más leve relación con Jasmine. Pedimos los archivos de su historial. Estuvo usted destinado en Calcuta durante el tiempo en que la familia de Jasmine vivió allí.

Esperó la explosión, pero no llegó.

Al cabo de un momento, el comandante dio otro trago a la cerveza y suspiró.

—Pues sí. De saber que era importante, se lo habría dicho yo mismo. Hace mucho tiempo de eso.

—¿Pero se lo dijo usted a Jasmine?

—Desde luego, y ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Por qué dice eso, comandante? —preguntó Kincaid suavemente mientras dejaba la cerveza en el borde de la mesa y se inclinaba hacia delante. Por primera vez, notó las señales del tiempo en las callosas manos del comandante.

—Porque no podía decirle toda la verdad y eso creó una falsedad entre nosotros. Puede que no se diera cuenta, pero nunca me sentí cómodo con ella después de aquello. —Hizo una pausa, y como Kincaid no dijo nada, al cabo de un momento prosiguió—: Soy un hombre temeroso de Dios, señor Kincaid, pero no creo que los pecados de los padres recaigan sobre los hijos. En mis pensamientos, Dios no sería

tan injusto, pero sé que Jasmine lo habría visto de otro modo, se sentiría responsable, y ella ya había sufrido lo suyo, la pobrecilla.

Apuró la botella, levantó el casco vacío e hizo un gesto interrogante a Kincaid. Él negó con la cabeza.

—No, gracias.

Aguardó a que el comandante volviera de la cocina con una botella nueva y dijo:

—¿De qué se hubiera sentido responsable Jasmine, comandante?

El comandante miró la botella de cerveza mientras la hacía girar delicadamente entre los dedos.

—¿Tiene alguna idea de lo que ocurrió en Calcuta en 1946, señor Kincaid? —Levantó la vista, y Kincaid advirtió que sus pálidos ojos azules estaban inyectados en sangre—. Los musulmanes querían la división y atacaron y mataron a los hindúes, y la revuelta que siguió se extendió por la ciudad como la pólvora. Las crónicas se refieren a ello como la Matanza de Calcuta. —Soltó una risotada—. Como si fuera un atraco a un banco o algún imbécil con una pistola en un supermercado. —Sacudió la cabeza disgustado, y dijo—: no tienen ni idea. Usted ve cosas horribles por su trabajo, imagino, pero espero que nunca vea cosas como las de aquellos días. Seis mil cuerpos pudriéndose o ardiendo en llamas que duraron días. Ese olor no se olvida nunca. Se te impregna en la piel, en el velo del paladar, en el interior de la nariz.

Dio un largo trago, como si la cerveza pudiera lavar el recuerdo de ese sabor en su boca.

—Jasmine sería una niña —dijo Kincaid, calculando mentalmente—. ¿Por qué tendría que sentirse culpable?

—El padre de Jasmine era un funcionario menor, un chupatintas, con fama de poco competente. Estaba encargado de la evacuación de una pequeña área residencial, era una especie de sargento civil de defensa.

El comandante volvió a beber y a Kincaid se le antojó que empezaba a arrastrar las palabras.

—Lo echó todo a perder. Sólo unas cuantas familias salieron antes de que la multitud invadiera las calles. Siempre me he preguntado si puso primero a su familia o si sencillamente huyó para salvar el pellejo.

Kincaid aguardó en silencio lo que adivinaba que vendría. Notó la tela áspera y marrón del sofá bajo sus dedos, olió una fragancia especiada que podía ser la loción para después del afeitado del comandante que se superponía al olor de la cerveza.

—Yo tardé tres días en encontrar a mi mujer y a mi hija, y las reconocí sólo por la ropa. No le voy a contar lo que les habían hecho antes de que murieran. No merece la pena pensarlo, ni siquiera ahora. —Las arrugas de los ojos del comandante parecían trazadas con un bolígrafo rojo, pero seguía hablando despacio, reflexivamente—. Cuando Jasmine vino a vivir aquí, nada de esto se me ocurrió; Dent es un apellido bastante común, al fin y al cabo. Pero cuando empezó a hablarme de su infancia, me di cuenta de quién debía de ser. —Sonrió—. Al principio pensé que alguien allá en lo

alto —levantó los ojos al cielo— estaba gastándome alguna broma. Luego, cuanto mejor la conocía, más me preguntaba si me la habían mandado como sustituta de mi hija. ¡Estúpido viejo indeseable! —añadió, ahora sí arrastrando las palabras. Luego miró directamente a Kincaid a los ojos y dijo más claramente—: entiende que no podía contárselo a Jasmine, ¿verdad, señor Kincaid? Por nada del mundo quería hacerle daño.

Kincaid se acabó la cerveza y se levantó.

—Gracias, comandante, lo siento.

Salió por la puerta trasera y subió las escaleras hasta el piso de Jasmine. Se quedó un momento mirando el jardín desde arriba: de las rosas del comandante se veían sólo unas formas oscuras a la luz de las ventanas del piso. Rosas como regalo a Jasmine, y tal vez a su esposa muerta mucho antes, así como a su hija. Kincaid estaba seguro de que el comandante había cargado con el peso de sus muertes casi toda su vida, un trozo de dolor guardado en secreto. Tal vez su contacto con Jasmine había sido el principio de una apertura muy necesaria.

Las luces se encendieron en la casa de detrás del jardín. A través de las ventanas, las habitaciones iluminadas se veían con tanta nitidez como un escenario teatral, y Kincaid se preguntó qué desesperado secreto ocultarían sus personajes. Alguien corrió las cortinas, el atisbo de aquellas vidas desconocidas se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Kincaid se estremeció y entró.

* * *

Me he pasado la vida esperando cosas que no han ocurrido, y ahora me encuentro con que no puedo esperar la única cosa que llegará inevitablemente.

Tengo miedo. Felicity dice que el crecimiento del tumor podría romperme las costillas y entonces ni siquiera la morfina podría protegerme del dolor. Ahora ya tragar alimentos sólidos es cada día más difícil, y no soporto la idea de una sonda, o de quedarme completamente inútil, y que tengan que lavarme y limpiarme como a un bebé.

Es extraña la forma en que la vida completa el círculo. Qué irónico que Felicity sea la única persona constantemente sincera conmigo. Aunque Meg ha adoptado mi enfermedad como a una hijastra, fascinada por todos sus aspectos, trata de protegerme de lo que vendrá. ¿Puedo contar con que ella me ayude?

No necesito la ayuda de Meg, es sólo debilidad. No evitaré que esté sola, pero al menos estaré preparada, recibiré la muerte de frente, no dejaré que me coja desprevenida.

¡Pobre Meg! ¿Qué hará cuando no tenga que cuidar de mí, o sin mí, quién cuidará de ella? ¿Debería despedirme de Theo? No. Es otra vez debilidad por mi parte. Es mejor que me recuerde como fui. Y me doy cuenta de que no quiero saber si el negocio le va bien; comprendería nada más verle la cara si no va, y este último respiro es todo lo que puedo darle. A partir de ahora tendrá que apañárselas como sepa.

Es extraño que mi mundo se haya reducido a estas cuatro paredes y la vista desde los peldaños del jardín, y la importancia que han adquirido los que cruzan mi puerta. Sus visitas son el reloj de mis días: la efectividad matutina de Felicity, el desorden perpetuo de Meg al mediodía, el reconfortante silencio del té con el comandante, y Duncan... Duncan es como el postre; por muy mal que me haya encontrado, si él pasa por la noche encuentro las fuerzas para hablar, escuchar, reír. No sabe la diferencia que ha marcado en mi vida, pero si le digo que estoy asustada estropearé la agradable relación que tenemos.

Sidhi me observa mientras escribo, pone una pata de vez en cuando para tocar el bolígrafo que se mueve. Una de las tantas ocupaciones ridículas de los humanos, piensa seguramente, tan incomprensible y fascinante como volver las páginas de un libro. ¡Cuánto lo añoraré!, pienso, antes de poder evitarlo. ¡Qué absurdo! No añoraré nada de nada.

Cerró el último diario despacio y lo devolvió a la caja de zapatos. En la mesita había una copa de vino medio vacía; la lectura lo había absorbido tanto que la había olvidado.

La entrada final del diario estaba fechada la semana antes de la muerte de Jasmine y ocupaba la última página del cuaderno.

Kincaid se puso en pie y se estiró, apuró el vino y llevó el envoltorio del *crêpe* a la cocina. Al salir del piso de Jasmine, se había puesto tejanos y jersey y había ido a pie por Rosslyn Hill hasta el puesto de *crêpes*. El joven dependiente del puesto vertió la pasta y maniobró la espátula con destreza de artista, con los brazos desnudos al aire de la noche.

—¿Jamón? ¿Queso? ¿Setas? ¿Pimientos? ¿Cualquier otra cosa? —solicitó, sin que las preguntas interrumpieran su concentración ni la suavidad de sus movimientos. Kincaid lo observaba mientras daba la espalda deliberadamente a la tienda Häagen-Dazs, determinado a no pensar en Jasmine ni en el helado de ron con pasas.

Ahora lavó la copa y se quedó en la mesa sin saber qué hacer, cansado de la conducción del día, demasiado inquieto y perturbado para pensar en dormir. Al cabo de un buen rato cogió las llaves de la encimera y bajó al piso de Jasmine.

Había dejado una luz encendida para el gato y se reprendía por ser tan estúpido. ¿Es que no veían en la oscuridad los gatos? Y dudaba mucho de que Sid encontrara algún consuelo en la luz familiar.

Todo tenía el mismo aspecto que cuando lo hubo dejado, el mismo aspecto que una semana antes, cuando Gemma y él habían registrado el piso de cabo a rabo. No obstante, volvió a empezar: levantó el colchón de la cama de hospital, palpó los almohadones del sillón, pasó las manos tras las hileras de libros en las estanterías. Fue al secreter y examinó cada recoveco y hendidura con el mismo cuidado que la primera vez.

Pensó que las vidas de las personas acumulaban los desechos más disparatados mientras observaba los objetos que ocupaban el cajón de arriba: trozos de entradas al teatro, tarjetas de visita antiguas y amarillas, recibos de cosas compradas y olvidadas hacía tiempo, todo mezclado con un revoltijo de bolígrafos, resto de lápices y trozos de papel.

¿Qué dejaría él en su casa si lo atropellara un autobús? ¿Qué haría un buscador anónimo de su polvorienta colección de libros de ciencia ficción, o de los discos de los años sesenta y de los setenta de los que no podía deshacerse, aunque desde hacía tiempo no tenía tocadiscos?

¿Qué sería de las fotos de boda, pegadas en la parte trasera del cajón de su escritorio? ¿De Vic, con su cabello de *Alicia en el país de las maravillas* y su rostro pálido e inocente? ¿Vic, que había saboteado gran parte de su confianza y de su fe ingenua en la naturaleza humana? Debería darle las gracias, suponía: ninguna de las dos cualidades hubieran sido una ventaja para la prometedor carrera de un policía.

Los informes de la escuela y los dibujos de infancia, los boletines y los trofeos de *rugby* que su madre había guardado en la buhardilla de Cheshire con otros recuerdos de infancia. ¿Qué habría hecho Jasmine con los recuerdos de su infancia? No había encontrado fotos instantáneas ni cartas, nada de los años de la India o de Dorset, aparte de los diarios.

Entró en el dormitorio. Los caftanes sedosos de Jasmine rozaron sus dedos mientras tanteaban el fondo del armario. A un lado pendían los trajes de chaqueta y los vestidos, con los hombros cubiertos por una película de polvo, como también lo tenían las modernas zapatillas alineadas en el suelo del armario.

Al no encontrar nada, se sentó en el taburete frente al tocador y se miró reflejado en el espejo. La luz de la lámpara situada en el lado derecho de la mesa proyectaba sombras que formaban planos y ángulos extraños en su rostro y dejaban sus ojos a oscuras. Parpadeó y se apartó el cabello de la frente con los dedos, luego abrió el cajón de en medio. Los cosméticos femeninos nunca habían dejado de asombrarlo. Incluso las mujeres como Jasmine, que en todas las demás cosas era relativamente

metódica, parecían incapaces de hacer algo más que confinar el desorden a una zona específica. Y nunca tiraban los recipientes usados. El cajón de Jasmine no era ninguna excepción. Botes medio vacíos de sombras de ojo, colorete, pintalabios usados hasta el tubo de metal, cepillos y esponjitas, todo recubierto con un fino polvillo de maquillaje. Inhaló. Le llegó una fragancia que asociaba con Jasmine: exótica y floral, con una punta de almizcle que casi le recordaba el incienso.

Estaba levantando la ropa interior y los camisones del fondo del cajón cuando su mano topó con algo duro. Se le aceleró el pulso y luego se calmó al sacar el objeto y darse cuenta de que no era un diario sino una fotografía enmarcada. Le dio la vuelta con curiosidad.

La reconoció al instante. Cuando pasó por Briantspuddle el día anterior y se imaginó a la Jasmine de veinte años saliendo a la puerta de su casa, la había visto exactamente así: el cabello largo y oscuro, la suave piel aceitunada y el óvalo delicado de su rostro. Tenía una expresión serena, seria a pesar de un esbozo de sonrisa en las comisuras de los labios y en los ojos oscuros que lo miraban directamente.

Con cuidado, puso la foto sobre el tocador, el rostro de Jasmine al lado de su imagen en el espejo. Gemma había registrado aquella habitación a fondo, tenía que haber encontrado la foto. Se preguntó por un instante por qué no se la había enseñado.

Acabó con el tocador y la cómoda, miró debajo de la cama y en el cajón de la mesilla, pero no encontró nada más.

Al volver al salón encontró a Sid enroscado sobre la colcha multicolor de la cama de hospital. Había visto muchas veces el gato en el mismo sitio, hecho una sólida bola negra contra la cadera o el muslo de Jasmine.

Kincaid se sentó en el borde de la cama y apretó el botón que levantaba la cabecera y se reclinó sobre la almohada. Sintió de repente un intenso dolor en el pecho. Cerró los ojos con fuerza y enterró los dedos en el pelo espeso de Sid.

Meg recogió el resguardo del equipaje que le tendía el dependiente y lo guardó en el bolso. Dieciocho meses de su vida contenidos en una vieja maleta de cuero y un petate, ahora a buen recaudo en la consigna de equipajes de la estación de ferrocarril. Le había sorprendido lo amplia y desnuda que se veía la habitación sin sus pertenencias.

De camino a la estación había tenido la gran satisfacción de enviar una carta a la oficina de Planificación presentando su dimisión, pero decirle a su casera que se marchaba no había sido como esperaba. De hecho, por la cara adiposa de la señora Wilson cruzó una expresión que a Meg le pareció casi de pesar.

—Me alegro de no volver a ver a ese Roger, eso no te lo niego. Acuérdate de lo que te digo, chica, estarás mejor sin él.

Meg había llegado a la misma conclusión hacía algún tiempo, pero hacer algo al respecto era otra cosa. Había pasado la noche despierta en su estrecha cama, pensando, planificando, atreviéndose a imaginar un futuro en el que ella controlara su propio destino.

Por la mañana había tomado una decisión, pero necesitaba encontrar el valor para llevarla a cabo. Sabía que no podía enfrentarse a Roger a solas, pero tenía que hacerle frente de todas formas. Así que hizo un pacto consigo misma y quemó todos los puentes para asegurarse de que no hubiera marcha atrás.

En la estación tomó el autobús hasta la rotonda de Shepherd's Bush y fue caminando dos manzanas hasta El Ángel Azul. El colega de Roger, Jimmy, trabajaba en un garaje cercano, y Roger iba a menudo los sábados a almorzar al *pub*. Confiaba en que el orgullo de él delante de sus compañeros le impediría seguirla cuando hubiese acabado lo que tenía que decirle.

Con todo, vaciló delante de la puerta del *pub*: tenía un nudo en el estómago y la respiración acelerada. Dos hombres abrieron la puerta y casi la derribaron. Meg dio un paso atrás, se pasó los dedos por el cabello y abrió la puerta.

El aire estaba cargado de humo y el nivel del ruido era muy alto. Tomó fuerzas ante el hervidero de gente y se puso de puntillas para buscar entre las mesas. Primero vio a Jimmy, luego a Matt con su vaporoso cabello rubio y el bigote caído, luego a Roger, de espaldas a ella. La muchedumbre no se separó como el Mar Rojo cuando

ella se abrió paso por el local. Casi se echó a reír ante la analogía bíblica que cruzó por su cabeza, extrañada ante la sensación de regocijo que la invadía. Matt la vio antes de que llegara a la mesa y dijo con su tono burlón:

—¡Oye, Roger!, viene tu chavala a buscarte.

Por una vez, a Meg no le molestó. Jimmy le sonrió —no era mal chico—, y Roger se volvió para mirarla, inexpresivo.

—Roger, ¿podemos hablar?

Su voz fue más firme de lo que esperaba.

—Pues habla.

Ella miró a Jimmy y a Matt.

—Quiero decir a solas.

Roger puso los ojos en blanco, exasperado. No había mesas libres, y todos los bancos y taburetes estaban cubiertos de cuerpos. Roger miró a sus amigos e inclinó la cabeza hacia el bar.

—¿Traéis otra, muchachos?

Se fueron, Jimmy de mejor talante que Matt, y Meg se abrió paso entre una mujer gruesa y la mesa de al lado y se sentó en el banco que habían dejado libre.

Roger empezó antes de que ella pudiera tomar aliento, apartando su cerveza para inclinarse sobre la mesa y bisbisearle:

—¿Qué pretendes? ¿Dejarme como un imbécil delante de mis colegas, estúpida bru...?

—Roger, me voy. Me...

—Así lo espero. Y que no se te ocurra...

—Roger, quiero decir que hemos terminado. Tú y yo. Me he despedido en el trabajo. He dejado la habitación. He escrito al comisario Kincaid para decirle dónde estoy. Me estoy despidiendo.

Por primera vez, que ella recordara, lo había dejado sin palabras. No hundido en un silencio deliberado, sino boquiabierto, mudo.

Por fin cerró la boca, volvió a abrirla y dijo:

—¿Cómo que te vas? No puedes.

Meg empezó a temblar, pero se aferró a la sensación de fuerza que la había invadido.

—Sí que puedo.

—¿Y el dinero? —dijo él, inclinándose hacia delante y bajando la voz—. Habíamos quedado...

Meg no se molestó en bajar el volumen.

—Yo no he quedado en nada. Y no verás ni un penique. Tú la querías muerta. ¿Te aseguraste de ello, Roger? No sé lo que hiciste, pero voy a dejar de encubrirte.

Él abrió los ojos, atónito.

—Me vas a delatar, ¿verdad? Bruja, te... —se interrumpió, tomó aire y cerró los ojos, y cuando los abrió había recuperado el control—. Piénsalo, Meg. Piensa en lo

mucho que me echarás de menos.

Levantó una mano y le pasó un dedo por la mejilla.

Ella movió bruscamente la cabeza hacia atrás y apartó la cara.

—Así están las cosas, entonces —dijo, con todo su veneno—. Corre a casa de papá y mamá. No tienes ningún otro sitio donde ir. Trabaja en el garaje de tu padre, deja que todos los viejos obscenos que entren te toquen el trasero, cámbiales los pañales sucios a los críos de tu hermana. Adelante. Y cuéntale a tu querido comisario lo que quieras porque no van a colgarme la culpa de nada. —La sonrisa de Roger no tenía nada de agradable—. Te gusta el comisario, ¿eh? He visto cómo lo miras. Pues está muy lejos de tus posibilidades, eres más estúpida de lo que creía.

Meg sintió una oleada de calor teñirle el rostro, pero se negó a darse por vencida. Se puso en pie y salió de entre las mesas, tan cerca de Roger que él podía rozarle el muslo con el brazo. Lo miró, percibió su pestañeo tembloroso y captó el miedo bajo su bravuconería.

—Igual que tú —dijo, y se alejó. Sin volver la vista atrás.

* * *

—Gracias, Charlie —le dijo Meg al conductor cuando el autobús se detuvo con un chirrido debajo del reloj de Abinger Hammer. Era el trayecto de Dorking a Guildford, y el conductor uno de los clientes habituales de su padre. Ella hizo un gesto de despedida y la puerta se cerró suavemente tras ella. Miró el autobús hasta que dobló el recodo y desapareció por la carretera.

La tienda estaba en la acera de enfrente, inconfundible, tal como la recordaba. Se frotó las manos en las solapas del abrigo y descubrió una mancha donde debió haber derramado la bebida que había tomado en el tren desde Londres a Dorking. La parada en casa de sus padres había sido breve: había metido las bolsas en su antiguo cuarto, rechazado el té que le ofrecía su madre y se había negado a contestar preguntas.

—Ahora no, mamá. Tengo que ir a ver a una persona.

El recuerdo de la cara de asombro de su madre le hizo sonreír. Nadie de la familia esperaba que la pequeña Margaret dijera que no o tuviera planes propios.

Cruzó la calle despacio y se detuvo de nuevo frente a la tienda. A través del cristal del escaparate se veía luz, pero no había ningún movimiento en el interior. El corazón le latía con fuerza en el pecho y le temblaban los dedos cuando tocó el picaporte. Al entrar, una campanita tintineó en el fondo de la tienda. Al principio, cuando vio el revoltijo de desechos que estaban allí expuestos, se desanimó: viejas herramientas de granja, porcelana, un caballito mecedor, libros mohosos, todo dispuesto sin orden ni concierto, y sobre todo, con un aspecto de abandono.

Sin embargo, a medida que avanzaba por el corredor abarrotado, mirando y tocando, las posibilidades empezaron a aflorar. Se había agachado para meter las manos en un cesto con viejos botones cuando la puerta se abrió y oyó la voz de Theo.

—¿Qué dese...? ¡Margaret!

Ella se levantó con un botón plateado entre los dedos.

—Hola, Theo. Llámame Meg, como me llamaba Jasmine.

—¿Qué haces...? Bueno, me alegro de verte. Es que no te esperaba...

—He venido a hacerte una propuesta. —Aunque la voz le temblaba, sonó bien, así que tomó aliento y prosiguió—. ¿Podemos hablar en algún sitio?

Theo se recompuso.

—Claro. Subamos. Me temo que no es gran cosa —dijo mientras la guiaba—. Supongo que con los años me he acostumbrado a vivir entre cajas. Las necesidades mínimas.

Meg observó el sillón y la cama plegable, las cajas de cartón y la placa de cocina.

—Lo sé —dijo mientras pensaba en su estudio—, pero tú lo has hecho bastante acogedor.

—Aquí hay un sitio —la dirigió hacia el sillón—. Voy a hacer té.

Lo vio llenar una tetera eléctrica en el pequeño hueco que servía de cocina, y, de pronto, se notó la lengua paralizada, incluso para hacer comentarios. Dios mío, ¿qué le había pasado para concebir semejante disparate? En el mejor de los casos se iba a reír de ella; en el peor, la rechazaría con desdén bien merecido, y entonces ¿qué sería de ella? Bueno, no estaría peor de lo que había estado, se dijo con firmeza, y tenía los medios para iniciar una nueva vida.

Theo trajo el té en una bandeja lacada con tazas de porcelana y lechera y azucarero a juego.

—A veces me quedo con cosas bonitas —dijo, al ver su expresión—. Siempre me ha gustado este diseño, y es lo bastante corriente como para no ser carísimo.

La porcelana parecía atraer toda la luz de la desnuda estancia, y su color entre cobalto y teja con el dibujo entrelazado de hojas y dragones hizo que Meg pensara en Jasmine.

—Jasmine tampoco perdió nunca el gusto por lo exótico.

Theo no habló hasta haber servido el té y haberse acercado una silla. Entonces dijo:

—No, y en parte era una afectación, una vanidad. La hacía diferente. —Sonrió—. Yo en cambio nunca he querido ser diferente, pero supongo que algunas cosas de mi infancia me parecen reconfortantes.

—Tú no conociste a tu madre, ¿verdad?

—No. Sólo a Jasmine. —Con la taza en el aire, se quedó mirando fijamente algún punto detrás de la espalda de Meg—. Es raro mirar hacia atrás, a nuestra infancia desde una perspectiva adulta. Jasmine sólo tenía cinco años cuando mamá murió al tenerme. Ahora veo en ese modo de responsabilizarse completamente de mí su

manera infantil de superar su propio dolor y desorientación, pero para mí era lo más natural del mundo. Yo creía que todas las familias eran como la nuestra.

Dio un sorbo al té y volvió a dejar la taza en el platito.

Meg reunió el valor necesario.

—Theo, he venido por Jasmine. —Al ver que sus labios se torcían para formular una pregunta, se apresuró—. O mejor, por el dinero de Jasmine. Me gustaría ayudarte en el negocio.

Él empezó a negar con la cabeza antes de que acabara.

—No te lo permitiré. No estaría bien. Jasmine hizo lo que creyó mejor para los dos...

—Theo, no hablo de un préstamo. Quiero participar como socia. Tendré capital por invertir de la venta del piso, y soy buena con la contabilidad. Creo que podríamos... —Se interrumpió cuando se sintió una idiota. La boca de Theo formaba ahora una perfecta «o» de asombro, y se parecía más que nunca a un osito—. Perdona, ¡qué estúpida soy!

Terminó el té y se puso en pie, contenta de no haberse quitado el abrigo. El apuro de tener que volver a ponérselo habría retrasado su salida.

—Gracias por el...

—Espera, Meg —dijo Theo y se levantó tan rápidamente que derramó el té en el platito cuando quiso poner la taza. Le tocó el brazo—. Lo dices en serio, ¿verdad?

Ella asintió, sin atreverse a hablar.

—Al principio he creído que me tomabas el pelo. ¿De verdad estarías interesada en este lugar? —Su tono expresaba incredulidad, y cuando ella volvió a asentir, dijo—. ¿Por qué? ¿Qué hay de tu trabajo? ¿Y de tu vida en Londres?

Se refería a Roger, pensó ella, pero tenía tanto tacto que no lo nombraba.

—He dejado el trabajo. Y Jasmine era lo único en mi vida que me importaba de verdad. —Se esforzó por buscar las palabras que le hicieran entender lo que ni siquiera estaba segura de entender ella misma. Se volvieron a sentar sin casi darse cuenta, Meg en el borde de la silla, Theo inclinado hacia delante en su asiento.

—Yo nunca he contado para nada, Theo. Cualquiera podía hacer mi trabajo, alquilar mi habitación... Y Roger no tardará en encontrar unas perspectivas mejores. Mi familia se quejó cuando me marché porque les dejé más trabajo a ellos, pero no me han echado de menos.

—Quiero... —Bajó la vista a sus manos, tendidas hacia él, luego cerró los puños y volvió a llevárselas al regazo—. No puedo...

—No tienes que explicar nada. —Theo sonrió y ella percibió su comprensión, pero no piedad—. Voy a preparar más té. Antes se me han olvidado las pastas.

Recogió la bandeja y mientras caminaba hacia el rincón de la cocina se detuvo como asaltado por un pensamiento. Se detuvo y se volvió hacia ella.

—Meg, ¿te gustan las películas antiguas?

* * *

Había hecho todas las tareas del sábado: limpiar el piso, bajar la ropa a la lavandería de East Heath Road, hacer algunas compras, incluso bajar un cubo y esponjas para lavar el Midget aparcado en la acera. No podía imaginarse un día más bonito de primavera; un día para paseos en coche por el campo, para tomar una bebida ante una partida de críquet, para hacer un pícnic junto al Serpentine. Y, sin embargo, Kincaid permanecía en su limpio salón, mirando la caja de zapatos que seguía acusándolo desde la mesa baja. Detrás del dolor que lo había aturdido toda la mañana como una resaca, era consciente de que el día anterior se le había pasado algo por alto. Existía una relación, una palabra, un recuerdo enterrado en su cerebro, que aguardaba el momento justo que le permitiera dar el salto a la conciencia. Sabía que no podía forzarlo, pero no podía descansar.

Bajó, retiró la lona del Midget y se fue a Scotland Yard.

* * *

El pasillo estaba en silencio, a falta del murmullo de los días laborables de voces y teclados. Saludó con la mano a los pocos despachos ocupados y abrió su puerta distraídamente. Una figura familiar estaba sentada junto a su escritorio, con la cabeza cobriza inclinada sobre un archivo.

—¡Gemma!

—Hola. No esperaba verte hoy.

Le sonrió. Se la veía cansada y un poco pálida.

—¿Qué haces aquí?

Él se sentó en la mesa y se fijó en sus tejanos y en sus zapatillas de deporte, así como en el jersey azul brillante que hacía relucir su cabello como un penique nuevo.

Ella señaló el archivo.

—Buscando una aguja en un pajar, supongo. —Apartó la silla y apoyó los pies en el tirador del último cajón—. Pasé la mañana de ayer enterándome de cosas sobre Roger Leveson-Gower y sus amigos, y sobre las costumbres que ni yo ni nadie nunca hemos querido saber, pero no me sirvió de nada. Cero a la izquierda. Un par de amigos del trabajo juran que estuvo bebiendo con ellos hasta la madrugada, cuando supuestamente se sumergió en la cama con Meg. Y los testigos lo corroboran. —Suspiró y se frotó la cara con las manos mientras se estiraba la piel de los pómulos—. ¿A ti cómo te fue?

—Dorset fue un fracaso. —Encajó la expresión de: «Ya te lo dije» con una sonrisa—. Y hablé con el comandante —añadió, más serio y con pocas ganas de referir el relato del comandante ni siquiera a Gemma—. No creo que pudiera matar a Jasmine. Desde luego, no tiene coartada, pero no hay pruebas físicas que lo inculpen.

—¿No se fue pronto del ensayo, un hecho inusual?

Kincaid se encogió de hombros.

—Supongo que realmente no se encontraba bien. Una coincidencia.

Gemma levantó las cejas.

—¿No se lo preguntaste?

—No me vi con ánimos después de lo que me había contado. Y las coincidencias se dan, por muy inconvenientes que sean —añadió, un poco a la defensiva.

—No estamos llegando a nada, y el jefe no nos va a dejar más tiempo, ya lo sabes. Los casos que tenemos pendientes se han resentido esta semana —enderezó la silla—. Lo extraño es que me doy cuenta de que me importa más de lo normal. Es como si hubiera conocido a Jasmine, a través de ti, de Meg, de los demás, y no soporto que su muerte quede en el archivo de irresolutos.

—¿Ha aparecido algo útil? —Tocó el archivo abierto con el dedo.

Gemma negó con la cabeza.

—Sólo para hacer alguna eliminación. No hay ninguna prueba de que Theo Dent dejara Abinger Hammer en coche, tren, caballo, autobús o bicicleta la noche que murió Jasmine. Además... —rebuscó entre las hojas sueltas—, ha llegado una respuesta de la escuela de enfermería de Dorchester donde Felicity Howarth hizo el curso de especialidad. Una persona idónea, una «estudiante excepcional», según la nota del decano. Incluyen su expediente. —Gemma frunció el ceño mientras leía—. Debe de haberse casado dos veces. Se matriculó en el curso inicial como Felicity Jane Heggerty, Atkins de soltera, con dirección en Blandford Forum. —Gemma levantó la vista hacia Kincaid, atónita—. ¿No es dónde...?

Kincaid no oyó nada más. Las piezas encajaron en su mente con una claridad cegadora.

—Gemma, llama a Martha Trevellyan y entérate de si trabaja hoy Felicity.

Gemma levantó las cejas, pero buscó el número en el archivo y obedeció sin preguntar. Colgó el teléfono y dijo:

—Felicity ha llamado para decir que está enferma. Martha acaba de encontrar a alguien que la sustituya. Parecía muy alterada. Dice que no es propio de Felicity.

—Creo que voy a hacerle una visita, esté o no enferma.

—¿Quieres que la llame antes?

Él sacudió la cabeza.

—Mejor que no.

—Voy contigo.

Se levantó y se puso una chaqueta de punto que había colgado del respaldo.

Kincaid la detuvo con una mano en el brazo mientras daba la vuelta al escritorio.

—Vete a casa, Gemma. Ya has hecho más de la cuenta. Ve a pasar el sábado con Toby. —Sonrió—. Y sería prudente por tu parte que no te asocien con esto, porque es muy probable que yo haya perdido todo el juicio que me queda.

El sol de abril daba un aire de hacendosa festividad al día, incluso a la calle de Felicity Howarth. La basura por recoger había desaparecido, y algunos residentes lavaban el coche o trabajaban en sus minúsculos jardines.

Kincaid llamó al timbre de Felicity y aguardó, con las manos en los bolsillos hasta que el eco se extinguió, y volvió a llamar. Iba a llamar por tercera vez cuando la puerta se abrió.

—Señor Kincaid.

—Hola, Felicity. ¿Puede dedicarme unos minutos?

Efectivamente no tenía muy buen aspecto, envuelta en una vieja bata rosa que desentonaba con el pálido cobrizo de su cabello. La cara sin maquillar aparecía arrugada a causa del agotamiento.

Dio un paso hacia un lado sin decir nada y él la siguió hasta el salón. Mientras se ceñía la bata en torno al cuerpo, se hundió en una silla, sin una pizca de la tajante autoridad que se asociaba con ella.

—He llamado a su oficina. Martha me ha dicho que no se encontraba bien.

Al cabo de un momento, en el que pensó que la mujer no reaccionaría, ella dijo:

—No, ¡pobre Martha! No se espera que la defraude.

Kincaid miró el pulcro salón en busca de los detalles que no recordaba. No había fotografías entre los adornos y chucherías.

—Felicity, ¿cuántos años tiene su hijo?

—¿Mi hijo? —preguntó, inexpresiva.

—Sé por Martha Trevellyan que tiene un hijo en una clínica.

—Barry, Se llama Barry. —Una ráfaga de rabia sacudió su letargo—. Tiene veintinueve años.

—¿Por qué no nos dijo que era de Dorset? Jasmine y usted tenían eso en común.

—No se me ocurrió. Llevo años en Londres, y Jasmine y yo nunca habíamos hablado de eso.

—Pero sabía que Jasmine había vivido en Dorset, aunque nunca lo hablaran.

Felicity jugueteó con un pliegue de la bata entre los dedos.

—Puede que ella lo mencionara, pero no recuerdo que habláramos expresamente de ello. Tengo muchos pacientes, señor Kincaid. No se me puede pedir que retenga

los detalles de sus vidas.

Un pequeño progreso, se dijo él, satisfecho por haberla llevado de la apatía a una postura más a la defensiva.

—Pero sin duda el paralelismo era bastante extraordinario para advertirlo. Al fin y al cabo, durante el tiempo que vivieron en Blandford Forum, Jasmine trabajó en el despacho de abogados de la plaza del mercado. ¿Lo conoce? Al lado del banco. Sigue allí.

Dejó el sofá y arrastró la silla del escritorio de Felicity para sentarse delante de ella, con las rodillas casi tocándola.

—Dígame exactamente qué le ocurre a su hijo, Felicity. ¿Por qué está en una clínica?

Kincaid contuvo el aliento. Sabía que no tenía ni una prueba, sólo una loca conjetura que había nacido repentinamente en su cerebro.

Felicity estudió el pliegue de la bata, ahora aferrado con las dos manos. Al cabo de un momento, levantó la vista y miró a Kincaid a los ojos.

—Es casi completamente ciego y sordo. Responde a muy pocos estímulos, pero a mí me reconoce.

—Martha Trevellyan habló de una lesión infantil. ¿Qué le pasó a Barry, Felicity?

Dejó las manos quietas en el regazo.

—Ahora lo llaman daño axonal difuso (DAD), pero cuando Barry era pequeño se sabía tan poco de las lesiones cerebrales profundas que a menudo hacían diagnósticos equivocados.

Kincaid suspiró y se apoyó en el respaldo.

—Creo —dijo despacio— que no necesitaba que le dijeran que Jasmine era de Dorset porque la recordaba muy bien. Lo que no entiendo es por qué no menciona Jasmine en sus diarios que la conocía a usted.

Felicity se levantó y se acercó a la ventana. Desde la última visita de Kincaid habían brotado grupos de hojas verde claro por las ramas de las zarzas, y algunos narcisos tardíos asomaban las cabezas entre la hierba.

—Siempre quiero dedicarme un poco al jardín —dijo, dándole la espalda—. Pero hago horas extras y voy a ver a Barry los días libres, así que nunca tengo tiempo.

Kincaid esperó. Al cabo de un momento, sus hombros se relajaron y él entendió que se había decidido. Ella prosiguió como si no hubiera interrumpido el hilo de la conversación.

—Tal vez lo viera como un juicio. Un castigo divino. Al principio no estaba segura, no se fiaba de su memoria. Yo tenía otro nombre. —Se volvió hacia él, pero como tenía la luz detrás, no pudo leerle los ojos—. En esa época me conocían por Janey, a mi primer marido Felicity le parecía muy victoriano, y yo le seguía la corriente, y luego volví a casarme, así que mi apellido también cambió. Fue hace casi treinta años, al fin y al cabo, y la gente cambia físicamente, aunque tratemos de evitarlo.

Sonrió.

—¿Cómo conoció a Jasmine, entonces?

Felicity volvió a sonreír.

—Yo me consideraba muy afortunada por haberla encontrado para que cuidara a Barry. Sólo era dos años más joven que yo, responsable, ambiciosa, quería hacerse un lugar en el mundo. Las noches y los fines de semana que no trabajaba en el despacho del señor Rawlinson, quería ganar un poco más de dinero.

Retrocedió hasta la silla y cuando se sentó, de manera despreocupada, la bata se le abrió a la altura de las rodillas dejando al descubierto un trozo del camisón de nailon.

—Era un sábado como otro cualquiera. Yo había ido a comprar. Jasmine me recibió en la puerta, pálida y paralizada por el miedo. Dijo que había llamado al médico, pensó que Barry estaba teniendo algún ataque. Recuerdo que dejé los paquetes con cuidado antes de acudir a su lado. Yacía rígido en la cama, con la cara torcida, haciendo pequeños círculos con los puños en torno a la cabeza.

Se quedó en silencio, con la mirada fija en los dedos que tenía entrelazados en el regazo.

—Felicity...

—No hubo pruebas. Los médicos del pueblo... Nadie estaba seguro de lo que le ocurrió. Un médico dijo que había visto un daño parecido en un niño que había sido zarandeado, aunque no lo juraría. Pero yo hice de detective. —Levantó la vista y sonrió—. Hubiera estado usted orgulloso de mí. Un vecino me dijo que había visto a Jasmine dejar entrar a un joven en casa, y que ella había salido unos minutos. Pregunté en todas las tiendas de la calle y había comprado algo en la farmacia para frotarle las encías al niño. Le estaban saliendo los dientes y estaba muy llorón. Cogí el autobús hasta el pueblo de Jasmine y con una excusa fui a chismorrear con la maestra del lugar; según decían, Jasmine salía con un chico que no estaba bien de la cabeza.

—¿Timmy Franklin?

Felicity asintió.

—Nunca creí que Jasmine pensara que Timmy haría daño a Barry. Pero ella era la responsable, ¿no? —Por primera vez, Felicity perdió seguridad—. No tenía que haberlo dejado solo.

—¿Qué pasó entonces?

—Nada. —Levantó las manos en un gesto de impotencia—. Al principio, creíamos que Barry se repondría. Cuando se hizo evidente que no habría mejora, mi marido empezó a alejarse todavía más. Él no quería hijos, y no lo aguantó. Se quedó el tiempo necesario para que yo acabase el curso de enfermera. Al principio, conseguí ayuda en casa para Barry, pero cada vez se hizo más difícil, y cuando nos fuimos a Londres tuve que internarlo en una clínica.

—¿Y Jasmine? —preguntó Kincaid—. ¿Qué le ocurrió a Jasmine?

—Desapareció. No volvió ni para el entierro de su tía. No creí que la volvería a ver.

—¿No la buscó?

Felicity negó con la cabeza.

—Pensé que había dejado de odiarla con los años. Ni siquiera pensaba mucho en ella. No podía creerlo cuando vi su nombre en los archivos de Martha. Y se moría de cáncer... ¡qué apropiado! Tenía que verla. No descansé hasta que lo hice.

—Al cabo de un tiempo se percataría de quién era usted.

—Pero yo no hablé de ello y ella tampoco. Pensé que la atormentaría, que temería por su cordura. —Felicity tiritó y se frotó los antebrazos con las manos—. Lo absurdo es que parecía confiar en mí, depender de mí. Mi trabajo es confortar y tranquilizar a los moribundos, aunque a ella le dije lo doloroso que sería, lo lamentable que sería su existencia. Y ella lo aceptó.

—Cuando vi los libros sobre suicidio no la desanimé. Me parecía adecuado que se quitara la vida.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? ¿Qué ocurrió el día que murió Jasmine?

Ella cerró los ojos y habló despacio, como si reviviera los hechos en su mente.

—Llevaba unos días muy callada. Yo pensaba que estaba preparándose para el suicidio, pero cuando llegué el jueves por la mañana estaba distinta: serena, radiante. A veces los moribundos adquieren cierta desenvoltura. No se puede predecir, y no siempre pasa, pero a Jasmine le había pasado. Me dijo que sentía que podía hacer frente a todo. —Felicity miró a Kincaid, implorante—. No lo soporté. ¿Lo entiende? No lo soporté.

—¿Qué hizo? —preguntó Kincaid con suavidad.

—Pues las cosas habituales: ayudarla a bañarse y cambiar la cama. La puse cómoda. —Felicity soltó una especie de risa ante aquella ironía—. El resto del día fue una pesadilla. Tenía que ver a mis demás pacientes, pero no recuerdo haberlo hecho.

—Pero volvió.

—Sí.

Kincaid oyó que un reloj marcaba las horas en algún punto de la casa, y parecía el contrapunto de su propia respiración.

—Hasta que entré y ella me sonrió desde la cama no supe lo que quería hacer. Y entonces me pareció justo, sencillo. Era la hora de su medicación de la tarde y me ofrecí a preparársela. Usé sus propios suministros y metí los viales vacíos en mi bolso. Nunca pensé que alguien pondría en entredicho que se hubiera apagado durante el sueño. —Miró al exterior, al jardín, y al cabo de un momento, dijo—: cuando le di la morfina, me cogió la mano y me dio las gracias por mi bondad con ella.

Felicity se inclinó, se abrazó las rodillas y la bata se le abrió mostrando la pálida curva de su seno. La revelación hizo que pareciera todavía más vulnerable, y en Kincaid la lástima empezó a combatir con el deber.

—Se quedó, ¿verdad?

—Hasta que perdió el conocimiento. Me di cuenta de que no podía dejarla.

La observó, absorta en sus pensamientos, y sabía que no podía zafarse de la obligación hacia su trabajo o hacia Jasmine.

—Felicity, ya sabe que tengo que pedirle que venga conmigo.

—Deje que me ponga algo más apropiado.

Felicity volvió de su cuarto con el traje de chaqueta azul marino que vestía cuando la conoció. En la mano llevaba un diario azul.

—Jasmine tenía esto debajo de la almohada. Se me ocurrió cogerlo sólo porque podía contener alguna referencia a mí. —Recogió el bolso y las llaves, luego se detuvo con la mano en la puerta—. Y cuando lo leí supe que nunca podría convivir con lo que yo había hecho.

Kincaid la vio cuando doblaba la esquina de Carlingford Road. Estaba sentada en el escalón de entrada, con los codos en las rodillas y la mejilla en las manos. La calle estaba en sombras y el aire perdía rápidamente la calidez del día. El proceso de inculpar a Felicity Howarth en el asesinato de Jasmine Dent le había hecho perder casi toda la tarde, así como las fuerzas que le quedaban.

Cuando aparcó y fue a sentarse al lado de Gemma, ella dijo:

—He pensado que a lo mejor querías compañía.

—El sargento de guardia me dijo que habías llamado.

Aunque se había apartado para dejarle sitio en el estrecho peldaño, los hombros y los muslos se tocaban, y a él le sorprendió la calidez que generaba una zona de contacto tan reducida.

—Vas a tener que contármelo. ¿Ha sido muy terrible?

Él se apoyó contra el quicio de la puerta y cerró los ojos por un momento, luego se frotó la cara con las manos.

—Desde el principio pensé que Jasmine confiaba en la persona que le dio la morfina, y Felicity era la más evidente, pero no se me ocurría por qué. Ahora creo que hubiese sido más feliz sin saberlo. —Le refirió la historia tal como la había reconstruido—. La esquizofrenia es una enfermedad degenerativa. Timmy Franklin debía de parecer casi normal hasta que algo provocó un episodio de violencia. Jasmine no lo sabía. Me imagino que zarandeó al niño para que dejara de llorar.

—¿Y Jasmine lo amaba lo suficiente para protegerlo?

Kincaid restregó una mancha en la rodilla del tejano.

—En parte, sí; en parte, por sentimiento de culpa. Creo que sufrió toda su vida por ese momento de negligencia.

Gemma lo miró de reojo y le dijo, despacio:

—Felicity Howarth y su hijo, también.

—Sí. —La miró con más atención mientras tomaba conciencia de lo que sólo había intuido vagamente. La tensión de las semanas pasadas había desaparecido de sus hombros, así como las arruguitas de la frente, y las manos estaban relajadas en su regazo—. ¿Qué ha pasado, Gemma? No es sólo el caso, ¿verdad? Has tomado alguna decisión.

Ella sonrió.

—El gran detective despliega su asombrosa capacidad de deducción. Esta mañana he llamado a una agencia inmobiliaria: vendo la casa. Hay unos pisos bonitos en Wanstead, cerca del Common, que nos irían bien a Toby y a mí. Creía que mantener la casa era un modo de seguir vinculada a Rob: era su idea sobre lo que debería hacer una familia, lo que debería ser. Tal vez si hubiera sido capaz de ver otras alternativas, no se habría asustado tanto.

—¿Y Toby?

—Estaremos lo bastante cerca de mi madre para pedirle un poco más de ayuda, pero sólo un poco, ¿eh? —Riendo, lo miró y él sintió una serenidad inexplicable, como si las vidas de Jasmine y Felicity ya no pesaran sobre la suya propia.

—Te prometí un paseo por el parque.

—Es verdad.

Se levantó y comenzó a andar por la acera; él la siguió.

* * *

Kincaid aferraba con una mano el gato que se retorció contra su pecho; y con la otra, abrió la puerta de su piso. En cuanto maniobró para entrar, lo soltó y Sid saltó al suelo, dejando dos ensangrentadas líneas paralelas en el dorso de la mano.

—¡Qué agradecido eres! —dijo Kincaid mientras se chupaba la mano—. Los dos vamos a tardar un poco en acostumbrarnos, colega.

Sid desapareció bajo la cama, a excepción de la punta de la cola, y Kincaid dejó que se tomara el tiempo necesario para adaptarse. Había subido las cosas del gato cuando Gemma se hubo marchado, y había recogido el piso de Jasmine con una sensación de conclusión.

No obstante, faltaba una cosa. No había creído necesario incluir el cuaderno azul como prueba, pues Felicity lo había confesado todo. Ahora lo recogió del coche y lo puso encima de la mesa baja, corrió los estores y se sirvió algo de beber.

—Glendfiddich, Sid. Reservado para las ocasiones especiales.

Se sentó y notó cómo el *whisky* le calentaba el estómago vacío mientras observaba el gato salir e iniciar una delicada exploración.

Dejó el vaso a un lado, cogió el cuaderno y hojeó con cuidado las páginas llenas de aquella nítida letra tan familiar. La última entrada tenía la fecha de la muerte de Jasmine.

Me doy cuenta de que hoy no ha sido un día tan malo, ni tampoco ayer, ni anteayer. Si hubiera vivido cada momento de mi vida con el

mismo grado de conciencia e intensidad como las últimas semanas, habría sido inconmensurablemente rica.

Así las cosas, parece que me han bendecido con este sentido especial de que el tiempo se ralentiza y se abre, permitiendo experiencia y reflexión al mismo tiempo. Un capricho de la física, una alteración en la conciencia... Tenga el origen que tenga, es un don que no puedo rechazar.



Nació en Dallas, Texas en 1952 y creció en Richardson, un suburbio al norte de Dallas. Su abuela, una maestra jubilada, la enseñó a leer desde muy pequeña. Se graduó en Biología en el Austin College de Sherman.

Trabajó en publicidad y periodismo mientras estudiaba en programa en la Rice University. Un viaje a Inglaterra despertó su pasión por este país y emigró a Reino Unido con su primer marido Peter Crombie. Primero vivieron en Edimburgo y luego en Chester (Inglaterra).

Volvió a Dallas y estuvo trabajando durante varios años en el negocio familiar. Mientras su hija Kayti crecía, escribió su primera novela del Detective Superintendente Duncan Kincaid y la Sargento Gemma James en 1993.

Ahora vive en McKinney, una ciudad histórica al norte de Texas con su marido Rick Wilson y viaja varias veces al año a Inglaterra.

Notas

[1] Servicio Civil Indio (Indian Civil Service, en inglés). (N. del T.). <<

[2] Siglas en inglés de la Real Sociedad para Prevenir la Crueldad en los Animales.
(N. del T.). <<

[3] Novela de ciencia-ficción escrita en 1951 por John Wyndham, en la que se describe un mundo invadido por unas plantas carnívoras y venenosas. Basada en ella se hizo una película y una serie de televisión. (N. del T.). <<